Eduardo Mendoza Meléndez

La Campaña de la Breña

TERCERA EDICION
Revisada, corregida y aumentada

TOMO I

Lima, 1993



Primera edición, 1981
Segunda edición, 1983
Tercera edición, 1993

Larco Herrera 1024
Magdalena del Mar
Teléfono: 610153
Lima
Perú

Editado por FERNANDO ALIAGA
Hermanos Catari 595
San Miguel
Teléfono: 513038

Impreso en el Perú
Printed in Peru

DEDICATORIA

A los heroicos combatientes de los batallones Concepción Nº 27 y Nº 7 que se inmolaron en los campos de batalla, desde San Juan y Miraflores hasta Huamachuco.

A los legendarios guerrilleros de la Campaña de la Breña y al valiente pueblo de Concepción que en el ara de la patria ofreció su holocausto el 9 y 10 de julio de 1882.

A los vencedores de los combates de Concepción, Marcavalle y Pucará, a los cien años de su gloria y en apoteosis a sus hazañas.



"Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de su destino; y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas, preparan mejor su porvenir."

NICOLÁS AVELLANEDA

"El sacrificio de nuestros antepasados es el mandato imperativo de defender e integrar lo nuestro ..."

MANUEL PÉREZ FIGUEROLA



A mis amores de siempre:
mi pueblo, mi madre y Zoila,
mi compañera.

ARCHIVO Y COLECCIONES FOTOGRAFICAS

Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú. Archivo Eugene Courret. Biblioteca Nacional de Lima. Colección Javier Prado Heudebert. Colección Juan Valladares Martínez. Colección Eduardo Mendoza Meléndez. Colección de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. Archivo de la Sección Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Archivo de La Voz de Huancayo.



PROLOGO

Esta tercera edición, corregida y aumentada , sobre la Campaña de la Breña que nos presenta el mayor EP(r) Eduardo Mendoza Meléndez, representa la gran inquietud intelectual del autor por mejorar un capítulo de nuestra historia militar.

La amplia bibliografía consultada, los numerosos documentos cuidadosamente revisados, muchos de los cuales eran poco conocidos o estaban algo olvidados y los preciosos datos obtenidos al recorrer personalmente el itinerario seguido por el "Soldado de la Breña" en su gloriosa Campaña de Resistencia, enriquecen este volumen, constituyéndose en un obligado texto de consulta nacional.

La forma cronológica como va relatando los acontecimientos, llegando hasta el detalle, por la variedad de datos que contiene sus narraciones, hacen interesante su lectura, no desmereciendo absolutamente en nada ciertos juicios y pronunciamientos muy particulares sobre episodios sucedidos y personajes que han intervenido en esta épica jornada.

La uniformidad en el empleo de las abreviaturas, el desarrollo más detallado de la ofensiva realizada por el "Soldado de la Breña" en abril de 1882, sobre ambas márgenes del río Mantaro, así como la descripción más minuciosa de la campaña de Huamachuco y la inclusión de ciertas biografías de personajes que tuvieron descollante actuación en esta honrosa jornada como Leonor Ordóñez, la heroína de Huancaní, de la provincia de Jauja, son algunas de las diferencias que existen con la edición anterior que en la actualidad se encuentra completamente agotada.

Agradezco al mayor EP(r), Eduardo Mendoza Meléndez por la gentileza que ha tenido conmigo, al solicitarme que presente este libro y me complazco en felicitarlo por su dedicación y empeño por mejorar una obra que inició y que indiscutiblemente llena un vacío en nuestra bibliografía militar.

JORGE CARLIN ARCE
Presidente del CEHMP
General de División




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

El mariscal de la Breña, Andrés A. Cáceres Dorregaray.



INTRODUCCION

La presente obra, La Campaña de la Breña *, es fruto de un largo y arduo esfuerzo que comenzó a gestarse con las reflexiones que nos merecieron las* Memorias *del general Cáceres, las historias generales como las de Jorge Basadre y Rubén Vargas Ugarte, así como los trabajos de otros historiadores de la época, que abonaron nuestro interés sobre este apasionante período de nuestra historia republicana.*

Pero en la búsqueda de otras fuentes que nos acercaran al hecho particular, nos encontramos, a lo largo de la investigación, con otras como, Cómo fue Aquello *de Victor Manuel Valle Riestra,* Sangrar *de Vicuña Mackenna,* La Batalla de San Pablo *de César Bazo, los* Sucesos del Norte *de Jesús Mercedes Puga,* La Traición de Iglesias *de Carlos Paz Soldán,* La Batalla de Huamachuco *de Nicanor Molinari,* Historia Militar *de Carlos Dellepiane,* La Batalla de Huamachuco y sus Desastres *de Abelardo Gamarra.*

Posteriormente consultamos fuentes críticas relativas a diversos aspectos de la Campaña de la Breña; entre otras mencionamos: La Breña *de Luis Alayza y Paz Soldán;* La Guerra de las Ocasiones Perdidas *de Julio C. Guerrero, los 'artículos militares' de Alejandro Montani, "La Historia del Patriotismo, Valor, Heroísmo de la Nación Peruana» de la Guerra con Chile, de Carlos María Muñiz y la* Memoria sobre la Retirada del Ejército del Centro al Norte de la República, y Combate de Huamachuco, *de Daniel de los Heros y Pedro Manuel Rodríguez.*

Así pertrechados en lo édito, buscamos contacto con lo inédito, siendo lo más espectacular de esta parte el hallazgo de las 'Memorias' y otras piezas documentales del Comandante Ambrosio Salazar y Márquez. Paralelamente investigamos el expediente de sobrevivientes, Listas de Revistas de Comisario y otros valiosos documentos del Archivo Histórico Militar del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú. Con todo, las grandes ausencias se han dejado sentir lastimosamente, entre ellas el REGISTRO OFICIAL DEL EJERCITO DEL CENTRO, citado con frecuencia en sus Memorias *por el general Cáceres, y el 'archivo' del Mariscal de la Breña, que su hija Zoila Aurora llevó a París con miras a publicarlo, y que, aparentemente, no volvió a los archivos histórico nacionales. De otro lado las publicaciones de crónicas y comentarios bélicos registrados en los diarios, especialmente* El Comercio *de Lima, y revistas, como* El Perú *de Tarma y* El Eco de Junín *(donde el periodista ecuatoriano Manuel F. Horta, que se enroló en el Ejército del Centro, en el servicio de imprenta, sostuvo con altivez la causa nacional), nos han merecido una especial atención. Medulares escritos de Isaac Recavarren, por ejemplo, que recogió la prensa limeña, así como la revista ilustrada de provincias, que llenó sus espacios con trabajos del tipo de los producidos por el mayor Melchor Ramírez.*

Nos han sido igualmente de gran utilidad los trabajos monográficos de diversos autores, entre los que destacan Adolfo Bravo Guzmán, José Ráez, Atanasio Valera, Domingo Verástegui y Max Villar. Mención aparte merecen el cuento y la novela históricos, cuyo trasfondo de verdad esperamos que resplandezca en esta obra. Consignamos principalmente, entre los peruanos, a Victor Mantilla y a Ernesto Rivas; y entre los chilenos a Jorge Inostrosa C.

Por otra parte, la más importante etapa de una carrera, sobrellevada metódicamente durante más de 33 años, cobró ribetes de extraordinaria significación al consultar la tradición oral en forma directa, ya sea recepcionando el interesante relato fiel de lo vivido por los protagonistas de los hechos que son materia de este libro; ya sea escuchando, en segunda instancia, las versiones vertidas por los herederos directos de dichos protagonistas, como el coronel Jerónimo Santiváñez Túpac Yupanqui, Hernán Vallada-



res Ehrbacher o Juan Valladares Martínez y otros como el pedagogo Lorenzo Alcalá Pomalaza.

A la primera instancia pertenece el subteniente Juan Nicanor Castillo Salas, nuestro principal informante, a quien le tocaría firmar muchas de las páginas de este libro. Nació en Concepción el 10 de enero de 1867, a los 13 años se enroló como soldado del batallón Concepción No 1; a los 14 años se batió en las batallas de San Juan y Miraflores. Vuelto a su tierra natal integró la fuerza guerrillera de su pueblo. A los 16 años tomó parte activa en el Combate de Concepción y en la persecución del enemigo hasta Tarma. A los 17 años volvió a sentar plaza como subteniente del batallón Concepción No 7, batiéndose en la Batalla de Huamachuco. Sólo la odisea de su retorno, después del desastre, bien merece un libro aparte, pues es digna de ser contada por el más célebre de los trágicos de la antigua Grecia. Aunque lo conocía desde hace mucho tiempo, fue en mayo de 1952, cuando tomé el primer contacto intelectual con él, efectuando desde entonces más de una excursión a los diversos escenarios de los acontecimientos que tuvo a bien referirme con lujo de detalles, dada su prodigiosa memoria y su conservada salud. Justamente en junio de aquel mismo año publiqué, en la Revista Militar, No 49, el primer artículo de homenaje al batallón Concepción No 45, recientemente designado, a raíz de haberse restituido, entonces, los nombres históricos a las unidades del ejército. Así, por esa época, comienza a hacerse realidad mi sueño, al buscar y encontrar los laureles de gloria de mi pueblo, olvidados entre las breñas andinas. Los callados guerrilleros nos cuentan sus hazañas. A los 92 años fallece el subteniente Castillo en el antiguo hospital militar de San Bartolomé, siendo sepultado en el cuartel San Sebastián, D-4, del cementerio Presbítero Maestro, el 4 de mayo de 1956. El doctor Domingo Verástegui a través de numerosos artículos que publicó en la revista El Eco del Perú, editado en Concepción, reclamó para su paisano los honores y premios que en justicia le correspondían; decía en ella de él:

"niño se batió en San Juan y Miraflores, tomó parte decisiva el 9 de Julio de 1882 durante el combate; peleó en Huamachuco. Sin honores ni premios volvió a la escuela; solo en su ancianidad venerable se le acordó una pensión".

Y ahora, es a las puertas de la moral de la nación que tocamos con el fin primordial de que reivindique, en definitiva sobre todo planteamiento, su honor y dignidad. Nuestros héroes hicieron lo suyo, toca a la nación entera hacer lo propio. No está bien que ésta resigne indefinidamente en Grau, Bolognesi y Cáceres, la gloriosa responsabilidad de lo que se ganó o perdió en buena lid. Contra todo lo que escuchamos o leímos desde las aulas escolares, nosotros tenemos enfáticamente que vindicar el honor y redimir la dignidad. No es cosa que se haya agotado en el pasado; es asunto que debe informar la gran empresa del presente o del próximo futuro. Para caminar optimistas y confiados hacia el mañana es preciso restituirle al Perú su naturaleza moral arrebatada. Este libro, lejos del libelo y el panfleto, quiere decirle a los peruanos de hoy y de siempre lo que el general Cáceres dijo a los peruanos de ayer:

> *"Los pueblos degradados que cobardemente se someten al invasor merecen ser sus esclavos";*

y después de Ancón:

> *"nuestro patriotismo está escarnecido y degradado".*

Este libro recoge y quiere ser consecuente con los pensamientos sentenciosos vertidos por el mariscal de la Breña; por eso en vano intentará el lector advertir en él, por ejemplo, la candorosa ingenuidad que corre por allí, hasta con patente oficial, "de fortalecernos para que nunca más se nos mutile". Frente a nuestros soldados y nuestros escolares, el pasado exige al presente un planteamiento más masculino o más viril. Con nuestra postura defensiva aseguramos el plácido sueño del enemigo de siempre, y, para vergüenza de las actuales generaciones, una próspera vigilia. Hemos vivido una inexplicable y complaciente tregua centenaria con el implacable invasor.

No hemos escuchado el mensaje del mariscal de la Breña, hecho el 27 de noviembre de 1916:

> *"Esta tierra es nuestra y siempre debe serlo. El ideal excelso que debe tener una nación digna y libre: la reintegración y la grandeza de la patria. La patria íntegra, la patria grande, la patria intangible: he allí el ideal que debe enardecer a nuestras almas, robustecer nuestro esfuerzo y orientar nuestra acción..."*



Finalmente este libro habrá cumplido por entero la meta que se ha fijado si todos los peruanos hacen suyas las convicciones del ínclito Rubén Vargas Ugarte y que a la letra dicen:

"Chile obró no como podía hacerlo un pueblo civilizado sino como podría hacerlo el más bárbaro de los conquistadores. Esta conducta por mucho que se trate de disculpar, no tiene paliativo. En todo orden de cosas impuso Chile la marca de su voluntad de aniquilamiento del contrario. La conducta observada con los llamados montoneros, nos está diciendo la fiereza y crueldad con que condujo la guerra. No hubo prisioneros, no hubo heridos, ni respetaron los grados militares, cosa que no ha sucedido en otras guerras entre países civilizados, y esto lo hicieron desde el general en jefe hasta el último oficial, obedeciendo una consigna, pero esta consigna era una impiedad y un acto de barbarie.

Todo esto no se puede olvidar y no conviene que se eche al olvido. Está bien que difundamos los sentimientos de fraternidad entre los hombres, está bien que nos inclinemos siempre a evitar todo conflicto con nuestros semejantes, pero cuando la agresión no ha venido de nosotros, antes al contrario nos vemos asaltados contra todo derecho, entonces la propia defensa se impone y al adversario hay que mirarlo como tal, como es: un infractor de las leyes divinas y humanas que nos exigen el respeto mutuo y el reconocimiento ajeno. Seamos pacifistas, está bien, pero no caigamos en la insensatez de creer que los crímenes en que incurre una nación los lava el tiempo y es prudente olvidarlos. Hay manchas que no se borran y las que a veces cubren a una nación son un estigma que el tiempo no alcanza a destruir".

Por lo que toca a la dedicatoria de este libro, a los mártires de mi pueblo, permítanme justificarla con el aval de Luis Alayza y Paz Soldán, quien, en el álbum municipal, escribió:

"Concepción es tierra de larga y gloriosa leyenda, deslumbrada hoy por su progreso y belleza natural, y tiene un porvenir magnífico. Pero sobre todo la admiro como ciudad heroica que supo castigar como es debido a los invasores del suelo patrio y soportar como holocausto las sangrientas re-



presalias. Las personas olvidadizas y sin fibra de hoy, vengan a Concepción para aprender a admirar a un pueblo valiente".

Magdalena del Mar, julio de 1992.

Mayor EP (r) Eduardo Mendoza Meléndez



Coronel Juan Enrique Valladares, fundador del batallón Concepción Nº 1.

Señora Herminia Erbacher Weiss. Confeccionó y bordó la bandera del batallón Concepción Nº 1.

I

LA PATRIA EN PELIGRO

1. INICIACION DE LA GUERRA

Rotas las hostilidades por el agresor, en abril de 1879, la primera unidad de combate que se moviliza en la región central del Perú fue la columna de *Voluntarios de Pasco*, contingente de 400 hombres, que viajó a su destino, Iquique, bajo el mando del coronel Vicente Mori Ortiz[1], el 1º de octubre de aquel año aciago, en las vísperas del término de la campaña naval y de la iniciación de la campaña terrestre. Justamente en el transporte *Rímac*, gloriosa presa de Miguel Grau, se embarcó dicha columna en el Callao; fue el último convoy de refuerzos, hacia el teatro de operaciones del sur, que el *Huáscar* y *La Unión* escoltaron. Por entonces en Iquique el comandante tarmeño Francisco de Sales Mendizábal, hombre de minas como los pasqueños que recepcionó, tenía a su cargo la comisaría del ejército, esto es, el servicio de intendencia en campaña. La columna fue acantonada en la Noria, al este de Iquique y al suroeste de Tarapacá. Posteriormente, luego de ser evacuado Iquique -dada la contramarcha boliviana del presidente Hilarión Daza, irresponsable y cobarde-, las huestes de la columna (numéricamente reducida a menos de la mitad, como consecuencia de la insalubridad del temple y otras inclemencias del desierto) participan en la cruenta batalla de San Francisco, el 19 de noviembre de 1879, y posteriormente en la cruenta batalla de Tarapacá, el 27 de noviembre de 1879. En San

1 Dellepiane, Carlos. *Historia Militar del Perú.* Tomo I.



Francisco entró en acción, lanzándose hasta dos veces al asalto de las inexpugnables posiciones enemigas, midiendo sus fuerzas en inferioridad de condiciones con las de los mineros de Atacama, siendo virtualmente aniquilada. Sus reliquias, incorporadas a la *División Vanguardia*, a cargo del coronel Justo Pastor Dávila, contribuyeron a decidir la victoria de Tarapacá. Más adelante, los sobrevivientes de este sacrificado cuerpo, integrando el batallón de *Cazadores del Misti* que juntamente con el *Zepita* comandaba el coronel Andrés A. Cáceres, asistieron a la batalla del Alto de la Alianza, o de Tacna, el 26 de mayo de 1880.

También en la región central del Perú, apenas declarada la guerra, un acaudalado hijo de Concepción, el señor Juan Enrique Valladares Ramos[2], se propuso apuntalar los objetivos de la Junta Central Administradora de Donativos (destinados a sufragar urgentes adquisiciones de armamento), remitiéndole considerables sumas de dinero. La memoria de este hecho se conserva en el seno familiar, guardado y repetido oralmente de generación en generación. Fue Fernando Valladares, hermano del filántropo, quien presidió una comisión de notables del lugar con el encargo de hacer formal entrega, en palacio de gobierno y ante el presidente Mariano Ignacio Prado, de un cofre de oro macizo, con incrustaciones de piedras preciosas lleno de monedas de oro.[3]

No satisfecho con tales valiosos aportes a favor de la defensa nacional, el señor Valladares, en junio de 1879, decidió organizar, a su costa, un batallón de infantería, capitalizando así el fervor patriótico que el estallido de la guerra encendió entre los habitantes de la comarca. Así, coincidiendo con el gesto patriótico de algunos potentados de la época -uno de los cuales fue el coronel Alfonso Ugarte, de gloriosa memoria- costeó el vestuario (de diario, parada, campaña), el equipo completo, tiendas de campaña y menaje completo de cocina tanto para oficiales como para la tropa, el encuartelamiento (ropa de cama), la alimentación (rancho tres veces al día), los haberes de todo el personal hasta que fuera dado de alta en el ejército como unidad de línea, el armamento y el municionamiento respectivo. Pero primordialmente contrató los servicios de jefes y oficiales de carrera, así como de la Guardia

2 Ver reseña biográfica, pág. 44.
3 Ver tomo II, anexo 1.



Nacional, a efecto de dar un óptimo entrenamiento a la tropa en el lapso de seis meses. Dotó a la oficialidad de excelente caballada y al resto del batallón de numerosas mulas para el transporte de bagajes. Personalmente adquirió en la capital el instrumental completo para la banda de músicos (25 piezas), más 13 cornetas y ocho tambores para la banda de guerra. Al frente de ambas puso al veterano músico concepcionino, sargento primero Juan Díaz.

Finalmente organizó la enfermería y el botiquín, al mismo que dotó de una considerable provisión de medicamentos. Frente a este servicio puso al mayor de sanidad Santiago Tello, secundado por el sargento 1º Ruminaldo Meza y un grupo de sanitarios preparados de mayo a noviembre por los médicos Emilio Journes y el propio Tello.

La señora Herminia Ehrbacher, austriaca de nacimiento y esposa del benefactor, se encargó de confeccionar la bandera de guerra del batallón.

Para el 14 de noviembre de 1879 el batallón, que contaba con 800 plazas, distribuidas en ocho compañías, estaba perfectamente organizado e instruido, por lo que mereció en esa fecha ser dado de alta en el ejército nacional como unidad de línea, con el nombre de batallón *Concepción Nº 1*. Fue reconocido oficialmente como su primer jefe el coronel Juan Enrique Valladares Ramos. Después de la revista de Comisario pasada en la fecha por la superioridad militar, y como consecuencia, el Estado toma a su cargo, a partir de ese momento, su sostenimiento. Hemos considerado en el batallón los nombres de todos los concepcioninos que formaron el batallón *Concepción*, como un merecido homenaje a esos patriotas que hace un siglo ofrendaron sus vidas en los campos de batalla, en holocausto a la patria, desde San Juan y Miraflores, a través de la Campaña de la Breña, hasta Huamachuco.[4]

De tal manera, ante el angustioso reclamo que la patria invadida hizo de sus hijos más preclaros, el pueblo de Concepción —última sede de la capital del corregimiento de Jauja durante el régimen virreynal;[5] "Pueblo Heroico" bajo el protectorado de San Martín; capital distrital de la provincia de Jauja por ley del 02 de enero de 1857, promulgada por Ramón Castilla;[6] y que en 1877

4 Ver tomo II, anexo 2.
5 Alcedo.
6 Tarazona.



contaba apenas 11,226 habitantes (distribuidos en las áreas rurales de Aco, Andamarca, Cochas, Comas, Chambará, Lacuas Huachac, Matahuasi, Mito, Orcotuna, San Antonio, Mucllo, Santo Domingo, San José de Quero y Santa Rosa de Ocopa), de los cuales sólo 229 residían en la capital del distrito[7]— pudo poner en pie de guerra una magnífica unidad de combate, superando de una manera singular, que no admite parangón en la República, todas las deficiencias y limitaciones devenidas del estado empírico y del abismo social.[8] Y es que la flor y nata de su juventud se incorporó dentro de sus filas, armas al brazo, sin distingos raciales ni sociales. En su seno, cotidianamente contestaron "presente" blancos, mestizos e indios; los potentados y los humildes. En la actualidad no hay una sola familia concepcionina, de cualquier esfera o nivel, que no haya sido representada, en aquellas horas luctuosas y agónicas de la patria grande, en el heroico batallón. Todas encontrarán en alguna de las relaciones del batallón *Concepción*, el nexo familiar, próximo o lejano, capaz de afincar o apuntalar su peruanidad orgullosa, indoblegable y militante.

2. PARTIDA DEL BATALLON *CONCEPCION*

En Concepción, cuando caían las primeras lluvias de los meses invernales, la mañana del 20 amaneció radiante como para contemplar la partida del flamante batallón *Concepción Nº 1*, con destino a la capital de la República. El sol de los incas calentó desde muy temprano las húmedas polacas de los guerreros dispuestos a medir sus armas contra los araucanos que habían osado rebasar las orillas del Maule. Lo que sigue es el relato fiel del subteniente Juan Nicanor Castillo Salas (dado de alta como soldado raso de la unidad), pundonoroso sobreviviente de toda la hecatombe, testigo presencial de los hechos inéditos que a continuación se exponen:

"Formada en la plaza de armas, la tropa siguió con verdadera unción los distintos pasajes de la misa de campaña, oficiada por el párroco de la localidad, Hermenegildo

7 Mariano Paz Soldán.
8 Jorge Basadre. *Historia de la República*.



Cáceres, asistido por los padres franciscanos del histórico convento de Ocopa, solemnizada con la presencia de monseñor Manuel Teodoro del Valle, el patriota prelado de la diócesis. Previamente, a las 8.30 a.m., se procedió a la bendición de la bandera de guerra de la unidad en la capilla que la familia Valladares erigió en 1813 frente a la iglesia matriz de la misma plaza, en honor de la virgen del Carmen, y a la posterior entrega de la misma por la señora Herminia Ehrbacher de Valladares, acompañada de las principales damas concepcioninas, al subteniente Mariano Lozano y su escolta. Fue en este emotivo momento que la distinguida matrona pronunció su espartano y lacónico discurso: 'Las descendientes de las Toledo [heroínas de las luchas por la independencia] ponen en manos de este batallón, que desde hoy llevará gloriosamente el nombre de nuestro pueblo, el símbolo de la patria que ellas supieron honrar y mantener muy alto, durante las luchas por nuestra independencia. Toca a ustedes acrecentar su gloria defendiéndola hasta el fin'. Terminada la misa se entonó el himno nacional, se dio lectura a la proclama del jefe del cuerpo, y se escuchó el emocionado discurso del alcalde municipal. Finalizado el ceremonial de estilo bajo los aires marciales de su banda de músicos, el batallón marchó hacia las afueras de la ciudad, mientras la multitud le dedicaba la más conmovedora despedida.

Lamentablemente, para la mayor parte, como que no hay corazón que engaña a su dueño, ésta tenía la triste categoría de postrera. De allí que llevándose el último abrazo de sus seres queridos, padres, hijos, hermanos, esposas y novias que no podían disimular su dolor, los valientes del *Concepción Nº 1*, cargaron con su mochila en la espalda y una honda pena en el alma. Así partieron para nunca más volver los Arriola, los Contreras, los Córdova, los Galarza, los Gutiérrez, los Lizárraga, los Lozano, los Martínez, los Montero, los Párraga, los Verástegui y los Yupanqui, la flor y nata de la juventud de un pueblo mártir, cuyo sino parece haber sido el del ave fénix: resurgir de entre sus cenizas. El gentío acompañó a sus soldados y a las 86 rabonas, cubriendo varios kilómetros de la jornada que se jalonaba sobre el curso del Mantaro, río arriba, hasta que, rezagándose, su cantidad disminuyó



paulatinamente. Sólo los últimos pudieron contemplarlos hasta que se perdieron de vista.[9]

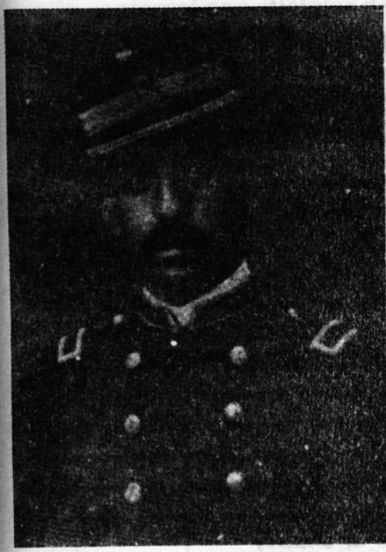
Qué imponente debió ser la partida de quienes dejaban para siempre su suelo amado y sus seres queridos; por eso recogemos con orgullo y admiración estos pasajes emotivos para perennizarlos en el corazón de los peruanos de hoy y de siempre como un merecido homenaje al batallón *Concepción Nº 1* y a las 86 valientes rabonas que siguieron por la misma senda gloriosa de los heroicos defensores del honor nacional.

Pero, también es seguro que esta escena debió repetirse en más de un pueblo andino en aquellos días de angustia para la patria en que ellos despedían para siempre a sus hijos que marchaban a dar la vida por la patria herida.

Relata el subteniente Castillo que con antelación habían partido los trenes de combate y de bagaje para esperar al grueso de la fuerza con el rancho listo, al fin de la primera etapa de la marcha. Esta etapa y las siguientes se cumplieron sin novedad. La unidad demostró estar bien entrenada y, a pesar de todo, tener alta la moral. Vencida la cordillera por el portachuelo de Ticlio se alcanzó Chicla, término de la vía férrea, desde donde se transportó al batallón por ferrocarril hasta la estación capitalina de Monserrate. Culminando su relato, el subteniente Castillo refiere que, en la tarde del 27 de noviembre, los limeños aplaudieron y vitorearon al bien disciplinado cuerpo venido de la sierra central que, luciendo su uniforme de campaña, desfilaba marcialmente por sus calles, en pos de su acuartelamiento, sito en el convento de San Agustín. Su bien atiplada banda fue objeto de admiración no sólo en aquella oportunidad, sino también en las noches subsiguientes cuando ofreció las primeras retretas estivales colmando plazas y paseos. Un decreto del gobierno de Piérola, del 4 de enero de 1880, ordenó la reorganización de las unidades de infantería, reduciéndolas a 600 plazas. Por este decreto la unidad perdió más de dos compañías que pasaron a completar otras unidades y la banda de músicos; pero Valladares no se resignó a perder su banda. A su gestión fue devuelta, por su ofrecimiento de seguir sosteniéndola con su propio peculio[10].

9 Ver anexo 2.
10 Ver carta en la página 30.





Cap. Fernando Valladares



Cap. Timoteo Sedano



El parque de Concepción.

Lima, Enero 23 de 1880.

Bemt° Sor General Comandante General de la 5a Division del Ejto del Norte

B. S. Q.

El Cuerpo de mi mando posee una banda de música, que ha venido organizada desde Concepcion, con su respectivo instrumental; esta circunstancia me obliga, á solicitar de U. S., se sirva recabar de quien corresponda la autorizacion respectiva para poder conservarla; mi peticion nace del interés que tengo de conservar en mi cuerpo á personas que solo por patriotismo han dejado sus hogares sin exijir para ello otra cosa que el premio consiguiente, pues me propongo renovar el instrumental de la banda sin gravar al Estado.

Dios que á U. S.

B. S. Q.

E. Valladares

Comand.a Gral de la 5a Divisn del Ejto del Norte

Lima Enero 23 de 1880.

Elevese al conocimiento del Supremo Gobierno por el conducto del Sr Coronel Gefe de E. M. Gral de los Ejercitos con la nota respectiva.

Diez Canseco

Oficio al Ministro de Guerra reclamando la banda del batallón Concepción.

Igualmente fue reorganizada la plana mayor de la unidad, la que se conformó con oficiales de carrera naturales de Concepción, los que se encontraban de guarnición en Lima; por este movimiento pasaron a formar parte de la unidad, el teniente coronel Manuel Saavedra, Mayor Ambrosio Gonzales; los capitanes Daniel Mendoza, Melchor Ramírez y José Miguel Pérez; tenientes: Melchor Begazo y Juan Toledo; Subtenientes: Julián Farge, Benjamín Ugarte, Francisco Urrós, Mariano Dianderas; además integró el batallón, como tercer jefe, el hacendado huancaíno, mayor Teodoro Peñaloza, muy amigo del coronel Valladares. Por la reorganización, que comprendió también a las grandes unidades, el batallón *Concepción* perdió su denominación de *Nº 1* con que salió de su tierra, y le tocó el *Nº 27* en el orden de batalla de la división, formada con los batallones *Suavos Nº 25* y *Ancash Nº 26* (Quinta División) con la que combatió en san Juan y Miraflores. De la misma manera, durante la reorganización, se depuró el personal de tropa. El batallón que tenía en sus filas niños de 13 años hasta ancianos de 65, dio de baja a los sexagenarios, reemplazándolos con el personal excedente, según consta en las Ordenes Generales del Ejército. La reorganización quedó terminada el 20 de enero de 1880. Justo es exaltar el patriotismo de los ancianos alistados voluntariamente, recordando sus nombres; ellos son: Hipólito Landa Ochoa, Guillermo Soto, Aniceto Orejón Delgadillo, Vicente Llamajuré de la Cruz, Cipriano Quispe, Crispín Manrique, Remigio Canchanya y Benito Ramos.

Anotaremos también que en el mes de junio de 1880, Milón Duarte, subprefecto de Jauja y nombrado por Piérola como jefe político y militar del Centro, reúne personal de la región y organiza los batallones *Concepción Nº 2*, *Tarija*, *Tarma* y *Huancayo* (llamado posteriormente *Manco Cápac*), secundado por Antonio Palomino, capitán Nazario Zúñiga y alférez Fruoctoso Jiménez. Estas agrupaciones (que sumaban 4,200 plazas, según Duarte), carecían en absoluto de instrucción, armamento y cuadro de oficiales; fueron llevadas por él a Lima en junio de 1880 como simples reclutas, los que sirvieron, en gran parte, sólo para completar los efectivos de otras unidades ya organizadas; sólo quedó como tal el batallón *Manco Cápac* de Huancayo. De este agrupamiento de reclutas dice Basadre:

"El 17 de junio de 1880, el mismo día en que se ponía en



estado de defensa militar el departamento de Lima, hizo su aparición en Chicla, a la cabecera del ferrocarril de La Oroya, (un contingente) de cerca de 3 mil hombres del valle de Jauja, llamados a las armas por un rico hacendado de Concepción, don Luis M. Duarte (que luego cambió de conducta) y divididos en batallones *Tarija*, *Concepción*, *Tarma* y *Manco Cápac*."

3. EL GOLPE DE ESTADO DE PIEROLA

El presidente Prado se encontraba en Arica desde antes del 20 de noviembre de 1879. Aparentemente, por su incapacidad para sobrellevar la responsabilidad de los contrastes sufridos por el ejército del sur parte hacia Lima el 26, llegando a ella el 30. Luego abandona el mando supremo invocando en su proclama de despedida a la nación, "los grandes intereses de la patria". Le sucede, por el lapso efímero de 5 días, el general Luis La Puerta el 18 de diciembre de 1879, pues Prado parte al extranjero el 17 después de expedir el decreto que se publica el 18 y por el cual encarga el poder a La Puerta.

A pesar de que el hombre de la breña trajo a la cálida costa limeña, de esos días, la fe y la esperanza, el entusiasmo y el optimismo que el paisaje andino cimenta, madura y purifica; y no obstante que la guerra con Chile seguía tiñendo de sangre el territorio nacional, sucedió que con el fin de desestabilizar el régimen del presidente La Puerta, en plena guerra internacional, los partidarios de Piérola promovieron serios disturbios desde que se hizo público el viaje de Prado. Al cuarto día de los mismos (domingo 22) el batallón *Ica* se subleva bajo el mando de su primer jefe, el coronel Pablo Arguedas, proclamando a Piérola como jefe supremo; horas después éste trae del Callao a su batallón, *Guardia Peruana Nº 8*, para apoyarlo. Sobre la marcha incorporó a la *Columna de Celadores* contra La Puerta, el presidente, y contra La Cotera, el ministro de guerra. Poco después recibe la adhesión del batallón *Cajamarca* comandado por Miguel Iglesias. Pero como al amanecer del lunes 22 no había alcanzado a dirimir la situación en las calles de Lima, la rebelión se fortaleció en el Callao a la espera del pronunciamiento de la guarnición capitalina. Al atardecer de aquel día, Piérola contramarcha sobre la ciudad

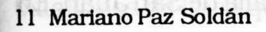


al ser notificado de que el gobierno y el ejército han optado por satisfacer sus aspiraciones de mando, antes que ofrecer gratuitamente al enemigo el valioso presente de una guerra civil entre peruanos. Los hombres de la breña fueron parte medular en esta decisión. Según *El Comercio* de Lima del 23 de diciembre de 1879, el acuerdo a que llegaron los altos mandos de la guarnición: "se debió a la iniciativa de la división *Beingolea*", conformada por los batallones *Jauja* y *Tarma*. El propio general Manuel Beingolea y Oyague, por su pasada actuación como comandante general del centro, estaba familiarizado con la idiosincrasia de nuestra gente. Así fue cómo Piérola, a tenor de la misma fuente, hizo su ingreso a la plaza mayor, a las siete de la noche, "seguido de una escolta de unos 30 tiradores de a caballo de los batallones de *Jauja* y *Tarma* y de un inmenso gentío". Y atendiendo a lo que dice Vargas Ugarte, "aquella misma noche se extendió un acta plebiscitaria por la cual se elevaba a don Nicolás de Piérola a la categoría de jefe de estado con facultades omnímodas". Finalmente, en la mañana del martes 23, Piérola hace su ingreso a la Casa de Pizarro como jefe supremo de la república. Al decir de Basadre el caudillo instaura la dictadura "en un país territorialmente invadido, políticamente perturbado, navalmente desaparecido, militarmente maltrecho y económicamente exangüe". Lejos estamos de reconocer en este rapto megalomaníaco e inoportuno nada abnegado y heroico. Pero a pesar de todo, dentro de este doloroso e irresponsable contexto, por lo que toca a los hombres de la breña, "vida y fortuna se puso en manos del dictador, con el mismo ardor patriótico que en los primeros meses de la guerra, y sin más bandera política que la salvación de la república"[11].

4 LOS BATALLONES JAUJINOS

Jauja fue, también, una de las primeras ciudades del Perú en responder virilmente el reto del agresor. Heraldo del tradicional patriotismo de los jaujinos fue el teniente Domingo Martínez, integrante de la plana mayor de la célebre columna de *Voluntarios de Pasco*.

Integrando la reliquia de aquella heroica unidad, le cupo el honor de batirse en el Morro de Arica, a órdenes del inmortal


11 Mariano Paz Soldán



Bolognesi, donde fue herido y tomado prisionero. Además gracias a Abelardo Solís (*Historia de Jauja*) sabemos que en aquel holocausto rindieron la vida Fernando Aristizábal y José Saravia, otros esforzados y valientes paisanos suyos. Pero aparte de tan loable actitud individual, paralelamente la colectividad jaujina clamó su puesto en la lucha alistando, con sus elementos más representativos el famoso batallón *Jauja Nº 23*, dotado de 588 plazas, incluyendo sus tres jefes, coronel Nicolás San Martín, teniente coronel Tomás M. Santiváñez y mayor Ildefonso Castillo; sus ocho capitanes: Miguel Díaz (cirujano), Juan Angulo (capellán), Rudecindo Garay (1ra. compañía), Gregorio Quintana (2da. compañía), Mariano Vivanco (3ra. compañía), Juan Peña (4a. compañía), Ignacio Moya (5ta. compañía) y Delfín Barrera (6a. compañía); sus ocho tenientes: Gregorio Castilla, Félix Cabello, Miguel Cabello, Manuel Mandujano, Francisco Montero, Manuel Ramírez y Vicente Véliz; sus 12 subtenientes: Pablo Balbín, Fidel Crespo, Julio Chacón, Belizario Gonzales, Juan Guerrero, Francisco López, Enrique Morales, Simón Ochoa, Higinio Plivera, Andrés Ordóñez, Angel F. Sornoza y Carlos Villanes; sus 105 clases, y sus 453 soldados. Originariamente esta unidad estuvo constituida por 8 compañías, alcanzando un efectivo de 613 hombres. Por entonces se le dio de alta en el ejército de línea como batallón *Jauja Nº 9*. Trasladado a Lima el 14 de setiembre de 1879, se acuarteló en la escuela militar de Chorrillos, donde se le prepara para ser enviada al teatro de operaciones del sur. La cruenta finalización de la campaña naval y las vicisitudes políticas posteriores impidieron el cabal cumplimiento de tal propósito. Pero la ex capital de la Nueva Castilla, no se limitó a ofrendar a la patria este contingente de sangre. De inmediato se propuso poner en pie de guerra el batallón Nº 2 de *Guardias Nacionales*. El 11 de febrero de 1879, la plana mayor de esta unidad estaba comandada por el coronel Máximo Tafur, su primer jefe, teniente coronel Francisco Salazar, y por los mayores Mariano Landa y Remigio Martínez. Aparte de estos jefes, el batallón se completó con 32 oficiales 111 clases y 308 soldados. Posteriormente, ya bajo la dictadura, nucleó la división del centro a cargo del subprefecto Luis Milón Duarte. A propósito, otra unidad jaujina de la misma división de Duarte, acantonada por entonces en Chicla, el batallón *Tarija Nº 79*, también intervino en la batalla de San Juan. En



el ámbito territorial de la provincia, las primeras unidades se constituyeron a base de voluntarios. De allí que en las "revistas de comisario", que se conservan en el C.E.H.M. del P., el cuerpo insignia de las tropas jaujinas se denominó *Jauja Nº 23.*

El reclutamiento forzoso que vino después deslució la señera imagen del breñero en las calles de Lima a fines de 1880 y comienzos de 1881. Convertida la capital en un gran campamento militar, donde las campanas de sus torres eran acalladas por los toques de tambores y cornetas, el ruido de armas blancas, el galope de caballos, el arrastrado de cureñas, y paso marcial de las unidades de línea, impresionaba mal el tumultuoso paso de pelotones de indios que, a ojos del reservista manuel González Prada, "tenían más aires de ovejas que de tigres". Y a los ojos de su esposa, Adriana de González Prada, nuestra gente iba arrastrando el paso, "cansados antes de haber llegado". Y lo peor de todo, como queriendo denunciar la improvisación culpable, agrega: "daba lástima verlos pasar seguidos de sus pobres rabonas tan inconscientes como ellos, a los que fielmente seguían hacia el matadero". Cómo puede extrañarnos que paisanos nuestros, traídos a lazo en vísperas mismas de las grandes batallas libradas en las puertas de la capital, quisieran cargar el fusil por la boca del cañón y que a la primera acometida se dispersasen, ya que no se les había dado ningún entrenamiento ni disciplina, ganándose injustamente el mote de cobardes y de imbéciles. Duele sí que el huamanguino Milón Duarte, haya motivado que el chileno Benjamín Vicuña Mackenna nos hable de los "pobres serranos calzados con ojotas", con los cuales la caballería de su país hiciera una "verdadera carnicería" de "huanacos". Aquellos efectivos debieron pertenecer a los seudo batallones indicados por Basadre, y que fueron improvisados por Duarte. En suma, la provincia de Jauja –por entonces comprensiva de 147 leguas de superficie habitable, la misma que se volcaba mayoritariamente sobre el ancho valle del río de su nombre (Jauja y no Mantaro) y donde se concentraba una población de 18,818 habitantes– respondió con creces al llamado de la patria invadida –haciendo honor a la etimología "huanca" que informa su denominación y que según Mariano Felipe Paz Soldán traduce la acepción de "peleador" o "batallador"–, poniendo en el frente de batalla batallones de línea que en conjunto sumaban 3,000 hombres en



armas, aparte de las masas indígenas improvisadas a última hora por Luis Milón Duarte, estimadas en 2,000 hombres (como se puede colegir de los 2,000 pares de zapatos que acordó entregar Iglesias el 29 de junio de 1880). Estos cinco mil hombres, que representaban cerca de la tercera parte de la población provincial, se pusieron al servicio de la defensa de Lima en el marco de la guerra por la patria grande.

5. TARMA EN PIE DE GUERRA

Al saberse en Tarma la ruptura de las hostilidades, el Concejo Provincial convoca a una multitudinaria manifestación de simpatía, adhesión y solidaridad con el gobierno, el 8 de junio de 1879. Presidía la corporación municipal el doctor Francisco Flores Chinarro. Posteriormente se votan las primeras partidas en favor del ejército nacional y se acuartelan a los guardias nacionales, constituyendo el batallón de *Voluntarios de Tarma Provisional Nº 5*, comandado por el teniente coronel Buenaventura Benel (1er. Jefe) y el mayor Fermín Rondón (2do. jefe). Un mes después, el 12 de mayo de 1879, el batallón es trasladado a Lima a efectos de su conveniente entrenamiento como unidad de combate. Originalmente disponía de 4 jefes, 41 oficiales, 148 clases y 339 soldados; totalizando 532 plazas. Es con ese efectivo que el coronel Francisco de Sales Mendizábal recibe la unidad a fines de aquel año. Tanto Mendizábal como el jefe de la heroica columna pasqueña desaparecida, coronel Vicente Mori Ortiz (próximo subprefecto de Tarma), el 26 de noviembre de 1879 (vísperas de Tarapacá), embarcan en Arica formando parte de la comitiva del presidente Prado. Así el 28 de diciembre de 1879, el batallón acantonado en Chorrillos tenía la siguiente plana mayor: coronel Francisco de Sales Mendizábal (1er. Jefe), teniente coronel Baldomero Lurquin (2do. jefe), mayor Ricardo Cárdenas (3er jefe), mayor Esteban Egoavil (1er. jefe de la Columna Acobamba integrada al batallón), teniente Adolfo Allende (ayudante) y Julián Berrocal (abanderado). Las 8 compañías estaban a cargo de los siguientes capitanes: Juan Arrieta (5a. compañía), Jacinto Bedoya (1ra. compañía), Fortunato Bermúdez (6a. compañía), Néstor Bermúdez (4a. compañía), Isidro Llerena (7a. compañía), José Martínez (3ra. compañía), Juan Medizábal (2da. compañía) y



Buenaventura Rey (8a. compañía). En total, para entonces, la unidad estaba integrada por 5 jefes, 40 oficiales, 57 clases y 423 soldados.

Para el 12 de enero de 1880, el batallón cambia de número, de 5 a 7, reduciéndose a 6 compañías. Parte de la plana mayor y menor pasa a integrar el batallón *Junín Nº 13*, al mando del coronel tarmeño Agustín Bedoya. Por aquella fecha, el teniente coronel Juan Benavides integra el cuerpo de edecanes de palacio de gobierno. *El Tarma Nº 7* contaba con 573 plazas en marzo de 1880 y con 643, el 7 de noviembre de 1880, cuando se le acantonó en el Callao. Pero anticipándose a las acciones heroicas de tan gloriosa unidad, otro tarmeño ilustre, Augusto E. Bedoya, en representación del estudiantado universitario se da de alta en el ejército del sur y asiste a las batallas de San Francisco y Tarapacá. Y por si eso fuera poco, la noche del 24 y 25 de mayo de 1880, el valiente marino tarmeño, teniente José Miguel Gálvez Moreno, acomete la empresa suicida de hundir la *Janaqueo* en aguas del Callao, cubriéndose de gloria . Pero no sería esa la primera ni la última vez que la pequeña Tarma adquiera en sus héroes proporciones gigantescas. La grandeza moral de sus hijos triunfó siempre sobre la geografía adversa y sobre otros factores minimizadores. Hacía poco que José Gálvez Egúsquiza, el héroe del 2 de mayo, había logrado de la Convención Nacional (31.12.1855), el restablecimiento de su categoría provincial.

6. LOS BATALLONES HUANUQUEÑOS

Huánuco, la muy noble y muy leal ciudad de León de los Caballeros, cuna de los Prado (Mariano Ignacio y Leoncio), no podía dejar de alinearse con los demás hombres de la breña para defender el suelo de la patria grande. La *Columna Cazadores del Huallaga* fue, después de la pasqueña, una de nuestras primeras unidades en hacerse presente en el teatro de operaciones del sur, reforzando el 2do. ejército que, por los inconfesables designios de la dictadura pierolista, no llegó a medir sus armas con las del invasor. Pero no por ello deja de ser digno de mención. Así, el 15 de enero de 1880, guarnicionando San Mateo, sobre el cañón del Rímac, la columna estaba comandada por el coronel Tomás Igunza, por el teniente coronel Fausto Figueroa y por el mayor



Felipe Fernández; integrado por 19 oficiales, 40 clases y 281 soldados, totalizando 343 plazas. Casi simultáneamente comienza a formarse el batallón *Huánuco* que el 15 de noviembre de 1879, se acuartela en Lima bajo el mando del teniente coronel Timoteo Llerena y del mayor Juan Valdiviezo. Su plana mayor estaba constituida por 20 oficiales; y su plana menor por 41 clases, y 151 soldados; totalizando un efectivo de 214 plazas. La jefatura de la unidad dada su extracción pradista fue modificada el 15 de enero de 1880, pasando a comandarla el teniente coronel Ignacio Tudela, el teniente coronel Mariano Espinoza y el mayor Manuel Arce. Asimismo, los capitanes de las compañías fueron reemplazados por otros.

Así, el 28 de junio de 1880, el batallón *Huánuco Nº 17* contaba con 3 jefes, 16 oficiales, 314 soldados; en total 390 plazas. Posteriormente, en vísperas de las grandes batallas al sur de Lima, el *Huánuco* llegó a sumar 600 plazas. Muchos de ellos ofrecieron sus vidas en defensa de la patria, como ejemplarmente ofrendaron sus vidas sus paisanos Juan B. Tafur, que la ofrendó en San Francisco, Juan F. Tafur que la ofrendó en el Alto Alianza y Federico Figueroa que la ofrendó en Arica.

7. EL BATALLON CANTA

Los breñeros de la serranía del departamento de Lima también acudieron, entre los primeros, al llamado de la patria grande, conformando el batallón *Canta Nº 63* que originalmente, al 4 de diciembre de 1879, estaba constituido por 6 compañías. Lo comandaba el coronel Manuel V. Díaz, el teniente coronel Manuel Encarnación Vento y los mayores José M. Vílchez, José M. Estrada y Juan Franco Arnaiz. El cuerpo se integraba con 30 oficiales, 6 clases y 262 soldados. En total 303 plazas.

Al disolverse el batallón *Huarochirí*, a raíz del cuartelazo pierolista, sus integrantes pasaron a engrosar el batallón *Canta*. Así, el 3 de marzo de 1880, y bajo otra jefatura, contaba con 586 plazas acuarteladas en el convento de Santo Domingo. De tal manera la "heroica villa" de Canta y su comarca recaudaron lo mejor de su capital humano en defensa de la capital de la República. Al presente, recordamos a dos de nuestros tíos abuelos, Cipriano e Inocente Mendoza Castillo, los que sirviendo a la patria



grande en el *Canta Nº 63* alcanzaron la inmortalidad. Por tradición familiar sabemos que días después de ambas batallas (San Juan y Miraflores) se encontró a Cipriano, al pie de un huarango cuya sombra buscó arrastrando sus piernas destrozadas, y a Inocente entre los surcos de una chacra vecina a la quebrada de Armendáriz.

8. LOS BATALLONES HUANCAINOS

Otras unidades del valle del Mantaro, que en las batallas de San Juan y Miraflores alcanzaron a constituirse como fuerzas de línea, fueron el batallón *Huancayo Nº 81* (que en Lima fue rebautizado como *Manco Cápac*) y el batallón *Tayacaja Nº 83* (que también se rebautizó como *Atahualpa*, primero, y como *Ayacucho* después, quizás por evocar la pasada dependencia de Huancavelica con *Huamanga*). El *Huancayo, para el 15 de enero de 1880 y* sobre la base de guardias nacionales, tuvo la siguiente plana mayor: coronel Juan Crisóstomo Cisneros, teniente coronel Pedro Granados, mayores Manuel Ugarte y Alberto Habich, tenientes Gerardo Meléndez y Vicente Palomino y subteniente Juan

Bringas. Al frente de una compañía de este cuerpo militó el veterano oficial sicaíno Gabino Esponda, sobreviviente de la campaña del sur y autor de unas memorias de gran interés. Huancayo no hacía mucho que se había constituido como una provincia más del departamento de Junín (16.XI.1864), segregándose de Jauja. En 1877 contaba con 9 importantes distritos y su población se estimaba en 47,554 habitantes. Sobre tales recursos físicos y humanos reposaría, en gran medida, el aplastante peso de la guerra.

9. LOS BATALLONES SUREÑOS Y NORTEÑOS.

Aunque escapa de nuestro enfoque, dedicado exclusivamente a los breñeros de la sierra central del Perú, mención honrosa merecen los hombres de la breña sur, ayacuchanos y huancavelicanos –íntimamente ligados a las glorias del Brujo de los Andes, ese ayacuchano sin par que fue Andrés Avelino Cáceres Dorregaray–, que sobrellevaron en mucha parte y con honor el



peso de la lucha que libró nuestro ejército del sur. En este nuevo teatro de operaciones basta enunciar algunos cuerpos de tropa ayacuchana, como los batallones *9 de diciembre Nº 5*, *Mirave* ó *23 de diciembre Nº 69* y *La Mar Nº 77*, para calibrar el tremendo esfuerzo del hidalgo pueblo ayacuchano en pro de la defensa de Lima y en aras de la patria. También merecen nuestro reconocimiento los breñeros de la sierra norte que, como los componentes de los batallones *Ancash Nº 25, Pallasca Nº 73, Cajamarca Nº 3, Cajamarca Nº 21* y *Cazadores de Cajamarca Nº 85*, no trepidaron al acudir en defensa de la patria invadida.

EL VALOR DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Quizá sea oportuno recordar algunos pensamientos sobre el valor del estudio de la historia y de los conductores de la guerra.

El general Foch dice:

> "Para mantener en tiempo de paz el cerebro del ejército inclinado constantemente hacia la guerra, no hay libro más fecundo en meditaciones que el de la historia".

Por su parte Bolk dice:

> "La historia permite conducir la guerra con experiencia ajena, porque la propia es difícil poderla cosechar; cuesta caro y llega tarde".

Federico pensaba:

> "No es suficiente aprender la historia como un loro, la gran utilidad de los hechos pasados es su comprobación con los modernos".

En 1868, el general Von Pauker decía para justificar la trasformación de los programas en el Centro de Altos Estudios de Estado Mayor:

> "Mientras más falta la experiencia de guerra a un ejército, tanto más necesario será recurrir a la historia de la guerra como instrucción y como base de esta instrucción".

Dos años después los alumnos obtuvieron una aplastante victoria sobre el adversario, haciendo exclamar a un general francés:



"nuestro ejército pagó muy caro su descuido ante un adversario nutrido de lecciones de historia".

Sobre el valor del estudio de la historia, nos dice también el escritor Arturo Uslar Pietri:

"La historia es la base fundamental de la conciencia nacional de los pueblos. Todo el desarrollo del gran hecho de los últimos siglos que es el surgimiento de la unidad nacional, está ligada continuamente con una cierta visión del pasado. Es ella la que da, más que ninguna otra disciplina, el sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional, de raíz propia y de identidad específica".

"Si alguien quiere estudiar moralmente a un país y privarlo de los resortes más importantes para su voluntad colectiva y para su lucha para el futuro, no tendría instrumento más eficaz que privarlo del conocimiento de su propio pasado. Es como provocar en el hombre la pérdida de su propia personalidad. Un hombre sin historia es como un corcho que flota en la corriente sin saber de dónde viene ni a dónde puede dirigirse".

"Esos hombres sin memoria de su pasado, sin vínculo moral con la existencia secular de su propia colectividad, terminarían por ser individualidades aisladas, incoherentes y sin raíces. El daño puede ser inmenso y ocasionar las más negativas consecuencias en el destino de cualquier nación".

"Recientemente, el gobierno socialista de Francia decidió hacer de la enseñanza de la historia francesa la base fundamental de su sistema educativo..."

En cuanto a los conductores de la guerra, dice el teniente coronel Jactargio:

"En Canes el centro de Aníbal, cede y retrocede, y, prodigio de acontecimiento, el retroceso no se convierte en huida, la firmeza se mantiene en fila, Aníbal es vencedor".

"En Austerlitz la derecha francesa se estira en una débil línea de 1 a 2 hombres por metro de frente. Las densas columnas rusas la asaltan; la línea resiste. El prestigio y la fe en Napoleón son vencedores".



Durante la campaña por la independencia, Bolívar reuniendo sus fuerzas en el Callejón de Huaylas, en julio de 1824, avanza sobre el poderoso y veterano ejército español, y lo derrota en Junín y Ayacucho definitivamente.

"Un puñado de soldados agotados por la sed y el hambre, mal vestidos, quebrantados por el desastre de San Francisco y sorprendidos en el fondo de una quebrada, obtienen la victoria de Tarapacá por su elevada moral y por que hubo un jefe, Cáceres, que tuvo resolución para emprender y valor para ejecutar".

En 1881, vencidos los ejércitos en la costa, un hombre, el coronel Cáceres, ocupa la fortaleza de los Andes, y, sin ejércitos, con neófitos guerrilleros cubiertos de harapos, mal armados y hambrientos, enfrenta gloriosamente durante tres años al poderoso ejército enemigo. El vencedor: el general Cáceres.

Napoleón ha dicho:

"La presencia del general es la cabeza, es todo un ejército. No es el ejército romano el que ha sometido a las galias, sino César; no es el ejército cartaginés que ha hecho temblar a la república a las puertas de Roma, sino Aníbal; no es el ejército macedonio que ha estado sobre Indo, sino Alejandro; es pues la cabeza y el genio del conductor que lleva el destino y la gloria de un pueblo".



NOMBRE DISCUTIDO DEL GENERAL CACERES

No habiéndose hallado hasta la fecha la partida de nacimiento ni de bautizo del general Cáceres, mucho se ha dudado de la veracidad de su segundo nombre de pila, es decir Avelino; algunos escritores, amparándose en versiones de sus familiares, afirmaban que su segundo nombre era Alfredo; pero creemos que la palabra más autorizada es la de su propia madre, señora Justa Dorregaray. Ella con fecha 11 de agosto de 1883, desde Huasahuasi, en una nota que envía al coronel Milón Duarte, le solicita un salvoconducto que la proteja de la persecución de que era objeto por Encarnación Vento y el hacendado Benavides. En la misiva le manifiesta:

> "...si me persigue y castiga sólo por el hecho de ser madre de Andrés Avelino Cáceres, acepto todo sacrificio, pero en ningún caso haciéndome responsable de actos que no conozco y en que no he tenido intervención, la más pequeña...".

Por otra parte, el 3 de junio de 1886, al hacer el juramento ante el Congreso, para asumir la Presidencia de la República, dijo:

> "Yo, Andrés Avelino Cáceres, juro por Dios y estos santos evangelios, que desempeñaré fielmente el cargo de Presidente que me ha confiado la República, que protegeré la religión del Estado, conservaré la integridad, independencia y unidad de la Nación, guardaré y haré guardar la Constitución y Leyes".

En cuanto a la fecha de nacimiento, el día y el mes están aclarados. La señora Moreno habla de una pomposa celebración que se le ofreció en Tarma el 10 de noviembre de 1882, según publica *El Comercio*, y que año tras año repite en su sección "sucedió hace un siglo", el 10 de noviembre.

En lo que permanece todavía la duda es en el año de nacimiento; unos, como Leguía y Martínez, dicen que fue en 1833; la gran mayoría deduce que nació en 1836, y con esta fecha se ha celebrado el sesquicentenario de su nacimiento. Nuestra duda, sin embargo, resulta



del hecho de que al casarse el general Cáceres el 22 de julio de 1876, declara tener 40 años, lo que indicaría que nació el 10 de noviembre de 1835.

En cuanto al lugar de su nacimiento, también hay duda; no se ha podido determinar con precisión el sitio exacto; parece que nació en una de las haciendas de sus padres; creemos que pudo haber nacido en Ocros.

JUAN ENRIQUE VALLADARES RAMOS

Juan Enrique Valladares Ramos nació en Concepción el 6 de mayo de 1849. Fueron sus padres el rico hacendado don Manuel Valladares Verástegui y doña Josefa Ramos. Su padre había hecho fortuna como minero en Cerro de Pasco; casado éste en 1834 con Josefa Ramos, natural del vecino pueblo de Mito en el valle del Mantaro, se dedicó también a la ganadería. Por su dedicación al trabajo se convirtió en el propietario de una impresionante extensión de tierras en la región, con abundante ganado vacuno, caballar y lanar, alcanzando a poseer 18 haciendas que al morir en 1866, dejó a su esposa e hijos. Juan Enrique se encargó de las posesiones mineras de Cerro de Pasco e incorporó otras nuevas en diversas regiones. Sólo en los pueblos de Tomas y Laraos (Yauyos), adquirió las minas de Monte Cristo, Monterrico, Inmaculada, La Resentida, La Abundancia, y Melchor y Gaspar. Entre los hermanos Juan Enrique se destacó por su gran espíritu de progreso. Fue educado en Lima y luego cursó estudios en Europa donde se graduó de ingeniero. Su innata vocación agronómica se desarrolló en forma autodidacta ya que por entonces en la capital de la República no se impartía instrucción formal sobre esta materia; de igual forma adquirió otros conocimientos al contacto con su tierra natal. Se casó en Austria con Herminia Ehrbacher, volvió al Perú con conocimientos suficientes como para impulsar muchas innovaciones.

En plena juventud recibió en herencia la hacienda Consac y en ella se dio por entero a la crianza, mejoramiento y desarrollo de la ganadería, así como a dar novedoso impulso a la agricultura. Esta actitud que fue la pasión cardinal de su vida, explica la expansión de su tenencia de numerosas propiedades rurales, en todas las cuales aplicó sus experiencias agropecuarias. En su testamento, fechado en Lima ante el notario Alfredo L. Hohaguen, declara lo siguiente:

"con mi propio esfuerzo y trabajo he comprado a mis hermanos y otras personas los bienes que poseo: hacienda Acopalca,



Chamisería, Runatullo, Viena, San Juan de Yanamuclo, con todas sus casas, fábricas, ganado y oficinas. Así como otros fundos como Acaya, Alhuanyacu y San Lorenzo".

También declara que posee terrenos de montaña: Santa Herminia, Pampa Hermosa y Río Tambo. Pero Valladares no sólo era agricultor y ganadero, también era minero. Al respecto, en dicho testamento declara: "poseo los estudios sobre la construcción de un ferrocarril de la costa a Cerro de Pasco, en relación con las minas de mi propiedad". Valladares fue uno de los mayores proyectistas de la vialidad nacional de gran estilo. En tal sentido publicó un medular trabajo, NUEVA VIA AL ORIENTE, dentro del cual traza la carretera que partiendo de Concepción conecta importantes afluentes del Ucayali; los principales puntos que jalona dicha ruta son: Concepción, Laguna Pomacocha, Comas, Viena, Runatullo, Laguna tortuga, Carrizal, Calabaza, Chonta, Libertad, La Victoria, Río Negro, Shatipuquio y Jesús María. En su exposición de motivos, entre otras cosas manifiesta:

> "La lectura de los informes de los exploradores Samanez, Wertheman, Portillo y otros; las conversaciones con los beneméritos misioneros del convento de Ocopa; y hasta los datos obtenidos de los salvajes, me afirman la convicción de que, durante algún tiempo y valiéndome de sucesivas expediciones, arrostrando grandes peligros, he descubierto y hecho estudios en la región con el ingeniero César A. Cipriani, hasta formular el trazo definitivo"... "he acometido esta empresa lleno de fe y confianza, convencido de que esta obra ha de producir para el Perú inestimables beneficios en lo que toca a sus derechos y a su porvenir como nación dueña de su destino".

Finalmente expresa:

> "el intrépido y patriota coronel Pedro Portillo, que conoce concienzudamente la región, ha tenido a bien decir en un prólogo, con que me ha favorecido, la importancia del proyecto (en estos términos): 'mas por deferir la indicación de mi distinguido amigo, el coronel J.E. Valladares que por creer que necesita recomendación, la muy importante patriótica labor a que se refiere esta obra, me resuelvo a trazar estas líneas desprovistas tal vez de toda galanura, pero llenas de sinceridad que inspiran el conocimiento, y el deseo de contribuir en algo, a que se lleve a la práctica un proyecto, el resultado del cual ha de rendir provechos inmediatos y de todo orden, para el país en general y para los que tomarán parte en esta gran empresa...'"

En la actualidad, en prueba de la gratitud nacional, los poderes públicos deben acordar que la carretera Concepción-Satipo lleve el



nombre de tan ilustre visionario. Lo que sigue es una apretada síntesis biográfica de tan excelente ciudadano. Hay que destacar su capacidad de autodidacta y de corte enciclopédico, alimentado durante sus prolongadas estadas en Europa. Hablaba y dominaba con soltura el alemán, el francés, el inglés, además de su lengua nativa, el español. En una de sus periódicas visitas al viejo mundo, justamente el año anterior a la guerra, conoce en Viena a la que ha de ser su esposa y compañera inseparable, doña Herminia Ehrbacher, con la cual le tocó exhibir dos hermosos caballos de paso peruanos, llevados exprofesamente con arreos de plata y usando ponchos de vicuña, sombreros hechos de la fina paja de 'toquilla' de su hacienda Pampa Hermosa, que causaron sensación en la capital austriaca.

Declarada la guerra, el señor Valladares decidió contribuir a la defensa nacional; con tal fin, en junio de 1879, organizó un batallón con los hijos de su tierra, poniéndole el nombre de su pueblo. A este batallón le costeó el vestuario de diario, de parada y de campaña; el equipo completo, tiendas de campaña tanto para oficiales como para tropa; le proporcionó la alimentación, los haberes y propinas a todo el personal, el armamento y municiones; se interesó particularmente por la instrucción y el entrenamiento militar; para el efecto solicitó el envío de instructores militares. Dotó a los jefes y oficiales de excelente caballada y ganado mular para el transporte de la impedimenta y trenes de combate. Organizó una magnífica banda de músicos para la que adquirió en Lima el instrumental completo. No le faltó su buen servicio de sanidad al frente del cual puso al médico, Dr. Santiago Tello.

Al mando de esta excelente unidad marchó a la Capital en noviembre del mismo año a contribuir a su defensa. Combatió al frente de, ella en las sangrientas batallas de San Juan y Miraflores.

Durante la Campaña de la Breña, puso su servicio y su peculio a disposición de la causa de la resistencia. El general Cáceres dice de él en sus memorias:

> "Los hacendados del Centro, señores Valladares y Peñaloza, prestaron su valiosa y oportuna ayuda organizando grupos de partidarios, los cuales tuvieron eficaz actuación, tanto durante la retirada del ejército a Ayacucho, como en la contraofensiva de julio de 1882."

Terminada la guerra del Pacífico, Valladares, tal como correspondía a los hombres de bien, se empeñó en aportar su cuota de fructífero e imponderable esfuerzo a la reconstrucción nacional. Por desgracia las circunstancias le fueron adversas. Y no podía ser de otro modo. La fuente nutricia de su fortuna había sido arruinada o depredada por el invasor. Por otro lado todos sus recursos, incluyendo sus reservas en



bienes de capital, fueron puestas a disposición de la resistencia, como anteriormente lo fueron al esfuerzo bélico común de la defensa nacional. Así en 1883, como lo certifica el comandante militar de Huancayo, coronel Andrés Freyre, entregó a la Junta Administrativa del Ejército del Centro, 1990 cabezas de ganado lanar para el mantenimiento de la tropa. El cúmulo de la deuda fue apenas reconocida, pero jamás pagada. La potencia económica que él representaba antes de aquella conflagración, no volvió a levantarse nunca más. Durante la ocupación chilena, pagó además fuertes sumas de dinero en cupos; para ello, habiéndosele agotado su capital disponible, tuvo que contraer préstamos del usurero alemán Kirchner, por la suma de 23 mil soles primero, y por mayores cantidades después, empeñando inicialmente su hacienda Acopalca por el capital y los intereses (2% mensual). Juan Enrique y su hermano Fernando, abonaron la deuda por partes durante varios años después de terminada la guerra. A esta desgracia le siguió otra en la postguerra; los guerrilleros alzados ocuparon todas las haciendas de la región central; Valladares sufrió pues la ocupación de sus haciendas durante varios años por los comasinos que exigían que se les pagara por haberlas defendido del asalto de los chilenos. Todo esto contribuyó a su ruina dejándolo casi pobre. (La nación le debe, por lo tanto, el homenaje agradecido que su memoria merece, así sea sólo a través de un simbólico monumento en su tierra natal.) Atacado por una grave dolencia, se refugia en el rancho del malecón 6 de Chorrillos, por él construido, donde le sorprende la muerte el 18 de octubre de 1913, a los 64 años de edad. Sus restos reposan al lado de los de su esposa amada en el cementerio Presbítero Maestro, en los modestos nichos temporales C-46 del cuartel San Carlos. Fue sepultado allí quizá con el deseo de llevarlo posteriormente a un lugar especial, digno de su gloria; pero sus herederos nunca pudieron cumplir estos deseos por falta de recursos.

La guerra y los invasores endeudaron a Valladares y su familia. Su última hija, Zoraida (soltera), a pocos años del deceso de su padre, apremiada por problemas económicos, eleva al presidente Benavides una solicitud pidiendo una pensión de gracia, acompañando numerosos documentos que certificaban los eminentes servicios prestados a la Nación por su padre durante la guerra, y aun antes y después de ella, pero no obtuvo nada. Zoraida decía dolorosamente en su solicitud:

> "Obligada por mi situación excepcionalmente angustiosa, sin recursos para atender mis más premiosas necesidades, recurro a Ud., señor presidente, para que me otorgue una pensión de gracia que en algo disminuirá las durezas y privaciones en lo que resta de mi vida...".

La solicitud fue simplemente archivada. Años después, durante el gobierno del general Odría, volvió a actualizar su solicitud enviando su



expediente al Congreso; éste pidió informe al Ministerio de Guerra; pero le fue igualmente adverso, pues se le manifestó que no había lugar porque: "habían muchos casos análogos y que no sería posible atender solicitudes de esta naturaleza..." El voluminoso expediente acusatorio de la ingratitud e indolencia de los gobiernos citados, permanece hoy en el archivo del Ministerio de Guerra (Complejo).

El deceso de Juan Enrique Valladares produjo honda consternación en el país. En Lima todos los diarios publicaron sentidas notas necrológicas por tan irreparable y temprana pérdida, poniendo en relieve los merecimientos y virtudes del extinto, así como el fruto de su grandiosa y fecunda obra en pro del desarrollo de la actividad agropecuaria, puesta por él a niveles de liderazgo nacional. La revista *Riqueza Agrícola*, del 18 de octubre de 1913, publica un artículo en el que de él se dice:

> "Desde muy joven, impulsado por su espíritu eminentemente progresista y patriota, el señor Valladares se dedicó, con afán y cariño, a impulsar la agricultura nacional, habiendo llegado a ser autoridad en materia agrícola por sus profundos conocimientos adquiridos, que siempre puso al servicio del país, ya desde la prensa, ya desde el campo mismo de labranza, en que, como hacendado, supo revelar de manera fehaciente cuán fácil es progresar siguiendo tan sólo su camino recorrido... Como uno de los agricultores más progresistas de los últimos tiempos, sino el primero, fue miembro fundador de la Sociedad Nacional de Agricultura, y más tarde su presidente en 1902. En ese tiempo se dieron notables conferencias sobre tópicos de importancia, y sus iniciativas se llevaron a cabo, en gran parte, por el gobierno. Tomó parte en la confección del Plan de estudios y en la creación de la Escuela de Agricultura y Veterinaria... Como agricultor introdujo diferentes clases de cereales y forrajes extranjeros en el departamento de Junín, con magnífico éxito... Fue el primer explorador del jebe (shiringa) cuyo producto tuvo los más altos precios en el mercado europeo por su inteligente preparación. Su espíritu innovador lo lanzó a varios experimentos, entre ellos la preparación de productos textiles en el valle de Jauja y de paja toquilla en las montañas de Pampa Hermosa... Celebró con el gobierno un contrato para la construcción de un camino de herradura a las montañas de Jauja de 171 kms. de longitud. Como ganadero recibió en París lecciones del célebre profesor de Zootecnia, Samson, fundador de la moderna escuela de ganadería francesa; muchas de sus teorías él las llevó a cabo en el Perú... Primer introductor en el departamento de Junín de las siguientes clases de ganado: Shropshere-Down, Black-Face, Oxdord-Down, Leicester; y explotador inteligente de la Sauth-Down,



introducida por su padre, también notable ganadero... Escribió en diferentes diarios y revistas varios e importantes artículos... Entre ellos en la *Razón Agrícola* bajo el seudónimo "Un agricultor de Junín"... Su enfermedad crónica adquirida en el trabajo constante, no le permitió desarrollar más ampliamente su espíritu innovador y entusiasta; pero la labor realizada es bastante para colocar en alto nivel el nombre del que tanto hizo por la industria de su patria... Murió casi pobre por la depredación y ruina de sus propiedades, y con el dolor de ver destruida su obra."

Por su parte, la revista semanal ilustrada *Variedades*, en su número del 1º de noviembre de 1913, recoge el homenaje que le dedica la sociedad limeña que lo enaltece como héroe de la paz y la guerra. Finalmente, la revista *Integridad*, del 25 de octubre de 1913, contiene los términos laudatorios que el escritor Abelardo Gamarra le dedica y que a la letra reproducimos:

"Prados artificiales, mejora de los forrajes, montaje de establos modernos, elaboración de productos sin rival en Europa misma, como su mantequilla especial; cría vacuna, caballar, lanar y porcina, etc., hasta perros especiales para los pastores y para el cuidado de las haciendas; todo esto se debió a este hombre superior que en otro país habría sido, en su ramo, el consultor constante de los gobiernos... Alguna vez, por casualidad se encargó de la dirección de la Sociedad de Agricultura, y allí se puede ver la huella profunda de su paso, en reglamentos, en proyectos, en el impulso generoso e inteligente... Recordamos que el profesor belga, director de la Escuela de Agricultura lo llevó a más de una discusión científica y triunfó sobre él por la profundidad de sus conocimientos... Ultimamente se dedicó a importar las mejores razas de ganado lanar... Sus "cabezas negras" fueron su último lote... Y su última conversación versó sobre el ganado friburgués, pensando en nuestras punas y sus páramos donde han sucumbido los Durham y degenerado los Angus; el friburgués ha superado las mejores esperanzas que en él se cifraron, llegando hasta mejorar su tipo y afirmar de modo absoluto su gran rusticidad. Es posible que el Herford, el Wes Higland, o alguna otra raza de fama de rústica, se comporte con éxito en este medio áspero y rudo; pero el friburgués es cosa que vale -decía- ESTE HOMBRE, EN LA FLOR DE SU EDAD. RICO Y RECIEN CASADO CON UNA DE LAS MAS HERMOSAS Y BUENAS MUJERES DE LA TIERRA, CON UNA LINDA CRIATURA VIENESA. OYO EL CLARIN DEL 79 Y DEJANDO TODA LA



PLACIDEZ DE SU HOGAR, SU NIDO RECIEN FORMADO Y SU LUNA DE MIEL, SE PUSO A LA CABEZA DE LA JUVENTUD DE SU PUEBLO Y FORMO UN BATALLON, Y VINO EN EL EJERCITO ACTIVO A OFRENDAR A SU PATRIA SU VIDA.. El que no había merecido un centavo de la caja fiscal; él, que una vez terminada la faena de sangre, hubo de volver al arado, a la puna, a la soledad de sus esfuerzos en los páramos por la ganadería y por la agricultura... Fue un hombre, un ciudadano que en más de una ocasión vació su bolsa en las arcas patrióticas y, que al hacerlo, como cuando practicaba el bien, jamás supo su izquierda lo que hacía su derecha... Lega un ejemplo a la juventud nacional y un orgullo al departamento de Junín".

Tal fue la vida y la obra del coronel Juan Enrique Valladares Ramos, un gran señor que no desmintió jamás los florones de su estirpe, un hombre extraordinario en los campos labrantíos y en los campos de batalla donde le tocó pelear llevando como heraldo el nombre de su pueblo, héroe de la paz y de la guerra, un ser en quien se encarnó toda la honra de la región, orgullo sublime y gloria inmarcesible de su tierra mártir y altiva.

En la fecha se sabe que, merecidamente, pronto serán trasladados sus restos a la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico.



II

LA CAMPAÑA DE LIMA

1. MAGNIFICAS PRECAUCIONES QUE NO SE CONCRETARON

"...Conocido en Lima el desembarco del enemigo en Lurín, la superioridad militar había dispuesto que gran parte del ejército avanzara a rechazarlo; pero hubo oposición del comando supremo para que tal acción se llevara a cabo; sin embargo el coronel Cáceres pidió y obtuvo que se le concediese una división para avanzar a enfrentar al enemigo; cuando ya había avanzado bastante, afrontando pacientemente las dificultades de una marcha por la costa desértica sin contar con los abastecimientos, sobre todo en agua, con la sed que azotaba a sus soldados, con las municiones que eran escasas, la tropa avanzaba con tan limitados elementos como si marchasen a una parada, fue necesario contramarchar, y se contramarchó. ¡Fuerza del destino! El comando supremo ordenó su retorno inmediato a Lima, dejando libre la ruta para la ocupación sin oposición de nadie, posibilitando el avance del enemigo hasta San Juan y Miraflores, donde esperaron pacientemente, hasta que el enemigo, sin ser molestado, se emplazara frente a ellos para molerlos en sus emplazamientos".[1]

1 *El Comercio* de Lima, enero de 1884, recogido por Ahumada Moreno.



2. ACCIONES INICIALES

Habiendo desembarcado el invasor en Lurín, el comando peruano consideró que era fundamental para la defensa de la Capital cerrar las vías que conducen a Chorrillos, Barranco y Miraflores; para el efecto tuvo en cuenta que la vía del sur por la Tablada, en dirección a Chorrillos, se enlazaba entonces con el valle del Rímac por tres transversales: la que, recorriendo por el mar el cerro Tablada, desemboca en las pampas de la hacienda Villa por la Playa de Conchán, y que por las abras de Santa Teresa conduce a Chorrillos; la transversal que, luego de recorrer la Tablada desemboca frente a la hacienda San Juan para seguir al sur y Barranco; y, por último, la de las lomas de Atocongo que partiendo de la Venturosa en el valle de Lurín sigue el pie de las pendientes oeste del contrafuerte andino. Frente a estas vías de acceso se organizó las líneas de defensa de la Capital en San Juan, Chorrillos y Miraflores.

Quedaba, sin embargo, aparte de las vías señaladas, otra que por el fondo de la quebrada seca de Manchay, corre el camino de este nombre que desemboca por la Pampa Grande a la hacienda Rinconada, en el valle de Ate. En previsión de un ataque de flanco por ese sector, se envió un destacamento a ese lugar, para vigilar y cerrar dicho acceso, que se instaló en la Rinconada frente a Pampa Grande y desembocando de la quebrada de Manchay.

En la noche del ocho de enero, una fuerza chilena de 2500 hombres, comandada por el coronel Barboza y constituida por un regimiento, un batallón de infantería, una compañía montada, un escuadrón de caballería y dos piezas de artillería, avanzaron por la quebrada de Manchay a realizar un reconocimiento en fuerza hasta la zona del valle de Ate.

El destacamento peruano de vigilancia, compuesto por 300 hombres, al mando del coronel Vargas, al amanecer del día 9, hizo frente con valentía a las numerosas fuerzas enemigas, viéndose obligado a replegarse a las 10 a.m., después de una tenaz resistencia, abrumados por la enorme superioridad del enemigo en efectivos y en pertrechos. El invasor se apoderó del portachuelo de Manchay y lanzó reconocimientos sobre las haciendas Melgarejo y La Molina donde fueron atacados por los fuegos de



las baterías pesadas de cerro Vásquez, replegándose luego a Lurín. Las bajas sufridas por los peruanos fueron: un oficial y siete soldados muertos, y ocho heridos; las del enemigo: dos oficiales y un soldado muerto, y quince heridos.

Tal fue la acción aislada conocida con el nombre de la Rinconada, realizada el 9 de enero de 1881.

3. BATALLA DE SAN JUAN

Cuando era inminente el desembarco de las fuerzas chilenas al sur de Lima, Piérola reunió en uno solo a los ejércitos del centro y del norte. Estas fuerzas recibieron la misión de proteger la primera línea de defensa llamada San Juan y situada al sur de Chorrillos línea que por lo demás era demasiado larga y débil en todos sus puntos, ya que bastaba abrir una brecha en cualquiera de ellos para que el resto de la organización defensiva resultara inútil. El ejército de reserva constituido por civiles llamados a última hora para la defensa de la Capital quedó a cargo de la defensa de la segunda línea organizada en Miraflores.

A estas fuerzas le asignó, además, una Columna Volante, constituida por cinco agrupamientos de policías (celadores) reunidos en la Capital, y una *Columna de Honor* formada por oficiales de carrera sobrevivientes de la campaña del Sur, que el Dictador agrupó como simples soldados, desdeñando los importantes servicios que podían prestar como conductores de las compañías de reserva formada por civiles sin ninguna instrucción militar, llamadas a última hora, a las que paradójicamente hizo comandar a otros civiles igualmente profanos en el arte de la guerra.

Treinta unidades de infantería, sin contar las brigadas de artillería y los escuadrones de caballería, representaban el ejército regular, el último gran ejército que pudimos oponer al invasor en la primera línea de defensa de Lima. Un cuerpo de ejército (el primero) estaba al mando del coronel Iglesias, Ministro de Guerra, e integrado por los batallones: *Guardia Peruana Nº 1, Cajamarca Nº 3, 9 de Diciembre Nº 5, Tarma Nº 7, Callao Nº 9, Libres de Trujillo Nº 11, Junín Nº 13, Ica Nº 15, Cajamarca Nº 21;* distribuidos en las sinuosidades de la Chira, Santa Teresa y de la

cerrillada Zigzag (a la derecha). Otro cuerpo de ejército (el cuarto), estaba al mando del coronel Andrés Cáceres e integrado por los batallones: *Lima Nº 61, Canta Nº 63, 28 de Julio Nº 65, Pichincha Nº 73, Pisco Nº 75, La Mar Nº 77, Tarija Nº 79, Manco Cápac Nº 81, Ayacucho Nº 83*; distribuidos en los cerros San Tadeo y San Juan que domina el arenal de San Juan (centro). Otro cuerpo de ejército (el tercero), estaba al mando del coronel Justo Pastor Dávila e integrado por los batallones *Piura Nº 67, 23 de Diciembre Nº 69, Libertad Nº 71, Cazadores de Cajamarca Nº 85, Unión Nº 87 y Cazadores de Junín Nº 89*, distribuidas entre las cerrilladas de Pamplona y de San Francisco que dominan la Rinconada y Pampa Grande (a la izquierda). Y, finalmente otro cuerpo de ejército (el segundo) estaba al mando del coronel Belizario Suárez, integrado por los batallones *Huánuco Nº 17, Paucarpata Nº 19, Ancash Nº 25, Concepción Nº27 y Zepita (ex-Zuavos) Nº 29*; distribuidos a retaguardia entre el centro y la izquierda. Sobre este frente, el ejército chileno comenzó a desplazarse, desde Lurín, a las 6 p.m. del 12 de enero de 1881. La división de Patricio Lynch, en coordinación con la escuadra, se orientó sobre la derecha peruana. La división de Emilio Sotomayor, marchó sobre el centro peruano; el cuerpo de ejército de Pedro Lagos, avanzó sobre la izquierda peruana; y el cuerpo de ejército del coronel Arístides Martínez, se mantuvo a retaguardia constituyendo la reserva. A las 4.30 a.m. del 13 de enero de 1881, el ejército enemigo alcanzó las posiciones de las fuerzas defensoras, iniciándose así la batalla de San Juan. La primera noticia de la aproximación enemiga la dio un desertor chileno, capturado a las 2 a.m. por las avanzadas del batallón *Ica*, la misma que a las 3.20 a.m. fue telegrafiada desde Villa por Guillermo Billinghurst al general Pedro Silva, jefe de E.M.G.[2] Empeñada la batalla sobre el ala derecha peruana, chalacos y trujillanos vendieron cara la vida por cada metro de la hacienda Villa y de la caleta la Chira que a Lynch costó mucha sangre conquistar. Después de hora y media de combate, tocó a los tarmeños del 7 detener al enemigo en las abras de Santa Teresa. A las 6 a.m. ni el centro ni la izquierda del lado peruano estaban comprometidos en la lucha. Tal circunstancia obligó al general Baquedano, comandante en jefe chileno, empeñar toda

2 Ver "Relato de Felipe Muñoz". Pág. 95.



la reserva de Martínez en apoyo de Lynch. La clave del éxito estaba en el dominio de las posiciones de Santa Teresa. Por nuestra parte solamente el *Zepita Nº 29* fue enviado en auxilio de los defensores. Poco después Sotomayor carga sobre el centro y parte de nuestra ala izquierda, reduciendo la presión al frente de Lynch.

Fue alrededor de las 7 a.m. cuando ese frente de San Juan comenzó a arder en todos sus puntos. 60 Krupp de campaña chilenos alimentaron esa hoguera gigantesca donde se consumieron los valientes canteños, jaujinos y huancaínos, del Canta *Nº 63* al mando del coronel Manuel V. Díaz, *Tarija Nº 79*, y *Manco Cápac Nº 81*. Tan arrollador fue el asalto de la infantería chilena a nuestras posiciones que mal pudieron los bravos del *Huánuco Nº 17* restablecer la línea rota, máxime cuando el *Paucarpata Nº 19* los abandonó a su suerte. En aquellos momentos, al amparo del mortífero fuego de toda la escuadra enemiga, las defensas de Santa Teresa y de Zigzag son tomadas por asalto, obligando al repliegue de nuestras maltrechas unidades sobrevivientes hasta Chorrillos. Fue esa la oportunidad que el comando chileno aprovechó para caer sobre la retaguardia de los defensores de San Juan. Y protegiendo el necesario repliegue de las diezmadas unidades de tal sector es que el *Concepción Nº 27* mantiene heroicamente sus posiciones, punto de convergencia de todo el ejército atacante, batiéndose en tres frentes. El indomable coronel Andrés A. Cáceres aún quiso sostener con sus ayacuchanos el empuje del enemigo, reclamando el apoyo y la intervención del cuerpo de ejército de reserva de Suárez, pero éste le negó y se retiró "aduciendo que sólo cumplía anteladas órdenes de Piérola". Poco después el Dictador ordenó el repliegue general hacia Chorrillos. Como refiere en sus memorias el general Cáceres, no le quedó otro recurso que recoger a los dispersos y concentrarlos en Surco. En todo este interregno, fueron los tarmeños, jaujinos y los del *Junín Nº 89* quienes se batieron en la izquierda peruana por todo el cuerpo de ejército de Pastor Dávila, el mismo que se dispersó hacia Rinconada y la Molina, por un lado, y hacia Tebes y la Cabalera, por otro lado. Batiéndose en retirada los tarmeños del Nº 7, cuya moral es altamente levantada por su bizarro coronel, aún logran contraatacar con relativo éxito a las castigadas huestes de Lynch. Fatalmente el *Zepita*, su único refuerzo, fue totalmente aniquilado en ese retomar de posiciones. Por su parte



los valientes del *Concepción Nº 27*, con su jefe coronel Valladares a la cabeza, se abren paso a tiros y golpes de bayonetas, logrando salvar su bandera. Gravemente herido el abanderado titular, subteniente Benjamín Ugarte, la toma el subteniente Julián Farge, según afirma Juan Nicanor Castillo[3]. Pocos ejemplos como éste, de acendrado amor a la patria y a sus símbolos, se dieron en el ya desmoralizado ejército que la dictadura opuso al enemigo como carne de cañón. Al término de la guerra, la familia Farge entregó esa bandera a la municipalidad de Concepción para su custodia. Allí permaneció hasta el 19 de mayo de 1909 en que el coronel Benjamín Ugarte la entregó al Ministerio de Guerra y Marina, "para que designe el lugar decoroso (así dice el oficio de la fecha) en que debe permanecer el estandarte del batallón *Concepción Nº 27*"[4]. Así luce en una vitrina del Museo Nacional de Historia recordándonos las pasadas glorias del cuerpo al que perteneció.

Triunfantes los chilenos en el centro y en el ala izquierda, quedaba por decidir la suerte de la aún combativa ala derecha peruana. Fue en Chorrillos donde se empeñó la última fase de la sangrienta batalla de ese día aciago. A las 8 a.m. los restos aniquilados del *Tarma Nº 7* se atrincheran en aquella localidad. Víctor Manuel Valle Riestra, en sus memorias, rinde homenaje a los 700 tarmeños que, desde que se ocultó la luna llena y despuntó el sol, se inmolaron por la patria con las armas en la mano, dando cara al enemigo. Media hora después, en el otro extremo de la línea, en el sector de Pastor Dávila, fue destrozado el *Libertad Nº 71*; los *Cazadores de Junín Nº 89* y los juninenses del *Unión Nº 87* lograron detener en Tebes, con grandes bajas, a la carnicera caballería chilena del satánico Pedro Lagos. Desde entonces el enemigo reagrupó sus fuerzas sobre Chorrillos. Así, a las 9 a.m. después de saturar el balneario y el Morro Solar con un vivísimo

3. Castillo refiere que en ese momento caían muchos durante el combate frente a un enemigo muy numeroso Ugarte, que luchaba valientemente, cayó herido y sangraba copiosamente del brazo; en ese momento apareció felizmente, corriendo del lado enemigo, un mulo ensillado al que pudo contener, haciendo montar en él a Ugarte para que se alejara a un puesto de socorro; antes de partir entregó la bandera al subteniente Julián Farje que luego la defendió y salvó ese día. Posteriormente en el Reducto Nº 2 de Miraflores, 15 de enero de 1881, la hizo flamear orgullosa.

4. Ver tomo II, anexo 25.



fuego de artillería, las tropas chilenas se lanzaron al asalto. La primera arremetida enemiga fue rechazada en el Morro Solar, en tanto que, como dice Basadre, en el pueblo se peleaba casa por casa, ventana por ventana, azotea por azotea. Vicuña Mackenna no puede menos que confesar que era "increíble el arrojo y encarnizamiento con que se batían los peruanos". Fueron los hombres del *Ancash Nº 25*, del *Concepción Nº 27* y del *Jauja Nº 23*, aparte de las reliquias del *Tarma Nº 7*, los que tal reconocimiento merecieron del historiador chileno. Y en el Morro la segunda gran arremetida es nuevamente rechazada y hasta contraatacada furiosamente por las tropas de Justiniano Borgoño. Estabilizado el combate, las fuerzas de Lynch logran aislar completamente el Morro Solar a las 11 a.m. Las horas de sus defensores estaban contadas. Sin embargo la feroz resistencia no cesó, ante la indiferencia del Dictador, aún cuando a las 12.30 p.m. los asaltantes llegaban a la planicie superior del Morro.

El coronel Cáceres, que trataba de reorganizar sus unidades, se unió con el coronel Arias Aragues y el coronel Francisco Velarde, que también trataba de reunir a los dispersos; los ayudantes del coronel Cáceres: Torres Paz Lecca, Castellanos y Carbajal cumplieron tan difícil tarea. A esta hora el doctor Sebastián Lorente, que se les unió, le insinuó al coronel Cáceres la necesidad y urgencia de socorrer al coronel Iglesias que era rodeado por los chilenos. Por lo que con la venia del general Silva, el coronel Cáceres marchó en dirección al Morro con 400 hombres.

En el camino encontró al coronel Suárez que se retiraba con sus fuerzas casi intactas; le reprochó por su indiferencia y falta de vocación cuando aún habían tropas peruanas combatiendo; pero Suárez respondió que los chilenos ya empezaban a entrar a Chorrillos. El coronel Cáceres no satisfecho con esta respuesta siguió adelante hasta que al llegar al pie del Morro constató que éste ya había sido tomado. Con todo valientemente se acercó a Chorrillos y tuvo que enfrentarse con una columna chilena poniéndola en fuga; pero cuando proyectaba continuar el combate, entusiasmado con el socorro de la artillería que hasta allí había conducido el capitán de fragata Leandro Mariátegui, recibió la orden del general Silva de retirarse a Miraflores; eran las 14.00 horas.



Por otra parte, la división comandada por Suárez, que se retiró sin combatir porque estaba en la reserva de la línea –y el generalísimo ausente–, no se empleó; al retirarse se desprendió de esta división sólo el batallón *Zepita* a pedido del glorioso coronel Recavarren que lo condujo en auxilio de los que ya combatían en Chorrillos. Este hecho heroico fue recogido y anotado en el parte oficial. El coronel Recavarren entró por la calle Lima acometido por varios puntos; peleó con valentía y gran decisión hasta quedar completamente aniquilado y herido. Desangrado y moribundo fue recogido por el chileno Emilio Sotomayor que lo conocía desde Pisagua, y que desde aquel entonces lo admiraba por su valor. Sin embargo Recavarren permaneció abandonado y sin auxilio hasta el 17 en que fue recogido y conducido a Lima por los miembros de la Cruz Roja.

Como dice Dellepiane, siendo las 2.30 p.m. "los últimos defensores, ya impotentes para resistir, fueron hechos prisioneros". La batalla comenzada hacía doce horas había terminado. De los 18,000 hombres de infantería que guarnicionaban la primera línea de defensa, sólo 6,000 alcanzaron a reorganizarse en la segunda línea. De los otros 12,000, gran parte rindió la vida, buena cantidad quedó herida, tanto en ambulancias chilenas como peruanas, y no pocos quedaron prisioneros a merced del vencedor.

La fuerza atacante disponía de no menos de 29,000 soldados, de los cuales 25,000 eran infantes veteranos, envanecidos por sus triunfos anteriores, más de 1,500 de caballería y 2,500 de artillería, que contaban con armamento moderno, fusiles de un solo calibre, 80 cañones de los cuales 74 eran de la famosa marca Krupp, 8 grandes ametralladoras Gatingg.

Sin embargo, a pesar de las carencias, aquellos hombres de la breña proclamaron entonces y a la posteridad que, pese a todas las deficiencias -conscientes o no- de la alta dirección, pese a que en los mandos el valor no corrió parejo con el dominio de la técnica militar, pese a que no fue uniforme el armamento y el equipo de combate y por ende el entrenamiento recibido, y pese a todos esos errores tácticos y logísticos que en los cascajales de San Juan se dieron cita, ellos, los breñeros del Perú, mostraron una calidad combativa sin igual y un alto espíritu de lucha, preanuncio de esta tenaz resistencia que representó más tarde la guerra por la patria



chica. En las dos fases de la batalla de San Juan los chilenos apelaron a su aplastante número para abrumar, por separado, a las unidades serranas, neutralizando así su natural coraje.

4. EL VANDALISMO CHILENO Y UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

Luego de haber sido cedido el campo al enemigo, el por entonces sargento segundo Felipe Muñoz, del Concepción Nº 27, prisionero de los chilenos, presenció cómo era saqueada una casa comercial de Chorrillos por sus captores, los que disputábanse la mercadería "como fieras hambrientas". Aprovechando tal circunstancia se evadió y retornó a su unidad, escalonada en Miraflores. Valle Riestra, prisionero en el *Itata*, anclado en La Herradura, posteriormente recogió los testimonios de testigos presenciales y los divulgó en su relato "Cómo fue aquello", del cual tomamos algunos párrafos que ilustran los lúgubres episodios que se desencadenaron, el atardecer de aquel fatídico día, en Chorrillos. Así, refiere cómo en la calle del Tren un negocio de italianos fue asaltado, el pulpero asesinado y violada su mujer. Agregando que "las pocas mujeres que quedaron en Chorrillos fueron víctimas de los más inicuos crímenes a la luz del atardecer, sin el menor recato, y en plena vía pública". Por otra parte refiere cómo el palacete del doctor Mac Lean, situado en la calle Lima, pese a ondear sobre él la bandera británica, fue hollado por la soldadesca, siendo el propietario insultado, golpeado y por fin asesinado. Producido el saqueo, aquel bello rancho fue rociado de kerosén e incendiado. En fin,

> "La crápula a las 5 de la tarde hacía entre los invasores sus terribles efectos. No se cansaban de matar. Cuando ya no habían cholos peruanos, ni bachiches (11 bomberos italianos fueron fusilados por tratar de apagar los incendios), ni negros que matar, se mataban entre sí y se quemaban como ratas";

tal ocurrió, por ejemplo, en la casa de los Pfluker, en la calle del Tren donde los rotos "como fieras se disputaron el botín". Valle Riestra añade que estos "se dividieron en dos bandos y el más numeroso arrojó afuera al menor; pero éste buscó refuerzo y



atacó la casa trabándose un serio combate". Y viendo que los del interior no cedían, los de afuera "resolvieron incendiar el rancho". A los primeros, al tratar de salir, "se les cazaba apenas asomaban la cabeza". Al aparecer un mayor chileno y ordenar el cese del fuego, los atacantes terminaron por "deshacerse de él de un balazo". Todo esto es confirmado por Perolari Malgmigati, testigo presencial, en su libro Il *Perú e isou tremendi giorni*, donde entre otras cosas dice:

> "Gran parte de los chilenos, después de la toma de Chorrillos, saqueadas que fueron las casas y las tiendas, se emborracharon y se volvieron unas bestias feroces. Al disputarse el pillaje se liaron a balazos hiriéndose y matándose entre ellos, en número muy considerable".

El Mercurio de Santiago calculó entre 300 a 400 los soldados que murieron en los desórdenes. Por su parte Dellepiane consigna lo que por testimonios, propios y extraños, fue de público conocimiento, esto es que

> "en la noche del 13 gran número de oficiales y soldados de varios regimientos, abandonaron sus vivaques y se dedicaron al saqueo y al incendio de Chorrillos. Rotas las puertas de los establecimientos donde se vendían licores los saqueadores bebieron copiosamente y, a media noche, comenzó entre ellos un verdadero combate disputándose los objetos robados en las lujosas residencias. Muchos hombres de tropa y varios oficiales fueron asesinados o quemados vivos y las casas entregadas a las llamas".

Benjamín Vicuña Mackenna, en su obra *Historia de la Campaña de Tarapacá, Tacna, Arica y Lima*, escribe con el título: "Aquella noche de horrores":

> "El combate de Chorrillos no fue una batalla fue una horrible inextinguible matanza. Cuando al día siguiente los empleados del servicio de intendencia desembarcaron en Chira y al sur de Chorrillos, veían las rocas que forman la base inferior del sombrío Morro cubierto de puntos blancos; eran los peruanos que por millares habían rodado a los precipicios, y cuya vestidura de dril blanco, las olas espumosas lavaban con su pesado ir y venir como la lavaza de la muerte..."



"Y todavía aquello no sería todo, porque vagaban por entre los maderos calcinados y las cenizas calientes de Chorrillos, batiéndose en cada puerta, de azotea en azotea, de tronera en tronera, vida por vida; la matanza en pos de la matanza, la embriaguez del alcohol en pos de la sangre calcinada, grupos de soldados de todos los cuerpos que habían tomado parte en el asalto, se entregaban al caer la noche a brutal orgía, arranques de nuevos y más dolorosos sacrificios. Los jefes chilenos echaron lamentablemente en el olvido en aquel día, una propensión irresistible de sangre araucana que prevalecía al menos en dos tercios en las filas; porque es sabido que cuando los aborígenes celebran sus orgías de placer o de victorias, sus mujeres, invariablemente, esconden las armas de los guerreros, porque saben que una vez turbada su razón, se someten y matan entre sí. Ese olvido fatal queda en consecuencia a cargo del general en jefe y de todos los comandantes de cuerpo que consintieron en dejar armas a su gente, cuando la batalla en todas partes había terminado".

"Aquello era un infierno dice un testigo presencial del vértigo de Chorrillos. Por todas las calles se veían destrozos de todo género, muebles despedazados, cadáveres y heridos, tanto chilenos como peruanos; casas que principian a incendiarse, puertas y ventanas destrozadas, silbidos de balas disparadas del interior de las habitaciones a los que pasaban, caballería nuestra que atravesaba las calles al escape, soldados ebrios que salían de los almacenes y que caían heridos por traidora bala dirigida del interior de alguna casa vecina. Aquello era terrible y producía mayor efecto moral que la vista de un campo de batalla".

"Ardua, difícil tarea la de hacer salir de aquella ratonera. Eran la 6 p.m. cuando terminaba la tarde".

"La noche de Chorrillos será, de todos modos, una fecha lúgubre en la historia de la república, y tanto más digna de dolorosa memoria. Fue aquella después de Mollendo, la segunda noche triste que precedió a Otumba...".

Hablando de la batalla de San Juan dice: "ensañados los centauros de Chile en sus sables, y no dieron cuartel a prófugos ni rendidos".



Por su parte el corresponsal de *El Mercurio* dice:

"¿Pero a qué procurar describir el vergonzoso espectáculo que siguió presentando Chorrillos durante toda la noche de horrores? Los disparos no cesaron un instante. La intensidad del tiroteo semejaba a veces el de una sangrienta batalla. La sangre chilena corría a torrentes. El siniestro resplandor de los incendios alumbraba sólo repugnantes escenas de orgía y de exterminio. Muchos soldados tirados como muertos, en las casas, eran alcanzados por las llamas y perecían quemados. Algunos lograban ser arrastrados a la calle por sus compañeros, y allí pasaban la noche. Las sangrientas ruinas se sucedían a centenares. Los oficiales que se atrevían a circular por entre los grupos, sólo podían desempeñar el papel de mediadores. A muy pocos lograron conducir a sus campamentos; todos se empecinaban en continuar en aquella espantosa semolienda".

"Al día siguiente casi todos tenían agotadas sus cápsulas. La mortandad había sido horrorosa. Los cadáveres sembraban todas las calles; no había menos de 300 bajas; algunos las hacen subir a 400; los cómputos más moderados hacen bajar esta cifra a 250; pero ni un solo herido; todos muertos".

Ahora bien, aprovechando esta ocasión de completo relajo al que se había reducido el grueso del ejército chileno, habría dado magníficos resultados un ataque por sorpresa. Todavía contábamos con 6,000 hombres del ejército regular para caer como un rayo sobre esa masa desordenada, embrutecida y beoda. Por el lado enemigo la ocasión fue debidamente calibrada. Pruebas al canto. El chileno Manuel José Vicuña, en su obra Carta *Política*, nos dice que, frente al llameante Chorrillos, con el ministro de guerra hacían esta reflexión: ¿Cómo nos iría esta noche si los peruanos, con un paso de audacia, vinieran a atacarnos en número de 4,000 hombres, sólo 4000? Todo esto se lo llevaba el diablo, me decía el ministro, y la obra de Chile se perdería miserablemente en una hora. ¿Quién nos diría, amigo Ibáñez, que aquello que como simple hipótesis, como mero recelo, conversábamos en nuestra tienda de campaña, estuviera precisamente discutiéndose y verificándose allá en el campamento enemigo? Efectivamente, el coronel Canevaro le decía a Piérola:



Parada realizada el 13 de enero de 1881, en El Pino, antes de entrar a la batalla; la banda la forman niños, que luego pelearon.



Subteniente Juan Nicanor Castillo. A los 14 años peleó en las batalas de San Juan y Miraflores, luego en la Campaña de la Breña.



"con mi fortuna y con mi vida le respondo a Ud. de que esta noche doy cuenta de los chilenos si me confía 5 ó 6 mil hombres para ir a sorprenderlos en medio del desorden y la borrachera, que inevitablemente los habrá atraído al saqueo de Chorrillos cuya prueba está allí en aquellas llamas que divisamos".

Y tal como refiere Vicuña sucedió. El jefe de Estado Mayor, general Silva hizo suyo el pedido de los coroneles Canevaro y Cáceres para que se atacara esa noche al vencedor de San Juan. Pero el Dictador rechazó el plan aduciendo que entrañaba un sacrificio inútil y estéril. Sin embargo, tanto Cáceres como Canevaro, militares de carrera, insistieron y hasta suplicaron se les permitiese dar ese paso audaz, conociendo el incalculable valor de la sorpresa. Ellos sabían que la sorpresa es un factor importante y no desdeñable del éxito; que la sorpresa duplica la fuerza del atacante, al tiempo que disminuye la fuerza y la moral del atacado; que por la sorpresa de los húsares peruanos que bien merecieron llamarse de Junín, Canterac perdió en pocos minutos la batalla que había ganado en Chacamarca. Pero todo fue en vano. Por la omnímoda voluntad de Piérola, al ejército nacional le tocó el triste papel de velar la orgiástica ebriedad del vencedor de la víspera. Así, al día siguiente, la tea chilena se trasladó impunemente a Barranco, la ciudad de los molinos.

5. BATALLA DE MIRAFLORES

El campo de batalla

En algunos sectores de la muy alargada y débil línea de defensa, el terreno era despejado y con buenos campos de tiro; en otros, las tapias, que separaban los campos de cultivo, marginaban los callejones de chacra; y los árboles, en su mayor parte álamos y sauces llorones, limitaban la visibilidad y, algo más grave, podían permitir la infiltración enemiga. Mientras que para los defensores los muros en la zona opuesta eran un inconveniente, para los atacantes constituían una ventaja que les permitía aproximarse cubiertos. Por ello el alto mando peruano acordó, a prin-



cipios de enero, demoler las tapias que daban frente a los reductos, para despejar los campos de tiro. Así mismo se acordó que se talaran algunos árboles. El proyecto no prosperó porque, lamentablemente, todo se dejó para última hora y el enemigo se adelantó. Se quiso aprovechar el abundante caudal de agua de las acequias, para inundar los potreros por donde se suponía que atacaría el enemigo; tampoco se hizo. La batalla se realizó sobre un terreno que no había sido preparado, sobre un terreno que por desidia se dejó tal cual se encontraba, con abrumadora ventaja para el atacante en el lugar que escogió para la acción principal.

Distribución de la artillería

La línea fue reforzada en sus extremos por baterías de artillería de grueso calibre. Dos eran las principales: frente al mar, la llamada *Alfonso Ugarte*, con cañones de gran calibre que debían dirigir sus fuegos preferencialmente contra los buques de guerra que dominaban la bahía desde el 13; en el otro extremo, los de *Vásquez*, en las laderas del cerro San Bartolomé por donde podía irrumpir el temido ataque envolvente de Pampa Grande y la Rinconada de la Molina.

Muy atrás, en la disparatada ubicación del cerro San Bartolomé, la ciudadela Piérola, con sus enormes piezas que arrojaban obsoletos proyectiles esféricos que ningún daño causaban, tanto por su lejanía como por sus inapropiados proyectiles. Al frente de ellos se puso a un artillero distinguido que seguramente se reía de las órdenes disparatadas e inobjetables del Dictador.

Reductos y distribución de las fuerzas

La segunda línea de defensa de Lima, desde la quebrada de Armendáriz hasta Monterrico, estaba guarnicionada por el ejército de reserva, reforzada por las unidades supérstites del ejército regular, que pudieron salvarse del desastre de San Juan. En 10 reductos, construidos apresuradamente y con material deleznable, se dispuso a todos los reservistas de 18 a 60 años que, por decreto del Dictador, del 27 de mayo de 1880, fueron llamados a filas para aprestarse a defender la capital de la república. La línea



abarcó un frente de 15 Km. y las reservas que debían reforzarla se desplazaban de 8 a 10 Kms. a retaguardia. De tal manera, aunque parezca monstruoso decirlo, la dictadura aseguraba otra aplastante victoria del enemigo. Apuntalando los 8 batallones de reservistas, entre reducto y reducto, esto es en los espacios que cubrían de 500 a 1,000 m., se dispusieron los rehechos batallones de línea: *Jauja Nº 23*, con 320 soldados, entre el mar y el Reducto Nº 1. Detrás de este batallón, como guarnición de la batería *Alfonso Ugarte*, se establecieron los batallones *Trujillo*, *Guardia Peruana y Callao*, sumando un total de 300 plazas.

En el Reducto Nº 1, el batallón de reserva de 250 hombres, y entre éste y el Reducto Nº 2, los batallones *Guarnición de Marina*, *Guardia Chalaca*, *Celadores del Callao*, *Lima*, *Canta* y *28 de Julio*, haciendo un total de 1,300 combatientes.

En el Reducto Nº 2, el batallón Nº 4 de reserva, de 300 hombres, a los que seguían hacia la izquierda el resto de los batallones *Concepción*, *Libertad* y *Paucarpata* que hacían un total de 1,050 hombres; de los cuales el *Concepción* contaba con 400 plazas.

En el Reducto Nº 3, permanecía el batallón Nº 6 de reserva con 280 hombres. Este batallón constituía el ala izquierda del Primer Cuerpo de Ejército, comandado por el coronel Cáceres, que en conjunto estaba compuesto por 3,800 hombres, sobre un frente de 2,000 metros.

El coronel Suárez, que comandaba el Segundo Cuerpo de Ejército de Línea, y los coroneles Canevaro y Lorenzo Iglesias, como jefes de división, tenían a su cargo la defensa del sector comprendido entre el Reducto Nº 3, exclusive, y el Nº 5, inclusive.

Entre los Reductos Nºs. 3 y 4 se encontraban los batallones *Junín*, *Ica*, *Huánuco*, *Cazadores de Junín*. Entre los reductos Nos. 4 y 5, se encontraban el resto de los batallones *Manco Cápac*, *La Mar*, *Pichincha*. Las fuerzas de línea situadas entre los primeros reductos comprendían un efectivo de 750 hombres, y el efectivo de los batallones que se encontraban entre los reductos 4 y 5 era de 700 soldados. El batallón de reserva del Reducto Nº 4 tenía un efectivo de 300 hombres, y el de reserva del Nº 5 contaba con 300 efectivos.

El coronel Pastor Dávila, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, con los coroneles Aguirre y Pereyra debían defender la extensión



comprendida entre el Reducto Nº 5, exclusive, y el 8, inclusive; disponía de los batallones de reserva Nºs 12, 14 y 16 que tenían un efectivo de 750 hombres y el resto de los batallones *Unión, Piura, 23 de Diciembre* y *Cazadores de Cajamarca* con los que hacía un efectivo total de 2,000 hombres. En realidad las unidades "rehechas" no lograron alcanzar la totalidad de sus efectivos originales, aunque echaron mano de los dispersos de los batallones desaparecidos. Estos por su parte perdieron el 25, el 50 y hasta el 75% de sus elementos componentes en la batalla de San Juan. Incluyendo las unidades de guarnición del puerto, se calcula que el Ejército de Línea no sobrepasó de 7,200 hombres. El ejército de reserva, pues, estaba llamado a equilibrar, aunque fuese sólo teóricamente, el potencial humano del invasor.

Si a todas estas circunstancias negativas, que de suyo hacían improbable la victoria, se agrega el pánico que se apoderó de la ciudad (que en mucha parte motivó la temprana deserción de la reserva), al cual no se mostró ajeno el alarmado cuerpo diplomático, se tendrá la imagen exacta del clima reinante en los reductos antes de que se iniciara la batalla de Miraflores. Sólo la moral de los hombres de la breña, a pesar de los reveses sufridos, no desfallecía.

Por lo que al lado chileno se refiere, Baquedano, escudándose en el armisticio, aprovechó bien el día 14 para concretar el dispositivo de ataque, ahora sólo al sector costanero de la línea peruana, confía a Lagos y Sotomayor el asalto frontal y a Martínez la reserva operativa. En la mañana del 15 de enero de 1880, sus tropas estaban listas para entrar en acción sobre el ala derecha a cargo de Cáceres, y sobre parte del centro a cargo de Suárez. En el ala izquierda peruana, a cargo de Pastor Dávila, el enemigo no dispuso contra ella ninguna fuerza. Al *Concepción Nº 27*, unidad que al decir de Basadre "reunió mucha gente distinguida del departamento de Junín", por rara coincidencia le tocó emplazarse al lado del batallón Nº 4 de reserva, al mando de Ramón Ribeyro, que reunió a lo más distinguido de la sociedad e intelectualidad limeña. Lástima grande fue que ambas unidades no obedecieran a un mismo comando. Aunque resulte increíble, el coronel Cáceres sólo era obedecido, en su sector, por las unidades de línea, en tanto que las unidades de reserva que ocupan el mismo sector estaban a órdenes directas del coronel Juan Martín



Echenique, comandante general del ejército de reserva, quién, dicho sea de paso, no impartió orden alguna durante todo el desarrollo de la batalla, limitándose a contemplarla a la distancia, desde Vásquez, al lado del igualmente enmudecido Dictador. Feliz fue la definición que de él hizo González Prada: "un militar de salón y alcoba". Para graficar aún más esta absurda ocurrencia, puede afirmarse que un simple sargento del Nº 4 que podía ser Augusto B. Leguía, llegado el caso, podía negarse a realizar cualquier orden emanada del ejército regular, por más que viniera del propio coronel Cáceres. La lucha así planteada, sin menoscabar los esfuerzos de la reserva, constituían un duelo a muerte entre el poderoso ejército vencedor, ahora reforzado con nuevas y combativas unidades, llegadas del sur, y hasta de Chile, y los restos harto golpeados del ejército nacional. Al respecto, el general Tomás Pizarro bien pudo sostener, posteriormente, que las densas columnas de atacantes se desentendieron absolutamente de los reductos, atendiendo sólo a los intervalos donde se sabía se vertebraba el eje medular de la defensa, constituida por las unidades de línea rescatadas de San Juan.

La batalla

¿Quién rompió el fuego primero? Quizá nunca se sepa; tras un siglo de indagaciones, nada se ha podido precisar. Como las fuerzas opuestas se vigilaban atentamente, la menor actividad de uno u otro bando pudo encender la chispa. Y ésta se produjo luego de un disparo que pudo ser intencional o casual. Tal cual la experiencia lo enseña, hasta las más grandes batallas comienzan con un solo disparo.

Parece –y esta es la versión más extendida– que Baquedano inició la batalla, minutos después de la una de la tarde, sin saber, por cierto, que en ese momento Piérola recibía a los comisionados diplomáticos y hacía un recorrido de inspección por los puestos, y que al aproximarse a la línea peruana, alarmó a ésta provocando su reacción. Es muy revelador, sin embargo, que no bien comenzaron los disparos de fusilería, los cañones de la escuadra chilena empezaron a bombardear Miraflores. Esto prueba la existencia de un plan preconcebido. El hecho es que a las dos y treinta de la tarde la tregua se rompe y comienza a arder el campo



de batalla. La acción se inicia con una ferocidad inaudita dentro de un cuadro general de extrema confusión.

A los pocos minutos Piérola abandona la Quinta Shell de Miraflores y se dirige a Vásquez, donde vivaquean 11 batallones de la reserva, con el fin de asegurar su integridad física, sin preocuparse por la dirección de las operaciones.

A falta de dirección de un comandante en jefe, el coronel Cáceres recorría toda la línea empeñada en la batalla, reclamando a los reductos un último esfuerzo; los testigos publicaron posteriormente, en su homenaje, notas emotivas y honrosas de su actuación. Así una publicación hecha con el título "Lo que yo vi" en *El Orden* de Lima en 1881, dice:

> "Al reconocer a nuestro comandante general, [que recorría] la línea, se electrizaban con su presencia, como si ella les impusiera mayor confianza en la victoria. Los jefes y oficiales lo saludaban con respetuosa familiaridad y él les hablaba infundiéndoles el espíritu de que se hallaba dominado. Ciertamente, si había algo que distraía en esa coyuntura la atención del horrible espectáculo de la muerte era ese entusiasmo que animaba por todas partes los semblantes. ¡Viva el Perú!, gritaba Cáceres al pasar, ¡Párense muchachos!; ¡Viva el Perú!, contestaban todos, pero con una voz tan unida, con tanto brío y frenesí que era preciso ser una piedra para no vibrar de patriotismo, para no conmoverse y conservar la serenidad. Unos levantaban los kepíes en la punta de sus fusiles, otros lo arrojaban contra el suelo con ademán de rabia como diciendo: ¡Aquí sabré morir!. Y las bandas de músicos de los batallones tocaban el Himno Nacional; pero, ¡cuán débil era la voz de los instrumentos y cuán ahogada quedaba por el fragor de la batalla!. Una hora más, una hora decíamos... y la izquierda no daba señales de vida".
>
> "Dos balazos atravesaron su kepí sin herirlo, pero al detenerse para encabezar una postrera resistencia en la izquierda, recibió un balazo en la pierna, al tiempo que su caballo era también alcanzado. Al perder al héroe, incapacitado para seguir combatiendo, se perdió también al jefe que hubiese podido salvar en orden los restos del ejército y gran parte del parque; ello sucedió alrededor de las 18.00



hrs. Caído el Cnl. Cáceres nadie pudo contener la dispersión de las diezmadas tropas. Poco menos que abandonado a su suerte, muertos o heridos casi todos sus ayudantes, el héroe tomó el camino de Lima. En el trayecto fue auxiliado por el comandante Zamudio, quien le alcanzó un poco de agua y le vendó la pierna con su pañuelo".

A pesar del vivo cañoneo de la escuadra y de la artillería de campaña chilena sobre Miraflores, el avance de la infantería de Lagos fue más cautelosa. El coronel Cáceres, sacando partido de tal circunstancia, lanzó a los batallones *Jauja*, *Guarnición de Marina* y *Concepción* al contraataque. Pero como dice en sus *Memorias*, no recibiendo ningún refuerzo, ni siendo apoyado por las tropas de la izquierda (comandadas por Suárez), "nos retiramos extenuados e incapacitados para continuar el ataque con el ímpetu y pertinacia que exigía el estado de la lucha".

El batallón *Guarnición de Marina* pereció en sus 4/5 partes, heroicamente, como su bizarro jefe Juan Fanning, hombre de breñas marinas, de aquellas que perfilan su grandeza en las insondables profundidades del océano. Al evocar el reducto ocupado por el *Guarnición de Marina*, al fin de la brega, emerge a nuestros ojos un campo en el que yacen los cuerpos de los marinos muertos en combate, vestidos de blanco y de la roja sangre, que entregaron por la patria, condensando, tal vez con patetismo, los colores de nuetro pabellón nacional.

Estabilizado el frente, Lagos lanza una segunda acometida, convenientemente reforzada, pero el coronel Cáceres nuevamente responde con otro feroz contraataque lanzando al *Concepción*, al *Libertad* y al *Paucarpata* (que esta vez mostró su viril extracción arequipeña antes que pierolista), logrando poner en desordenada fuga a los batallones atacantes. La artillería de apoyo que antes tuvo que replegarse precipitadamente, cayó ahora en manos de los 3 batallones atacantes. Cabe destacar aquí que las acciones más honrosas, que enaltecen a los defensores de Miraflores, fueron las que realizó el coronel Cáceres en sus porfiados contraataques, entre los que destacan los realizados con los batallones *Concepción*, *Libertad* y *Paucarpata* que luego de parar los ataques de Lagos y Barceló los derrotó y persiguió hasta arrebatarles 4 cañones. Nunca estuvieron tan dignamente repre-



sentados en la defensa de Lima, el norte con el batallón *Libertad* (antes Chiclayo) formado por chiclayanos y lambayecanos, el sur con el *Paucarpata* arequipeño, y el centro con los bravos del *Concepción* que derramaron su sangre en defensa de la Capital. Igualmente honrosa, por la firme defensa de sus puestos de combate en el Reducto Nº 1, fue la acción de los batallones *Jauja* y *Guarnición de Marina* que pelearon hasta el fin. En el mismo reducto pelearon bravamente los niños Néstor Batanero, Alejandro Tirado y Grimaldo Amézaga, estos últimos de 15 años. Igualmente se inmoló valientemente el niño de 16 años Francisco Trinidad O'Neal. Su cuerpo fue sepultado por su padre en el lugar en que murió, en medio de las balas enemigas. Terminada la guerra fue exhumado. Otro niño, de 13 años, que peleó en el Reducto Nº 1 fue Agustín Salas, "el tambor del Huáscar", que lo hizo en las filas del batallón *Guarnición de Marina*. Hubo muchos otros niños héroes como aquel de 13 años, Julio César Caballero, que murió desempeñándose de vigía en la copa de un pino, que aún ahora se conserva en la huerta de la iglesia de San Juan Grande en Surco en pie aunque sin vida.

La situación, en extremo dura y encarnizada, se tornó desesperante para el comando chileno. Silva, por su parte, secunda la acción del coronel Cáceres poniéndose al frente del *Unión Nº 87*, el mismo que llega a extraer a Pastor Dávila del sector inanimado. Fueron infinitos los actos de valor que entonces mostraron los hombres de la breña, conscientes como estaban de que del denuedo de pocos, de muy pocos, dependía la salvación de la patria.

Las mujeres de la breña no se quedaron atrás en sus valientes hazañas[5]; José Torres Lara, en su opúsculo *Recuerdos de la Guerra con Chile*, publicado en 1911, las honra también cuando afirma "...las rabonas repartiendo el agua a los reductos y, llegado el momento del ataque, ayudando a dotar de municiones a los defensores de la ciudad...". Allí, entre estas heroínas, se encontraba Leonor Ordóñez del batallón *Concepción* que peleó en el Reducto Nº 2; ella, después de sepultar a su marido, el sargento Felipe Vilcahuamán, volvió a su tierra y se glorificó durante la

5. Ver "La Rabona". Pág. 206.



Campaña de la Breña en el combate de Atoshpampa donde se inmoló por la patria. Hoy yacen sus restos en un hermoso sarcófago de mármol blanco en la Cripta de los héroes de la Guerra del Pacífico, representando a la legendaria rabona.

Sólo la intervención masiva de toda la reserva de Martínez, bajo el graneado fuego de la escuadra, permitió a los chilenos estabilizar nuevamente el frente, una hora después de iniciada la batalla, aunque a muy elevado costo de vidas. A tales alturas se produce la dispersión de los restos del *Guardia Peruana Nº 1* y del *Callao Nº 9*, sobre nuestro flanco derecho a efectos del implacable bombardeo de las armas invasoras.

Debemos resaltar también la valiente acción de los batallones que defendían el Reducto Nº 1; se distinguió particularmente el batallón *Guarnición de Marina*, constituido por los tripulantes de los últimos buques que defendieron la costa peruana después de la inmolación del Huáscar.

Durante la acción el jefe de los tres primeros reductos decide incrustar al *Guarnición de Marina* como una cuña en el campo enemigo, frente a los reductos 1 y 2 que defiende. El momento llega a las tres de la tarde. Faning y los suyos reciben la orden de penetrar en el claro que no ocupa el regimiento chileno *Aconcagua*. El marino montó su caballo, se irguió con su espada en la diestra y arremetió al enemigo que tenía al frente. Igual actitud tomaron los del batallón *Guardia Chalaca* al mando del capitán de navío Carlos Arrieta que arengaba: ¡Huir, no. Mejor es morir!. Y los *Celadores del Callao*, así como los batallones del otro reducto.

Fue algo imponente. Estas tropas salieron como dardos rugientes a introducirse en el claro que los esperaba; vencieron los atrincheramientos, saltaron los obstáculos que los separaba de los chilenos; furiosos e incontenibles se lanzaron contra el enemigo, como afirma el coronel Néstor Gambetta.

Por su parte Bulnes refiere la hazaña así:

> "Difícilmente la pluma puede establecer el cuadro de aquella fase del combate. El ímpetu en las acometidas fue resistido por el batallón *Navales*, pero con sacrificios increíbles, y al fin, oprimidos, retrocedieron junto con el *Aconcagua*. Los oficiales recordaban a las tropas sus



deberes y su honor, pero los soldados o se retiraban o se ocultaban tras las tapias, y en vano era que se les recordase reunirse para atacar porque no obedecían".

Vicuña Mackenna también comenta así:
"Incalificable y nunca visto hasta aquel momento era el arrojo y el encarnizamiento con que se batían los peruanos, parecían caerse de los muros y brotar de debajo de la tierra".

El comandante chileno La Rosa decía:
"En vano era que se les ordenara a los soldados reunirse para atacar, porque no obedecían; los momentos eran angustiosos. No era raro ver grupos que se ocultaban en las zanjas, a orillas de las tapias o tras los muros de donde los oficiales los sacaban a planazos, como lo hizo el propio coronel Lynch".

El mayor Alejandro Montani al respecto comenta:
"Los bravos chalacos saltaron de sus parapetos y embistieron al enemigo cuerpo a cuerpo y amenazaron con tal furia la brecha chilena que lograron esparcir espantosa confusión. Los inimitables batallones *Guarnición de Marina* y *Guardia Chalaca*, habían comprado una página de la historia que hoy la consagramos agradecidos y reverentes".

Era el momento en que el coronel Cáceres avanzaba también desde el Reducto Nº 2 con los batallones *Libertad*, *Paucarpata* y *Concepción*, tomando varios cañones del agrupamiento Barceló; sólo el oportuno refuerzo con los batallones *Valparaíso*, *Caupolicán* y *Santiago* entre otros, y falta de un comandante en jefe que condujera la batalla accionando a los otros reductos en apoyo de los que avanzaban triunfantes, salvó a los chilenos de una segura derrota. La pérdida más sentida en el Reducto Nº 1 fue la muerte del capitán de navío Juan Faning García. (Actualmente, sus restos reposan en la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico.)

Como contrapeso, el sector extremo de Pastor Dávila se enciende y rechaza con grandes pérdidas a la engreída caballería enemiga, distinguiéndose en la acción el *La Mar Nº 77* y el huancaíno *Manco Cápac Nº 81*.



El teniente de la armada francesa, Le Leon, que seguía las operaciones de los chilenos durante la batalla, dice en su obra *Recuerdos*.

"La situación extremadamente difícil de los chilenos en esos momentos provocó más tarde un desorden completo. Durante una hora, las fuerzas del coronel Lagos sostienen el esfuerzo enemigo, que sale con audacia de sus trincheras para tomar parte en la confusión del momento. Los peruanos se alejaron de la costa para evitar el fuego de las naves y envolver la parte derecha de la división, no obstante la llegada de grupos desparramados de reserva. En esas circunstancias la posición de los invasores se tornó bastante grave. El comandante general de la artillería se vio precisado a ordenar un repliegue general de 1,500 m. De esta manera se preparaba para proteger una retiraba que le parecía inminente. Otros batallones, como el *Nelipillo*, pretendían avanzar, pero en los caminos de los fundos se perdieron. La confusión se hizo mayor".

Le Leon considera que en Miraflores

"los regimientos estuvieron lejos de presentar la misma cohesión que el mismo 13 en San Juan. La llanura estaba cubierta de elementos aislados, juntándose, pero sin aproximarse y con sus cuadros ya en el fuego. Vimos a muchos de ellos descansando detrás de los arbustos, al abrigo de las balas y del sol. Muchos buscaban bebidas, en las tiendas de los oficiales, abandonadas precipitadamente. La presencia de soldados ebrios y armados, a veces indiscriminadamente, nos hacía apresurar nuestra cabalgadura fatigada para acercarnos a la zona de acción".

Ese ejército con evidentes signos de descomposición y de baja moral, con hombres que vagaban por los potreros o se escondían bajo los árboles para no exponer su vida, no habría podido resistir un contraataque general enérgico y sostenido, y se habría dispersado si los 8,000 soldados de Echenique ubicados en Vásquez, Salamanca y Monterrico, puesta bajo las órdenes del general Cáceres, se hubieran lanzado en oleadas sucesivas.

Así, pasadas las 4 p.m., Lagos logra franquear la casi indefen-



sa quebrada de Armendáriz y proyectar el peso de 8,000 hombres sobre la línea defendida por el glorioso *Jauja No 23*, hasta exterminarlo. A partir de allí, hasta las 5 p.m. una a una fueron sucumbiendo las heroicas unidades a las cuales los hombres de la breña habían insuflado su alta moral. Al mismo tiempo, en forma coordinada, Lynch proyecta su demoledor rodillo de 7,000 hombres sobre el sector de Suárez, fracasando en toda la línea. Allí la bayoneta concepcionina, tinta en sangre, triunfó por primera vez sobre los chacabucos, tocándose diana, congratulando su victoria. Esto se debía en gran parte a su atinada reorganización y refuerzo con oficiales de carrera, combatientes naturales de Concepción. Lo cual explica la alta calidad combativa que caracterizó a esta selecta unidad, en dos sucesivas batallas, bajo el mando del heroico coronel Juan Enrique Valladares. Entre tanto, Lagos y Martínez, una vez que consiguieron aplastar el frente de Cáceres, sin dejar de profundizar su avance sobre Miraflores, desviaron parte de sus fuerzas hacia la derecha para caer sobre la retaguardia de las posiciones de Suárez. La evacuación inmediata se imponía para no ser tomados entre dos fuegos sin misericordia. Algunas unidades alcanzaron a replegarse en desorden, pero otras como el *Concepción*, el *Junín*, el *Huánuco*, el *Cazadores de Junín*, el *Manco Cápac*, el *La Mar* y el *Unión*, utilizando los términos de Dellepiane,

> "prefirieron morir en sus puestos antes de abandonarlos; y los chilenos debieron emplear toda su energía para dominar a los últimos defensores que, ya moribundos, disparaban aún sus fusiles".

Al cabo de una hora de lucha, frente a los cinco primeros reductos, las fuerzas chilenas, engreídas por triunfos pasados, estaban prácticamente "desmenuzadas"; y Le Leon, que emplea esta palabra, explica que precisamente a este desmenuzamiento de las fuerzas se debió la "cifra elevada de pérdida de oficiales". Con gente abatida, borracha y hasta degenerada, que sólo busca la oportunidad para entregarse a la orgía o al pillaje, los oficiales "estaban obligados a ponerse por delante" para levantar el ánimo de las compañías.

Por su parte el historiador chileno Gonzalo Bulnes dice:

> "Cáceres salió de sus trincheras y embistió sobre la sección de la brigada de Barceló que se apoya en el mar. En



ese momento la artillería de campaña retrocedió temiendo ser cortada, tomando posiciones que le permitieran proteger la retirada de la angustiada división de Lagos que debió considerarse perdida. Esta no contaba sino con 4,386 hombres para hacer frente a la avalancha. Difícilmente la pluma puede restablecer el cuadro de aquella terrible fase del combate. Los soldados corrían a tomar sus armas en medio de una lluvia de proyectiles; los cuerpos se organizaban en línea de fuego; las cureñas retumbaban al pasar corriendo sobre las piedras para ejecutar ese momento de retroceso que los soldados confundían con la fuga... El coronel Cáceres con notable valentía, pretendió entonces ejecutar un movimiento envolvente por las dos alas de la línea chilena y tomarle la retaguardia..."

Desgraciadamente, la conducción de las acciones de la línea en general, desde el mar hasta Vásquez –donde Piérola dormía y permanecía mudo por miedo y por ignorancia, sin saber qué hacer ni cómo hacer; evidentemente, el enemigo tenía en él a su mejor aliado– era inexistente. Los reductos operaban independientemente, y las divisiones de veteranos de los coroneles Cáceres, Suárez y Pastor Dávila dependían mucho de su propia iniciativa. Mientras tanto –y lo volvemos a repetir– los ocho mil hombres de Echenique, escondidos en las laderas de san Bartolomé, se mantenían al margen de las sangrientas y decisivas acciones –que tenían por escenario el ala derecha, entre Barranco y Miraflores– por falta de un comandante en jefe. Se frustró así pues lo que pudo ser sorprendente victoria. Reagrupados los chilenos, tonificado el ánimo de los soldados por la enérgica actitud de sus jefes, y utilizados con oportunidad los contingentes frescos de la reserva, el ondulante o indeciso curso de las operaciones terminó por inclinarse a favor de los invasores, y aunque parezca mentira, favorecidos por la negligencia e ignorancia de Piérola en la conducción de las operaciones.

Le León concluye su reseña en estos términos:

"En el centro, los peruanos, bajo el mando de Cáceres y Dávila, juntan las tropas disponibles para hacer el último esfuerzo. Numerosas minas estallan. Pero nada da resultado; la línea es tomada de flanco, los reductos son ro-



deados... Los vencidos dejan detrás de ellos montones de cadáveres que atestiguan una resistencia enérgica. En el ala izquierda peruana, diez batallones de reserva, bajo las órdenes de Echenique, no disparan un solo tiro de fusil".

Así, la resistencia duró hasta las 6 p.m., hora en que pudo darse por terminada una de las más sangrientas batallas de la Guerra del Pacífico. Declarada la derrota, los peruanos sobrevivientes del centro y de la derecha del frente de batalla fueron perseguidos hasta Limatambo por la caballería chilena. El contingente que conformaba el ala izquierda del frente de batalla pudo retirarse casi indemne hacia Ate y Vitarte. No muy lejos, en Vásquez, Piérola disuelve los contingentes de la reserva y se da a la fuga, camino de Canta. Se detiene en Trapiche sólo para hacer algunos nombramientos: el del capitán de navío Aurelio García y García como secretario general de su gobierno, el del contralmirante Lizardo Montero y del coronel Juan Echenique como jefes políticos y militares del norte y el centro. Por otro lado, los heridos, formando parte de una desmoralizada columna de fugitivos, alcanzaron a duras penas la ciudad.

Cuesta concebir los desatinos cometidos entonces; así –y sólo para citar un ejemplo de entre otros muchos–, los 2,677 rifles Peabody que el parque general de Santa Catalina entregó a los reservistas de Vásquez, el 4 de diciembre de 1880, no se emplearon en modo alguno para el apoyo de nuestras tropas de línea. Cuan oportuno es tener en cuenta aquí la admonición del general Dellepiane:

"Se debe tener presente que el soldado no especializado puede ser improvisado; pero nada más que el soldado, casi nunca el oficial subalterno y jamás el oficial superior. No se debe insistir sobre la aberración que representa improvisar un generalísimo".

Fue en aquellos momentos en que el coronel Cáceres, gravemente herido en el combate, decide no aceptar la derrota; recoge el pabellón nacional y lo conduce como heraldo de gloria a las más altas cumbres de los Andes, donde realizará, para bien de la patria, la conjunción de montoneros, guerrilleros y rabonas en el seno de la breña.



El general Cáceres dice en sus memorias:

"Durante la refriega recibí un balazo en la pierna derecha y otros dos atravesaron mi kepí sin herirme, perdí a todos mis ayudantes, unos muertos y otros heridos, figurando entre los primeros los jóvenes Torres Paz y Retis. Entre los heridos está el teniente coronel Salvador Cavero, jefe de una de las divisiones de mi Cuerpo de Ejército que permanecía a mi lado, y los capitanes Augusto Bedoya, Eduardo Lecca y Joaquín Castellanos".

"Quebrantada la resistencia y abrumados por el fuego enemigo, ya no fue posible contener la dispersión de las diezmadas tropas"

"Y solo, con la pierna atravesada por un balazo recibido, y mi caballo también herido, hube de abandonar el campo".

"Pero antes quise enterarme del por qué de la estabilidad de mis compañeros, los comandantes generales, y elegí para retirarme la línea sobre la cual hallábanse asentados sus cuerpos de ejército. Llegué al reducto que obedecía al coronel De la Colina precisamente en el momento en que De la Colina recibía un balazo mortal, mientras otro tiro destrozaba en mis manos el anteojo con el que observaba el campo".

"Indignado por la inexplicable actitud de los comandantes generales, no pude menos que increparles ásperamente de su actitud de espectadores impasibles del desastre de mis tropas. Disculpáronse diciendo que no habían podido proceder de otra manera, debido a las terminantes órdenes del Jefe Supremo de permanecer en sus puestos. Dávila un tanto exaltado, dijo en voz alta que el Dictador después de mandar cursar sus órdenes había tomado saleta, acompañado de su secretario, sus generales ayudantes y sus clérigos castrenses".

"Solo y acosado por fuertes dolores de la pierna herida, seguí por el camino que conduce a Lima. En el trayecto encontré al comandante Zamudio quién me alcanzó un poco de agua en su kepí y me vendó la pierna con un pañuelo".

Estos hechos también los recoge en su informe el teniente Reginal Carey Brenton, del navío británico *Triumph*, quien refi-



riéndose al coronel Andrés Cáceres escribe:

"cabalgando sobre un tercer caballo, con su guardapolvo atravesado por un disparo, la vaina de su espada mutilada por otro disparo, y la parte carnosa de su pierna atravesada por un tercer disparo, todavía se esforzó por mantener unidos los restos de la división, insistía en seguir luchando aunque tenía la pierna sangrando, aprovechando el elemento humano que allí, en el parque de la Exposición, se diluía ante su afiebrada vista".

En efecto, según el mismo general Cáceres *(Memorias)*, a las 7 p.m. llega a la plaza de la Exposición (sic) donde es reconocido por los dispersos, quienes agrupándose a su alrededor le pidieron a gritos "que me pusiera a su cabeza para proseguir la lucha". El relato continúa así:

"Este rasgo de patriotismo me hizo comprender que, a pesar de las desgracias sufridas, no se había quebrantado del todo el espíritu de las tropas y que aún era posible formar un nuevo ejército y operar con él en la región del centro de la república. Les hice ver mi herida y les manifesté que en tales condiciones no me era posible por el momento ponerme al frente de ellos; pero les recomendé que se reunieran y reoganizaran a órdenes de los principales jefes que se hallaban en palacio, quienes tomarían el mando".

Inmediatamente remitió al capitán de la Barra para que, de parte suya, informase a los coroneles Suárez y Secada. "de lo que ocurría en la Exposición y de la conveniencia de reunir esos dispersos para improvisar un nuevo ejército". Entretanto ordenó a la caballería que bloqueara todas las bocacalles de acceso a la ciudad para concentrar allí el mayor número de soldados.

Por su parte Tomás Caivano afirma:

"Nos consta, por las muchas informaciones obtenidas, que durante la noche del 15 al 16, las plazas y las calles principales de Lima, estaban literalmente llenas de soldados, la mayor parte armados que hacían algazara pidiendo ser conducidos contra el enemigo".

Por desgracia, al volver de la Barra le dijo que:

"en palacio habían juzgado irrisorio [su] proyecto y le ordenaron decirme QUE TODO ESTABA PERDIDO y que



> mandara a los dispersos para que entregasen sus armas y fueran licenciados".

Así, sin poderlo evitar, la derrota de Miraflores se potenció grandemente en Lima. Sin embargo, curándose la herida en la ambulancia de San Carlos, reitera su pedido esta vez por intermedio del capitán Pérez con el fin de que las tropas y el parque se remitiesen a Chosica. Pero "dichos jefes volvieron a mandar decirme QUE TODO ERA INUTIL y que ya habían licenciado a los soldados, recogiendo las armas". Demás está decir que fue el enemigo quien cargó con ellas.

Es obvio que ello fue consecuencia de la falta de preparación de los jefes del ejército de alta categoría, ya que ella era casi nula, salvo la de muy pocos oficiales que se distinguieron. Así el historiador Paz Soldán dice: "El Estado Mayor peruano era el depósito de los jefes y oficiales, del desecho del ejército". Por su parte el chileno Barros Arana refiere, acusando la imprevisión de este Estado Mayor:

> "que después de la batalla de Tarapacá los oficiales peruanos hurgaban ansiosamente en los bolsillos de sus adversario muertos para buscar los planos y mapas que les era indispensables en su marcha en ese territorio que era peruano".

Gracias al eficaz y oportuno auxilio del capitán José Miguel Pérez supo el coronel Cáceres que en el convento de San Pedro eran atendidos los capitanes Augusto Bedoya y Joaquín Castellanos, los dos ayudantes de su comando, a quienes la muerte respetó en Miraflores. El reencuentro del coronel Cáceres con sus ayudantes –luego de ser trasladado al convento– fue emotivo y muy satisfactorio, animado por el diálogo sobre los pasados contrastes, la falta de visión y entereza que en el momento de la derrota había dado lugar a la disolución del ejército y la reserva. Con todo, aquella convulsa noche, en el insomnio del coronel Cáceres, se generaba la guerra por la patria chica. La misma que comprometió a todos los peruanos que coincidieron con él, en el sentido de que no todo estaba perdido, y de que no todo era inútil.

El capitán José Miguel Pérez del batallón *Concepción*, fornido y de una impresionante presencia, y que había buscado afanosamente al coronel Cáceres después de la batalla, lo encontró en



la improvisada enfermería organizada en la vieja casona de la Universidad de San Marcos. Al ponerse incondicionalmente a sus órdenes le dijo: "Vine en cuanto supe dónde estaba usted; hubiera pasado a través de los asaltantes si me hubieran enfrentado". Por su parte el general Cáceres refiere en sus memorias:

"En la noche de ese mismo día, se me presentó el capitán José Miguel Pérez, oficial muy estimado por mí y que combatió en el batallón *Concepción* al mando del coronel Valladares. Dicho capitán al saber que yo estaba herido, comenzó a buscarme por todas las ambulancias, hasta que me encontró en la de San Carlos y me ofreció y prestó luego valiosos servicios..."

La primera misión que encomendó entonces al capitán Pérez fue la que había dado al capitán de la Barra en el parque de la Exposición, para que fuera a Palacio de Gobierno; la respuesta fue igualmente negativa: "que todo era inútil". Mientras tanto la enfermera Catalina Macedo García, hija del coronel Macedo, muerto en la batalla de Tacna, se multiplicaba para atender solícitamente al coronel Cáceres.

Consumada la ocupación de la Capital, y en vista de los frecuentes registros que realizaban los chilenos en todas las reparticiones, el capitán Pérez y las personas encargadas de su cuidado, decidieron trasladar al coronel Cáceres a la ambulancia del convento de San Pedro. Aprovechando de la sombra del crepúsculo, el coronel Cáceres fue trasladado en camilla. Allí fue amablemente recibido y cuidadosamente curado por el doctor Belizario Sosa, que ya lo había atendido en la ambulancia de San Carlos. El superior de los jesuitas de ese convento, padre Gumercindo Gómez de Arteche (1842-1902), le cedió su propia habitación, por el peligro que corría en caso de caer en manos de los chilenos que frecuentemente registraban las ambulancias.

Durante su obligada reclusión en el convento, el capitán Pérez se arriesgó a recorrer la ciudad, bajo un disfraz. Informaba a su jefe sobre la tragedia que vivía Lima, con su atmósfera de violencia que aplastaba a la ciudad.

José Miguel Pérez, el más fiel de los seguidores de Cáceres, murió en la calle La Riva, el 27 de agosto de 1884, defendiendo la causa de su general, en el combate por la toma de palacio de gobierno; tenía 30 años. Fue sepultado en un nicho común



llamado San Lucas, D-31. Ostentaba ya merecidamente, la clase de teniente coronel.

El 21 de enero el coronel Cáceres se decidió a abandonar su hospedaje; se vistió de negro, con sombrero de copa y larga levita, se caló unos anteojos ahumados y, cargado en un sillón, lo descendieron del cuarto del padre Gómez de Arteche; se despidió muy agradecido de éste. Concurrió primero a la casa del doctor Gregorio N. Real en la calle Quemado, y posteriormente se instaló en su propio domicilio en la calle de San Ildefonso.

La gratitud de Cáceres hacia los jesuitas se manifestó cuando, convertido en Presidente de la República, visita los claustros de San Pedro que le habían prestado providencial refugio seguro. Fue el 11 de junio de 1886...

> "Cinco meses más tarde, cuando las cámaras legislativas arremeten contra la compañía de Jesús y aprueban la ley que la disuelve en el Perú, es el propio general quien objeta la ley y la devuelve al Congreso..."

Durante la defensa de la capital, como se ha dicho, se improvisaron batallones; entre ellos había uno llamado *Los Futres*, encabezado por don Juan de Aliaga (conde de Lurigancho); el de los periodistas al mando de don Dionisio Derteano; el de los abogados que comandó el doctor Unanue. Igualmente no debe olvidarse que en los campos de San Juan y Miraflores, sucumbió la flor y nata de la juventud elegante, así como muchos caballeros de edad madura perteneciente a altas esferas oficiales y sociales como Natalio Sánchez, Narciso de la Colina, Carlos Arrieta y Juan Faning.

De las generaciones más jóvenes se inmolaron cientos de adolescentes, incluso niños. Peleando junto al ministro de guerra, su padre, cayó el joven Iglesias; también se inmolaron los hijos del héroe de Arica, Enrique y Augusto Bolognesi; Juan Castilla, hijo del mariscal Castilla; Hernán Lavalle, vástago de don Juan Antonio de Lavalle, Ministro Plenipotenciario en Santiago; Juan Alfaro sobreviviente de Angamos, contador del *Huáscar*; los hermanos Alberto y Toribio Seminario, adolescentes de 16 y 17 años que murieron abrazados a la bandera bicolor; los niños de apenas 15 años Alejandro Tirado y Grimaldo Amézaga.

Entre los caídos en San Juan yacía el coronel Reynaldo de



Vivanco, hijo del expresidente Manuel Ignacio de Vivanco. Cerca de él cayó Felipe Valle Riestra de 22 años, que acababa de llegar de Francia donde había terminado sus estudios. Se hizo presente en la línea de San Juan el mismo día de la batalla; en su diestra llevaba la espada que heredó de su abuelo, el almirante Martín Jorge Guisse, fundador de la marina de guerra del Perú, quién lo había empleado como guardiamarina en Trafalgar.

La señora Donatila Olavegoya, dama aristocrática, famosa por su belleza y sus caudales, en su afán de buscar el cadáver de su esposo Reynaldo, corrió los campos de batalla de San Juan y Miraflores acongojada, y lo halló días después; su dolor y desesperación le hicieron tomar la determinación de ingresar a la hermandad de San Vicente de Paul para mitigar así su inconsolable viudez, regalando sus caudales y propiedades para obras de caridad. Se retiró fuera del Perú para retornar después a Lima como la madre María Magdalena Olavegoya.

El 15 de enero de 1889, *El Comercio* de Lima, publicó una nota en homenaje a los caídos en las batallas de San Juan y Miraflores, con el título: "¡El es!". En ella decía:

> "Entre la multitud de personas que buscaban los restos de sus seres queridos en los campos de San Juan, nos llamó la atención una elegante y hermosa señorita, acompañada por dos criadas: pálida, llorosa, inquieta, andaba con escrupuloso cuidado examinando cuanto fragmento hallaba. De pronto de detuvo, lanzó un ¡ay!, y cayó en tierra cubriéndose el rostro con ambas manos y exclamado entre sollozos: ¡El es!. ¿Quién era él?..." Indudablemente, era el héroe tan ansiosa como desesperadamente buscado: el coronel Reynaldo de Vivanco; y ella, la señora Donatila Olavegoya de Vivanco.

Igualmente, el mismo diario, rendía homenaje a la madre dolida, en una nota que titula "Una Madre" que glosamos:

> "Nos llamó también la atención una anciana señora que se hacía llevar de la mano y que caminaba con gran dificultad: era sin duda alguna, la madre de un hijo caído en la sangrienta batalla. Durante varias horas la vimos caminar casi sin fuerzas. Aparentemente no logró encontrar los despojos queridos..."



Al día siguiente, 16 de enero de 1881, el alcalde Rufino Torrico formaliza la entrega de la ciudad ante Baquedano, cuyas tropas comenzaron a ingresar a la capital la tarde del 17, y en el mayor orden, bajo la atenta mirada del almirante francés Abel Bergass Du Petit Thouars. El doloroso capítulo de la guerra por la patria grande se cierra así con el episodio de la ocupación de Lima.

Sin embargo, recordando a aquellos que derramaron su sangre en su defensa, nosotros, los hombres de la breña de hoy, rendimos a través de estas páginas nuestro homenaje, que acaso no alcance a perennizar como se debe a quienes les tocó cargar, por todos, la pesada cruz de la salvación de la patria, desde el horrendo calvario de San Juan, Chorrillos y Miraflores hasta Huamachuco.

Recientemente, en conmemoración de los miles de peruanos que se inmolaron en San Juan, Chorrillos y Miraflores, y para rendir merecido homenaje a esos héroes, se ha levantado en el Reducto Nº 2 de Miraflores una lámpara votiva, con el símbolo del fuego sagrado. La patria no quiere que se apague esa luz, que alumbra el alma de sus héroes. El fuego de la lámpara motivará a la juventud peruana para que no apague en su alma el fuego sagrado del patriotismo. La llama que iluminó el alma de esos héroes, iluminará el alma y el corazón de los peruanos de hoy y de siempre.

6. RESPONSABILIDAD DE PIEROLA

Entre las páginas más negras de la historia republicana, durante la guerra con Chile, están las que registran los actos de Piérola. Este era un político de carrera, convertido en el caudillo de turno, que disputó sin escrúpulos la jefatura de la nación hasta obtenerla, animado por su propia pasión e interés. Convirtió la jefatura de la nación en una especie de feudo, a pesar de que con ello atentaba contra la integridad territorial. Tomó por asalto las riendas del Estado con toda impudicia, sin que le importara la grave situación que vivía el país. Su gobierno durante la guerra estuvo lleno de errores que su ambición de poder le dictaron. Es más, las circunstancias y la época en que tuvieron lugar sus aventuras agravaron sus desaciertos. Muchos y muy graves son



los cargos que pesan sobre él.

Desde 1872, aun antes de la guerra, Piérola no cesó de conspirar contra los gobiernos legalmente constituidos. Al estallar el conflicto se encontraba desterrado en Chile por agitador; desde Valparaíso pidió al presidente Prado volver al país; éste, generosamente, no obstante que le había hecho la revolución dos veces, aceptó su regreso. Prado le ofreció diversos puestos, como lo afirma en un manifiesto publicado en Nueva York, pero Piérola, para consumar su premeditado delito, prefirió sólo el mando de un batallón, el mismo que recibió convenientemente armado. Prado pagó luego el error de creerlo sincero y patriota al introducirlo al ejército con mando de tropa.

El doctor José María Quimper refiere en una nota, que publica en *El Comercio* de Lima, la petulancia de Piérola:

> "Cuando S.E. el general La Puerta llamó a Piérola para que se encargase del Ministerio de Hacienda, se negó éste a aceptarlo pidiendo se le nombrase Ministro de Guerra y Presidente del Consejo; La Puerta accedió a darle la presidencia, pero en cuanto a la cartera de guerra, se le negó expresándole que no era un puesto de su resorte, para él que no tenía condiciones, entonces Piérola contestó: Es necesario que S.E. se convenza que yo se más de milicia que todos los generales del Perú..."

Es posible que Piérola actuase autoconvencido de su saber con audaz estulticia, cometiendo los graves errores que conocemos.

Ya en el poder y en plena guerra, el doctor Mariano Alvarez conociendo las premeditadas acciones de Piérola contra Montero, jefe de las fuerzas en campaña, le decía el 31 de diciembre de 1879:

> "Piérola no va a hacer la guerra al enemigo, sino asegurarse en el poder, por lo mismo a Ud. lo privará de la popularidad; lo haría desaparecer al instante".

Piérola tenía celos de Montero, por ello buscó que fracasara: abandonándolo frente al enemigo, entregándolo a su propia suerte, sin enviarle recursos ni los medios necesarios que requería para hacer frente al enemigo. Según el coronel Esponda, decía: "Que desaparezca ese ejército corrompido del sur".

Consumados los acontecimientos con los cuales Piérola llegó a la dictadura, tanto la fuerza armada como la civilidad, por



patriotismo y por lealtad a la patria herida, se sobrepusieron a sus ansias de castigar al ambicioso e inoportuno agitador. Con innegable hidalguía y patriotismo aceptaron la dictadura. El sentimiento de la fuerza armada fue sincero e incondicional; la patria estaba ante todo, y para salvarla había que sumar fuerzas contra el invasor.

La dictadura comenzó desentendiéndose del ejército en campaña; una de las principales razones de esa desatención fue el hecho de que el contralmirante Montero, por ser civilista, era rival de Piérola; por lo tanto debía hacerle la guerra para buscar su fracaso frente al enemigo. Para lograrlo no escatimó esfuerzos como se puede inferir de algunos de los múltiples hechos que mencionaré y que prueban nuestra aseveración.

El ejército del sur necesitaba ser reforzado, necesitaba artillería; necesitaba dinero para atender a sus necesidades (el país estaba en guerra); pero lo descuidó todo maliciosamente a pesar de los reiterados y angustiosos pedidos; Montero, como dice en sus cartas, cumplió honrosamente y sin titubeos las escasas órdenes que se le trasmitieron de Lima y, en cambio, hasta se vio privado del mando, en el territorio que debía actuar, al ser reducido sólo a jefe militar de las tropas.

Glosamos algunas de las cartas, reveladoras, enviadas a Piérola por Montero.

31 de enero de 1880:

"Ya hace pues un mes, señor presidente, que estoy a oscuras y que no sé el pensamiento del gobierno respecto a la nueva campaña que en mi humilde concepto debe emprenderse..."

4 de marzo de 1880:

"Hasta la fecha no he recibido refuerzo de tropa, ni armas, ni dinero para el desmantelado ejército que me obedece; así es que puramente con escasos elementos de que dispongo voy a librar al fin la batalla que el enemigo nos provoca; veremos pues si la providencia nos ayuda..."



25 de mayo de 1880:

"La escasez de fondos para el sostenimiento del ejército es abrumadora, habiéndome visto obligado a prestarme del comandante en jefe del ejército de Bolivia veinte mil soles, porque ya no tengo en comisaría ni un centavo para diarios de la tropa. Con este motivo pues, y en fuerza de otras necesidades que no han sido cubiertas, y que (nos) han colocado en la más desesperada situación, hoy presento al secretario de guerra una larga nota, pues me asalta el temor de que mis pedidos quizá no han sido presentados oportunamente a Ud..."

22 de abril de 1880:

"Las esperanzas de auxilio y refuerzo a este cuartel general las he perdido, en vista del candoroso y célebre parte que hace al prefecto de Arequipa y cuya copia y contestación le adjunto a fin de que vea Ud. la ninguna conciencia que tienen ciertos caballeros, del estado de guerra, de la situación y condiciones de las fuerzas, y del ningún conocimiento que tienen, en fin, de los hombres como yo..."

"El contingente de (400,000) cuatrocientos mil soles, lo hizo regresar el prefecto de ese mismo departamento, así que, esto unido a la escasez, miseria, estado de desnudez, hambre y de ninguna esperanza de mejoramiento, me ha colocado en una situación desesperada..."

"¡Cuántas probabilidades de feliz éxito habían si el mes y días transcurridos desde la invasión a Moquegua, hubieran venido unos 4 ó 5 mil por Arequipa para atacar al enemigo en combinación conmigo por su vanguardia y retaguardia..."

31 de abril de 1880:

"Nada sé aún de las fuerzas de Arequipa; cada día advierto más necesidad de una regular caballería cuya falta quiera Dios no nos sea funesta..."



"La ropa de lana para la tropa y dinero metálico para su sostenimiento son también ... necesidades del momento..."

A todo esto hay que agregar que hizo, además, lo posible para cambiar en plena guerra, los altos mandos del ejército del sur, con jefes adictos a su persona y política aunque fuesen ineptos e incapaces, como sucedió con el coronel Leyva y José de La Torre, quitándoles el mando a jefes calificados y patriotas como el general Beingolea y coronel Isaac Recavarren.

Preocupado por el notorio abandono a que había sido entregado el ejército del sur, Ricardo Palma (pierolista) escribe a Piérola:

"Usando (quizá abusando) de la franqueza con que Ud. me ha ordenado que le hable siempre, quiero decirle que cada número que por acá llega del periódico oficial me produce crispadura de nervios y dolores de cabeza, me enferma y acoquina. En uno veo decretos sobre organización de cajas fiscales (que no tenemos), es decir, decreto para el porvenir, para cuando tengamos, para cuando haya harina que guardar en las cajas. En otro veo la supresión de la corte de Piura, decreto cuya justicia no hablo, que hoy es inoportuno y que va a crearle a Ud. resistencia. Cada decreto de este calibre lo explotan los enemigos y sacan maravilloso partido. No son los actuales momentos propicios para implantar reformas, pues ellas hieren intereses personales o la vanidad de los pueblos. Seriamente hablando, quien en el extranjero lea ciertos decretos del periódico oficial se imaginará que el Perú goza de paz octaviana, que estamos como balsa de aceite, que es pamplina la anarquía y que no hay chilenos en casa. Yo querría ver a Ud. gobernando menos y sin preocuparse de reformas ni de asuntos que atañen al orden administrativo. Muy bonito, muy poético, muy patriótico será un decreto sobre apertura de caminos y navegación fluvial, pero sin resultado práctico e inmediato, atendidas las circunstancias del momento. Por mucho que sea, y yo soy el primero en reconocerlo y respetarlo, la actividad del espíritu de Ud., no tiene Ud. amigo mío (y disculpe la franqueza de la palabra) el derecho de emplear hoy un minuto de sus vigilias en otra cosa que no sea la paz o la guerra. Lo primero



es tener patria y ésta no la tendremos mientras el pabellón chileno flamee en el litoral".

Manuel González Prada que había conocido desde las aulas escolares a Piérola, dice de él:

"Piérola nació de los amores del Genio Atolondramiento con el Hada Imprevisión; de ahí que en sus revoluciones no se descubre el plan de un político sino la empresa de un aventurero. Con fe ciega en la fatalidad, como un creyente de Mahoma, o confiado en el auxilio de la providencia, como un fanático de la Edad Media, él no calcula las probabilidades del buen éxito, no mide la magnitud de los estorbos, no estudia a los hombres para descubrir sus vicios o virtudes ni prevé la sucesión lógica de los acontecimientos: cierra los ojos y dispara como jinete con delirium tremens en un caballo desbocado. Chile mismo no habría elegido mejor aliado. Cuando convenía ceñirse a disciplinar soldados, reunir materiales de guerra y aumentar recursos fiscales, Piérola renueva las más pasivas instituciones: era el caso de ordenar y desordena; de hacer y deshace; de conservar y destruye; de operar y sueña. En el estado de guerra, cuando las funciones del cuerpo social son de más intensidad y de mayor extensión, suprime órganos o les sustituye con mecanismos artificiales muertos. Peor aún: asume el Poder Legislativo, el Ejecutivo, el Judicial, el Generalato en Jefe del Ejército, el Almirantazgo de la Marina, en fin, presume realizar una obra que no imaginaron Alejandro, César ni Carlomagno".

"Veamos a Piérola instalado en el Poder. El inmaculado concede su intimidad, sus favores y sus cargos de más confianza a los hombres que en todas las épocas y bajo todos los gobiernos se distinguieron por la rapacidad y la desvergüenza, el restaurador de las garantías individuales encarcela diputados, clausura periódicos y se vale de subterfugios y triquiñuelas de tinterillo para confiscar imprentas y sellar el labio de los hombres que hablan con independencia y osadía...". [Agrega luego:] "Realmente el remedio es peor que la enfermedad. Encaramado en el poder lanza un mensaje rotundo conmovedor": "Para no-



sotros no hay ni puede haber sino una sola aspiración: el triunfo rápido y completo sobre el enemigo extranjero. Para esta obra no hay sino hermanos, sin memoria siquiera de las pasadas divisiones, y estrechados por el vínculo indisoluble del amor al Perú. Cuanto retarde el instante de la completa unidad nacional, es un delito de lesa patria. Ella es condición de poder y el triunfo del Perú".

"Bellos propósitos por cierto, pero ¿los cumple él? La obsesión del poder lo obnubila y hace todo lo contrario. Como primera medida deja sin efecto en forma inconsulta el contrato "Rosas-Goyoneche" celebrado con el "Crédito Industrial de París", contrato o empréstito gestionado en el anterior régimen y cuyo monto estaba destinado íntegramente a cubrir los gastos de adquisición de armamento y buques de guerra. No interesa en ese momento crítico la naturaleza del crédito ni sus supuestos entretelones, sino la urgencia perentoria. Piérola completamente ciego, pero ciego de conveniencia, acepta las tentadoras ofertas de un famoso traficante de apellido Dreyfus, ya conocido por sus turbios negocios con el Estado peruano, precisamente en un período anterior en el cual Piérola fue Ministro de Hacienda; y firma un convenio leonino que contempla el reconocimiento de un crédito dudoso de 4'000,000 de libras a cambio de una promesa de préstamo de 1'000,000...".

"La actitud de Piérola, sin embargo, es consecuente con su estupidez, pues ya en 1872 a tiempo de dejar el Ministerio de Hacienda, había manifestado que: "Los fondos del contrato Dreyfus no serán para librar batallas..." (con el enemigo). Eso sí, serán utilizados para su encumbramiento personal y para asestar una puñalada a su patria".

Cuánta razón tenía González Prada al mostrar con acritud al ensoberbecido dictador.

Los graves errores cometidos por Piérola en la defensa de Lima, así como su conducta después de los desastres de San Juan y Miraflores, han dado lugar también a serias críticas, casi todas fundadas. No queremos extendernos más en la enumeración de cada una de ellas, pues ya lo hicieron historiadores imparciales



como el insigne Rubén Vargas Ugarte. Para terminar citaremos solo un párrafo que sobre Piérola escribió recientemente Guillermo Thorndike:

"Conspirador desde Chile contra el gobierno peruano, amigo de la mafia de los hermanos Dreyfus y de sus negociados, inoportuno insurrecto con el enemigo ya en territorio nacional, demagogo y tirano amordazante de la prensa".

7. OCUPACION Y SAQUEO DE LIMA

¡Qué duro es imaginarse los días que vivieron los habitantes de la Capital después de la derrota de Miraflores! A parte del dolor, que trituraba sin piedad los corazones de quienes habían perdido algún miembro de la familia en los campos de batalla del sur o en las recientes batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores, ahora muchos hogares esperaban indefensos y llenos de pánico, afrontar los desmanes de los chilenos que acababan de arrasar Chorrillos, Barranco y Miraflores. Muchas familias huyeron al interior con lo muy indispensable que podían llevar, quedando sus bienes azarosamente desguarnecidos.

En estas circunstancias entraron los chilenos a la indefensa Capital que no la incendiaran y destruyeron gracias al almirante francés Bergasse Du Petit Thouars. Pero habiéndola ocupado en la tarde del 17 de enero, se dedicaron al saqueo vandálico y al saqueo organizado. El primero lo realizó la soldadesca chilena como en Chorrillos. El cuadro que ofrecía Lima era pavoroso; dice Inostrosa:

"Las casas y las mansiones eran constantemente registradas en busca de armas y esos allanamientos se prestaban para que la soldadesca cometiese toda clase de rapacerías y atropellos. Como existía en Lima un ejército de ocupación de más de 20,000 hombres, distribuidos en todos los sectores de la ciudad, era imposible impedir que los soldados obraran por iniciativa propia, introducíanse en las residencias a viva fuerza, para apoderarse de los objetos de valor, hacerse servir comidas y bebidas y abusar de las mujeres que caían en sus manos. Durante varias semanas el terror que sembraron fue incontrolable".



Muchos patriotas se inmolaron defendiendo la heredad nacional y particular. Así el club Regatas Lima, en Chorrillos, perdió sus instalaciones durante la ocupación chilena; ellas fueron llevadas a Chile en el transporte Toltem. Su local se convirtió en depósito de pertrechos de guerra. El guardián Angel Camacho hizo volar con dinamita todos los pertrechos y el local, muriendo heroicamente en el lugar.

El vandalaje y robo organizado lo realizó en forma metódica y planificada el comando chileno; para ello formularon un plan de búsqueda de bienes, instruyendo a los encargados de formularlos. "Mientras más valioso mejor; lo que importa es que quepan en nuestros barcos". Luego se formuló una relación de los lugares por desmantelar incluyendo en ésta, la maestranza de los ferrocarriles, las fundiciones de Piedra Lisa y Bella Vista, la fábrica de pólvora, las fundiciones de Guía y Monserrate, la Casa de la Moneda, la Escuela de Artes y Oficios, el Palacio de Gobierno, el Palacio de la Exposición, el Congreso Nacional, el Jardín Botánico, etc., etc. A esta relación se adjuntó otra que comprendía los barcos y otros medios de transportes donde debían cargarse todo lo raptado. Agrega Inostrosa:

> "El estudio practicado por el comandante Stuven había sido tan extenso y completo que ni siquiera olvidaba las fuentes de hierro de las plazas, las estatuas de mármol, hasta colecciones de libros de la Biblioteca Nacional consistentes en más de 50 mil volúmenes y valiosos manuscritos".

Ante tan repugnante rapiña, el 1º de marzo de 1981, el Director de la Biblioteca Nacional, Sr. Manuel Odriozola, protestó y pidió al comando chileno hacer conocer a su gobierno "el saqueo de la biblioteca, crimen de lesa civilización cometida por las autoridades chilenas de Lima". Seiscientos técnicos contratados entre los extranjeros residentes en Lima y Callao fueron encargados de dejar vacíos los grandes establecimientos. "Este despojo organizado, increíble por su magnitud, dejó a los peruanos pasmados, atónitos al comienzo; lo sintieron como una puñalada contra la cual no podían enfrentarse". Desbordada la rapacidad araucana que no respetó siquiera los bienes personales de los habitantes, impusieron fuertes cupos de acuerdo al siguiente decreto:



"Art. 1º. Los departamentos de Lima y Callao, pagarán mensualmente la suma de un millón de pesos en plata o su equivalente en moneda corriente, al cambio del día, para atender los gastos de alimentación del ejército de ocupación.

"Art. 2º. El millón correspondiente al mes de febrero último, será pagado por las personas que se indica a continuación, debiendo entregar cada una la cuota de 20 mil pesos fuertes...".

A continuación se publicó la nómina de 150 notables que deberían abonar las cuotas, agregando la advertencia: "Si alguno de los nombrados no pagase su cuota dentro del plazo fijado, se procederá a destruir, por ahora, sus propiedades, en un valor que sea, por lo menos tres veces mayor, sin perjuicio del apremio personal". Estos son resúmenes muy sucintos de las huellas profundas y dolorosas que dejaron los invasores, nuestros enemigos de siempre.



Reseñas históricas y biográficas

EL TESTIMONIO DE FELIPE MUÑOZ

El teniente Felipe Muñoz, del batallón Concepción, que tomó parte en la batalla como sargento segundo, refiere en una nota publicada en *La Voz de Huancayo*, el 14 de enero de 1932, que la noche del 12 al 13 de enero de 1881, su batallón que pertenecía al Cuerpo de Ejército de Reserva del coronel Suárez, estaba ubicado detrás del centro de los Cuerpos de Ejército de los coroneles Cáceres y Pastor Dávila, siendo designado para cubrir las avanzadas de la posición defensiva; tocándole a su compañía cubrir la parte de ese frente al mando del capitán José Béjar, tenientes Pablo Bárraga y Felipe Meza; subtenientes Pedro Ortuzar y Félix Tueros. Su compañía debía proporcionar también los clases para cumplir la difícil tarea de "Centinelas perdidos", entre los que se encontraba él -algo así como vigías muy avanzados-, con la misión de alertar, por medio de reflectores, la presencia del enemigo. Asegura que ese día el "santo y seña" era rojo y blanco, y que por lo tanto se empleó luces de esos colores para anunciar la presencia del enemigo, rojo para la infantería y blanco para la caballería. A las 3 de la mañana del 13 de enero de 1881, descubrió Muñoz que se acercaban los chilenos rápidamente, por lo que comenzó a trasmitir las señales convenidas. Y mientras cumplía su misión desde un lugar prominente, se vio de pronto casi sobrepasado por el enemigo, por lo que sin tiempo para replegarse a su unidad, optó por enterrarse en la arena; los otros centinelas fueron capturados y nunca se supo nada de ellos. En las postrimerías de la batalla, cuando Muñoz trataba de volver a su unidad cayó prisionero; y cuando los chilenos avanzaban libremente a ocupar Chorrillos, fue conducido amarrado al cuartel general que se instalaba en ese balneario; iba con las manos atadas y pendientes de un cordel que sujetaba el chileno. Al ingresar a la población llegaron a una casa comercial que los chilenos habían allanado y se disputaban la mercadería como fieras hambrientas. Entonces su conductor dejó el fusil en el suelo al lado del prisionero y corrió a sumarse a los asaltantes, Muñoz aprovechó la ocasión para acomodar el fusil con el pie en dirección a la tienda y luego



accionó el disparador con la punta de aquel. La bala disparada fue a dar sobre los asaltantes, hiriendo de muerte al chileno que lo conducía produciendo una terrible confusión y pánico entre los chilenos. Muñoz aprovechó de ese desorden para escapar arrojándose a una zanja de riego; luego se escondió entre los sembríos para evadirse y volver a su unidad. La zanja que menciona Muñoz, según la crónica del soldado chileno Hipólito Gutiérrez, era la misma que a esa hora "iba con agua colorada de sangre de los cuerpos muertos que habían adentro". El 15 Muñoz peleó en el Reducto Nº 2 de Miraflores; luego luchó en toda la Campaña de la Breña hasta Huamachuco con la clase de teniente. El Congreso por Ley 232, del 8 octubre de 1906, le concede la medalla de vencedor por su brillante actuación como guerrillero en el combate de Concepción librado el 9 de julio de 1882.



III

INICIACION DE LA CAMPAÑA DE LA BREÑA

1. LAS MONTONERAS Y LOS GUERRILLEROS

> "La resistencia en la breña representa la enfervorizada y enhiesta lucha final del hombre de piedra y roca andina que surge siempre impulsado por un movimiento telúrico. Tras los irreparables desastres del ejército regular, abandonado a su propia suerte y sin ninguna clase de apoyo logístico, se impuso la guerrilla, ya experimentada en el mismo escenario geográfico y en similares encuentros durante las luchas por la emancipación".[1]

Antes de iniciar la narración de las acciones realizadas durante la heroica resistencia de la Campaña de la Breña, en la que se consagraron los guerrilleros de los Andes, diremos algo sobre los montoneros y los guerrilleros.

Al inicio de las luchas por la emancipación comenzó a perfilarse la presencia de las montoneras que secundaron eficazmente a las fuerzas patriotas. Durante la lucha y con la demanda de un apoyo más eficaz, comienzan a organizarse las guerrillas cuyas características difieren de las montoneras. Trataremos de establecer, muy sucintamente, la diferencia entre ambas, a tenor de su evolución e importante acción de apoyo a las operaciones militares.

1. Porque no existía en el CEHM del Perú, iniciamos y concluímos la organización de lo que hoy llamamos: La Colección Documental de la Campaña de la Breña; comprende seis legajos de documentos relacionados con las operaciones.



Las montoneras, agrupaciones bélicas muy antiguas que surgen del alzamiento de los pueblos, dispuestas a luchar o colaborar con las fuerzas de su preferencia, con armas o simplemente con los medios que obtienen al momento de su intervención, eran agrupaciones que aunque guiadas por un ideal común, no contaban con una dirección ni organización preestablecida; de allí, quizá, su nombre: la montonera; agrupación espontánea, pero desordenada; casi siempre sin un comando apropiado.

Los guerrilleros, en cambio, siendo hijos de las montoneras, alcanzaron otro nivel de preparación que con el tiempo les permitió prestar valiosos servicios a las fuerzas de línea, luchando frontalmente con el enemigo, aún sin auxilio de aquellas. Su organización y comando estaban generalmente a cargo de hombres de armas, oficiales o clases, que los preparaban y dirigían, para cumplir acciones ofensivas y defensivas importantes; a esta categoría pertenecieron, desde las luchas por la independencia, las guerrillas organizadas por Aldao, Huavique, Ninavilca, Terreros, etc. etc.. Durante la Guerra del Pacífico, se distinguieron en la Campaña del Sur, principalmente, los guerrilleros del coronel Gregorio Albarracín; y en la Campaña de la Breña, los mejores, los organizados en Comas por Ambrosio Salazar con los comasinos y andamarquinos; los guerrilleros de Sicaya de Vicente Samaniego V.; los guerrilleros de Huanta de Miguel Lazón; los de Acostambo, Pazos, Tongos, Huaripampa, etc.

En cuanto a su empleo y sus características diremos que las guerrillas por su misma naturaleza, son capaces de infiltrarse en cualquier dispositivo rígido y fuerte que trate de eliminarlos; por eso fue aplicada desde la antigüedad a los tiempos modernos: Vereingentonx en las Galias contra Julio César; en España durante la invasión napoleónica; en la guerra de la independencia americana: Páez, Artigas, Padilla, etc; las guerrillas rusas contra los alemanes; las de Tito en Yugoslavia, en la última guerra mundial; los rebeldes indochinos que derrotaron a los norteamericanos, y los de Argel.

Siendo una de las mejores formas de enfrentar al adversario superior, la guerra de guerrillas permite ganar tiempo explotando los factores propios favorables, manteniendo al enemigo en permanente zozobra e intranquilidad, desgastando sus nervios



con una actividad invisible, pero existente, ante lo cual no puede sacar provecho de su seguridad.

La doctrina de guerra, particularmente la de los países débiles, y sobre todo aquellos que pueden explotar sus condiciones naturales, deberá considerar la guerra de guerrillas como uno de los recursos más expeditivos y de gran rendimiento para compensar su propia inferioridad, como lo hizo el general Cáceres durante la Campaña de la Breña. Se requiere pues predisponerla y organizarla desde tiempos de paz sin esperar la contingencia bélica para organizarla y conducirla rudimentariamente.

El equipo y armamento deben ser livianos y de fácil transporte: ametralladoras livianas, pistolas ametralladoras, morteros y bazoocas de pequeño calibre; explosivos, y demás armas cortas; la sanidad de emergencia forma también parte del equipo.

Sus tácticas de lucha se caracterizan por el ataque cuando el enemigo se retira, y por la retirada cuando éste ataca, no empeñándose seriamente en acción alguna sin contar con la sorpresa y la superioridad del momento. Las guerrillas actúan por la emboscada, coladas, golpes de mano e incursiones.

Los guerrilleros son elementos importantes en el vasto servicio de informaciones, ya que están en condiciones de indagar y recoger informaciones fidedignas del enemigo, penetrando a veces en su propio dispositivo.

El general Lothar Rendulie, en su libro titulado *Alemania pudo Vencer*, afirma:

> "En ninguna de las guerras conocidas hasta ahora adquirió la lucha de guerrillas la importancia que tuvo durante la segunda guerra mundial, debido a su amplitud e intensidad, que representaba un nuevo y terrible factor en la historia militar. Sus efectos sobre las fuerzas combatientes, sobre todo los sistemas de aprovisionamiento, el peligro que significaba para la retaguardia y para la administración de los territorios ocupados, se convirtieron en parte integrante de la guerra total. Sus primeras manifestaciones y su intensidad, que fue aumentando durante el transcurso de la guerra con Rusia, Polonia, en los Balances, pero también en Francia e Italia, contribuyeron a condicionar la paz de la segunda guerra mundial".



"Para el alto mando alemán representaron los grandes movimientos de guerrillas y de las resistencias, una gran sorpresa. Se hacía necesario planear y organizar la defensa contra esta forma de lucha sin precedentes".

2. EL CORONEL JOSE A. BEDOYA Y SUS GUERRILLEROS

El valiente coronel José Agustín Bedoya y Valle, combatiente de San Juan y Miraflores, como primer jefe del batallón *Junín Nº 13*, pudo unirse al repliegue del coronel Pastor Dávila y continuar hasta su hacienda de Canta, salvando lo que quedaba de su unidad en hombres, armas y equipo. Con dichos elementos, aunque escasos, y los que pudo reunir en el lugar, fortificó la quebrada de Canta para oponerse a cualquier incursión enemiga. Luego pasó al interior llevando su familia a Tarma y alcanzó a Piérola en ese lugar el mismo mes de enero de 1881. El dictador lo nombró prefecto del departamento de Lima el 29 de enero de 1881. El 30 salió de Tarma a hacerse cargo de su jurisdicción acompañado de ocho jóvenes; el mayor Manuel Bedoya, su hijo y secretario; capitán Raymundo Mariscal, adjunto; capitán Andrés España, ayudante; teniente Ignacio Benavides, ayudante; teniente Buekingham; alférez Eulalio Reyna Bazán; teniente Francisco N. Rivero y un ordenanza de su servicio. Cada uno llevaba un fusil con una dotación de 50 cartuchos. Desde su partida de Tarma se reclutó voluntarios entre los dispersos del ejército; a los cuatro días de su nombramiento contaba con un piquete de 20 hombres, con los cuales llegó a Canta a continuar la fortificación de la quebrada. Inició el 2 de febrero una amplia propaganda en toda la región para la defensa de la patria invadida. Para el servicio militar y su defensa, dividió la provincia de Huarochirí en dos sectores separados por el río Rímac. Nombró comandante militar de la margen derecha, al comandante Francisco de Paula Segura que organizaba las guerrillas de Carampoma y Santa Eulalia, y de la izquierda al de igual clase Juan de Oneti. Se trasladó a San Bartolomé para ponerse de acuerdo con el prefecto de la provincia Ricardo Bentín y comprometer la intervención de sus guerrillas. Bentín puso a sus órdenes las fuerzas guerrilleras de su mando



Coronel José A. Bedoya y Valle, iqueño, organizó y puso en acción las primeras guerrillas, en las quebradas de Canta, Santa Eulalia y el Rímac.

CAMPAÑA DE LA BREÑA
ITINERARIO

- Caminos seguidos por las tropas
- Itinerario peruano
- Itinerarios chilenos
- Ferrocarril

OCEANO PACÍFICO

CAJABAMBA
HUAMACHUCO
OTUZCO
Tres Cruces
SANTIAGO DE CHUCO
Tres Ríos
TRUJILLO
Tulpo
Salaverry
Pallasca
Mollepata
CABAÑA
Conchucos
Tambo del Inca
SIHUAS
CORONGO
TAYABAMBA
Pto. Pizana
Río Marañon
Río Huallaga
Chao
Río Santa
Yuramarca
Urcón
Andaymayo
HUACRACHUCO
La Morada
Isla Corcovado
Huaylas
POMABAMBA
Tingo
CHIMBOTE
CARAS
Seccha
LLAMELLIN
YUNGAY
Los Chinos
CARHUAS
HUARI
TINGO MARIA
Huantar
LLATA
CASMA
HUARAZ
Chavín
Las Palmas
Río Casma
La Merced
Huasmiro
Chasquin
Mito
RECUAY
PANAO
AIJA
Tambillo
Huallanca
HUANUCO
Culebras
AMBO
Pozuzo
Huarmey
Río Huarmey
CHIQUIAN
L.ª Lauricocha
Las Zorras
Río Fortaleza
CAJATAMBO
Huariaca
OXAPAMPA
YANAHUACA
C.º DE PASCO
Pativilca
Pto. Supe
Churín
L.ª Junín
Cruz Blanca
Huaura
HUACHO
Río Huara
JUNÍN
Isla Brava
Isla Mazorca
Río Chancay
Marcapomacocha
CANTA
TARMA
Tarmatambo
Luchaqui
LA OROYA
Chancay
Río Chillón
Morococha
Isla Pescadores
Quilcamachay
Casapalca
Chicla
Chosica
MATUCANA
Sisicaya
CALLAO
Isla San Lorenzo
LIMA
Río Lurín
Cieneguilla
Lurín
YAUYOS
Pucusana
Río Mala
Asia
C.º Azul
Sn. Luis
CAÑETE
Río Cañete
CHINCHA ALTA
Río Pisco
PISCO
ICA
San Jerónimo
Río Ucayali
PUCALLPA
Río Pachitea
Pto. Bermúdez
Río Aponya
Río Perene
La Merced
San Ramón
SATIPO
Quilla
JAUJA
CONCEPCIÓN
HUANCAYO
Pucará
Zapallanga
PAMPAS
Marcavalle
Izcuchaca
ACOBAMBA
HUANCAVELICA
LIRCAY
AYACUCHO
L.ª Choclococha
Río Pampas



en toda la jurisdicción. Luego Bedoya lanzó una proclama a todos los pueblos del departamento estimulándolos a continuar la lucha. Organizó los servicios de información y otras misiones, por medio de chasquis, y de seguridad, implementando un servicio de vigilancia permanente. Ordenó la entrega obligatoria de las armas a los respectivos comandos del sector. Nombró autoridades en la provincia de Canta, ordenándoles que acuartelen voluntarios.

El coronel Bedoya empleó en toda esta labor preparatoria, los meses de enero, febrero y marzo, recogiendo elementos bélicos y organizando grupos de guerrilleros: rejoneros, galgueros, señalándoles posiciones estratégicas especiales para el caso de su intervención con el enemigo. Al frente de estas fuerzas se aproximó a Chosica y levantó los rieles de la vía férrea, al mismo tiempo incorporó grupos aislados de soldados de línea que abandonados por sus jefes buscaban por sí mismos la salvación. Poco después, estableciéronse los valientes batallones *Canta Nº 1* y *Canta Nº 2;* en Sayán organiza los batallones *Aliaga, Milicianos de Chancay* y el escuadrón "Carabineros de Chancay". Posteriormente, con la formación de otro escuadrón llamado "Operaciones" y la obtención de otros cañones, su fuerza combativa alcanzó un efectivo de 1,500 hombres. Así comenzó a perfilarse la típica fisonomía del órgano combatiente, propio de la breña andina de aquel tiempo, mitad regular, mitad irregular (guerrillero). Bedoya fue pues un gran patriota. Su sorpresiva muerte, el 10 de octubre de 1881, fue una desgracia nacional.

El 1 de marzo, el coronel Bedoya tuvo conocimiento de que en Lima se trataba de organizar un gobierno provisorio; el 13 llegó la confirmación de que el doctor Francisco García Calderón había juramentado el 12 como Presidente de la República ante el Congreso Nacional reunido en La Magdalena. Este hecho le causó gran preocupación y desasosiego. Defensor del régimen dictatorial de Piérola, aunque no era pierolista, lanzó una proclama; en ella decía:

> "Cuando se hallaba nuestra querida patria enjugándose el llanto que le causaron las desgracias de Chorrillos y Miraflores, y cuando todos sus hijos no pensábamos sino en buscar los medios para vengarla del implacable enemigo, un grupo de malos ciudadanos tratan de llevarnos al abismo a cuyo borde nos hallamos, y levanta la bandera de



la discordia para envolvernos en la más espantosa guerra civil; y no una guerra civil como quiera, sino una guerra civil criminal en consorcio con el enemigo de todos. ¿Quiénes son aquellos que han restregado hasta hacer brotar sangre, la herida de la patria?. Son sus mismos desnaturalizados hijos, contra quienes ha debido caer ya la maldición de todo peruano. El arma que hemos empuñado debe servir, pues, tanto para el enemigo chileno como para los infortunados que se han unido a él para llevarnos de desgracia en desgracia, hasta el altar del sacrificio".

"Habitantes de Lima: la mente se ofusca al pensar cómo habéis admitido que se realizara la burla sangrienta del 23 de febrero lanzada contra la paz de la república. Parece que la presión del enemigo hubiera helado los sentimientos en vuestros corazones; por eso soy yo y mis guerrilleros que aguardamos la salida de Lima, los que hemos elevado nuestra protesta y la haremos práctica tarde o temprano".

"Ciudadanos: nadie tiene derecho para usurpar la soberanía nacional; solo los pueblos pueden elegir a sus gobernantes; así, pues, guerra sin tregua al chileno detentador de territorios y a sus cómplices en las desgracias de nuestra infortunada patria. En tan sagrada tarea estará siempre a nuestro lado, vuestro compatriota y amigo".

Sin embargo, poco después, Bedoya recibió insinuaciones desde Lima para que se plegase al gobierno de García Calderón o, si no quería, que abandonara el puesto; pero él respondió desde San Jerónimo:

"Cuando yo acepté el mando de este departamento, no teníamos otro enemigo que el chileno, y era deber mío no excusarme de seguir sirviendo a tan malos peruanos que desgarraron sus entrañas, envolviendo al país en una guerra civil; esto no se ha podido imaginar siquiera. Así es que una vez en el puesto no me es posible en manera alguna abandonarlo, ni excusarme por haber aumentado las calamidades de la patria; por el contrario tengo que redoblar mis esfuerzos porque conozco la tenacidad con que se ha suscitado la complicidad de la política por esos hombres de Lima".



Indudablemente que el coronel José A. Bedoya, hombre patriota y bien intencionado, pero mal informado, desconocía las intenciones y el alcance de la actitud del doctor García Calderón. Creyó que por estar en el lugar dominado por el enemigo, colaboraría y se pondría al servicio de éste; fue pues un error de Bedoya y sus seguidores el creer que el gobierno proclamado iba a "levantar la bandera de la discordia para envolvernos en la más espantosa guerra civil".

Lamentablemente, poco después, se repetiría la misma figura con el propio general Cáceres y la mayoría de sus oficiales, durante la Campaña de la Breña, respaldando con fidelidad inmerecida al cuestionado régimen pierolista y oponiéndose al de García Calderón por creerlo colaborador de los chilenos no obstante que trató de disuadirlo de tal idea enviándole emisarios especiales en tres oportunidades.

3. LAS ACCIONES DE ARMAS DE SANTA EULALIA Y SAN JERONIMO

En los primeros días de abril de 1881, encontrándose en Callahuanca, en la quebrada de San Jerónimo, supo el coronel Bedoya que se preparaba en Lima una expedición chilena al interior con objeto de atacarlo y destruir a los audaces guerrilleros que se habían organizado en la región. Decidió entonces enfrentar al invasor; el ocho de abril fue informado que los chilenos saldrían de Lima el sábado nueve en la mañana, en un tren que los llevaría hasta Chosica. El mayor Manuel Bedoya fue comisionado para presenciar el desembarque, su paso por el puente que une Chosica con Moyopampa, y constatar sus efectivos. El agrupamiento chileno estaba constituido por una fuerza considerable del *Carabineros de Yungay*, una fracción de zapadores y el batallón *Buin Nº 1*, haciendo un total de dos mil hombres, comandados por el teniente coronel Miguel Alcérreca; lo acompañaba el comandante Bouquet.

El mismo día 9, en la tarde, los chilenos ocuparon, con una fracción, Santa Eulalia. El mayor Manuel Bedoya por orden de su comando, que seguía en Callahuanca, debía permanecer en Santa Eulalia, observando al enemigo, mientras el mayor Adrián



Medina con 20 hombres debía permanecer en avanzada frente al enemigo. El resto de las fuerzas guerrilleras ocuparon puestos estratégicos en la quebrada.

El 10 de abril la fuerza chilena avanza de madrugada, las avanzadas del mayor Medina, organizador y jefe de las guerrillas de Carampoma, se replegaron, así como el resto que permanecía tras las avanzadas, al interior de la quebrada. El coronel Bedoya dispuso que se colocara una mina a la entrada del desfiladero de San Jerónimo escogido para sorprender y encerrar al enemigo; la mecha de la mina debía ser encendida por los guerrilleros apostados convenientemente, cuando hubiese pasado el último soldado chileno. Dispuso también que 20 hombres con fusiles se situaran en la orilla izquierda; unos 10 hombres debían operar desde las cumbres de los cerros. Las instrucciones indicaban que debían dejar entrar al desfiladero al enemigo, que siquiera su marcha hasta ocuparlo en toda su extensión, y cuando todo esto se hubiera realizado, un disparo hecho por el coronel Bedoya daría la señal de arrojar sus formidables proyectiles, y a los tiradores de la orilla izquierda, la de disparar contra el aturdido enemigo.

La fuerza chilena comenzó a penetrar al desfiladero a las ocho de la mañana. Iban a la cabeza de la vanguardia el comandante Bouquet con diez hombres (seis infantes y cuatro de caballería); le seguía una fuerza de infantería, cerrando la columna por la izquierda la caballería. Toda la fuerza marchaba pegada al cerro, con el arma al ristre. Cuando la columna alcanzaba la mitad del desfiladero, el capitán Arístides Méndez perteneciente a la fuerza guerrillera que se hallaba oculta en una sinuosidad del desfiladero, salió de su escondite para pasar a otro próximo, dejándose ver por el enemigo que estaba solo a 50 metros. El enemigo le disparó, hecho que fue interpretado, por los galgueros, como la señal convenida para iniciar la acción. Ya no se contaba con el factor sorpresa, por lo que fracasó la operación tal cual fue planeada; los guerrilleros entraron en acción prematuramente. Los tiradores de la orilla izquierda, que veían todo lo que sucedía, comprendieron también que debían de actuar aunque la operación se había iniciado antes de tiempo por la imprudencia del capitán Méndez, y entraron en acción generalizando el asalto solo contra parte de la columna enemiga.



Los chilenos atrapados rodaban hacia el fondo de la quebrada, impelidos violentamente por las galgas; como su marcha fue detenida, trataron de defenderse de la acción de los galgueros invisibles, que desde la cima de los cerros los aturdían con el atronador rodar de las enormes piedras, desprendidas de las cumbres, las que al rodar desprendían a su vez otras muchas que caían, produciendo un fragoso ruido, como una tempestad de truenos. Al mismo tiempo los chilenos volvieron caras, retrocediendo y atropellándose en fuga, dejando prisioneros, caballos, armas y otros objetos, como un magnífico anteojo de campaña que indudablemente pertenecía al jefe. Las fuerzas del coronel Bedoya persiguieron al enemigo hasta la desembocadura de la quebrada a inmediaciones de Santa Eulalia, ocupándose luego de recoger los despojos de los fugitivos. Los prisioneros fueron llevados a Canta, mientras el enemigo había llevado muchos heridos, entre ellos al comandante Bouquet. Informado Lynch de lo ocurrido, envió de inmediato refuerzos el día 11 al mando del comandante Basilio Romero.

Organizada una buena ofensiva, las fuerzas chilenas se desplazaron desde la garganta, por las cumbres de los cerros, sin penetrar a los desfiladeros; pero de pronto les salieron al encuentro los guerrilleros que mejor armados con los fusiles y cartuchos tomados al enemigo el día anterior, habían ocupado puestos estratégicos; resistieron allí toda la tarde hasta que, después de cortar el puente Callahuanca, emprendieron la retirada sin que fueran perseguidos, en el mejor orden. Sin embargo al día siguiente los chilenos alcanzaron San Jerónimo incendiándolo de inmediato. El parte chileno dice:

> "El *Buin* volvió a tomar los cerros y a las cuatro de la tarde, entraba a San Jerónimo, noticia que llegó al campamento por la luz del incendio de la población. A las ocho de la noche, 30 carabineros que pasaban la rápida corriente del Rímac (río Santa Eulalia), transportaron en la grupa a la ribera opuesta, otros tantos soldados de infantería que flanquearon la posición enemiga por el lado derecho. Una nueva llamarada indicaba que el pueblo de Callahuanca había sido ocupado a su vez. A las siete de la noche del martes, los expedicionarios regresan a Chosica de donde el comandante Alcérreca ponía un parte en el que daba



cuenta que 'quedaban debidamente castigados los bellacos'".

Nuestros guerrilleros, abrumados por la enorme superioridad del enemigo, se batieron en retirada y los chilenos ingresaron a los pueblos a sangre y fuego, asesinando sin piedad a todo ser viviente y terminando por incendiar todos los poblados y caseríos. Santa Eulalia, San Jerónimo, Callahuanca, Cayata, Chacle, Quilcamachay y Quiromarca, fueron los pueblos y caseríos mártires. Tal el primer costoso pago que el Perú canceló por resistir en la breña al invasor. Y la primera experiencia dolorosa que en el futuro debía disuadir todo enfrentamiento armado entre tropas irregulares y fuerzas de línea; por numerosos que fueran los guerrilleros, éstos no tenían ni el entrenamiento, ni la disciplina, ni el armamento de las fuerzas veteranas que enfrentaron. Así, en el caso presente por cuatro bajas enemigas, los nuestros se encontraron por cientos. Siendo la más caracterizada la de nuestro heroico párroco de Santa Eulalia, el cura Cabrera que habiendo sido tomado prisionero batiéndose heroicamente entre los guerrilleros, fue fusilado. En nuestro lado fue frecuente que los párrocos encabezaran a sus feligreses contra las fuerzas invasoras. Decididamente los regulares forzosamente tenían que ser enfrentados por regulares. La presencia del coronel Cáceres en la sierra era por eso necesaria más que nunca. Ya se lo decía el teniente coronel Mariano Muñoz: "Un ejército en potencia le aguarda". El futuro mariscal de la breña no fue indiferente ante estos aprestos. Su ayudante, José Miguel Pérez, llevó a Bedoya su aliento y su consejo. Por entonces en Canta con los restos del *Canta Nº 63*, Manuel Encarnación Vento, secundaba la labor de Bedoya, militarizando la región.

Pero la guerrilla, pese a los golpes recibidos, de por sí escarmentadores, tomó nuevos impulsos ante la presencia del glorioso Centauro de Vilcas, el coronel Gregorio Albarracín Lanchipa, hombre que "a pie imponía y a caballo deslumbraba". Por entonces, habiendo llegado tarde a las batallas de San Juan y Miraflores, ascendía por el cañón del Rímac el mismo jinete tacneño que con su escuadrón realizó lo que la cobardía le impidió realizar a Hilarión Daza. Desde entonces los chilenos solían decir de él: "Cuando atacaba parecía un monte que se derrumbaba".



Sin embargo, Albarracín, al contemplar los restos aún humeantes de los pueblos ribereños de Santa Eulalia, sólo se limitó a recordar que, después de lo ocurrido en Locumba, él ya sabía que los chilenos tenían por norma vengar a sus muertos en los pueblos indefensos. Pocos días permaneció en San Bartolomé empavoreciendo al enemigo y alentando la resistencia. Los chilenos se limitaron simplemente a verlo pasar dando cuenta a Alcérreca, a mediados de abril de 1881: "Albarracín a pasado a la sierra el jueves pasado". Es posible que en Jauja el Dictador haya desanimado por completo su afán de organizar la lucha en gran escala, por lo cual retornó al sur por la vía de Ayacucho para continuar así hasta el fin su propia guerra (nota 5). Evidentemente nuestros guerrilleros, faltos de instrucción cívica militar, mal podían calar hondo en la finalidad de la guerra; forzados como estaban a desempeñar un papel que requiere de sólidas cualidades morales y de eficientes medios materiales, estaban limitados en su capacidad de iniciar la ofensiva o sostener la defensiva y ambas cosas con éxito. Tal el problema que, en el centro del Perú, el destino quiso que el coronel Andrés Avelino Cáceres lo resolviera.

El coronel José A. Bedoya después de los loables intentos de arrojar al invasor de la base de las breñas andinas, acompañado de Segura y Bentín, partió a Canta con el resto de los guerrilleros, el 17 de abril; en Carampoma a las cinco de la mañana, recibe informes de Matucana sobre el paso de Letelier con cinco convoyes en dirección a Chicla; envía espías a San Jerónimo, Acobamba y Yanacocha, y ordena que toda la región se arme y ponga en alerta; el comandante F. Segura y el teniente Ignacio Benavides, comisionados para ir a Jauja, suspenden su viaje, era el 18 de abril; este día parten a Acobamba pasando por Alpamayo; el 19 es informado de la llegada de los chilenos a Sangrar, pide el coronel Vento que está en Canta, junto con los suyos, preparar sus fuerzas para enfrentar al enemigo si avanza a Canta. El jueves 21 a las cinco de la mañana llega un expreso de Canta anunciando que se ha tomado a Miraval y un cargamento de municiones y armas, que el gobierno de Magdalena remitía a Cerro de Pasco; comunica también que el coronel Cáceres había salido furtivamente en dirección al departamento de Junín. El 22 llega el mayor Cristóbal Segura y manifiesta que los chilenos siguen en Sangrar en número de 400, y que 800 pasaron a Cerro de Pasco; informa



también que el invasor ha incendiado Pomacocha; Bao queda el 23 y 24 en Casapalca para informar.

Nuevos informes llegados de los que siguen a los chilenos, manifiestan que 1,500 han llegado a Cerro de Pasco, 500 a Casapalca y 40 a la hacienda de los Vento. En vista de esas informaciones, Bedoya acuerda levantar el campamento y marchar a Canta. Alcanzando este lugar decretó que, sobre la base de las fuerzas existentes y la que tenía consigo, se organizaran dos batallones de infantería, *Canta Nº 1 y 2*. El decreto reza:

> "Canta, mayo de 1881.- Siendo necesario organizar debidamente el servicio de los cuerpos de la División *Canta*, nómbrase jefe de detalle de dicha División, al sargento mayor don Manuel Bedoya, con retención de la secretaría de la jefatura y comandante general de armas del departamento.- Dése cuenta, comuníquese y regístrese.- Bedoya".

El coronel Bedoya permaneció en Canta hasta fines de mayo. La presencia de fuerzas chilenas en Huacho y Chancay obligó al coronel Bedoya a marchar con parte de los suyos a esa provincia, donde esperaba encontrar y formar otra división en los primeros días de junio. En su nueva sede se dedicó a organizar la administración pública, y a organizar fuerzas para hacer frente al enemigo. Organizó el 1º y 2º *Alianza* y el escuadrón de *Carabineros de Chancay*; designó el lugar de Quintay como campamento de fuerzas. Sus esfuerzos estaban encaminados a formar la División Vanguardia compuesta de dos regimientos de caballería, dos batallones, y tres piezas de artillería. Se organizó también y mandó encuartelar el batallón *Milicianos de Chancay* que después se llamó *Cazadores del Rímac*. El coronel Bedoya ocupó Huacho donde fue aclamado y donde dirigió una vibrante proclama. En Huacho como en Sayán los pueblos se esforzaron por obsequiar ropa, calzado y otros bienes con el más vivo patriotismo. Allí se incrementó las fuerzas organizadas en Sayán, los escuadrones *Carabineros de Chancay* y los batallones *1º y 2º Alianza*. Los hacendados obsequiaron cada uno un caballo apareado para cada soldado de caballería, caballos finos y equipos completos. Nunca se vio un escuadrón mejor montado ni mejor equipado. Los soldados estaban uniformados con polacas verdes de bayeta de castilla, y su armamento, aunque de fusiles recortados en su mayor parte, estaba en perfecto estado de uso, con una regular



dotación de municiones en gran cantidad, de tal modo que permitió al coronel Bedoya remitir a Canta para las fuerzas allí existentes ciento veinte mil cartuchos. De todos sus actos dio cuenta al jefe político y Militar del Centro quien aprobó y alentó todos sus actos.

En los primeros días de octubre ordenó el coronel Bedoya el alistamiento de sus fuerzas para el movimiento en dirección a Chosica. Los dos batallones *Canta* al mando de su Comandante General, coronel Manuel Encarnación Vento, habían salido ya, y conforme al siguiente decreto, se agrupaban las demás fuerzas:

"Huacho, setiembre 30 de 1881.-

Siendo necesario dar una organización conveniente a las fuerzas existentes en esta provincia y excediendo su número al que debe una División, se dispone: organízase las citadas fuerzas en dos divisiones que llevarán el nombre de *1ª* y *2ª Vanguardia*. La primera constará de dos batallones, *1º* y *2º Alianza* y el escuadrón "Carabineros de Chancay", y la 2ª, el batallón *Cazadores del Rímac*, escuadrón "Operaciones" y los que vayan formándose nuevamente. Nómbrase Comandante General de la Primera División al coronel José Cáceres quién se hará cargo inmediatamente de su puesto.- Dése cuenta, comuníquese y publíquese.- Bedoya".

Estas fuerzas debían pues, unirse a las del general Cáceres. En estas circunstancias el destino implacable consumó una catástrofe a la causa de la resistencia nacional. El lunes 10 de octubre de 1881, a las 11 de la noche, un ataque cardiaco, cortó bruscamente la vida del coronel José Augusto Bedoya, prefecto y Comandante General del *destacamento de Lima*, valiente iniciador de la resistencia en la breña andina, activo e incansable organizador de fuerzas para la resistencia, inimitable patriota que dio la vida por el Perú. El médico que lo asistió dijo que las continuas correrías y las fatigas consiguientes, aunada a una cruda campaña, había acelerado su mal, reagravado por la enfermedad de su querido hijo Manuel, su secretario en la prefectura.

Ciertas publicaciones anónimas, que circularon entonces, culpaban de la muerte del coronel Bedoya, unos a los chilenos, otros al gobierno de García Calderón, por haberlo hecho envenenar.



Tal fue pues la vida y la obra de éste gran patriota, casi anónimo, que se glorificó durante la guerra del Pacífico.

Entre tanto los chilenos que permanecían en Chosica, después de las acciones de Santa Eulalia y San Jerónimo, creyeron que en adelante, y habiendo escarmentado a los breñeros, podrían gozar allí de una paz octaviana en el marco de la tranquila villa; pero los guerrilleros de Bentín y Segura los mantuvieron a raya; el golpe de mano sobre una confiada patrulla, el asalto a un convoy, la destrucción de los bagajes, el incendio provocado en una instalación militar, las desapariciones de los soldados que salían de paseo, la voladura de un polvorín y los frecuentes disparos de fusil, tanto de día como de noche y que más de una vez daban en el blanco, terminaron por hacerles comprender que allí no podían disfrutar de sus triunfos y que gran riesgo reportaba dormir sin caballo ensillado, sin el uniforme y el equipo de campaña puesto, y sin el dedo en el disparador de su arma; comenzaba así una guerra singular, cruel y despiadada, una guerra total, pues a todos y a todo comprendía; una guerra encarnizada y sin cuartel; una guerra que llenó de luto y amargura a la sierra central del Perú. En fin, a principios de 1881, comenzaba en Chosica y alrededores, la guerra de los breñeros por la patria chica.

4. PARTIDA DEL CORONEL CACERES A LA SIERRA

El Viernes Santo, 15 de abril de 1881, el coronel Andrés Cáceres y el capitán José Miguel Pérez, su ayudante, toman a las 8:30 a.m. el tren de la sierra desde la estación de Viterbo. En aquella estación el teniente coronel Mariano Muñoz les informa que la expedición Letelier ha de partir en tren expreso media hora después, como quien dice pisándole los talones. Sorteando la vigilancia chilena, sobre todo en Chosica, llega a Chicla sin mayor novedad. Alejándose del qué dirán capitalino en el día más solemne de la cristiandad, dos oficiales chilenos vestidos de civil, acompañados de dos mujeres limeñas, suben también hasta Chicla para hacer el amor en el único hotel de la pequeña localidad. Siendo ellos, a la distancia, los únicos compañeros de viaje de Cáceres y su ayudante, quedaba meridianamente claro



que Bedoya, Bentín y Segura, fracasarían rotundamente en su loable empeño de impedir que el invasor hollara desde Lima las altas cuestas de la breña. Como estaba visto, la vía estaba abierta al ejército invasor. En Chicla, tanto el gobernador como el jefe de la estación terminal y el telegrafista, proveen al coronel Cáceres y a Pérez de cabalgaduras sobre las cuales siguieron la ruta de Casapalca, Morococha y La Oroya. La noche les cayó encima, inclemente, en el paso de la Galera donde tuvieron que pernoctar a campo raso. Y no sería ésta la primera ni la última, calándose los huesos, en la vida de este infante inmortal. Al amanecer del 16 reemprenden la marcha, pero, al pasar Ticlio, se les muere una de las bestias. Felizmente en Pachachaca consiguen otras dos, sobre las cuales llegaron a la Oroya y continuaron por el camino antiguo (vía Tarma); en la tarde, muy cansado y algo enfermo, llega a Tarma; permanece allí restableciéndose hasta el 22 en que parte a Jauja siempre acompañado solo por el capitán Pérez.

Al llegar a Jauja, cerca de la ciudad se desata una tempestad premonitoria, un tanto rara a tales alturas del calendario (las condiciones atmosféricas casi siempre le fueron adversas al coronel Cáceres), que les obliga a apurar el paso. Llegaron chorreando agua a la casona de don Manuel María del Valle, sobrino del obispo Manuel Teodoro del Valle, donde se hospeda nuevamente. Una de las pocas visitas que la agotadora fatiga del coronel Cáceres permitió recibir fue la del capitán de navío Aurelio García y García, portador de los saludos y de la bienvenida del dictador.

El 1 de febrero de 1881, Piérola asciende al coronel Cáceres a la clase de general de brigada con la antigüedad del 13 de enero de 1881, "por su distinguido comportamiento en las jornadas de San Juan y Miraflores", con lo cual lo sustrae hábilmente de la muy justificada crítica que la ciudadanía hace de todos los actos del gobierno dictatorial. Por eso es que fue completamente ajeno a la elección del doctor Francisco García Calderón (22.II) como presidente de la república; en el cual sólo vio, al principio, el gobernante que ejercía el mando bajo el amparo de las armas de Chile. Para entonces, siendo la resistencia armada su única obsesión, le importó poco que el enemigo culpara a Piérola de la ruptura del armisticio de Miraflores, lo cual le hacía indigno de la autoridad que investía; y que, en consecuencia, no pudiera volver



a tratar con él los asuntos concernientes a la paz. Como soldado nato, era el grito de guerra lo que tenía a flor de labios; y no era precisamente entre los probos y solemnes juristas de La Magdalena, que aquel grito fuera a tener la resonancia que adquirió después, retumbando en las cumbres andinas. Y por eso es que el coronel Cáceres ascendió a la cordillera para lograr del dictador (no importa cuan culpable fuera de las desdichas patrias), el apoyo oficial a sus proyectos beligerantes. Al contrario de Recavarren (otro militar de honor como él), no podía poner su espada al servicio de la pacificación del país. Desde su honesto punto de vista había pendiente una tarea que cumplir: liberar al Perú de la ominosa presencia del invasor. Por otra parte, no estaba acorde con su temperamento vivir indefinidamente, puertas adentro, una realidad limeña abrumada de abusos, allanamientos, cupos forzosos, hurtos individuales, robos organizados y vandálicos y demás ultrajes que era el pan de cada día de la ocupación. Era hora de actuar, aplicando al enemigo la ley del Talión y no de apoltronarse.

Así pues, cumpliendo con el protocolo, el domingo 23 el coronel Cáceres se apersona a la casona de los Incháustegui, donde se aloja Piérola, para agradecer los saludos recibidos en la víspera y, al mismo tiempo, su muy merecido ascenso a la alta clase de general. Expuestos y aprobados con entusiasmo sus planes de construir el ejército de la resistencia, de adoptar la estrategia del desgaste, de aplicar la defensa móvil activa, etc. etc., Cáceres debió expresar, no sin emoción, la profesión de fe del breñero, expuesta por el escritor chileno Jorge Inostrosa C. *(Adiós al Séptimo de Línea)* en estos términos:

"Serrano soy, conozco bien a la gente de mi región. Recorreré sus pueblos, instaré a sus hacendados a enrolar a su gente, pediré a los párrocos que convenzan a sus feligreses y, si es preciso, subiré personalmente a los caseríos indios de la alta puna e iré encendiendo los ánimos de sus millares de pobladores. Domino el quechua igual que mi idioma: les hablaré en su propia lengua, llamaré a sus corazones con argumentos que ellos entienden, les haré ver que es preciso que salgan a la lid a defender sus tierras, sus cosechas, sus ganados, sus mujeres. Ese lenguaje lo comprenderán... y ya verá Ud. si consiguo lanzarlos al campo de batalla como una manada de fieras".



Puesto en escena el general Cáceres, dando cumplimiento a su plan, buscó contacto con todas las personalidades influyentes y capaces de la región, a fin de acelerar la organización de fuerzas combatientes; fue así que se entrevistó en Jauja con el doctor Luis M. Duarte[2] que al iniciarse la guerra era subprefecto de esa extensa e importante provincia; éste ante la inminencia del ataque del enemigo a la Capital, había organizado en la región central un numeroso contingente frente al cual concurrió a Lima en mayo de 1880. Poco después, según anota en sus memorias, fue separado del ejército junto con el general Fermín del Castillo, cuando comandaba la segunda división "porque no podía tolerar los yerros y el nepotismo de lo que se llamaba la defensa de Lima por el sistema ideólogo". Duarte Acusó también a Piérola de no organizar adecuadamente la defensa de Lima. He aquí el texto que publicó en un periódico limeño antes de abandonar la Capital:

> "Voy a mi retiro a llorar los males que nos sobrevendrán. ¡Desventurados autores de estas calamidades [llegará] el día de la justicia!. Pero hasta entonces, ¡Pobre patria mía!".

Cuando Piérola llega a Jauja, derrotado, busca contacto con Duarte por intermedio de su secretario general Aurelio García. De esa entrevista refiere Duarte en sus memorias:

> "El contralmirante empleó su ascendiente para que yo tomara parte otra vez en el servicio. Con su reconocida elocuencia me manifestó que yo contribuyese en los nuevos alistamientos militares".
>
> "¿Y con qué objeto los alistamientos?, respondí. Ir por vía recta en busca de la paz, para la inmediata liberación territorial es la fórmula de la salvación nacional. En su defecto, dejar la escena. *Y el que haga el trato debe suscribirlo* sin leer más que la cláusula del reembarque del ejército chileno"- [*aunque se ceda medio Perú por ese tratado.* ¡Qué extraño y vergonzoso razonamiento el de Duarte!.]
>
> "Un mes más tarde tampoco cedí a igual solicitud del general Cáceres. Con un celo caluroso por la guerra que el tiempo ha confirmado, me habló. No aceptó mi primera razón de que habiéndome negado hacía poco, se miraría como un caso de interés personal la aceptación posterior.

2. Milón Duarte. "Memorias inconclusas". Inédito.



Y con ese motivo entramos en una determinada discusión que trasunto aquí:

– "¿Por qué se empeña Ud. en negarse?".
– "porque ahora a nada conduce la guerra. Perder un solo día de tratar la paz, por consagrarlo a las intenciones guerreras, es favorecer pretensiones chilenas"
– "¿Y cómo se ha de aceptar las condiciones imprescindibles que proponen?"
– "Las condiciones y pretensiones de Chile son indudablemente onerosas. Pero recuerde ud. que si fueron duras en Arica, más duras fueron después en Miraflores. Hoy tienen más exigencias si no nos apuramos en cerrar el punto, mañana será mucho más.¿Qué garantías hay posible de que más tarde no será el ejército ocupante más exigente que hoy?."

"En la conferencia de Arica se cometió un error monstruoso, no llegar al avenimiento contando con *el ejército de Lima;* poco después de *Miraflores*... ¡Ceder por necesidad, por fuerza mayor, es un remedio amargo, no lo niego; pero es el único como infalible!".

– "No, señor, no se cede hasta que obliguemos al enemigo a tratar bajo mejores condiciones".
– "Ah, señor, después de vencidos querer condiciones más favorables es sentirnos niños, no como hombres. Permítame la gran queja. Lo que se llama la paz honrosa desde las derrotas, es el desatino de nuestras pretensiones, es la prolongación del deshonor de la patria, a coadyuvar a Chile en ese ensanche de los títulos que ostenta a nombre del derecho de la victoria. ¿Cómo se hará la guerra?, ¿qué se conseguirá?. Se lograrán triunfos momentáneos, ventajas efímeras que para un beligerante que tiene alas en el pie por su escuadra, se convertirá en mayores hostilidades cuyo término fatal serán nuevos desastres para el Perú".

"No me imagino cómo se puede seguir la guerra cuando falta el oro, la riqueza y el crédito, la unión, los veteranos de reserva, ese conjunto de elementos que obligaron a abdicar al mismo Napoleón, el más grande guerrero de los tiempos modernos. No basta el entu-



siasmo, porque los rayos del patriotismo son armas del arsenal de periodistas, pero no de las batallas. En la guerra moderna, a la nación que hace resistencia sin los aprontes proporcionales al caso, le llega el fallo definitivo que se llama victoria inapelable. Fallo horrible que no se puede mirar con indiferencia si vamos a resultar aniquilados como Polonia que no ha podido levantarse más, a pesar de los himnos y las vehementes simpatías que ha inspirado su infortunio.

– "Muy errado está Ud. en desesperar de toda salida. España ha concluido dos veces con sus opresores, y Méjico ahora poco. Está Ud. muy pesimista paisano".

– "No hay término medio; a la paz en el día con el tratado, o bien a buscar recursos del exterior para una verdadera Guerra. Bolívar mismo, en primer lugar, fue primero a Inglaterra como comisionado de Colombia antes de ponerse al frente del ejército".

"No aceptó el general Cáceres mi plan. El destino lo reservaba para batallador, haciendo sus proezas sin ver las dificultades".

"Desde entonces el general Cáceres luchaba con las huestes chilenas; yo me retiré a deplorar los males que presentía... Y el general Cáceres y yo queríamos que se arriara la bandera enemiga; él por el camino de la lucha incierta, y de la gloria; yo por el derrotero seguro de la pronta capitulación".

"Con él, una gran parte del país, quizá la mayoría creían que mediante el heroísmo se lograría arrojar a los chilenos. Y sólo se les pudo precisar para que dejasen nuestro territorio aprovechando de la obra de la paz, cuya peligrosa cruzada, la había emprendido yo, antes que nadie, con un coraje del que hoy me espanto, atravesando peligros inauditos".

"Caso singular. El general Cáceres y yo hemos llegado a un centro común -el fin de la tragedia y la desesperación- recorriendo, de buena fe, rutas diferentes al cabo de 27 meses que cada cual optó por el camino que creíamos patriótico".



"Nueve meses después de verificada la disolución del gran ejército de la quebrada que obligó a la retirada, con los restos. Este horrible vaticinio era 14 meses antes del heroico sacrificio de Huamachuco y 14 meses antes de la vergonzosa página de Arequipa".

Tal fue el resultado de la entrevista que sostuvieron en Jauja y Huancayo, el general Cáceres y el doctor Luis Milón Duarte, al iniciarse la campaña de la Resistencia, entre abril y mayo de 1881, y las apreciaciones que hace éste sobre el resultado de la campaña y de la guerra.

Aclararemos que poco después de iniciada la contienda, Duarte desplegó gran actividad para reunir contingentes en la región central, como ya dijimos, a fin de contribuir a la defensa nacional; con tal fin recorrió la región hasta sus últimos villorrios, reuniendo apreciables efectivos con los que concurrió a Lima para contribuir a su defensa. Lamentablemente, cuando comandaba la Segunda División, según afirma, por desavenencias con el alto mando del ejército, particularmente con Piérola, fue separado del servicio; por lo que, al parecer, por resentimiento, cambió de conducta, y desde entonces equivocó el camino, pensando, quizás de buena fe, que su empecinamiento por la paz a cualquier precio era el único camino para salvar al país de la tragedia que vivía. No hizo caso a consejos que se dieron para que abandonara ese camino. Según anota en sus memorias, un amigo suyo, el chileno Juan Toribio Pérez, que lo presentó en Lima a Lynch, residente muchos años en Lima, dice que le aconsejó

"que renunciara a esas tentativas de paz -y le pronosticó: el primero que lo proclame será visto vendido a Chile, porque este pueblo se guía mucho de los sentimientos y la imaginación... "¡No puede haber paz sin desmembramiento y esto no lo quiere el Perú...! -Y le remarcó- ¡Cuidado con hablar de paz!. ¡Cuidado!".

"Al separarme de este señor, decía para mí, ¡al fin chileno. Trata de que se perpetúe la ocupación de sus paisanos!".

"Bastante medité en los consejos que me había dado. Pero al llegar a Concepción los males presentes me hicieron olvidar los futuros, no cabe duda que obedecía a un superior impulso que me movía a obrar, y obedecí a ciegas.



Era el apostolado de la paz que me impulsaba misteriosamente".

Luis M. Duarte, hijo de español, nacido en Huanta, era abogado de gran prestigio, inteligente y activo, de una vasta cultura; hacendado de gran arraigo en la región, primer industrial en los departamentos del centro, ganadero innovador como su cuñado el coronel Juan E. Valladares; tenía una presencia imponente, con una talla de más de dos metros; próspero y primer comerciante del valle, y propietario de un molino que era el mejor de toda la región central por sus modernas y amplias instalaciones. De no haber cambiado de rumbo en su idea patriótica, pudo haber sido uno de los grandes de la guerra por su dinamismo y tenacidad demostrada; lamentablemente persiguiendo empecinadamente su equivocado ideal lo perdió todo, hasta su vida. El mismo había presagiado su porvenir cuando dijo:

"Creí que en ese cataclismo no debía apartarme del seno de mi familia, y es cuando más me ha alejado la suerte de ella. Estaba precisamente destinado por una suerte secreta, superior a mi voluntad, a ser actor obligado en la única causa que traería la liberación territorial. Nada prueba que este cuadro que presento, donde la divergencia de pasiones y ensueños, han venido otra vez a converger a un mismo punto. ¡Nuestra ignorancia en los secretos del tiempo es infinita!".

A Duarte le faltó esa fuerza moral infinita que se adquiere sólo en las escuelas del deber y del honor. Con esa profesión de fe en la grandeza de la patria, los hombres no miden el peligro ni sus consecuencias cuando se trata de defender su honor e integridad; así lo pensaron Grau y Bolognesi y lucharon gloriosamente hasta perder la vida sabiendo que no tendrían ninguna posibilidad de éxito. El general Cáceres tampoco vaciló nunca ante el peligro y, como un espartano "no preguntó nunca cuántos eran sino dónde estaban". Su vida por eso "fue una arenga y el infortunio el acicate de su grandeza; la adversidad templó su alma". El presidente Augusto B. Leguía al entregarle el bastón de mariscal, frente al monumento del coronel Bolognesi, le dijo:

"Por vos puede el Perú levantar la frente sin mácula y decir a la faz del universo que pudo la fortuna imponerle los dolores del desastre; pero no la nota del deshonor".



5. ORGANIZACION DEL EJERCITO REGULAR

El 26 de abril de 1881, Piérola nombra al general Cáceres jefe Superior Político y Militar del Centro, con jurisdicción en los departamentos de Ayacucho, Huancavelica, Huánuco, Ica, Junín, Lima. El 30 abandona Jauja en pos de Ayacucho, dada la proximidad de Letelier que opera sobre La Oroya. Así, deja atrás una ciudad andina, cuyos hijos vertieron torrentes de sangre en las inútiles defensas proyectadas por él en San Juan y Miraflores. Por donde pasaba, después de aquellos desastres, por Canta o por Junín, dejaba a las espaldas amenazadores puños en alto, el desprecio de la gente sencilla o las maldiciones de los ancianos. En Tarma, donde hace su ingreso el 24 de enero de 1881, la recepción, incluso la oficial, no pudo ser más gélida. Con la clausura total de puertas y ventanas, la ciudad encontró la manera más elocuente de expresar su repudio al dictador. Sin embargo fue en Tarma donde el coronel Juan Martín Echenique se dio el lujo de adelantarse a su sucesor en el cargo (general Cáceres) haciendo las siguientes prevenciones a los prefectos (circular del 25 de enero de 1881):

"1º Que la ocupación de Lima por las fuerzas invasoras y la de cualquier otra parte de la república, no significa en ningún caso la terminación de la guerra sino que, antes por el contrario, es necesario doblar todo esfuerzo para su prosecución, y que por tanto debe V.S. hacerlo comprender así a los pueblos de ese departamento y a las autoridades de todo género que en él residen.

2º Que debe V.S. con mayor actividad proceder establecer parques de armas y municiones en ese departamento, ordenando a los subprefectos y éstos a las autoridades subalternas, que pongan todo empeño en recoger las que puedan haber llevado los dispersos del ejército, y que se hagan las investigaciones necesarias para alcanzar este fin, sin aceptar excusa alguna ni pretexto para su entrega.

3º Que debe V.S. proceder a aumentar las fuerzas que existan en ese departamento escogiendo gente joven y despierta y que reúna las condiciones físicas necesarias para soportar las fatigas de una campaña prolon-



> gada, dotándola de jefes y de oficiales escogidos que de alguna manera hayan manifestado su amor a la patria, y que en cuya elección podrá V.S. el mayor escrúpulo".

He aquí esbozada toda la filosofía y programa de acción inicial, de la campaña de la Breña que el coronel Cáceres hizo suyo. Además, en el último día de tan precaria e incómoda estadía, el secretario general de la dictadura (Aurelio García y García), oficia al alcalde de Lima (30.I.1881), manifestándole con el mayor empaque que las negociaciones de paz, iniciadas en Miraflores, "el gobierno no puede dar por terminadas". Por fin, dejando en marcha una conjura para derrocarle, Piérola se apresta a tomar el camino de Ayacucho. Extraña que los Jaujinos, incluso onerosamente, hayan dispensado 3 largos meses de hospitalidad a tan ingrato individuo. Al punto de alentar allí el muy merecido pero harto y maliciosamente calculado ascenso del coronel Cáceres; el obsequio de una imprenta por parte del coronel Juan Enrique Valladares Ramos (3.II.1881), que le envía con la siguiente nota:

> "Deber mío, como peruano, es ponerle a su disposición, voluntaria y espontáneamente, como efectivamente lo hago, desprendiéndome desde luego en absoluto de su dominio...",

hecho que por R.S. del 11 de febrero de 1881 se le agradece "a nombre de la nación" en los siguientes términos:... "Aceptar el patriótico donativo hecho por el coronel Valladares, dándosele las gracias a nombre de la Nación" y se publica en la "Orden General del Ejército", el enjuiciamiento por alta traición a los gobernantes de La Magdalena (7.IV.81); y hasta la confirmación de sus poderes y, por si eso no bastara, su propio ascenso a general de división, con lo cual colmó la medida de la impudicia dictatorial. Pero no todo era conformidad en Jauja con tan ingrato huésped así nos lo sugiere el diálogo entre el coronel Cáceres y el obispo del Valle, recogido de la tradición oral por Luis Alayza Paz Soldán, y transcrita en su libro *Mi país*. Monseñor Manuel Teodoro del Valle S.[3], atraído por la aureola de gloria que ya exhibía el coronel Cáceres fue a buscarlo, y lo entrevistó en la casa del cura Dianderas. Dejemos que nos refiera la entrevista:

3. Ver reseña biográfica en el tomo II, pág. 214.



"El obispo del Valle le dijo al coronel Cáceres, al ser presentado por Dianderas:

– Deseaba vivamente conocer al vencedor de Tarapacá y creo adivinar por y para qué se encuentra en esta serranía".
– "Monseñor, dijo modestamente Cáceres, he venido en busca del dictador para ponerme a sus órdenes...".
– "Pero hay un gobierno nacional en Lima, le replicó el obispo . Su jefe es el doctor Francisco García Calderón, amigo mío; las autoridades chilenas no sólo lo reconocen si no que le han prestado facilidades para que se establezca en La Magdalena a fin de poder ajustar con él el trato de paz".
– "Quién debe asumir el Mando Supremo eres tú, dijo el fogoso cura Dianderas, dirigiéndose a Cáceres. Piérola no existe como gobierno desde el momento en que abandonó el Poder en el campo de batalla de Miraflores".
– "En este punto intervino su ilustrísima".
– "Cree Ud., mi coronel que debe mantenerse a órdenes del hombre que derrocó al gobierno constitucional; del militar improvisado autor de los disparatados reductos de Miraflores que ha causado la pérdida de la guerra y la muerte de miles de ciudadanos patriotas?; en cambio García Calderón es el hombre nuevo que a falta del poder de las armas dispone de las fuerzas del derecho".
– "Ante la pregunta del obispo sobre un nuevo plan, Cáceres le respondió que trataría de organizar un ejército para luchar sin pausa contra el invasor; del Valle quedó muy satisfecho y le ofreció toda su ayuda en adelante".

Tenemos que destacar la discreción del coronel Cáceres, en la entrevista, en lo que atañe a la política; la misma que él subordina a su rotunda declaración principista: "trataré de organizar un ejército para luchar sin pausa contra el invasor". En esto estuvieron perfectamente de acuerdo y, en aras de la mutua satisfacción, el obispo comprometió el peso de toda su poderosa influencia y apoyo económico, desde entonces puesta al servicio, sincera y generosamente, de la resistencia nacional. Así a partir del 26 de



abril de 1881, el coronel Cáceres trabaja febrilmente, desde su nuevo alto cargo, dirigiéndose a las autoridades políticas, eclesiásticas, municipales y personas notables de cada localidad, dentro de su jurisdicción, a las que invariablemente les decía:

"Debe proceder a organizar inmediatamente el mayor número de fuerzas que les sea posible, en proporción al número de armas de que pueda disponer".

La razón cardinal de ello estaba en la necesidad de

"imponer al invasor la mayor resistencia posible, tratando de hacer comprender al enemigo que, aún después de nuestros desastres, es el Perú bastante temible para el que pretenda humillarlo".

El gobierno provisorio de García Calderón se había organizado el mes de abril y se instaló el 30 de este mes de 1881, estaba constituido por los siguientes miembros:

Presidente del Consejo de ministros y Ministro de Hacienda y Comercio: doctor Aurelio Denegri.

Ministro de Gobierno, Policía y Obras Públicas: coronel Manuel Velarde.

Ministro de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia: doctor José Véliz.

Ministro de Guerra y Marina: capitán de navío Camilo Carrillo.

Ministro de Relaciones Exteriores (...)

El general Cáceres al asumir el mando en Jauja el 27 se dirige al prefecto del departamento y las autoridades bajo sus órdenes, haciéndoles conocer que ha sido designado por Piérola como jefe político y militar de seis departamentos (cuatro en el centro y dos en la costa), y les manifiesta que es su deber "hacerles conocer las reglas que deben observar en adelante".

El 29 lanza su primera proclama en el corazón de las Andes. A todos los peruanos les dice:

"Hace más de dos años que viene aquejando al Perú una serie no interrumpida de desgracias. Aceptamos la guerra a que fuimos provocados, en defensa de la justicia y la salvaguarda del honor nacional y de los intereses de América. Un enemigo más cauto nos tendió el lazo malicioso



y caímos en él. Nos lanzamos a la guerra con todo el ardor del patriotismo, y la fortuna nos ha sido adversa. Pero no importa. Ella habrá abatido nuestras armas, pero no nuestros espíritus; habrá podido negarnos el triunfo, pero no la resolución de vencer. Es necesario cansar a la fortuna con la tenacidad de nuestros propósitos. Somos de esta América que ha presenciado el titánico esfuerzo de Méjico y la gloriosa caída del Paraguay: hagámonos, pues, dignos de la raza a la que pertenecemos".

A los habitantes del centro:

"...Ocupado o amenazado por el enemigo una parte de estos departamentos, tienen todos una gran misión que desempeñar. Vencidos pero no humillados deben presentarse altivos aquellos a quienes la desgracia ha puesto en manos de los adversarios de la patria, viriles, enérgicos y resueltos, deben mostrarse los que hoy están en peligro de ver profanado su suelo por el invasor. Cuento con vosotros, conozco vuestro espíritu, lo admiro y estoy persuadido de que los pueblos que quieren salvarse no sucumbirán nunca".

"Compañeros de armas":

"Me ha cabido la fortuna de estar a vuestro lado en todos los combates de esta guerra. He podido gozar vuestros méritos. Yo cuento con vosotros, se que en la próspera y adversa fortuna me acompañarán decididos y leales; se que estáis resueltos a dar a la patria días de gozo con vuestro triunfo o días de gloria con vuestro heroísmo".

"Habitantes del departamento de Junín":

"El enemigo ha puesto ya su planta en nuestro suelo. El heroico pueblo cuyo nombre lleváis y que fue teatro de la más gloriosa batalla de la independencia, se ha visto ocupado por nuestro adversario. Los manes de los héroes que sucumbieron en aquellas inolvidables jornadas, lloran de vergüenza ante tan triste espectáculo. Vuestra independencia está amenazada; vuestros hogares en peligro; sólo vosotros mismos podréis salvaros. Levantaos como un solo hombre. buscad, que la victoria acompaña a los que la



buscan; y contad en todo caso con vuestro general y amigo"[4].

Como distintivo característico de sus primeros soldados breñeros, dispuso que se llevaran una cinta encarnada en los sombreros y un cubrenuca blanco. Esto dio origen al kepí rojo que más tarde usaron todos los breñeros.

En Jauja lució el general Cáceres sus brillantes dotes de organizador. Empezó de cero, desde su nombramiento, para levantar el ejército del centro desde sus cimientos, representados por la oficialidad del disuelto batallón *Pichincha* y por 16 gendarmes hospitalizados en aquella ciudad. El *Pichincha* Nº 73 era la única unidad de línea, casi intacta, que por ubicarse en la izquierda de Pastor Dávila, pudo salir indemne de la batalla de Miraflores. Su primer jefe, coronel Miguel de la Jara, creyendo que el dictador organizaría la resistencia en la quebrada de Canta, le dio alcance con su unidad en Obrajillo, a extramuros de la capital provincial, donde fue absurdamente disuelto por Piérola y no sin las cínicas protestas de continuar rudamente la guerra contra el invasor. De 600 plazas del batallón quedó reducido a los 80 efectivos que se acoplaron a la comitiva en fuga. Pudo ser esta unidad, completamente armada y municionada, la célula que generara una vasta urdimbre castrense, de no mediar la torpeza del llamado jefe supremo. Pero el general Cáceres, puesto en escena, alcanzaría a aprovechar lo aprovechable. Además, en líneas generales, planificó la distribución del dinero fiscal disponible, el mismo que fue acrecentando en base de las contribuciones voluntarias o forzadas; atendió al acopio de armas ofensivas y defensivas dentro y fuera de su jurisdicción; veló por la alimentación de la tropa y por el forraje de los semovientes; procuró el uniforme, la ropa de abrigo, la tienda de campaña y la salud del soldado; en cuanto al uniforme, dado los escasos recursos económicos, recurrió al uso del tocuyo blanco, y a la bayeta para su confección; implantó el uso del sobrenuca blanco. Así nació el primer batallón con el nombre del departamento, comandado por el coronel La Jara; estructuró un adiestramiento cabal no sólo para desplazarse, sino para combatir con éxito en las llanuras, en los cerros, en los desfiladeros, sobre los picachos y precipicios. El breñero fuerza es

4. Ver anexo 30.



que se habituara, con él a la cabeza, a tragarse las distancias imitando a los cóndores. La suma de todas estas inquietudes que se concretaron en la realidad, significó la resurrección del ejército regular en el rugoso seno de la breña, por obra del hombre que estremeció los Andes, en sus valles y sus abismos. Era el momento en que, según cita el doctor Basadre,

"pudo decirse que en el Perú no relució oro de más kilates que la espada del general Cáceres".

"De allí aquella prodigalidad para las marchas terribles. En riscos, en serranías bravas. Con hielo, nieve y lluvias torrenciales, frecuentemente sin alimento alguno. Con sólo un poco de coca, harapientos y descalzos, hicieron aquellos hombres bajo su mando inflexible hasta jornadas de 80 kilómetros que habrían rendido e inutilizado a los percherones más fornidos, para luego dormir sobre la nieve y continuar al amanecer del nuevo día la marcha inexorable".

"Pocos lugares de la tierra presentan la topografía de la zona andina en que se desarrolló esta épica campaña; amontonaron allí los milenios de la formación terrestre montañas sobre montañas, cumbres sobre cumbres, abismos sobre abismos. Pusieron todo género de planos y de figuras geométricas atrevidas en el granito y roca, y piedra caliza deleznable. No hay un kilómetro plano, no hay llanuras de referencia sino para presentar el yermo, el páramo, la puna y la planicie amenazante".

"He aquí lo que es el campo de acción de toda esta campaña".

A estas alturas no sería justo pasar por alto al "Comité Patriótico de la Resistencia", piedra angular de la logística del ejército regular resucitado. La organizó en Lima doña Antonia Moreno de Cáceres, esposa del general, con la colaboración de las damas Carmen de Colunga, Rosa Elías de Montero, la señora Ugarteche de Prado, madre del presidente, Manuela de La Torre y Teresa Orbegoso; y de los caballeros Luis Carranza (*El Comercio*), el doctor Colunga (Jardín Botánico), Pedro Elguera, Carlos Elías, Federico Luna y Peralta, el empresario Nicoletti (Politeama) y, principalmente, José Pedro Tordoya (Arzobispo de Lima). Propósito cardinal del Comité fue recuperar, por lo menos en



parte, el armamento y municiones que los reservistas se habían llevado a sus casas después del desbande de Miraflores, y que aún no había sido incautado por el ocupante. También se puso en contacto, persiguiendo igual objetivo, con las legaciones extranjeras amigas cuyos miembros, formando parte de la "guardia urbana" en aquellos luctuosos días, habían desarmado a unos pocos regulares y a muchos emboscados que se dedicaron al asalto y al pillaje dentro de la ciudad. La recolección alcanzó asimismo al ámbito suburbano (las haciendas cuyo personal reunió armas y municiones abandonadas) y hasta los mismos campos de batalla donde aunque con no poco riesgo, se cargaban de armas los ataudes juntamente con los muertos. Por otra parte, comerciantes de diverso giro ofrecieron a los miembros del Comité insospechados stocks de material bélico introducido al país, desde hacía mucho, con membretes de la más variada mercadería. La labor fue relativamente fácil en los primeros días, pero posteriormente se hizo cada vez más difícil. Sea como fuese, gran mérito tuvo este Comité al realizar, en la medida de sus exiguas posibilidades, lo que el dictador y los altos mandos no hicieron al producirse el desastre de Miraflores. En el más absoluto secreto se concentraron los elementos de guerra en depósitos estratégicamente ubicados y libres de toda sospecha. Uno de ellos fue el sótano del teatro Politeama, donde, según manifiesta el general Cáceres en sus *Memorias*, los baúles de los artistas eran escondites de pertrechos. Además en dichos depósitos se embalaba convenientemente el material que, bajo diversos medios, a cual más curiosos, se remitía así a la sierra central. Entre los muchos y juramentados transportistas destacaron el teniente coronel Ambrosio Navarro y el teniente coronel Mariano Muñoz, entusiasta breñero que se ingenió el modo de entrar y salir de Lima de continuo, burlando la vigilancia del enemigo. Mención aparte merece "una morena llamada Gregoria Lainez, alta, delgada y muy audaz", que se ataba los fusiles a la cintura y lo disimulaba con sus vaporosos y largos vestidos. Además, solía camuflar las municiones en cestos de legumbres. Fue la suya, a riesgo de su vida, una significativa aportación del pueblo de la costa al pueblo de la breña en pro de la causa común.

El comandante Ambrosio Navarro, y Salarrayán "que tenían un temple de acero", sacaron también el cañón que el arzobispo



Tordoya regaló a la señora Moreno; desmontado lo pusieron en un ataúd; el "entierro" partió de pleno centro de Lima, pasando por las narices de los chilenos; los "deudos" eran los oficiales que debían partir con él a cuestas hasta el cementerio, y después hasta las abruptas breñas de los Andes para lanzar con estrépito su voz vengadora. Y las cosas llegaron a un punto que como confiesa el general Cáceres, los patriotas capitalinos "se apoderaron del caballo favorito del contralmirante Lynch y me lo remitieron para que me sirviera de él". El Comité Patriótico, pese a la acción policial decretada contra sus miembros, prosiguió sus abnegadas funciones de proveer y de informar a los hombres de la breña, durante todo el curso de la guerra por la patria chica.

6. EXPEDICION LETELIER

Letelier fue escogido para dirigir la expedición que debía incursionar a la región central con la finalidad de arrojar al Dictador Piérola de ese lugar y apoderarse de toda la región. Al gobierno de García Calderón se le hizo saber que se le haría despejar el centro para que el nuevo gobierno pudiera organizar tropas.

Letelier gozaba de gran prestigio entre los suyos como un distinguido oficial de E.M. educado en Europa; para su ejército y la juventud de su país era una esperanza y lo consideraban como un escritor de primera clase. El comando chileno al escogerlo le confirió plenas facultades para que hiciera lo que quisiese.

> "Letelier -dice Luis Milón Duarte en sus memorias- tenía la presunción de que su papel era el de Pizarro. Todo lo que hacía en el Perú, debía ser para sus soldados. Cuando se le daba parte de que un oficial o un soldado se había apropiado de algo, no castigaba por la perpetración del abuso, sino cuando se hubiese granjeado en lo pequeño. Todo lo miraba como res nullens en la tierra de los vencidos. Tal fue la escuela de Letelier".

Antes de la salida de la expedición, se había alistado planos, itinerarios, padrones de propiedades, títulos de dominio, minutas de compañías, datos de negociados de los propietarios y comerciantes de Junín (que entonces comprendía Cerro de Pasco). Se



había buscado guías expertos. El guía general fue el tristemente famoso francés Eugenio de Rurange que había sido colega de Letelier en el Colegio Militar de Francia. Acabado los preparativos, Rurange dio un saltito al interior a echar una ojeada por sí mismo para comprobar el estado del escenario, a fin de entrar en acción.

> "De Chicla fue a Tarma en un día y al siguiente almorzó en Jauja. Muy a la parisiense tuvo franquezas y familiaridades con Piérola, García García y demás jefes; anotó la poca tropa, supo que todos partirían esa misma semana al sur; tomó cerveza con Piérola y comió con él. A la mañana siguiente partió de un tirón hasta Pachachaca y de allí a Chicla muy temprano. En ese lugar se incorporó a la expedición cuyo número hizo reducir en 300 hombres que dejaron allí por creerlo innecesario llevar más, pues él había palpado que Piérola estaba desarmado".

Rurange había pertenecido al ejército francés que invadió Méjico con Brazaine. Vino al Perú cuando Manuel Pardo protegía la inmigración en Chanchamayo. Por su habilidad y relaciones se hizo nombrar administrador de la colonia de Chanchamayo con una renta excesiva. Bajo esos beneficios fue introducido en la sociedad de Junín; conocía a las familias, las casas y los escritorios uno a uno. Refiere Duarte:

> "Nada menos que en uno de sus viajes quincenales a Tarma y Huancayo, a la ida como a la vuelta, se alojaba donde se le guardaba toda aquella consideración que merecía un puesto al frente de una creación que representaba el porvenir de la nación, y con el agregado que poseyendo varios idiomas, era ameno sobre temas relativos al progreso y la civilización. Durante la guerra había presentado un trabajo que el cuerpo de ingenieros halló de alguna importancia, y se aceptaron aprestos en aquel plan, de secretario de fomento, para rodear con un collar de torpedos la rada del Callao; obra improba que no dio ningún resultado"

Cosa curiosa, ningún historiador chileno habla de las hazañas del francés Eugenio de Rurange; Inostrosa que es el único que narra algo del pillaje y abusos que cometieron los chilenos en la



Capital y en todo el resto del país, no cita las aventuras de este extranjero mal agradecido y traidor; si no fuera por las importantes memorias inconclusas de Milón Duarte que como colaborador de los chilenos conoció muchas de sus aventuras, no sabríamos de esta infamia que nos deja una lección dolorosa.

La expedición Letelier comprendía compañías escogidas de los batallones *Buin*, *Esmeralda* y *Santiago;* así como un escuadrón del regimiento *Carabineros de Yungay*, sumando en total 1,000 hombres. Puesto ya Rurange en escena, Letelier con un guía experto, la expedición al llegar a un pueblo publicaba un bando marcial, y pedía la tercera parte del valor de toda la propiedad, al contado y en plata. Los malos extranjeros facilitaban el negocio prestando el dinero a cuenta de la propiedad. El 15 pernoctan en Chicla y el 16 marchan sobre Casapalca. En este lugar reposan del soroche o mal de altura que ha afectado a la mayoría de los expedicionarios. El 18 cruzan la cordillera por Ticlio, y haciendo pascana en La Oroya se dirigen a Pasco por la ruta de Junín. La finalidad perseguida (batir a las tropas que el dictador tuviera en la cierra central), no obtuvo satisfacción plena. Para entonces, abril de 1881, los oficiales, clases y soldados de línea que se batieron en San Juan y Miraflores y que se encontraban en Jauja por propia iniciativa formaron la columna *Constancia* que, a estar por la nota humorística de Julio Guerrero, el pueblo jaujino dio en llamar socarronamente "Columna de lagartos". Por otra parte los individuos que se resistieron al licenciamiento del *Pichincha*, ordenado por Piérola, junto con la gendarmería local y guardias nacionales de los pueblos aledaños, formaron el batallón *Junín*. Estas dos unidades al mando de los coroneles Augusto Barrenechea y Miguel de la Jara, formaron a la vez la minúscula división que se puso a órdenes del prefecto de Junín, coronel Aduvire (sinuoso sujeto, enemigo del general Cáceres y posteriormente vinculado con el trajín iglesista) para realizar una labor policiaca en Cerro de Pasco. Se trataba de debelar la sublevación antipierolista del vecindario, alentada por el comerciante francés de apellido Louquet, que había traído consigo la muerte de los tenientes Samuel Chocano y Alejandro Muga. La violenta represión de la que se hizo gala no diferenció mucho los comportamientos de las tropas nacionales y chilenas. Sometida la población y obligada a pagar fuerte contribución



exigida por el Califa, Louquet fue pasado por las armas. Tales las fuerzas que la expedición Letelier quería aniquilar. Pero éstas, ante su aproximación, le hurtaron el cuerpo y se retiraron a Huánuco. Allí el coronel Pereyra, prefecto del departamento, tenía a su cargo un pequeño piquete. Los chilenos se acuartelaron en Cerro de Pasco, el 26 de abril, desprendiendo una columna a cargo del teniente coronel Basilio Romero Roa en persecución de Aduvire. Ella entra a Huánuco el 30 de abril cometiendo toda clase de excesos. Entre tanto, las tropas peruanas que evacuaron Huánuco el día anterior se encaminan a Huaraz por la vía de Huallanca, compartiendo la marcha con toda la gente que en aquella ciudad tenía algo de valor y era fácilmente transportable. Sin embargo, Romero Roa pudo aún exprimir el limón con provecho, a pesar del éxodo. Así pudo reunir cerca de 74,000 pesos en dinero y alhajas, reservándose para sí la tercera parte. Y a todos aquellos que se opusieron al cupo, les incendiaron sus fincas y les talaron sus campos. Según José Varallanos *(Historia de Huánuco)*, por tales motivos, a doña Edelmira Maldonado viuda de San Miguel le saquearon toda su mansión. Pero los que se fueron con los prefectos no la pasaron mejor. Romero Roa había encomendado al capitán Belizario Troncoso que con los *Carabineros de Yungay* cayese sobre esa masa híbrida poblano-castrense y la liquidase. Subiendo la cuesta de Huancapallac, la columna avista a los jinetes de Troncoso que desde Higueras dan rienda suelta a sus cabalgaduras. El pánico se apoderó de toda ella y desde ese instante se hizo dramática realidad el sálvese quien pueda. Las mujeres enloquecidas ofrecían sus mejores alhajas a quienes disponían de bestias de carga para fugar más fácilmente en ellas; otras corrían sin rumbo arrastrando a sus hijos. Varias se desmayaban de fatiga entre el equipaje, canastos y atados abandonados que obstruían los senderos. Todo se abandonaba, pertenencias y animales, por el instinto de vivir; intento vano. La inexorable puntería de la gente de Troncoso segó muchas vidas de los que huían, apuntando con calma y disparando sobre seguro. Y terminada esa despiadada caza, vino el repugnante despojo de los muertos, el remate de los heridos, la requisa del botín abandonado, el hurto de los bienes de las mujeres exánimes, seguido del hurto de sus honras en presencia de sus hijos y la acción del corvo asesino para quien osase resistir la depredación



o el ultraje. Así Letelier, sin tropas peruanas que batir, se dedicó a esquilmar la región sin mayores obstáculos. Y es que todos los hombres de la breña central, en aptitud de tomar armas, habían ofrendado sus vidas en el ara sangrienta de la patria grande. De allí que su suelo natal estuviera exangüe cuando lo holló el invasor por vez primera. ¡Si tan siquiera se hubiera contado con el esfuerzo salvador del *Pichincha!* Amo y señor indiscutido de vidas y haciendas, el jefe chileno impuso leoninas contribuciones de guerra a Cerro de Pasco (500,000 pesos) y a Huánuco (300,000 pesos). Además, en esta última ciudad, reemplaza al siniestro Romero Roa por otro más inescrupuloso, el teniente coronel Hilarión Bouquet, el tristemente célebre que sustrajo la custodia de plata y piedras preciosas de la catedral, aparte de otros valiosos ornamentos. Pero la sed de riqueza no se sacia en estas dos aterrorizadas ciudades. El 21 de mayo de 1881 las tropas chilenas hacen su ingreso a Tarma, ciudad a la que imponen un cupo de 100,000 soles plata. Por anticipado, el alcalde municipal José Ma. Alvariño recibe el 10 de mayo la intimidación del propio Letelier para que "en el término de 8 días" ponga a su disposición "200 caballos en buen estado, 50 de ellos de buena calidad para jefes y 200 mulas de silla, 50 aparejados". Caso contrario la ciudad de Tarma será reducida a cenizas, después saqueada por las tropas". El teniente coronel Anacleto Lagos (un Lago al fin y al cabo), cobró a cañonazos la contribución exigida destruyendo el almacén de Parra, sobre la plaza mayor. No contento con esa salvajada, puso a prisión al párroco exigiendo un rescate de 20,000 soles, so pena de ser azotado públicamente. A falta de circulante se tranzó por el equivalente que estuvo, usurariamente a su arbitrio señalar, apoderándose así de antiguas y valiosas joyas de distintas matronas tarmeñas. De tal manera se evitó tan sacrílega afrenta. Pero no todos los párrocos fueron dignos de ser defendidos. El general Cáceres se queja, por ejemplo, del cura de Huánuco Clímaco Huapaya, que orientó la rapacidad chilena en la comarca y del párroco de Acobamba, Luis Blancheri, que engalanó su parroquia con banderas chilenas, ofreció un banquete a los jefes y oficiales de la fuerza invasora y brindó por el triunfo de las armas de Chile. Entretanto, en Junín el teniente coronel Pedro Toledo confesaba que "estamos como moros sin señor", robando ganado, incendiando las casas de los prófugos y destrozando las tallas



coloniales de su pequeña iglesia, en busca de alhajas sacras. Sucedió que Letelier succionando a los mineros de Pasco, desparramó a sus lugartenientes en los actuales departamentos de Huánuco, Pasco y Junín para que hicieran lo propio. Pero todo este vandalismo se desarrolló sin una desesperada resistencia al opresor. Así lo revela el fusilamiento del gobernador de Pachachaca, la carnicería y el incendio de San Rafael el 28 de mayo, el sangriento encuentro de los panatahuas con la fuerza de Bouquet en el puente de Tarija el 10 de junio y la matanza obrada en las comunidades de Cajamarquilla y de Vilcabamba, de la cual se jacta Letelier en uno de sus partes. Las cosas llegaron a un punto que hasta el Príncipe Rojo (Lynch) consideró que era más que suficiente. El escándalo colmaba toda medida. Las quejas de los extranjeros a través de sus cónsules y ministros y las que formalmente formulaba el gobierno de La Magdalena, hicieron que en el mismo comando chileno rebalsara la copa de la paciencia.

El pueblo de Vilcabamba, a seis leguas de Cerro de Pasco, se sublevó. Fue un destacamento a aplastarlos, y después de su victoria incendiaron la ciudad, ultimando a cuantos tomaron prisioneros. Cajamarquilla se resistió al pago de su tributo y fueron degollados los renitentes. Luego de estos dos golpes feroces, a los que no se opuso resistencia por carecer en absoluto de elementos bélicos, ningún otro pueblo se atrevió a resistir. Notificado el cupo y transcurrido el plazo, salía la comisión depredadora; o se contaba el dinero o comenzaba el incendio, junto con la ejecución de crímenes de toda especie. Así los infames ladrones reunieron oro en gran abundancia. Las barras de plata, la plata sellada, los frascos de azogue y los metales de buena ley, se acumulaban por piaras. Los billetes se sacaban en costales. El ganado se arreaba de las estancias por rebaños o como decían los chilenos por "piños". Solamente al señor Apolinario Franco, vecino acaudalado que nunca había tomado parte en la política, le quitaron dos inmensos depósitos de azogue, repletos de frascos del valioso líquido que había importado de Europa. Además le robaron salitreros, oro, plata en barras, lo mismo que ganado. Se extremaron contra él porque no dio cara a los saqueadores ni a los vampiros que secundaron a los saqueadores; éstos aprovecharon la feria y de los bienes de un ausente. Una gran parte de los



beneficios de ese saqueo pasaron a las manos infames de esos judíos que eran los soplones y comanditarios de esa expedición. Hubo un cónsul europeo que alzó con el santo y la limosna de las barras de Letelier, apenas éste cayó. Se ha paseado por Europa como un príncipe y ha vuelto a esperar otro nuevo río revuelto. A su turno, los acompañantes de Letelier se complotaron en alta escala, gozando de la tolerancia de éste. Dice Milón Duarte:

> "El cicerone Rurange, hizo su agosto en tal grado que solamente de lo que daba a publicidad se puede juzgar por sus propias palabras: 'En oro tengo doscientas mil pesetas y no he concluido aún de refogar (aquilatar) mis barras'".

El jefe que fue a Huánuco hizo fortuna empleando el látigo contra todos los dependientes y operarios de la familia Rolando cuya riqueza le venía de antiguo para únicamente aumentar sus entierros. Se flageló sin mirar sexo ni condición hasta que se descubrieran los tesoros. En todos los pueblos se apoderaron de las alhajas de sus iglesias.

En Tarma por cobrar el cupo al comerciante Parra, el jefe del destacamento, mayor Anacleto Lagos,

> "mandó cañonear su tienda situada en la plaza".

> "Aquellos eran los días de Atahualpa y Pizarro. Todos los frutos del trabajo y la economía desde la independencia cayeron en esa vorágine".

Todas las riquezas acumuladas, así como las partidas de ganado, se hacían conducir a Lima con los propios naturales acompañados por pequeñas escoltas de tropa. Nadie podía poner los ojos en el tesoro de los conquistadores.

Refiere Luis M. Duarte, testigo e íntimo actor, en sus memorias escritas durante la guerra, sobre un hecho poco conocido y ocurrido en Sangrar antes del combate protagonizado por los canteños.

Como Sangrar era un lugar de paso obligado para las remesas de Cerro de Pasco a Lima, de cuantiosos tesoros, así como de las partidas de ganado que iban a la costa, la hacienda de los Vento albergaba siempre a los constantes viajeros, dándoles hospedaje. Un día la partida hospedada se dispersó con la intención de saquear la hacienda; los cuidadores quisieron escarmentarlos y les dieron una buena lección práctica. Los cercaron mientras dormían y los atacaron; después de un ligero combate en que se



rindieron, les perdonaron la vida, y les quitaron las orejas y los amonestaron para que nunca pusieran los pies en ese fundo. Dice Duarte:

"He oído la relación de esa escaramuza al coronel Vento, cuando en una de nuestras conferencias sobre la paz con el general Lynch estuvo presente Vento. El general Lynch después que concluimos el punto, pidió a Vento le refiriese el asunto, y dijo: AHORA QUE YA SOMOS AMIGOS, hágame el gusto de contar aquello de Sangrar. Vento al principio un tanto embarazado, refirió que se habían acostumbrado a pernoctar en su hacienda los conductores de las remesas de la expedición Letelier, y que una de esas partidas comenzó a merodear en la estancia. Temió que del merodeo pasaran a la impunidad a tomar el ganado. A fin de prevenirlo resolvieron escarmentar a aquella partida que rodearon mientras dormían. Al amanecer los sitiados rompieron el fuego creyendo abrirse el paso; hubo un nutrido tiroteo que concluyó cuando amagaron la casa para incendiarla; en ese momento izaron la bandera blanca los sitiados. Vento les dijo: los peruanos no matan a los vencidos; váyanse cangrejos y no vuelvan más aquí, digan a sus jefes que no me pisen estos linderos porque les costará caro a los chilenos. Dirigiéndose a su gente les dijo: 'Muchachos, para que estos chilenos lleven un recuerdo eterno, pónganse con sus cuchillos en la puerta y según vayan saliendo, a unos les cortan la oreja derecha y a otros la izquierda'. En ese desfile les hizo desmochar; les hizo restañar la sangre como hacen los vaqueros cuando señalan su ganado; y con los suyos los ayudan en las operaciones de ensillar, aparejar y cargar; dando un trago a cada mocho les despachó sin que les tocase ni el barro que tenían en sus valiosas cargas. Los señalados, inclusive los oficiales, tuvieron que entrar de noche a Lima. De ahí provino un dicho popular que se repetía a los chilenos cuando salían de expediciones: ¡Cuidado con las orejas!"

Continuando con la descripción de las fechorías de Letelier, diremos que el cónsul español, entre otras cosas, le escribía al contralmirante Lynch las siguientes hazañas araucanas:

"Un soldado estaba solazándose viendo arder una casa



en Vicso, cuando su dueña, Carmen Venturo, salió de su escondite, se abrazó del incendiario y se precipitó con él a las llamas".

Trágica ordalía que no escarmentó la tea invasora. Prosigue:

"Una mujer refugiada en su corral vio que un soldado, que acababa de incendiar su casa, se agachaba para tomar agua en un manantial. Aprovechó la actitud desprevenida de éste y le aplastó la cabeza con una piedra".

Además dice:

"Un grupo de soldados encontró a una mujer oculta en unos matorrales, que estaba encinta y acompañada de tres criaturas. Después de ultrajarla le abrieron el vientre de un bayonetazo".

Lynch ordenó el regreso de la expedición el 28 de mayo y reiteró la orden el 2 de junio. Así reunidas las tropas en Chicla, Letelier emprende el retorno a Lima el 21 de junio. En esta ciudad un tribunal militar le declaró culpable de exacciones, abuso de autoridad y apropiaciones ilícitas. También declaró lo mismo de sus lugartenientes. Entre otras pruebas se exhibiría el bando por el cual todos los habitantes de Cerro de Pasco quedaron obligados a entregar en el plazo de 3 días, especies, dinero, joyas, mercaderías y demás valores; incluyendo los dejados por personas ausentes. Al incumplido se le multiplicaba por 5 su cuota de sacrificio. Y por si eso fuera poco, por dicho bando se estimulaba la delación. También saldría a la palestra el caso de Emanuele Chiessa, distinguido ciudadano italiano con mucha influencia en las colonias extranjeras de Cerro de Pasco, quién fue arrestado y sometido a un consejo de guerra por haber solventado, en el pasado, la organización de un batallón de infantería peruano. Por tamaño "delito" fue sentenciado a muerte. La ejecución debía efectuarse a las 7 a.m. del 17 de mayo, pero gracias al donativo que la colonia italiana hizo a Letelier, ascendente a 50,000 soles plata, el reo recobró la libertad.

Citaremos algo de este sonado como injusto juicio. El mayor Baraona lo acusó y con testigos, de haber ayudado al enemigo. Durante la denuncia el fiscal interrogó a Chiessa:

– "¿Qué puede decir el acusado para rebatir las acusaciones hechas por el testigo?".



Chiessa visiblemente decepcionado ante las declaraciones de los forzados testigos, declaró:

– "Nada puedo oponer, señor lo que el testigo ha declarado es verdad, pero lo que hice no fue un delito. He vivido en el Perú desde hace 30 años, todo lo que soy le debo a este país. Contraje matrimonio con una mujer peruana y pese a ser extranjero, conseguí la felicidad en esta tierra".
– "Confiesa Ud. entonces haber ayudado al enemigo- interroga Baraona-;
– "Sí señores, confieso haber sido padrino de la bandera del batallón *Pasco Nº 5* y de haber donado 400 soles plata para la caja a fin de que se comprara el equipo que faltaba a sus soldados".
– "Luego admite Ud. ser culpable del delito de ayuda al enemigo, preguntó. Chiessa se puso de pie al instante y mirando a lo alto, al borde de las lágrimas, contestó sin dudas: '¡Al enemigo no!; he ayudado a los peruanos que nunca fueron mis enemigos, sino mis amigos, mis mejores amigos'".

Asimismo, se ventilaron los grandes negociados con el italiano Nicola Vatuone, que permitieron cobrar a su familia, durante muchos años, jugosos dividendos en la banca londinense. Por todo ello y mucho más Letelier y Basilio Romero Roa fueron degradados y condenados a 6 años de presidio en Chile, la confiscación de todos sus bienes hasta por el monto que permita subsanar lo perdido por el fisco chileno".

Tal el final de quienes echaron lodo sobre las armas de su país.

7. QUEBRADA HONDA

El general Cáceres, desde los últimos días de abril, cuenta con la decidida colaboración de los Tafur; Máximo, el nuevo prefecto, y Manuel, el jefe del Estado Mayor General, ambos coroneles. También con la de un grupo de oficiales y otro de gendarmes convalecientes, a los cuales envía desde Jauja, siguiendo su ejemplo, a esparcir la buena nueva del alistamiento en la provincia y también con 100 hombres, base del batallón *Jauja*, la pri-



mera unidad de combate del nuevo ejército del centro, comandada por el coronel Manuel Luna, por los tenientes coroneles Luis lazo, Teodosio Bedoya y por el mayor Gabriel Delgado. Y de conformidad con su plan provisional de guerra de guerrillas, las montoneras "que actuaban sin concierto y caprichosamente" fueron disueltas y transformadas en organizados destacamentos guerrilleros. A estos les tocó, justamente un mes después, atormentar la retirada de los destacamentos de Letelier, esperándolos sobre los desfiladeros o sobre los bordes de las quebradas, para hacer rodar una infinidad de galgas Su distintivo sería, en adelante, una cinta encarnada en sus sombreros. El kepí rojo lo sería del ejército de línea. Fue un hecho que la masa campesina, ante las magistrales arengas del general Cáceres y de los suyos, que avivaron su ancestral espíritu guerrero, acudió en tumulto a engrosar las filas guerrilleras o a formar las columnas de los batallones del ejército regular.

Desde La Oroya, por orden de Letelier, la columna chilena a cargo del antes mencionado Romero Roa, se descuelga hacia Jauja siguiendo el curso del Mantaro. El general Cáceres imposibilitado de hacerle frente, dada la superioridad enemiga, se retira con el batallón *Jauja* de la ciudad, tomando la ruta oriental, tocando Santa Rosa de Ocopa (donde fue confortado por el patriota prelado Manuel Teodoro del Valle S., y por el guardián del convento Rev. Padre Gabriel Sala), Quichuay, Quilcas, Quebrada Honda y Huancayo. Durante su permanencia en el convento de Ocopa se presentan como voluntarios para ingresar al naciente ejército dos novicios españoles, para combatir por el Perú; ante la insistencia de los jóvenes el general ordena su alta en el ejército. Al día siguiente, muy temprano, el padre guardián se presenta ante el general para solicitarle deje sin efecto el alta por tratarse de jóvenes ejemplares en su devoción a Dios. El general aceptó de inmediato, ordenando su baja. Muchos años después, durante su último viaje a la región central, devoto y admirador del convento, llegó a él y fue amablemente recibido por el guardián; hacen gratos recuerdos del pasado: el general recuerda la anécdota de los novicios y manifiesta el deseo de verlos para abrazarlos, cita sus nombres. El guardián, con innegable emoción, abraza al general diciéndole: uno de ellos soy yo, general, y no me arrepiento de haber querido servir bajo sus órdenes en su glorioso ejército; un



fuerte y prolongado abrazo une al padre guardián y al Mariscal de la Breña.

En Huancayo le dio la bienvenida don Juan Quintana y otras personas acaudaladas y representativas del comercio provincial. A todos ellos invocó la necesidad de formar un nuevo batallón y sostener permanentemente a las tropas. Casi de inmediato don José Osambela puso a su disposición un escuadrón de caballería de 25 hombres, para que le sirviera de escolta. Seguidamente se presentaron los contingentes de las comarcas aledañas, armados y equipados por comerciantes huancaínos. Tal el origen de la "Ayudantina", que con el correr de los meses se hizo famosa y del nuevo batallón *Huancayo*. Entre los "Ayudantes" primigenios figuraron Carlos Amézaga, León Andraca, Ricardo Bentín, Eulogio Cavero, Darío Enríquez, Pedro Hurtado, Eduardo Lecca, Salvador Mariátegui, Ernesto Mora, Vicente Palomino, Florentino Portugal, Mariano Portugal, Abel Quimper, Juan de la Quintana e Ignacio del Vigo. Además protegía al general Cáceres, su escolta a cargo del teniente coronel Lucidoro Caba, capitán J.L. Yáñez y los subtenientes José Garay y Lescano Tambini. Por otra parte, los "patrióticos y expresivos términos" de la comunicación enviada por los comuneros de San Juan de Jarpa, le causaron "una honda impresión". En ella le decían, entre otras cosas, "que nos hallamos pronto a marchar donde ese superior gobierno nos ordene", como que, "después de Dios es usía" y firmaban: Feliciano Carrión, Asencio Dávila, Antonio Carrión, Casimiro Pando, Matías Lapa y Eugenio Dávila.

Esto era verdad. En el corazón de todos y de cada uno de los breñeros esto era perfectamente cierto. En aquellos días cruentos, la señera sabiduría de nuestro pueblo descubrió en el general Cáceres su adalid más excelso. Nunca hombre alguno, desde las ignotas centurias, despertó tanta admiración y simpatías colectivas en el marco telúrico de la sierra central. Su presencia, tal y como anota su hija Zoila Aurora, era motivo de la sana alegría popular, expresada en los repiques de las campanas, en los cohetones de arranque, en las canciones y danzas festivas, en la comida y bebida comúnmente compartidas, en el besamanos de los mayores. en las caricias de las "guaguas", en fin, en la sola compañía de quien, todos lo sabían, era capaz de infundir coraje y patriotismo a través de su ejemplar presencia. En tal suma de



brotes se advertía que el peregrinaje nacionalista del "Brujo de los Andes" comenzaba a dar sus frutos.

Para entonces Romero Roa ocupaba Jauja demandando de su ayuntamiento techo, abrigo y alimentación para la tropa, y forraje para los caballos. Desde allí remite con un propio, a la municipalidad de Huancayo, la intimidación de entrega de 200,000 soles, como cupo de guerra, más de 50 caballos, en el término de dos días, so pena de destruir la ciudad en caso de incumplimiento. El general Cáceres decidió enfrentar la amenaza enemiga posesionándose de Quebrada Honda el 8 de mayo, estratégica barrera natural, a 6 km. al norte de la ciudad, formada por las estribaciones del Huaytapallana que se vuelcan sobre el Mantaro. Controlando desde allí todos los caminos de acceso, esperó pacientemente la presencia del enemigo. Para cuando éste apareciese a la vista tenía preparada una estratagema destinada a inflar grandemente sus efectivos, a ojos del enemigo claro está, la misma que consistía en hacer asomar por las altas partes de la quebrada, rebaños enteros de auquénidos ensombrerados. El artificio dio resultado. Romero Roa se persuadió por sus patrullas de que miles de breñeros guarnicionaban la quebrada, en vista de lo cual decidió no pasar de Concepción. No obstante reitera desde allí sus exigencias de dinero y de caballos. Anota el general Cáceres que en tal ocasión

> "sobresalieron la abnegación y el patriotismo del coronel Manuel Tafur, jefe de estado mayor, quién no obstante su avanzada edad, la inclemencia del clima, la inminencia del peligro y la necesidad de velar toda la noche, me disputaba el derecho de velar las avanzadas, servicio en el cual nos turnábamos él y yo".

En Concepción la compañía más distinguida del *Esmeralda* (7º de Línea), bajo el mando del capitán Manuel Aguirre Peña y Lillo (donde militaba sólo la flor de la aristocracia chilena), impuso a la pequeña población un cupo de 80,000 soles. Gran parte de este cupo, lo pagó Valladares bajo amenaza de destrucción de sus propiedades, obteniendo plata del prestamista usurero Kirchner, que posteriormente hizo muy buenos negocios con el coronel del Canto[5]. Dice Luis Duarte:

5. La carta manuscrita de del Canto a Kirchner es un documento de mi archivo histórico que obsequié al CEHM del Perú.



"El señor don Juan Valladares fue también muy maltratado y pagó también el cupo muy alto de toda la provincia de Jauja a causa de que teniendo una estancia de ganado merino en Cerro de Pasco, había peligro de que los chilenos maltrataran ese rebaño de tanto valor".

Así, pues, la segunda semana de junio de 1881, la expedición Letelier incursionó en el valle del Mantaro con fuerzas que comanda Romero Roa, saqueando e imponiendo cupos; Concepción fue ocupado y los Valladares que habían participado activamente en la defensa de Lima con el batallón *Concepción* al que armaron y sostuvieron, fueron castigados con cupos exagerados. Juan Enrique se vio obligado a endeudarse con Kirchner que con sus malos manejos con los chilenos se volvió en el principal acreedor de los que caían en desgracia; a Juan Enrique le prestó 20,000 soles en billetes y 3,680 en soles plata al 2% de interés mensual. Igual cosa hizo con Fernando Valladares y su cuñado Milón Duarte, todo para pagar cupos.

Los negocios de Guillermo Kirchner durante la ocupación no se limitaba al otorgamiento de préstamos usurarios, hizo también magníficas ganancias comprando a los chilenos el ganado robado en las haciendas y a las comunidades indígenas. Así este infame usurero se convirtió en un poderoso terrateniente y primer contribuyente de Concepción.

Pero el capitán Aguirre no pasó de allí, pues para el enemigo, más que los miles de guerrilleros, era el coronel de Tarapacá y Miraflores, entre todos los militares peruanos, el que más admiración y respeto infundía. Y así como el alemán Kirchner fue el intermediario en Concepción para el pago del cupo; así también el alemán Kamphousen lo fue en Huancayo para el mismo efecto. Sucedió que el alcalde huancaíno Federico de la Peña, desestimando el esfuerzo del general Cáceres en Quebrada Honda y ciego al hecho de que éste había logrado poner a raya al enemigo, por dicho intermediario suplicó la rebaja del cupo y el alargamiento del plazo. Algo era mejor que nada. Se ajustó el trato en 60,000 soles (20,000 menos que Concepción) y 30 caballos. Y que sólo esperaban que llegase la noche para enviar dicho contingente al jefe chileno, encargándose de tal cometido don Manuel Zevallos. Al enterarse el general Cáceres ordenó al coronel Tafur el arresto



del alcalde y la incautación del cupo, que pasó a poder del tesorero, comandante Andrés Freyre, y al mayor Osambela la requisa de los caballos. Una semana antes de la llegada de los chilenos al valle, el concejo de Huancayo había negado al general Cáceres S/. 1,168.70 que le solicitó. "Ante la reiterada insistencia, le prestaron S/. 586.10 solamente, haciéndole presente que no hay más cantidad de que dispone la caja municipal"[6]. Era el 18 de mayo de 1881. Desde entonces dice el general Cáceres, "pude contar con algunos fondos, pues hasta la fecha no había tenido ninguno". Gracias a ello se pudo pagar un sueldo "de los varios que se debía" a los jefes y oficiales; se pudo dar una paga semanal a los soldados y se pudo uniformar de tocuyo azul al batallón *Huancayo* cuya jefatura confió a don Juan Quintana Basurto, su entusiasta gestor y fundador. Días después no sin hacer sentir el peso de su frustración sobre el obispo del Valle, en Santa Rosa de Ocopa (con 7,500 soles) y sobre el coronel Valladares (con 19,500 soles más), los chilenos evacúan Concepción replegándose a Jauja donde se sostuvieron hasta mediados de junio. Aclaramos igualmente que una de las razones por las que apresó y sancionó el general Cáceres al alcalde de Huancayo fue por haber comprobado que el dinero reunido para dar el cupo lo había obtenido obligando a pagar a la gente menesterosa y no a los adinerados de la localidad.

8. COMBATE DE SANGRAR

Letelier, queriendo bajar a la costa por la vía de Canta, ordenó que una compañía de 100 de hombres del batallón *Buin*, acantonada en Casapalca, se desplazase al paso de Las Cuevas, para asegurarlo en beneficio del resto de la expedición. Fue el capitán José Luis Araneda a quien le tocó cumplir dicho cometido. Llegado a ese lugar dejó allí un destacamento de 15 hombres al mando de un sargento y con el grueso de su compañía se trasladó a Sangrar, que sólo está a 500 m. al oeste de la hacienda vecina; era el atardecer del 20 de junio. Dicha hacienda era propiedad de don Norberto Vento, cuyo hijo Manuel Encarnación fue el segundo jefe del *Canta Nº 63*, y cuyo nieto del mismo nombre, hijo del

6. Libro de sesiones ordinarias del Concejo Municipal.



segundo, murió en San Juan por la patria grande. Otro hijo suyo, Lorenzo, subteniente del mismo batallón se batió en la inútil defensa de la capital. Pese a la amenaza de Letelier de arrasar Canta, contenida en una nota enviada desde Cerro de Pasco, el 21 de junio de 1881, los Vento no bajaron la guardia. Para entonces, con los sobrevivientes del batallón *Canta*, han vuelto a poner en pie de guerra dicha unidad. El Comité Patriótico de la Resistencia atendió cumplidamente, desde Lima, sus pedidos de voluntarios, armas y municiones. Así por ejemplo, por especial gestión de doña Antonia, el hacendado Juan Ramos, de Cañete, alista y envía 18 voluntarios armados por él hasta los dientes. Estos, unidos a otros de variada procedencia, formaron la columna canteña; la misma que en Canta es reforzada por los 40 voluntarios alistados por el subprefecto Emilio Fuentes. Así los elementos combatientes llegaron a sumar más de 300 individuos aparte de unos 500 guerrilleros. Y tratándose de la guerra que estaba tocando las puertas del lar nativo, los esfuerzos de don Norberto fueron esta vez secundados por todos sus hijos, a saber: Lorenzo, Manuel Encarnación, Manuel Espíritu, Teodosio y Wenceslao; contando, además, con el asesoramiento del mayor Luis Escudero. Por otra parte, las tres compañías del nuevo batallón estaban a cargo de los capitanes Victoriano Calderón, Marcos Icochea y Carlos Zuleta; los mismos que eran apoyados por los tenientes Clímaco Falcón, Práxedes Gutiérrez, Juan Mariano y Pedro Patiño. La ocupación de Sangrar (informada por Gregorio Romero) y la intimidación de Letelier, de deponer las armas, entrañaba todo un desafío a los Vento. Estos, recogiendo el guante, abren campaña desde Canta contra el enemigo el 24 de junio. Su plan era recuperar Sangrar y el paso de Las Cuevas para bloquear luego todos los accesos de la cordillera de la Viuda. El mismo 24 llegaron a Culluhuay; el 25 acamparon en Oxamachay y Capelleyoc; el 26 a las 10 am., coronaron el paso cordillerano de Lacsajahual, que domina la garganta del Colac. En ese momento dicho accidente era reconocido por una patrulla chilena, formada por 8 jinetes y un guía (Salustiano Milla) a cargo del sargento Zacarías Bisibinger. Cuando se pusieron a tiro, Norberto Vento ordenó una descarga cerrada. La sorpresa fue completa ya que ni uno solo sobrevivió. Sin embargo, Zoila Aurora Cáceres afirma que escapó un hombre, José Sepúlveda, pero que no llegó a



Sangrar porque murió en el camino. La acción de Sangrar había comenzado el 26 de junio a la una de tarde de 1881. En la hacienda, el eco de los disparos alertó a la compañía Araneda, obligándola a tomar posiciones en la casa hacienda, en el cementerio y el oratorio del mismo. Oportuna providencia ya que no pasó mucho tiempo sin que los canteños aparecieran y rodearan aquel lugar. Casi todo estaba por reducirse a la acción de Colac ya que Norberto Vento deseaba detenerse allí hasta el día siguien te, alegando la falta de rancho, la fatiga de la tropa y que al día siguiente recibiría 2 compañías de refuerzo, procedentes de Asunción de Huansa al mando del mayor Telésforo Ortecho, tenientes Dionisio Pimentel y Cipriano Hurtado. Pero el criterio de la mayoría de los oficiales y sobre todo de Wenceslao Vento se impuso, continuando la marcha con la consigna de cercar la casa hacienda. Según Zoila Aurora, la exclamación decisiva fue: "ahora o nunca", a lo que, al final, aceptó Norberto Vento diciendo "Hágase lo que se quiera". Alcanzadas las alturas que rodean la planicie de Sangrar a las 2 p.m., a falta de artillería, una formidable descarga de galgas precedió el ataque. Los subtenientes chilenos Guzmán, Pérez, Ríos y Saavedra, orientaban el fuego de sus unidades sobre la masa atacante que descendía sobre la hacienda en tres columnas. Guzmán dirigía la defensa de la capilla, Araneda y los subtenientes Ríos y Saavedra la de la casa hacienda, y Pérez la zona de los corrales. Al caer la tarde, a costa de numerosas bajas, los nuestros habían logrado desalojar al enemigo de los corrales y del cementerio. La resistencia quedó entonces circunscrita a la casa hacienda y el oratorio. Al obscurecer, tal como los indios hicieron en el sitio del Cusco (1536), la tropa del teniente Falcón, al precio de su vida, procedió a incendiar la capilla, lanzando a los techos de paja champas encendidas y tizones. De aquel asfixiante crematorio, aprovechando la confusión producida por el derrumbe del techo del santuario y la obscuridad reinante, pudieron escapar el teniente Guzmán y 8 soldados, dirigiéndose a Casapalca sin ser advertidos. Ya caía la noche y el intento de incendiar la casa hacienda falló, por su techumbre de calamina. Pero a costa de muchas vidas (entre ellas la de los voluntarios limeños Doroteo Molina y José Vásquez), sobre todo cuando se trató incendiar vigas, parantes, puertas y ventanas. Decididamente los *buines* seguían demostrando ser



Monumento edificado para conmemorar a los vencedores del combate de Sángrar.



mejores soldados que los nuestros. Entretanto Manuel Encarnación ordena al capitán Icochea hacer hervir la manteca de la hacienda para hacerla verter por los resquicios de las puertas y ventanas; así retrocedíamos a la Edad Media, empero, tampoco esta operación dio resultado. El intenso frío de la puna pronto volvió a congelar la manteca. Entonces se apeló al desesperado recurso de abrir forados en la casona, pero esta empresa harto suicida tampoco dio resultado. Los muertos pronto taponaron los agujeros. Entretanto la columna del capitán Patiño que había rodeado la casa hacienda, la de Calderón la zona del cementerio y la del capitán Zuleta que cercó los corrales, liquidaban a los últimos chilenos. Aniquilado y derrotado el enemigo, los nuestros se dedicaron a pasar un reconfortante rancho, al término del cual, sabiéndose la proximidad de las tropas de refresco del enemigo, las tropas canteñas, recogiendo al capitán Calderón, Patiño y tres de sus heridos, y después de enterrar a sus 38 muertos, retornaron a Canta esa misma madrugada. Y fue a las 6.30 am. cuando la columna de refuerzo de los chilenos se pone a la vista de Sangrar. Toda la mañana del 27 de junio de 1881 se dedicó a la atención de los heridos y al entierro de los muertos. Finalmente dejando sepultados en el cementerio de la hacienda 50 muertos y dos prisioneros, el resto de la compañía Araneda y la columna de refuerzo enemiga retornan a Casapalca.

En el parte que eleva el subprefecto Emilio Fuentes al general Cáceres después del combate, dice: que el 24 de junio fueron informados por un espía que los chilenos habían ocupado la hacienda de Sangrar, que Norberto Vento fue con 100 soldados y 40 paisanos a recuperar la hacienda, que del combate sostenido resultaron muertos 50 chilenos, que se les tomó dos prisioneros, 48 rifles, y se les quitó 800 carneros que habían tomado de la hacienda. Afirma también que las bajas canteñas fueron cuatro y que quedaron heridos el teniente Calderón, Patiño y tres soldados.

Por su parte los chilenos en su parte oficial que elevan el 28 de junio en Lima, manifiestan que tomaron la hacienda Sangrar con 79 hombres de tropa y tres oficiales ocupando igualmente el paso de La Cueva que dista sólo 6 a 8 cuadras con 15 hombres al mando de un sargento. Indica también que a la 1.00 pm. del 26 los atacaron los canteños con 700 hombres, de los cuales 400



estaban armados; que sus bajas finales fueron de 45 muertos, 17 heridos, 3 contusos y ocho cuya suerte se ignora[7].

A los cien años de la proeza y a la vista del monumento más alto del mundo (4,600 m.s.n.m.) erigido por las EE. EE. AA., "A LOS VENCEDORES DEL COMBATE DE SANGRAR", nos descubrimos frente a los hombres del ande que iniciaron la resistencia y destacamos que fue en Sangrar donde en forma organizada, el hombre de la breña dio cara al invasor, no para defenderse como en Quebrada Honda, sino para atacar y vencer. Sangrar fue pues el escenario del primer triunfo resonante de los guerrilleros de la breña sobre el engreído invasor y el segundo ganado en toda la guerra. Los canteños empeñaron la única acción de armas, no importa el resultado inmediato, significante de la repulsa viril de toda la sierra invadida. Gracias a ellos la expedición depredadora y repugnante de Letelier no representó un paseo militar. Esta no retornó indemne a sus bases. Lacerado en una de sus mejores unidades, el ejército invasor fue duramente castigado. En cuanto a Letelier, ignoramos si tuvo que responder ante un consejo de guerra por el abandono de una unidad de combate que se sacrificó inútilmente en Sangrar, asegurando el paso de La Cueva, por el que nunca pasó, al variar el derrotero por temor a los bravos canteños. Lo cual explica que Letelier llegara a Lima el 21 de julio, en tanto que lo que quedaba de la compañía de Araneda aportara en esta ciudad el 29 del mismo mes.

9. EL GOLPE DE CHICLA

A tales alturas, el general Cáceres continuaba en Huancayo la organización del ejército del centro. Contaba ya con dos batallones de línea el *Jauja* y el *Huancayo*. Y cuando se disponía a salir de la ciudad para dirigirse a Jauja y de allí a Tarma, incorpora a sus filas una lucida columna de 80 voluntarios al mando del coronel Angel Campos. A su paso por Concepción, el coronel Valladares cooperó decididamente con él, dotándolo de medios económicos, ganado, víveres y cuanto necesitara. Ya en Tarma, recepcionó a los contingentes provinciales, formando con ellos el

7. Estractos de los partes citados de la *Colección Documental de la Campaña de la Breña*, editado por el CCHM del Perú.



nuevo batallón *Tarma*, "cuyo equipo fue costeado por don Fortunato Bermúdez, distinguido patriota tarmeño", según la afirmación del propio general Cáceres. Instalado el cuartel general en esa ciudad, incorporó a los 50 voluntarios iqueños al mando del teniente Coronel Benigno Zevallos, el único contingente no breñero de su ejército; y mandó traer del fuerte de San Ramón (Chanchamayo) la batería Krupp, consistente en 4 cañones de retrocarga y ánima lisa que una década atrás había sido allí instalada por el general José Manuel Pereyra, el fundador de La Merced, apodado "el abuelo del ejército". Esta última comisión fue confiada al teniente coronel de artillería Ambrosio Navarro. Además hizo extensiva sus instrucciones sobre la formación y adiestramiento de destacamentos guerrilleros, confirmando el comando de los mismos en Bedoya (Santa Eulalia), Luis Tello (Huarochirí), teniente coronel González con los mayores Rivas e Incháustegui, y con los señores José Granados y Adrián Medina. Entre las instrucciones impartidas figuraban éstas:

"Exíjase a las guerrillas gran rapidez en los movimientos, para dispersarse prontamente ante el peligro y volver a unirse para caer de improviso sobre el enemigo, teniéndolo siempre inquieto y hostigado por todas partes. Sus marchas deben realizarse por lo general de noche, acampando y vivaqueando durante el día, en alturas inaccesibles, o caseríos aislados donde no puedan ser fácilmente descubiertos. Los guerrilleros deben eludir todo combate formal, y solo aceptarlo estando seguros de las ventajas de su posición y superioridad numérica. El jefe de la guerrilla debe estar en primer término y cuidar constantemente el buen trato a la población civil, con cuyo apoyo debe contarse siempre. La actitud y el sentimiento de la población civil tiene gran influencia en todo el movimiento guerrillero".

Para entonces llegaban a su fin las demostraciones de fuerza del gobierno de García Calderón, abrumadoramente repudiadas, que pretendían reivindicar el régimen constitucional, quebrado por la dictadura, sobre las demarcaciones de sospechosa filiación pierolista. García Calderón creyó que el general Cáceres, puesto a órdenes de Piérola, lucharía contra su régimen. Craso error. Los



breñeros desde que Piérola se hizo cargo del poder, entendieron que la guerra era con Chile, y no con Piérola ni contra los adversarios políticos de éste. Fue por la patria grande que regaron con su sangre los campos de San Juan y Miraflores. Por lo tanto, no era del caso aceptar que compatriotas nuestros, armados y municionados por el enemigo, trajesen la guerra civil al escenario donde ya se libraba la guerra por la patria chica. Infortunada fue así la expedición que el coronel Isaac Recavarren, prefecto de Lima, realizó sobre la breña ancashina, el 18 de mayo, al mando de 400 hombres. A su retorno el 10 de julio, sin pena ni gloria, trajo consigo sólo la mitad de sus efectivos. El resto, como bien lo advierte Lynch en sus Memorias, se plegó a la resistencia; igualmente infortunada fue la expedición que el coronel Manuel Reyes de Santa María, prefecto de Junín, nombrado por García Calderón, realizó sobre la breña tarmeña al mando de 200 hombres, al amparo de las fuerzas de Letelier. Estas actitudes que obedecían a una nula información dio lugar, fundamentalmente, al rechazo de su gobierno por el general Cáceres y sus oficiales, inicialmente. Por eso, al retirarse las fuerzas de Letelier, el contingente de Manuel Reyes tuvo que abandonar Tarma para establecerse en Chicla. En el circuito Chicla-Tarma-Chicla, más de la mitad había desertado. Al respecto, el Comité Patriótico de la Resistencia, con la debida anticipación, había informado al general Cáceres que el 3 de julio subía a Chicla, en auxilio del prefecto Reyes, un tren conduciendo 100 hombres, 200 fusiles y 22 cajones de municiones. El general proyecta entonces dar un audaz golpe de mano. Ordena a Bentín que con sus destacamentos guerrilleros embosque dicho tren en plena estación terminal, partiendo de Tarma, acompañado por su escolta, con dirección a ese lugar. En efecto, apenas se hubo detenido el tren, sus consternados y sorprendidos ocupantes vieron que se les apuntaba desde cualquier sitio y oyeron las órdenes terminantes de Ricardo Bentín para que dejasen armas y equipos en los vagones y bajasen a formar. Y así lo hicieron, en el más perfecto orden, pese a estar íntimamente confundidos. El resistirse habría significado una masacre (semejante a la matanza de pollos encerrados en una java), que felizmente se evitó mediando la sensatez de unos y otros. Al llegar el general Cáceres, los hechos estaban consumados según sus órdenes. Como él mismo relata, increpó por su "censurable



conducta" a los coroneles Pablo Solís y Carrillo Ariza, jefes del destacamento a quienes remite presos a Ayacucho juntamente con el teniente coronel Aguilar y el mayor Illescas. Los demás oficiales, clases y soldados, en libertad de decidir su destino, fueron ruidosamente aclamados cuando voluntariamente pidieron ser dados de alta en el ejército del centro. Muchos de ellos recibían en Tarma, el 10 de julio, el mismo armamento y equipo que trajeron de Lima, cuando se realizó la distribución del botín entre las unidades allí acantonadas. Por lo que toca al coronel Reyes, éste consigue en el Infiernillo tomar el tren de regreso a Lima el 4 de julio, con sus 80 hombres desarmados moral y materialmente.

Jorge Inostrosa insinúa que las dos veces que los chilenos enviaron al interior tropas peruanas para combatir a las fuerzas de Piérola en Huaraz, al mando de Recavarren y luego de Santa María, la señora Moreno aprovechó para enrolar entre los voluntarios llamados, a los patriotas peruanos, jefes, oficiales y soldados que querían ir a combatir en el ejército de la resistencia. Así se hizo en las dos incursiones.

10. EL EJERCITO DEL CENTRO AVANZA A CHICLA

Los hombres de la breña, disfrutando en Tarma de aquel triunfo incruento, celebraron además la incorporación dentro de la ayudantía, de breñeros de vocación, esto es, los limeñas que meses atrás formaron en la reserva que Piérola no dejó combatir, representados por el coronel Norberto Eléspuro, el doctor Manuel Irigoyen, don Pedro Alejandro del Solar (hijo), y los jóvenes cuyos rasgos característicos proporciona doña Antonia Moreno, a saber: Félix Costa Laurent, "bien parecido y de aspecto gringo", Pedro Muñiz, Enrique Openheimer, "de tipo inglés, muy gracioso y ocurrente", Alejandro Torres, "el chapetón inteligente y agudo"; Ernesto Velarde, "abnegado y valiente".

En Pasco, la evacuación chilena había dejado el fermento de una guerra interna de tipo social que había que afrontar, urgentemente, antes que se propagara anulando los esfuerzos de la resistencia. Letelier había esquilmado a los empresarios mineros de tal modo que, para resarcirse, se acogieron al tradicional expediente de sobre-explotar a sus peonadas, ya que la cuerda se



rompe siempre por la parte más delgada. Empero la reacción fue feroz, al extremo que los Cortázar y los Minaya tuvieron que fortificarse en sus propias viviendas de Cerro de Pasco para defenderse de los exaltados vilcabambinos quienes, dicho sea de paso, habían sufrido en carne propia, como otras comunidades cerreñas, la bárbara sevicia del invasor. Y como la reacción contra el abuso en aquella oportunidad no conoció límites, la indiada paseó por las calles la cabeza del cura Lino. De todas estas cosas el general Cáceres da cuenta al dictador, desde Tarma, el 31 de julio de 1881. El mismo Cáceres escoltado por una fracción de la "ayundatina" logra pacificar a duras penas la región.

Conseguido esto se traslada a Huánuco, como gonfalonero de Piérola, para castigar a las autoridades y personas notables que han suscrito actas a favor de García Calderón. Al efecto subroga al cuerpo edilicio y enjuicia al prefecto y subprefecto. La espada del breñero puesta al servicio del oportunista caudillo, no tardó en mellar el esfuerzo bélico de la resistencia, por lo que a Huánuco se refiere. El general se queja, en sus memorias, que los pudientes de la localidad sólo auxiliaron con 3,000 soles. Narra cómo "el cura párroco del lugar, aprovechando el sermón de la misa dominical, apostrofó desde el púlpito a los donantes calificándolos de tacaños". Sin embargo, era del caso considerar que habiendo sido desplumados por los chilenos, de cuya presencia en su suelo el único gran culpable era Piérola, poco era lo que podían contribuir los adinerados citadinos. Con lo dicho salimos al paso de las aventuradas especies que por doquier se vertieron desde entonces, de la manera más irresponsable, en el sentido de que la mezquindad de los hombres de fortuna, supuesta claro está, fue la causa de nuestros desastres. Nada más falso y por lo tanto injusto e inexacto. Lynch sabía muy bien que de grado o fuerza la dictadura podía prolongar la guerra, peligrosamente para Chile, si disponía de los ingentes capitales y bienes de capital radicados en la sierra central, preciso era entonces apoderarse de ellos. Y eso era lo que la expedición Letelier estuvo llamada a realizar en nuestro hábitat natural, tomando como ejemplo lo realizado por la expedición Lynch, de negra memoria, en la costa del Perú. Además, sin ánimo de defender al empresario Minaya, contra quien el general ordena la requisa de 30 mulas, a su paso por Cerro de Pasco al volver de Huánuco, es de compartir su



ninguna fe en los resultados de una guerra acaudillada, así fuese sólo teóricamente, por Piérola. Felizmente, allí y en todas partes de nuestra breña, donde se invoca el nombre de la patria, silenciando el del político mandón, tal como el general manifiesta, "se forman columnas y se reciben donativos considerables". La causa de la resistencia puede considerarse salvada. Por último, otro saldo positivo viene a jalonar la accidentada visita del general a esta parte de su vasta jurisdicción. Las tropas de Aduvire, ahora a cargo del teniente coronel Juan Vizcarra, supérstites de la infame masacre de Huancapallac, se reorganizan y se disponen a integrarse al Ejército del Centro cuando se acantona en Chicla.

En Tarma el general Cáceres es gratamente sorprendido con la presencia de la columna *Concepción*, acuartelada desde el 15 de julio en esa ciudad, como símbolo de ofrenda de ese pueblo epónimo de la defensa de la patria chica. Su primer jefe, el doctor Francisco Salazar Ramos, asistido por oficiales de carrera formó este contingente de sangre sobre la base de 3 oficiales, 2 sargentos y 25 voluntarios y veteranos del glorioso *Concepción Nº 27*. Según consigna Zoila Aurora Cáceres en el anexo 10, capítulo VII de su obra, la columna estaba integrada por el siguiente personal:

Plana mayor

Primer jefe	doctor Francisco Salazar Ramos
Capitán	José Román
Teniente	Pedro Pareja
Teniente	Agustín Arellano

Sgto. 2o	Manuel Herrera	Sgto. 2o	Juan Esteban Alzamora
Soldado	Tomás Canahualpa	Soldado	Genaro Apolinario
“	Narciso Pérez	“	Benito Capcha
“	Juan José Oré	“	Rafael Pazano
“	Evaristo Laureano	“	Demetrio Bautista
“	Celedonio Tolentino	“	Miguel Bendezú
“	Tomás Yachachín	“	Juan Francisco Loayza
“	Marcos Camareno	“	Francisco Martínez
“	Toribio Torres	“	Leandro Zarzo
“	Damián de la Cruz	“	Juan Córdova
“	Marcos Rivera	“	Manuel Zuga
“	Gregorio Zapata	“	Pablo Colca
“	Francisco Contreras.		

Admírese a este pueblo, a fines del mismo mes tenía organizado el batallón *Concepción Nº 7* con un efectivo de 230 plazas, organizado por el teniente coronel Ambrosio Salazar, el que se puso a órdenes del general Cáceres en Tarma.

De otro lado, resuelto el establecimiento del cuartel general en Chicla, para los primeros días de agosto, el general vuelca toda su esperanza en el pedido de las armas que le sobraban a Montero y que eleva al dictador. Por cierto, éste ni siquiera acusó recibo del mismo. Alguien debió recordarle entonces aquello de "cría cuervo...".

Ya en Chicla, el general se dio de lleno a la reestructuración del mando de las diversas unidades y servicios; escolta, batallón *Huancayo, Ica, Jauja (Zepita), Junín y Tarma;* columnas: *Concepción, Constancia, ambulancia e inteligencia.* Igualmente el Estado Mayor General, Secretaría, Política, Ayudantía Militar.

Después de una corta permanencia en ese lugar, a su regreso de Huánuco, trasladó el cuartel General a Matucana en el mes de agosto, y bajó a la quebrada excitando el entusiasmo de los guerrilleros.

Las tropas del coronel Aduvire llegaron a Matucana conducidas por el teniente coronel Juan C. Vizcarra, y junto con ellos vinieron el mayor Juan Mendizábal y otros oficiales.

Procedente de Puno llegó el batallón *Lima Nº 8* (de línea) al mando de su jefe, el coronel Remigio Morales Bermúdez.

A estas fuerzas uniéronse otras pequeñas columnas, organizadas entre tanto en la región del centro.

Una vez constituido el mando y los servicios en Chicla, en Matucana llevóse a término la organización del *ejército*, el que tomó definitivamente el nombre de *Ejército del Centro*. Su composición al 31 de agosto de 1881 era, en líneas generales, la siguiente:

Jefe del Estado Mayor: coronel Manuel Tafur.
Subjefe del Estado Mayor: coronel Angel Campos.

Primera División:
Comandante General: coronel Remigio Morales Bermúdez.
Batallón *Lima Nº 8*: primer jefe: coronel Mariano R. Espinoza.
Batallón *Zepita Nº 2*: primer jefe: teniente coronel J.M. Villegas



Segunda División:

Comandante General: coronel Manuel de la Jara
Batallón *Junín Nº 3:* primer jefe: teniente coronel Juan C. Vizcarra
Batallón *Tarma Nº 7:* primer jefe: teniente coronel Fortunato Bermúdez

Tercera División:

Comandante General: teniente coronel Benigno Zevallos.
Batallón *Ica Nº.4:* primer jefe: teniente coronel Lucidoro Cava.
Batallón *Huancayo Nº.5:* primer jefe: teniente coronel Juan Carvo.
Escuadrón de caballería: jefe: Sargento mayor José Osambela.
Brigada de artillería: primer jefe: teniente coronel José Ambrosio Navarro.
Dos baterías de ocho cañones (cuatro procedentes del fuerte de San Ramón) y cuatro traídos, posteriormente, de Cerro de Pasco.

Maestranza: primer jefe: teniente coronel Guillermo Yáñez.

Una secretaría a cargo del teniente coronel Luis I. Ibarra, teniendo como adscritos a don Lizardo de la Puente; capitanes: Roberto Bustillos y Lizandro La Rosa, y teniente Abel Bedoya y Seijas.

Un cuerpo de ayudantes.

Integrado por un selecto grupo de entusiastas jóvenes cuyo jefe era el comandante Florentino Portugal. Estaba formado inicialmente por los siguientes patriotas que se inmolaron casi en su totalidad por la patria, al lado del general Cáceres; ellos fueron: Mariano Portugal, Ricardo Bentín, Eduardo Lecca, Pedro Hurtado Prado, Enrique Oppenheimer, Abel Quimper, Vicente Palomino, Carlos Amézaga, Eulogio Cavero, Darío Enríquez y Benavides, José Miguel Pérez, Ignacio Vigo, Félix Castro y Laurent, León Andraca, Ernesto Velarde, Ernesto J. de Mora y Salvador Mariátegui.



Servicio de Sanidad.

Se organizó más tarde con los médicos: Mariano Mispireta, José M. Zapata e Ignacio Dianderas.

Pagador del ejército: teniente coronel Andrés Freyre.

Algunas aclaraciones:

Batallón *Lima Nº. 5*, antiguo cuerpo de línea, vino de Puno.

Batallón *Zepita Nº. 2*, integrado por fuerzas del batallón *Jauja*.

Batallón *Junín Nº. 3*, se formó con las tropas de Aduvire y algunos gendarmes.

Batallón *Ica Nº. 4*, se formó con contingentes de Ica, Cañete y Yauyos.

En Canta se organizó los batallones *Canta Nº 1* y *Canta Nº 2* de orden del coronel Bedoya, con los sobrevivientes de San Juan y Miraflores, los mismos que los puso a órdenes de Manuel Encarnación Vento, formando la Cuarta División.

El prefecto de Lima, coronel Augusto Bedoya, con residencia en Chancay, organizó, además los batallones *Alianza Nº 9* y el *Huacho Nº 10*, de 250 hombres cada uno, mandados respectivamente por el teniente coronel Manuel Bedoya y coronel Manuel Cáceres. Ambos batallones, juntamente con otras tropas, constituían la División Vanguardia.

Llegó igualmente un escuadrón de caballería con el nombre de *Escuadrón 2 de Mayo*, organizado en Ancash por el mayor Nemesio Diana. En Huánuco se había formado igualmente un batallón denominado *América*, que obedecía al coronel Máximo Araujo.

En Matucana y toda la provincia de Huarochirí se crearon, de acuerdo con instrucciones impartidas por el general Cáceres, nuevas agrupaciones guerrilleras, fue confiado al coronel Rafael Ramírez, con el título de Comandante General de las Guerrillas, afecto al cuartel general.

> "Independientemente de estas organizaciones guerrilleras, los hacendados del Centro, señores Peñaloza y Valladares –dice el general Cáceres en sus memorias–, prestaron oportuna y valiosa ayuda organizando grupos de partidarios, los cuales tuvieron eficaz actuación, tanto durante la retirada del *ejército del centro* hacia Ayacucho como en la contraofensiva de julio de 1882".



Igualmente eficaz fue la cooperación prestada por el acaudalado propietario de la hacienda "Manchay", coronel Arístides Arriz. De acuerdo con el 'Comité Patriótico', organizado en Lima, reunió en su hacienda los pertrechos y demás artefactos que ésta enviaba y luego los hacía trasladar al Cuartel General. Persuadido de su valioso prestigio, el general Cáceres le insinuó que organizara grupos de guerrilleros montados. Dedicóse de inmediato a tal faena y, una vez organizados, le expidió el nombramiento de Comandante del escuadrón guerrillero de Ate.

También destacó la partida guerrillera de Carampoma, a cargo del señor Andrés Medina, posteriormente ascendido a mayor.

En los primeros días de setiembre desertaron de la guarnición de Magdalena 60 gendarmes y se encaminaron a ponerse a órdenes del general Cáceres.

Desde otro aspecto, el servicio de inteligencia vivo se encarnaba en el coronel Máximo Tafur quien, desde Cerro de Pasco, había remitido a Chicla los fondos aportados por el comercio local. Además hay constancia de que, con el teniente coronel Martín Valdivia, remitió a Matucana 3,000 carneros, 350 reses, 150 caballos, 100 mulas, 15 quintales de pólvora y varias cargas de subsistencias. Y por lo que hace al desempeño profesional, el mismo general dirigió personalmente la instrucción táctica para los oficiales en su gran mayoría improvisados, y para los clases y tropas bisoñas, en la nueva modalidad de guerra de montaña que se patentó en la breña. Finalmente con relación a las fuerzas chilenas que ocupaban Chosica, el servicio de vigilancia era permanente empleándose al efecto cohetes de colores, bengalas y hasta ahumadas, por los puestos avanzados.

Entre tanto el ejército chileno, encerrado en Lima, veíase a menudo hostilizado –dice el general Cáceres– por las guerrillas que, por diversos puntos, incursionaban hasta las inmediaciones de la Capital; aprovechando audazmente sus correrías, sacaban de allí armas, municiones y diversos víveres, proporcionados por el Comité Patriótico y luego servían para armar y alimentar nuestro ejército, en el cual, en sus comienzos, una parte de los soldados sólo estaban armados de rejones y hondas aparte de las galgas que usaban.

"Más tarde, ya regularmente armado nuestro improvisado ejército, aquellas rudimentarias armas quedaron



circunscritas a los guerrilleros, los que constituyeron destacamentos especiales de rejoneros, honderos y galgueros. Desde luego que también contaban con algunos anticuados fusiles,, escopetas, pistolas, revólveres, arcabuses y trabucos".

La falta de armamento se hacía sentir cada día más, todos los pedidos hechos al Dictador resultaban estériles, pues bien pudo ordenar que los rifles sobrantes que tenía Montero en Cajamarca fuesen entregados al creciente ejército del Centro. "Además, al enterarme -dice el general Cáceres- que en el arsenal de Arequipa había cosa de cinco mil fusiles nuevos aún encajonados, solicité que me los enviaran".

En el ínterin, el Congreso Nacional, funcionando en el antiguo local de la escuela militar, ratificó en su cargo al presidente Francisco García Calderón el 10 de julio de 1881. El diputado por Tarma, Daniel A. Zapatel, fue elegido delegado ante el general Cáceres para pedirle el reconocimiento del gobierno y la aceptación de la vicepresidencia del mismo. Por Zoila Aurora Cáceres nos enteramos de los pormenores de la entrevista efectuada en Chicla. En ella el general Cáceres se equivocó lamentablemente al sostener que el de Piérola "era el único gobierno constituido por la voluntad nacional"; deslustró sus laureles al "enorgullecerse de haber luchado al servicio" de tal gobierno en San Juan y Miraflores; y se volvió a equivocar también al afirmar que el gobierno de La Magdalena "se había levantado a la sombra de las bayonetas enemigas". En suma, desde su punto de vista, el desgobierno pierolista era para él, el único legítimo. Sin embargo, Zapatel presentó al general Cáceres el contenido del acuerdo tomado por el gobierno de García Calderón en el que le manifestaba:

> "Los representantes de cuyo poder estoy investido, no desesperando del patriotismo de uno de los más valerosos de nuestra patria, ha creído decoroso que el general Cáceres prestara el concurso de su servicio y de la fuerza de que dispone al gobierno constitucional, que si aspira a la paz no le aceptará nunca bajo las condiciones humillantes para el Perú".



"En conclusión, debo formular las bases siguientes:

1º. Los senadores y diputados que me han conferido su poder, se comprometen de una manera formal y solemne, a trabajar en sus respectivas cámaras, a fin de que el señor Andrés Avelino Cáceres, sea elegido primer vicepresidente provisorio, en el caso de que éste con la fuerza que comanda, se adhiera al gobierno constitucional.

2º. El general Cáceres continuará ejerciendo el cargo de Jefe Político y militar de los departamentos del Centro (para el que fuera designado por el gobierno del Dictador); y

3º. Todas las fuerzas de que dispone el gobierno provisional actual y los que adelante se formen, serán comandadas por el general Cáceres"[8].

El general Cáceres consideró que su apoyo a García Calderón daría lugar al agravamiento de la crisis interna, pues aún existía Piérola al que todavía apoyaba. En consecuencia le manifestó a Zapatel:

"El estado actual de anarquía en que se encuentra el país, efectivamente, no podía conjurarse sino por medio del verdadero patriotismo, ejercido por los buenos y abnegados ciudadanos que tomaran sobre sí, en cumplimiento de su deber, tan ardua tarea; que lamentaba muy sinceramente el honroso cuadro que presentaba el país dividido, anarquizado y preparado para la lucha intestina, en la cual, como consecuencia, tendría que derramarse la sangre hermana; que esta lucha fratricida, creada por la inauguración de un nuevo orden de cosas, era necesario que tocara a su fin por medio de la unión de todos los peruanos, y con la desaparición de los partidos políticos y ambiciones personales para procurar todos, de común acuerdo, la salvación de la dignidad de la patria, asociándose al mismo gobierno constitucional, reconocido por todas las naciones extranjeras, incluso la república de Chile; que habiéndose luchado con ese gobierno hasta los desastrosos aconteci-

8. Colección Ahumada Moreno.



mientos que se desenvolvieron en San Juan y Miraflores, si era tiempo de hacerse la paz, la república de Chile debía tratar con ese gobierno al cual había vencido, y cuyos preliminares entabló con los plenipotenciarios nombrados al efecto, negociación que fue interrumpida por los sucesos realizados en la Capital".

Agregaba el general Cáceres –demostrando que resuelta y lamentablemente, seguía defendiendo al más solitario y detestable Dictador, que huyó de la Capital dejándola entregada a su propia suerte en manos del cruel invasor, después de haber ocasionado la masacre de miles de patriotas, en San Juan y Miraflores– que:

"La situación creada por una escasa minoría, no era difícil de conjurar, ante su patriótico empeño de salvar al país, bien podía desistir del propósito de llevar adelante la conservación de un gobierno que ni cuenta con la voluntad nacional ni está basada en los sólidos principios de la misma Constitución, que era minoría, y mucho más aún desde que, si es cierto que han vencido nuestras armas, no han humillado el valor peruano, ni abatido el patriotismo de los verdaderos ciudadanos".

Finaliza el general Cáceres la entrevista, manifestando a Zapatel:

"Si la única causa primordial para la disidencia que había creado el deseo de restablecer nuestras instituciones constitucionales como base de la organización del país, la dictadura desaparecería bien pronto con la instalación de la Asamblea Constituyente, que ya debía haber comenzado sus trabajos en la ciudad de Ayacucho y cuya validez y legalidad son notorios desde que el país entero sabe que están basados en la elección que hayan hecho los pueblos para nombrar representantes".

"En vista de las razones expuestas por los poderdantes del doctor Zapatel bajo las bases siguientes, y a fin de trabajar para la restauración de la dignidad nacional:

1º. Todos los poderdantes del doctor Zapatel, trabajarán por cortar la disidencia establecida en Lima y



respetarán al gobierno del señor jefe supremo de la República, Nicolás Piérola, desistiendo por consiguiente de sus propósitos de conservar un gobierno creado a la sombra de las armas chilenas;

2º. El puesto de Jefe Político y Militar de los departamentos del Centro lo ejerzo y continuaré desempeñándolo por disposición del gobierno representado por el jefe supremo;

3º. Todas las fuerzas que hay disponibles en Lima y otros puntos serán integrados para restablecer los de mi mando y hacer respetar los derechos de la república al ajustarse la paz; y

4º. El puesto de primer vicepresidente provisorio que se me ofrece, lo rechazo enérgicamente, porque no tengo otra ambición que la de servir a la patria con el desinterés de verdadero ciudadano y como soldado dispuesto siempre a defender sus verdaderas conveniencias, su honor y su dignidad"[9].

Indudablemente que influyó en él y la oficialidad, para dar tal respuesta y no aceptar los ofrecimientos, las dudas que sobre su actitud suscitaron las acciones bélicas que con anuencia de su gobierno realizaron el coronel Recavarren, prefecto de Lima de su régimen, con 400 hombres armados por los chilenos, sobre Huaraz, y el coronel Manuel Reyes de Santa María, prefecto de Junín por él designado, que incursionó en el interior hasta Tarma con 200 hombres apoyados por Letelier.

Lamentablemente, estos gravas errores de García Calderón, hicieron dudar de la independencia de su gobierno, e hizo decir al general Cáceres que "era un gobierno creado a la sombra de las armas chilenas para su servicio". Pero igualmente equivocado estaba el general Cáceres al defender a todo trance. y ponerse a órdenes, del espurio e ilegítimo gobierno del detestable Dictador.

Posteriormente, el 31 de julio, Luis Carranza, Salvador Cavero, Francisco Flores Chinarro y José María Quimper suben a Chicla para reiterar, con nuevos argumentos, el cometido que le tocó cumplir a Zapatel. Ante ellos hay que reconocer que fue bastante

9. Colección Ahumada Moreno. Pp. 499-500.



sincero cuando dijo que "en el ejército del centro dominaba una opinión completamente adversa a las ideas de paz sustentadas por el gobierno de La Magdalena"[10]. De los 4 delegados, solo Quimper retornó a Lima. Los demás se adscribieron al cuartel general del ejército del centro. Era preciso rescatar del error al símbolo de la resistencia. Su vida y su obra eran demasiado valiosas para que continuara amparando farsas, como la de la asamblea de Ayacucho, ante la cual el 28 de julio, Piérola depone la dictadura para que, inmediatamente, en acatamiento de la consigna por él impartida, se le nombre Presidente de la República. Ciertamente, el autor de la desgracia nacional no merecía del león de la breña, un solo conato de zarpazo en su defensa. Finalmente doña Antonia, como ella misma dice, se traslada a la sierra llevando "la misión de servir de intermediaria entre García Calderón y el general Cáceres, para pedir a éste la adhesión al gobierno de aquel". Todas las incidencias de su accidentado viaje, tanto de ida como de regreso, son recogidas en su libro *Recuerdos de la Campaña de la Breña*. En concreto, de todas esas conversaciones, el general Cáceres sacó en claro que ya tenía encima "el fantasma de la discordia civil". Y nadie sabía mejor que él cómo ese espectro iba a "influir de modo desastroso en la prosecución de la campaña de la resistencia".

Lástima, y muy grande, fue que el general Cáceres y sus seguidores, no se compenetraran profundamente sobre el valor y las intenciones del gobierno de Francisco García Calderón en la costa dolida, dispuesto a no ceder una sola pulgada de nuestra sagrada heredad.

Así las cosas. al medio día del 28 de setiembre de 1881, la guarnición chilena de Chosica (batallones *Aconcagua* y *Maule*) se retira del pueblo después de incendiarlo. Las razones que se barajan, por uno y otro lado, la peligrosa proximidad del ejército del centro, y la epidemia de tifus resultaron a la postre ciertas, en conjunto. Los chilenos se acantonaron en la hacienda Quiroz, estableciendo sus puestos de avanzada en Vitarte. La salida de material de guerra desde Lima, por parte del Comité Patriótico de la Resistencia, se hizo entonces mucho más fácil. Ocupada inicialmente la población por partidas de guerrilleros de avanzada, para los primeros días de octubre ya estaba funcionando allí el

10. Memorias del general Cáceres.



cuartel general, trasladado desde Matucana. Chosica era para el general un enclave estratégico de importancia capital, pues desde allí se hacía fácil el dominio de tres importantes cuencas hidrográficas, vitales para la provincia de Lima, las cuales eran: Lurín al sur, Rímac al centro y Chillón al norte. Además, como poderoso imán de patriotismo, la villa del sol atrajo entonces a las tropas de línea que el gobierno de La Magdalena había acuartelado a título de fuerza auxiliar. Este desbande, coincidente con el arribo de doña Antonia, fue interpretado por el comando chileno como producto de un acuerdo entre Cáceres y García Calderón. Fue entonces cuando el vía crucis de este último, tardíamente reconocido por el sur de La Torre, el 8 de octubre, culminó en su inevitable calvario. A propósito, dicha pequeña unidad de combate (60 hombres) era la única y la última que los ocupantes permitieron a ese gobierno después del desarme y disolución de las fuerzas nacionales, llevada a cabo del 4 al 5 de setiembre en La Magdalena, Miraflores y Chorrillos. El mismo Lynch (Memorias) refiere que personalmente comprobó, en el cuartel de Santa Catalina la requisa de 958 fusiles. dos cañones, una ametralladora, un millón de cartuchos y tres cargas de pólvora. Así y todo, Chosica se convirtió pronto en una trampa funesta para nuestras tropas, en las cuales se propagó rápidamente el flagelo del tifus. Ni los jefes de división, como el coronel Benigno Zevallos, escaparon de su acción letal. Nuestros incipientes servicios de sanidad carecían de los medios necesarios para combatir eficazmente este mal terrible e inmisericorde, pese a los denodados esfuerzos de ilustres galenos como Mariano Mispireta y José Zapater. Un promedio diario de 10 combatientes era el trágico saldo ocasionado por dicha calamidad.

11. COMBATE DE CIENEGUILLA

El cura Eugenio Ríos, párroco de Cieneguilla, tan sombríamente descrito por el autor chileno Jorge Inostrosa, habilitado por el general Cáceres como coronel temporal y como comandante general de las guerrillas de Cieneguilla, desde hacía un tiempo hostigaba y daba magníficos golpes de mano a las fuerzas del enemigo en tránsito, obstruyendo su sistema de comunicación. Es en contra de sus posiciones que el adversario destina, el 21 de



octubre, una fuerza atacante de 300 efectivos. El ataque, empero, pese a la superioridad desplegada desde todo punto de vista, fue contenido hasta por dos horas de fiero combate, al término de los cuales los guerrilleros tuvieron que batirse en retirada. El general Cáceres moviliza en su auxilio su escolta y hasta dos compañías del *Zepita*. Lamentablemente llegó tarde, cuando el enemigo, después de saquear e incendiar la casa hacienda del lugar, se acogió a los muros de la ciudad.

Posteriormente, por una y otra parte, las acciones se redujeron a esporádicos encuentros de patrullas. Sin embargo, el enemigo dejó de estar activo detrás de nuestras líneas. El maquinista, Enrique Wall, a quien llamaban "Cáceres chico", evitó más de una vez descarrilamientos de consecuencia fatal. Dos de los saboteadores chilenos, sorprendidos en su tarea cerca de Matucana, fueron sumariamente ejecutados. Y, aunque sin éxito, hasta el asesino del general Cáceres un italiano, se proyectó desde la casa de Pizarro.

> "Mi vida en la quebrada era muy movida –dice el general en sus memorias–; constantemente tenía que recorrer la línea que ocupaba el ejército, dando órdenes y observando que fueran cumplidas estrictamente. Además, los guerrilleros reclamaban mi presencia en distintos puntos, pues con mis palabras alimentaban su espíritu combativo".
>
> "Al pasar de Santa Eulalia a Carampoma, en uno de mis viajes de inspección, don Adrián Medina, vecino principal de este último lugar, me participó que, con su propio esfuerzo y peculio, había levantado una partida que fue la que rechazó el avance de dos compañías del batallón *Buin*, comprometiéndole un flanco y retaguardia, y obligándolos a retirarse con una pérdida de más de 60 hombres. Más tarde dicho guerrillero engrosó sus filas y se transformó en el batallón *Atahualpa*".

12. LA CRISIS POLITICA

La política interna de nuestro país hizo crisis en aquel fin de año, cuando el coronel José de La Torre, el 8 de octubre, levanta el sur del Perú por García Calderón. El 23 de octubre el contralmirante Lizardo Montero hace lo propio, levantando el



norte del Perú. No tardaron entonces en apersonarse a Chosica las diputaciones de todas las provincias del centro para proponerle al general Cáceres el desconocimiento de Piérola y la aceptación de la presidencia de la república. Demás está decir que el Brujo de los Andes rehusó tales propuestas. Conocida la cautividad de García Calderón el 15 de noviembre, que según Basadre implicaba "un ataque a la soberanía y a la independencia de la nación peruana", la junta de jefes del ejército del centro, presidido por el coronel Remigio Morales Bermúdez, hizo suya las propuestas de los delegados provinciales, levantando un acta en tal sentido, el 24 de noviembre. El general contesta con su proclama del 25 de noviembre manifestando que su única aspiración "era de continuar al frente del ejército conduciendo la campaña de la resistencia: en ningún momento, pues, el general Cáceres aceptó la idea de autotitularse Jefe Supremo, como afirma Dellepiane en el II tomo de su obra titulada *Historia Militar*, y lo hacen otros escritores afirmando tal falsedad. Sin embargo, acepta por fin, lo que debió hacer desde el principio, el desconocimiento de Piérola por el voto unánime y espontáneo de los pueblos y del ejército del centro. Lo cual no representaba todavía el reconocimiento de García Calderón. El general Cáceres aprovechó el desconocimiento de Piérola, de quién se decía, vía los partidarios que tenía en la Capital, "había decidido negociar con los chilenos, todo con tal de no verse privado del poder por adversarios políticos".

Ante el pronunciamiento, a Piérola no le queda más remedio que dimitir. Ello lo formaliza en Tarma el 28 de noviembre, no sin echar sombras sobre quien sostuvo su régimen con una obcecada lealtad que él no merecía. Prácticamente lo acusó de privar al gobierno de los medios para mantener la defensa nacional, precisamente en momentos en que se iba a emprender un supuesto plan de operaciones, coordinado con los bolivianos. Pronto se enteraría el general Cáceres que los embustes de Piérola trascendieron su carta de renuncia. Viajando a Lima, por la quebrada de Canta, satisfizo su despecho incitando a jefes y oficiales a desobedecer al general Cáceres. Tal su malévola y antipatriótica tarea en pro de la desunión de la patria invadida. Por su nefasto influjo Manuel Encarnación Vento se declara enemigo del general Cáceres, disuelve la división de su cargo, y



desmilitariza la región, ofreciendo paso libre al enemigo, sobre el flanco derecho del dispositivo de defensa del ejército del centro. Es posible que Vento, acomplejado por lo de Sangrar, alimentara desde entonces la idea de la defección. De otro modo no se explica el sistemático incumplimiento de las órdenes venidas del cuartel general respecto de la organización de las unidades de reserva, del reconocimiento de las vías de acceso a la quebrada y de la remisión de armas y municiones (139 rifles y 10,000 mil cartuchos) hecho por el Comité Patriótico, indebidamente retenidas. Este, por desgracia, no fue un caso excepcional. Pero el reconocimiento del general Cáceres a Montero, después del exilio de García Calderón,

> "fue causa de que Piérola se entendiera con los chilenos e impartiera órdenes a sus partidarios para negar apoyo a la causa de la resistencia y aún sabotearla".

Convenientemente instruido el general Cáceres de esta increíble actitud, la denunció ante el país en su proclama del 6 de enero de 1882[11].

El coronel Armando Panizo, jefe de la guarnición de Ayacucho, mostró su pierolismo militante desobedeciendo al general Cáceres, cuando éste más lo necesitaba. El 14 de diciembre de 1881, le ordena poner en marcha su división, incorporando los destacamentos de Apurímac, para integrarse a Chosica dentro del ejército del centro. Tan dolosa conducta impide al general Cáceres atraer al enemigo, para luego acometerlo con ventaja. Por otro lado el coronel Pedro Mas, prefecto de Ica, igualmente pierolista confeso, se resiste a reconocer la autoridad del general Cáceres; aunque posteriormente se rectificó.

El general Cáceres afirma en sus memorias:

> "Una vez en Lima el expresidente Piérola, parece que se arrepintió de haber dejado el mando Supremo, y consintió que sus amigos políticos enviaran agentes secretos con el fin de provocar la desmoralización de mis tropas, y se dirigieron también a varios adictos a él incitándoles a desobedecer, lo que cumplieron al punto el coronel Manuel Encarnación Vento, disolviendo la división que estaba a sus órdenes; y el coronel Panizo, negándome su concurso, cuando más lo necesitaba."

11. Ver anexo 28.



Además, en cuanto a Norberto Vento, el general Cáceres, con fecha 30 de abril de 1881, lo denuncia ante Piérola de su primer desacato, al no querer reconocerlo como Jefe Político y Militar de la Región.

Finalmente desde Lima, donde el Califa departe amigablemente con Lynch, es enviado el infame Belizario Barriga, asalariado pierolista y futuro redactor de *La Tunda* (pasquín que aborda la leyenda negra de la breña y los breñeros), para que sorprenda y escarnezca la buena fe del general Cáceres. Sucedió que habiéndose presentado Barriga con nombre supuesto donde el general Cáceres, como universitario voluntario, fue comisionado en compañía del comandante Ordóñez a Lima llevando 3,000 soles para que fueran entregados al arzobispo Tordoya con el fin de comprar armas. Llegado a Lima Barriga desapareció con el dinero, rebasando toda infamia, delató a su acompañante ante los chilenos. Capturado el comandante Ordóñez fue flagelado públicamente y luego fusilado. En contraposición a estas actitudes negativas se registraron casos, de suyo alentadores, como la incorporación del escuadrón de caballería *Cazadores del Perú*, a cargo del coronel Pablo Nieto y del mayor Celso Zuleta, que habían servido de escolta al ex dictador, todos comandados por el coronel Francisco de Paula Secada que habían decidido someterse a la autoridad del general Cáceres; el pronunciamiento del escuadrón *Carabineros de Chancay*, el 5 de diciembre, proclamando al general Cáceres presidente de la república; la adhesión expresa de los mejores elementos que constituían el estado mayor de Piérola, comenzando por su jefe el coronel Secada; el arribo de la división Vanguardia, compuesta de 600 plazas, venida del norte chico. Pero el virus de la política partidarista hizo daño a la causa de la resistencia. El general Cáceres se esforzó por aclarar la situación política de la manera más meridiana posible. De allí que con ese fin enviara a Arequipa el 15 de diciembre al coronel Juan Gastó y Augusto Benavides. Y ante el reclamado aguinaldo de Panizo (25.XII), pues no podía mover sus tropas por falta de recursos, dio poder al señor Tomás Patiño, vecino de Ayacucho, para que hipotecase o vendiese uno de sus fundos, "a fin de proporcionar al coronel Panizo el dinero que requería". Mala peste fue la relajación de la disciplina castrense prohijada por el pierolismo entre los hombres de la breña.



Poco después Piérola viajaba al extranjero con pasaporte otorgado por los chilenos, gestionado por Lynch. Por despecho, antes de partir, trata de provocar motines entre los seguidores del general Cáceres. Más tarde en ausencia del Dictador, conocidos pierolistas engrosaron las filas iglesistas.

Entre tanto, en el Cuartel General de Chosica, el general Cáceres, tomó todas las disposiciones requeridas cuando se está cerca del enemigo y se presume su acción. Con este fin y previniendo los acontecimientos, envió el 14 de octubre al coronel Augusto Bedoya, prefecto de Lima, un pliego de instrucciones manifestándole que, por noticias recibidas de Lima, sabía que el alto mando chileno preparaba un movimiento ofensivo directo sobre Chosica-Matucana, simultáneo con un ataque secundario a Chancay. En tal virtud le ordenaba trasladar de inmediato la División hacia la quebrada de Canta, para evitar que fuera atacada en aquel lugar, corriendo el riesgo de ser destrozada sin poder recibir oportunamente ningún socorro. En cambio, dispuesta en la quebrada de Canta y utilizando la escabrosidad del terreno, podría no sólo sostenerse ventajosamente, sino cerrar el paso al enemigo que intentase avanzar por ella en dirección a Tarma.

El 18 de octubre, el general Cáceres, recibe la dolorosa información de haberse declarado el campamento infectado del terrible tifus. La víspera había fallecido el mayor Adolfo Irigoyen y ese mismo día murió el teniente coronel Benjamín Zevallos, comandante de la tercera División. Igualmente ese día fatídico se recibe la noticia del fallecimiento del coronel Augusto Bedoya acaecido el día anterior en Chancay. Para reemplazarlo nombra inmediatamente al coronel Gastó, debiendo asumir el mando de la "División Vanguardia".

En medio de todos estos males, por estos días, el contratista del ejército, apellidado Pérez, escapó de Lima conduciendo a la quebrada una máquina de un tren, la cual prestó valiosos servicios para el transporte y vigilancia de las tropas de Chosica a Chicla.





Mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray
"No fue grande por la nobleza de una muerte heroica. Lo fue más todavía por la entrega total de su larga vida."

Reseñas históricas y biográficas

EL CORONEL GREGORIO ALBARRACIN

El coronel Gregorio Albarracín Lanchipa nació en Tacna el año 1818 en una modesta casa suburbana rodeada de árboles de Vilcas (de allí que se le llamara el "Centauro de Vilcas"), ubicada en lo que posteriormente se conoció por "Callejón de Albarracín"; sus padres fueron Melchor Albarracín y Tomasa Lanchipa. Cursó estudios en una escuela primaria de su ciudad natal; y luego auxilió a su padre, tanto en las labores de la agricultura como en el arrieraje que personalmente conducía para llevar sus productos al altiplano. Pronto alcanzó una situación destacada, y en Tacna cooperó al éxito de algunas empresas políticas encabezadas por el general Ramón Castilla. A los 20 años abrazó la carrera de las armas, adhiriéndose a las luchas de Castilla contra la Confederación Perú Boliviana. En 1840 a los 22 años es ascendido a alférez de caballería de la Guardia Nacional con sede en Tacna, y el 10 de Agosto de 1848 se casa con María Berríos en la parroquia de Tacna; ella era hija de Cayetano Berríos y de Joaquina Soto; llegaron a tener cuatro hijos: José Rufino, María Dominga, Ruperto Domingo y Silvestre Miguel. En meteórica ascensión, siempre al lado de Castilla, obtiene los grados de teniente graduado en 1842, teniente efectivo y capitán un año más tarde, sargento mayor y teniente coronel en 1844. En abril de 1854 pasa al Ejército, donde alcanza la clase de coronel. Al estallar la guerra con Chile tenía 61 años y estaba en el retiro, pero seguía siendo un eximio jinete de barba crecida y de grandes ojos negros de brillo extraordinario, que siempre miraban de frente. La vida al aire libre le había conservado sano y fuerte. Como dice uno de sus biógrafos: "A pie imponía y a caballo deslumbraba". Su físico era colosal, tenía más de dos metros de estatura. Su perfil humano, su calidad espiritual de hombre común y corriente fue descrito a principio de este siglo por el escritor Víctor Mantilla en su libro *Nuestros Héroes* (1902). Diestro jinete, era casi un centauro. "Nadie como él saltaba sobre el lomo de un caballo no domado; nadie como él reducía al bruto a la obediencia en menor tiempo". Así mismo al declararse la guerra con Chile se encontraba, a pesar de sus años, sano y fuerte con su estatura patriar-



cal. De carácter apacible, era, al decir de Mantilla, generoso con los humildes y considerado por todos. Declarada la guerra organizó una pequeña unidad de 50 jinetes que bautizó con el nombre de "Escuadrón Tacna"; según otros se llamaba "Flanqueadores de Tacna"; formaba parte del mismo su hijo Rufino luciendo sus galones de teniente. La primera misión que el comando peruano le confió fue la de servir de descubierta exploradora a la división de Hilarión Daza. Partieron de Arica y llegaron a Chaca el 12 de noviembre de 1879, alcanzando la quebrada de Camarones el 14; pero como Daza contramarchó desde esta quebrada, él prosiguió en pos de nuestro ejército en retirada. Víctor Mantilla dice en su magnífica obra:

> "Albarracín vio con desesperación, desde una eminencia, alejarse aquel Cuerpo del Ejército, tuvo tentación de lanzarse contra el general que huía sin combatir; pero su deber era otro. Inclinó la cabeza, sus ojos se humedecieron con único llanto que podía asaltarlo: el de la rabia. Luego levantó altiva la frente, miró al sur y con voz ronca dio la orden a su solitario escuadrón: ¡Adelante!. Salió de un desierto para entrar a otro en busca del invasor. Mas, las avanzadas de caballería chilenas salidas de Pisagua y de Dolores, tomaron al escuadrón entre dos fuegos. Y entonces ocurrió lo que Benjamín Vicuña Mackenna ha dado en llamar el más extraño espejismo. El pequeño escuadrón semultiplicó alcanzando las proporciones de una poderosa fuerza, dada la inmensa polvareda levantada por el galope alocado de 50 caballos".

Al efecto, Albarracín aprovechó bien la ansiedad que al enemigo le producía la aproximación del ejército de Daza, distribuyendo sus hombres de 10 a 10 metros y en dos líneas sucesivas con las cuales cargó arrolladoramente al toque de clarín. Ante esta inflada avalancha, el enemigo retrocedió primero y huyó después. A partir de allí Albarracín representó una constante pesadilla para el invasor. Su existencia en esa etapa trágica para la historia peruana fue una permanente proeza: la hazaña imperecedera de burlarse de la muerte como los caballeros antiguos, no para disfrutar de la vida en beneficio propio sino para continuar poniéndola al servicio de la patria. Como dice Víctor Mantilla:

> "Nunca hubo estela de polvo más gloriosa, ni más temida, que la dejada por los jinetes de Albarracín".
>
> "Durante la batalla del Alto de la Alianza, se le vía de pronto en el ala derecha como en la izquierda, y al grito de: ¡Abarracín!, en que prorrumpía su tropa infatigable, los corazones vacilantes se animaban y por las filas enemigas se extendía una corriente de pavor. Era el enemigo real, invisible".



Coronel Gregorio Albarracín Lanchipa
Apodado "El Centauro de las Vilcas"

En el desierto durante las noches siempre el enemigo estuvo a la espera de sus terribles asaltos, sembrando el terror y la muerte antes y después de San Francisco y de Tarapacá. Así pues desde el principio de la guerra Albarracín se transformó, en el desierto, en una especie de leyenda. Pero además de estas audaces correrías, Albarracín durante la penosa retirada del ejército, de Tarapacá a Arica, se daba tiempo para socorrerlo abasteciendo de medios de vida. Cuando la columna llegó a Jaiña, el 2 de diciembre, la alcanzó Albarracín con provisiones enviadas desde Arica por el contralmirante Montero. Luego de realizar reconocimientos profundos en dirección al enemigo, siguió guiando a la columna por lugares que sólo él conocía. Adelantándose a ella con algunos enfermos y heridos al anca de sus caballos, volvía a Arica por más provisiones; en suma, Albarracín guió por lugares escabrosos pero seguros a la columna sedienta y hambrienta. Durante el recorrido de 95 kilómetros entre Tarapacá y Arica, el Ejército peruano de 3,468 hombres perdió sólo 72 efectivos y varias rabonas, por la valiosa ayuda de sus jinetes. Dice Benito Neto[12] el 20 de diciembre de 1979:

> "Sin su eficaz protección y ayuda, habría quedado casi todo el Ejército del Sur, sepultado en las zonas desérticas e inhóspitas por la falta de orientación, protección y abastecimientos".

Peleó en la Batalla de Tacna; después del desastre, los arenales y las quebradas se transformaron para él y su gente en hogar, en cuartel, y finalmente, en su tumba. Visitaba los pueblos cercanos y hostilizaba al enemigo: Locumba, Pachia, Calana, Pacocha, eran los lugares preferidos para hacer temblar al invasor. Defendiendo a su patria chica en la batalla del Alto de la Alianza, fue al decir de sus adversarios "un monte que se derrumbaba". Al término de la batalla cuando nuestras destrozadas tropas se dispersaban, Albarracín y los suyos todavía combatían. Y al caer la noche el sueño de los vencedores fue perturbado en sus vivacs por las feroces acometidas de "un enemigo real pero impalpable". Al retirarse los aliados, se acogieron al amparo natural de las estribaciones cordilleranas. Así, siendo un peligro en el llano fueron una amenaza en la cumbre. Avizorando que una compañía tomaba posición de Locumba, el escuadrón Albarracín cayó sobre él como un rayo, pasando a cuchillo a todos menos a uno que mandó con la noticia a Tacna. Al batallón de incendiarios que el comando chileno envió a Locumba para tomar represalias en un pueblo indefenso, no le fue mejor. Sorprendido a media noche en su campamento perdió todos sus centinelas y hasta la bandera del cuerpo. Burlada la persecución en

12. Corresponsal de *El Comercio* de Lima y de *La Patria*.



Moquegua, Albarracín volvió a sus correrías sobre su suelo natal. A la luz del sol cayó como una tromba sobre la guarnición chilena de Pachía, matando e hiriendo sin ser tocado. Poco después repitió sus terroríficos golpes en Calana, Pocolla y hasta en las mismas afueras de la propia Tacna. Albarracín y sus 50 valientes eran la nube de polvo que se levantaba de repente en el desierto y que avanzaba sobre las aterradas columnas enemigas para luego desaparecer como el polvo en las alturas. Conociendo que el comandante Duplé practicaba un reconocimiento, lo emboscó el 1º de abril de 1880, salvando solo cuatro enemigos, entre ellos Duplé. Días después al mando del comandante Vergara, los regimientos *Cazadores a Caballo* y *Granaderos* con 600 plazas alcanzaron Locumba para batir a Albarracín; pero bien enterado éste despistó a los adversarios abandonando el pueblo y aparentando dirigirse al interior arribó a Mirave, tomó el camino del sur hacia el valle de Sama para cumplir con su misión de vigilancia y cobertura. El 18 de abril una vanguardia chilena de 20 cazadores fue batida y capturada por Albarracín en Buena Vista. Vergara lanzó el resto de sus jinetes sobre el lugar, pero Albarracín burló la maniobra de rodeo, rompió contacto y se dirigió a Tacna. Vergara se ensañó con los aldeanos que secundaron a Albarracín.

Posteriormente viajó a Lima para participar en su defensa; llega tarde, y opta por ascender a la cordillera; los chilenos lo reconocen cuando pasaba con su escuadrón por la entrada de Santa Eulalia, pero no le acometen. simplemente dan cuenta al comandante Alcérreca, jefe de la guarnición de Chosica: "Albarracín pasó a la sierra el 9 de abril". Llega a Jauja, y por la vía de Huancayo-Ayacucho retorna al sur. El general Cáceres todavía no había desplegado en los Andes la bandera de la resistencia. En camino hacia su tierra concibe el temerario plan de reconquistar Tacna. Para el caso organiza en las serranías de Tarata hasta dos escuadrones de caballería. El 2 de diciembre de 1882 un indígena traidor le comunica que en Chucatamani había 30 desertores chilenos con deseos de pasar a Moquegua. Queriendo sorprenderlos, Albarracín y sus acompañantes (su hijo Rufino, José Santos Calderón, N. Cornejo, Guillermo Figueroa, el capitán Morón, C. Plaza, José Pozo, Manuel Rospigliosi, José Hilario Salgado y Melchor Villanueva), acuden portando únicamente pistolas y sables, y caen en una mortal celada en la cuesta de Sausani ante una fuerza chilena mandada por el capitán Matta; Sausani es una "pequeña planicie sombreada de sauces y eucaliptos", en el pueblo de Chucatamani, distante cuatro leguas de Tarata. Según unos Albarracín fue muerto el 2 de octubre de 1882; en los documentos del archivo de la Comandancia General del Ejército, se lee que "falleció en comisión de servicio" el 7 de octubre de 1882. El presbítero Manuel Benigno Villena, cura ecónomo de la parroquia de



San Benedicto de Tarata, expresó el 18 de octubre de 1890 que en uno de los libros de defunción que empieza en julio de 1873 y termina en marzo de 1884, había la siguiente partida:

"Año del señor de 1882, día 9 de octubre: Yo, cura propio de esta doctrina de San Benedicto de Tarata, certificó que en el panteón de este pueblo se sepultó, con cruz alta y oficio cantado, el cadáver del que fue coronel don Gregorio Albarracín, de estado casado en Tacna, y para que conste lo firmo, José Sebastián Gamero".

Los restos de los Albarracín, padre e hijo fueron conducidos a Lima en julio de 1890; concluida la construcción de la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico, sus restos fueron depositados en ella en 1908. La esposa del coronel Albarracín, doña María Berríos, falleció en Tacna en 1893; se ignora la fecha porque se la encontró muerta. Tenía 65 años y vivía en el Pago de Olanique.

Veamos cómo ocurrió la última proeza del insigne Albarracín. Los "30 desertores" convenientemente emboscados, sorprendieron y acribillaron a tiros a Albarracín cuando volteaba un recodo para salir a la planicie de Sausani. Después de media hora de combate, ya sin municiones y sin posibilidad de salir de aquella trampa, deciden vender cara su existencia en Sausani. Ante la intimación de entregarse, Albarracín contesta: "Un coronel peruano no se rinde jamás". Su espada siega todavía las vidas de sus enemigos. Refiriéndose al postrer holocausto de Albarracín, dice el malogrado periodista Jaime López Raigada[13]:

"No hace mucho tiempo, el único sobreviviente de la Guerra del Pacífico, fue reportado en Santiago a los 115 años de edad, aquel anciano evocó entre las brumas del tiempo, las celebraciones motivadas por el fin de la guerra: "Salimos echando tiros por las calles de Atacama, dijo pero aún seguía combatiendo el temerario Albarracín..." ¡Qué recio varón!. ¡Qué insigne estirpe denodada la de Gregorio Abarracín...! para quien nunca se concibió el tratado de Ancón!. Un ser de este temple, no podía sobrevivir. Se le tendieron innumerables trampas y se valieron de mujeres. No escapó a la última conjura; a base de unos presuntos "pasados", lo sorprendieron. Se hallaba el guerrillero en una de sus correrías, cuando los "pasados" lo atacaron a mansalva. La leyenda que surgió frente al centauro quiere que diese muerte a once adversarios, pero que al ver caer muerto a sus pies a su único hijo que le acompañaba, se postró al pie del cadáver aquel huracán de acero. Se le abalanzaron entonces, le

13. *El Comercio* de Lima del 27 de mayo de 1971.



atenazaron, le tendieron de espaldas en aquella tierra que él amaba con sobrehumano fervor. ¡Ríndite, ríndite cholo viejo...!, le gritaron. El cholo viejo quiso alzarse otra vez, como un puma. Le traspasaron con la bayoneta y rindió la vida. Años después lo hallaron porque los restos fueron recogidos por manos piadosas. Al exhumarlos encontraron un doble ataúd y en el segundo las osamentas de Gregorio Albarracín y su hijo, que yacían abrazados en el fondo de su tumba, en el arenal...".

Alfonsina Barrionuevo dice de nuestro héroe:

"Gregorio Albarracín. Lo veo pasar entre las camanchacas de los altos de Tacna en su caballo, envuelto en relámpagos, como una luz encendiendo las brumas, a mano armada como si el sable fuera una prolongación de su cuerpo, brillante los cabellos canos, la leonina cabeza cortando como una proa al viento, seguido de sus cincuenta dragones que valían por diez mil soldados enemigos".

"Las balas que lo buscaban desde Tarapacá no pudieron alcanzarlo en Tacna ni en Arica. Los más expertos tiradores se apostaban para matarle y él pasaba como rayo vengador entre ellos. Los historiadores dicen que Gregorio Albarracín, con sus cincuenta bravos fue la pesadilla de veinte mil chilenos".

"La nube de polvo que se levanta de repente en el desierto y que avanza hacia las filas en marcha que llegaba y descargaba su metralla. El que hizo huir a un escuadrón de carabineros llenos de pavor ante el empuje del legendario guerrero..."

"Juan Zavala Ticona de Chuquitamani refiere el glorioso paso del héroe de las riberas de la vida mortal a la eternidad. Sus abuelos vieron desde lejos su masacre. "Estaba solo con dos hombres cuando más de veinticinco lo rodearon. Su caballo había reventado, y como los otros estaban montados, entre todos le dieron con sus sables. No podía morir, era hombre muy alto, todavía cogía enemigos con sus manos y ellos con miedo, locos, lo cogieron de los cabellos, le arrastraron entre ríos de sangre y le cortaron la cabeza. Todavía tuvieron miedo de que volviera a la vida y entonces golpearon su cabeza en la piedra hasta destrozarla, hasta que su grasa saltó y la manchó todo y así estuvo por mucho tiempo. El pueblo sabe donde está esa piedra con el alma de Albarracín, y nunca la olvida".

"Juan Zavala Ticona de Chuquicamata recibió esta versión de sus padres y es de seguro que la contará igualmente a sus hijos, y sus hijos harán lo mismo con sus nietos. De hecho,



mientras se haga así, Gregorio Albarracín seguirá viviendo, recorriendo con su caballo blanco los campos de batalla, porque no se vive mejor que en el corazón de los hombres. La única manera además en que perduran los héroes como debe ser. ¡Qué pena que en Tacna y en el Perú no hayan muchos Juan Zavala Ticona de Chuquicamata!"



IV

LA OFENSIVA CHILENA

1. LA EXPEDICION LYNCH

Desde el punto de vista estrictamente militar, el ejército del centro, durante los últimos tres meses de 1881, atravesó situaciones apremiantes, sorteadas con relativa fortuna en lo referente a su sostenimiento por el nuevo ecónomo, nombrado hacía poco, coronel Francisco Mendizábal, exjefe del glorioso batallón Tarma Nº 7. Por otra parte, el deterioro del material de guerra exigió la habilitación de una maestranza en Matucana, llamada a superar perentorias necesidades del armamento, reparando o subsanando lo existente. Pero era el elemento humano el más afectado en la guerra de posiciones que se entabló, por tres largos meses, en la línea de Chosica (con escalonamientos sucesivos en profundidad hasta Matucana), tratando de conseguir una favorable coyuntura que permitiera rescatar las perdidas oportunidades de victoria en Chorrillos y Miraflores, recuperando la capital a sangre y fuego, y arrojando al mar al invasor, por aquello de que quien no espera vencer está vencido de antemano. Por desgracia, dos factores decisivos dieron al traste con la optimista estrategia del general Cáceres: la peste tífica y la traición, amotinamiento o deserción de los pierolistas. En cuanto a lo primero, cerca de mil cruces dejó atrás el ejército, al retirarse hacia la sierra central, como testimonio macabro de esa lucha cruel que nuestras tropas libraron contra el tifus. En cuanto a lo segundo, para vergüenza de no pocos breñeros, al dimitir Piérola, la guerra con Chile ter-



minó para ellos. Indigna pensar que hubiera peruanos capaces de hacer causa común con el enemigo por razones partidistas.

Entre tanto el comando chileno, por el estudio que de la situación hizo el coronel del Canto, concluyó por admitir la impracticabilidad de un ataque frontal contra Chosica, por ocupar los peruanos posiciones del todo ventajosas. Cabía sí, utilizando la vía a Canta ahora desguarnecida, caer por la espalda sobre el ejército del general Cáceres y aniquilarlo. Ajustándose a tal concepción se organizó el "agrupamiento envolvente" (3,500 hombres de infantería y caballería al mando de Lynch); y el "agrupamiento fijante" (2,300 hombres de las tres armas al mando de Gana). Este último tenía por misión retener (distrayéndolo) al general Cáceres en Chosica. Al efecto, los desplazamientos del agrupamiento envolvente se iniciaron a las 3 p.m. del 1 de enero de 1882, cubriendo sin novedad guerrillera y por sus respectivas jornadas las siguientes localidades: Infantas, Caudivilla, Caballero, Zapán, Yangas, Santa Rosa de Quives, Canta, Lachaqui, Carampoma y Chicla. Pero lo que la desmoralización de los hombres les impidió hacer en contra de las fuerzas de Lynch, lo hizo la estación lluviosa de la época; tormentas, tempestades eléctricas, nevadas, derrumbes aplastantes, huaycos torrentosos y por si todo ello fuera poco, el terrible mal de altura que hizo rumiar, por primera vez al orgulloso Lynch, el amargo sabor del desastre. A la fecha prevista, sus tropas alcanzaron Chicla en estado lamentable y nada más para comprobar que el ejército del general Cáceres se había puesto a salvo. El golpe de Lynch fue, pues, un golpe en el vacío. En cuanto al otro agrupamiento, encomendado al coronel José Francisco Gana, el más medroso y el menos arrojado de los jefes chilenos, éste comienza su desplazamiento el 5 de enero a las 3 p.m., partiendo por ferrocarril hasta la estación de Morón. Aparte de acampar, río de por medio, no hizo nada por comprometer la acción más insignificante, habida cuenta de que los nuestros habían iniciado su paulatino retiro el día anterior.

2. RETIRADA DEL EJERCITO DEL CENTRO

Tanto por el Comité Patriótico de la Resistencia, como por las partidas de guerrilleros, el general Cáceres fue oportuna y convenientemente informado respecto de los movimientos del



enemigo. De allí que resolviera contramarchar a Tarma, por Matucana y Chicla. Así, desde el 4 de enero comenzó la retirada, escalón por escalón, de menos de la mitad del total de efectivos (más de 5,000) que originalmente se atrincheraron a lo largo del cañón del Rímac (desde San Mateo hasta Chosica). Honda consternación, según él mismo declara, le produjo a su general el desfile fatigante, sobre empinadas cuestas, de tropas escuálidas, extenuadas, macilentas. Más de 2,500 hombres quedaron atrás, sepultados por el tifus o por el oprobio de la deserción. Además, muchísimos enfermos tuvieron que dejarse al cuidado de los habitantes de todo el trayecto.

El teniente coronel Abel Bedoya y Seijas, combatiente en la breña, escribió el 27 de diciembre de 1923 en *La Prensa* de Lima:

> "A los enfermos de tifus, nadie quería admitirlos en sus casas por temor al contagio. Eran atendidos en sus campamentos, sin otra cama que el suelo, y sin más cobija que una frazada, que era lo que formaba su maletera en las marchas..."

Agrega el escritor Manuel Zanutelli Rosas:

> " Muchos sucumbieron, mas la guerra, era la guerra con toda su aplastante realidad. Una cruz al borde del camino o un responso en la tumba, junto al cerro, y a seguir adelante, en pos del enemigo".

Y es que no contábamos con el ferrocarril, aparte de una locomotora y su correspondiente carbonera que sí pudo transportar la impedimenta y los abastecimientos. Pero no sólo la dolencia física acompañó la retirada de nuestros soldados: también estuvo presente la traición. En las alturas de San Bartolomé el engreído escuadrón de *Cazadores del Perú*, que sirvió de escolta a Piérola, se subleva y deserta en masa. Poco después fueron capturados gran parte de los dispersos, a los que se redujo a prisión en Matucana. Sin embargo, a la 1 a.m. del día siguiente reinciden en la comisión de tan grave delito, con miras a provocar una estampida general. Estaba visto que se movían por extrañas consignas e intereses. El *Tarapacá* (ex *Lima*) y el *Zepita* (ex *Jauja*), se pusieron en armas para cautelar la estabilidad de las demás unidades. Ocho de los prófugos fueron recapturados por las avanzadas del mayor Osambela y fusilados en presencia del



ejército formado para el caso el 5 de enero de 1881. Otros 15 amotinados, recapturados posteriormente, suplicaron por su vida a los pies del general, prometiendo no volver a sublevarse y jurando acompañarlo hasta su muerte. El general Cáceres les perdonó y ellos, tal como prometieron y juraron, así lo cumplieron. Y bastó la lección para que en adelante no se dieran oídos a los malos consejos de los agentes de Piérola. Lo cual no fue óbice para que éstos continuaran su criminal tarea de zapa, con el fin de socavar la moral de nuestras fuerzas, paso previo a su total desorganización. Es por demás sospechoso que en este empeño coincidieran Lynch y Piérola. Al decir del general Cáceres,

> "todos estos execrables motines tenían su origen en la capital y eran provocados unos, por los agentes secretos del jefe de la ocupación, y otros por los emisarios del dictador".

Coincidiendo con los tristes sucesos en Matucana, los guerrilleros de Sisicaya descubrieron que su jefe, el capitán Lara, obraba en inteligencia con el enemigo. Por tal razón, habiéndole encontrado documentos acusatorios en sus pistoleras, lo fusilaron sin más trámite, arrojando su cadáver al abismo. Pedro Manuel Rodríguez, secretario del general Cáceres, dice en sus memorias:

> "Los documentos encontrados en poder de Lara se mandaron a Tarma. Eran notas y planos de Duarte, escritos unos en clave, que el Dr. de los Heros descifró, en los que se indicaban los puntos por donde debían seguir los chilenos, los compromisos contraídos por Lara para facilitarles el paso y las recompensas que debía recibir por su iniquidad".

Empero, las cosas llegaron a extremos tales que el general Cáceres, en Casapalca, se vio precisado a lanzar un manifiesto al ejército y a la nación, "poniendo en transparencia los ignominiosos sucesos últimos" y denunciando ante el país entero las "asechanzas de los agentes del ex jefe supremo". Al margen de lo expuesto, la retirada continuó sin tropiezos aunque con mayor lentitud que la prevista. Lo cual era perfectamente explicable, dada la gruesa cifra de enfermos y convalecientes que más que marchar se arrastraban. Integrada la columna con el destacamento Tafur, que vino de Yauyos, se cortó el puente de La Oroya y se prosiguió la marcha hasta llegar a Tarma. Allí se acuartelaron



1,800 hombres que era el efectivo al que se había reducido el ejército del centro, licenciándose seguidamente por enfermedad a lo que quedaba del batallón *Tarma*, así como los enfermos de otras unidades. El fiel ayudante del general Cáceres, el concepcionino José Miguel Pérez, fue uno de los que contrajeron el terrible mal. La esposa del general, según ella misma cuenta, tomó a su cargo el cuidado del paciente, "administrándole infusiones de verbena, yerba santa y suero clarificado, hasta lograr su completa recuperación".

3. LA EXPEDICION GANA

Por su parte Gana, no atreviéndose a perseguir a las tropas en retirada, prefiere aproximarse a ellas utilizando el ferrocarril. Al efecto perdió tiempo precioso reparando la línea, rota exprofeso en varios tramos. Cuando por fin el 9 de enero llega a Chicla, Lynch desesperaba por reintegrarse a la muelle Lima. Y lo hizo dejando a Gana el comando de 3,200 hombres bajo la consigna de "perseguir al ejército del centro y exterminarlo". La expedición Gana al iniciar las operaciones comprendía.

– Tres batallones (*Lautaro*, *Aconcagua* y *San Fernando*)
– Dos baterías de artillería de 4 piezas cada una.
– Un escuadrón de caballería de Cazadores.

El total de sus efectivos alcanzaba a 2,393 hombres. Igualmente recordemos que las fuerzas de Lynch (columna envolvente), lo constituían:

– Cuatro batallones (*3º de Línea*, *Santiago*, *Esmeralda* y *Maule*).
– Dos compañías del *Buin*.
– Un regimiento de caballería (*Carabineros de Yungay*).
Todas estas unidades hacían un efectivo de 3,500 hombres.

Después de la fracasada operación chilena, que culminó en Chicla, se reorganizan las fuerzas chilenas para formar un solo destacamento que a órdenes de Gana debía perseguir a las fuerzas del general Cáceres. Este nuevo destacamento comprendía:

– Infantería (2º de *Línea*, *Chacabuco* y *Lautaro*).



- Artillería (Un grupo de 3 baterías de 3 piezas cada una).
- Caballería (Regimiento de *Carabineros de Yungay* y un escuadrón de *Cazadores*). Además disponía de cinco ametralladoras.
- Estado Mayor, secciones de bagajes, intendencias, sanidad y transportes.

Además, el Buin guarnicionaría Casapalca y el *Esmeralda* Chicla, cubriendo la retirada y asegurando las comunicaciones. Después de 10 días de permanencia en Chicla, superados los efectos de la descompensación climática, la columna chilena se pone en movimiento con gran despliegue de semovientes (200 mulas, 134 caballos y 60 burros), los portadores de armas pesadas, las municiones, la impedimenta y las vituallas, cubriendo las jornadas de Casapalca, Ticlio, Morococha, Pachachaca y, por fin, La Oroya, que alcanza el 23 de enero. Varios días les llevó reconstruir el puente y proseguir su marcha con dirección a Tarma. Es en ese trayecto donde se dejó sentir la actividad guerrillera, hasta en dos oportunidades, siendo en ambas sangrientamente repelida. El alcalde de Tarma, don Albino Carranza, pidió a Gana "las garantías que la civilización y la humanidad acuerdan a la vida, a las propiedades y al honor de estas poblaciones indefensas". Gana contestó el oficio mandándole decir que:

> "desde este momento la población tarmeña queda bajo la salvaguardia de la bandera de Chile, y que respetará la vida, el honor y la propiedad de los pobladores, a cambio de que nos proporcionen cuartel, alojamiento para jefes y oficiales, potreros para nuestros caballos y rancho para el personal de la expedición".

Valga esta cita de Inostrosa para ejemplificar ante la posteridad la calidad que informaba a la ética chilena. Ya en la ciudad hizo difundir un bando por el cual se norma el tránsito fuera de la misma; se ordena la entrega de armas y municiones en el término de 48 horas; se alienta la delación en tal sentido; y se registra a los ciudadanos "que hayan prestado servicios en el ejército enemigo". Finalmente, en la madrugada del 28 de enero, la expedición se pone en marcha por el camino que lleva a Jauja. Al día siguiente de haberse acuartelado en Jauja, el coronel Gana,



protestando por el aire insubstancial, los piques, los precipicios, los riscos, el tifus, las verrugas malignas y la viruela, resigna el mando en el coronel Estanislao del Canto y retorna a Lima.

4. RETIRADA DEL GENERAL CACERES DESDE TARMA

En víspera de iniciarse la retirada, esta vez hacia el valle del Mantaro, el general Cáceres reconoce en Tarma, el 24 de enero de 1882, por fin, al gobierno cautivo de García Calderón, representado por Lizardo Montero. Francisco García Calderón, el gran presidente cautivo, para quien nunca debió firmarse el tratado de Ancón, probó que nunca se sometió a los chilenos, por eso la historia recoge con admiración y gratitud la firmeza de su gobierno en no ceder ni una pulgada de nuestro territorio.

En carta que envía a Lynch, en la que trata de disuadirlo de la paz con cesión territorial, le dice:

> "Los que están en altura ven a mayor distancia que las muchedumbres; y con esta alta mirada no ven como el vulgo, que sólo divisa el horizonte de sus pasiones de momento. Los hombres elevados ven el porvenir y sacrifican a él los efímeros goces de actualidad, queriendo la verdadera paz, no puedo resolverme a desmembrar el territorio del Perú, porque no quiero que mi nombre pase a la posteridad con el estigma de la reprobación que los pueblos de América impondrán al que legalice entre ellos el funesto sistema de conquista".

Agrega Ambrosio Salazar:

> "Esa entereza de espíritu del gobierno provisorio, una vez conocida en el interior del Perú, con algún retraso, me hizo empuñar las armas para iniciar con brío la reacción...".

La tardía aunque no menos plausible decisión del general Cáceres, tuvo un efecto inmerecidamente negativo: hizo más lejana e ilusoria la colaboración de Panizo, a quien él supuso ya en Huancayo. Por otra parte, la colaboración del mismo Montero fue inoperante. Otra hubiera sido la suerte del Perú si el ejército intacto, descansado y super armado de Arequipa, se pone al servicio de la resistencia.



Parte pues de Tarma el diezmado ejército del centro en dirección a Jauja, cubriendo su retaguardia con la primera división.

De paso por Jauja, un escuadrón de caballería que venía pisándoles los talones tuvo un encuentro, a las puertas mismas de la ciudad (La Samaritana), con su escolta y resto de los *Cazadores del Perú* al mando del capitán Federico Porta Gil. Aunque ambas partes sufrieron casi igual número de bajas, los chilenos, al abandonar el campo al galope, se llevaron consigo a Porta Gil que, tratando de alcanzar la retaguardia enemiga para cortarla, se había adelantado mucho con un pelotón, cayendo prisionero. Canjeado posteriormente por un oficial enemigo, Porta Gil siguió en la brega al lado del general Cáceres hasta sucumbir, defendiéndolo, en el holocausto de Huamachuco. A medio día del 28 de enero el ejército partió para Huancayo. A su paso por Concepción la señora del general Cáceres recuerda: "Valladares y su señora nos atendieron muy amablemente". Y al llegar a Huancayo consigna: "el señor Peñaloza tuvo la amabilidad de ofrecernos su casa dándonos en ella amable hospitalidad". El mismo general Cáceres reconoce después que:

> "Los hacendados del centro, señores Peñaloza y Valladares prestaron su valiosa y oportuna ayuda... tanto durante la retirada del ejército a Ayacucho, como en la contraofensiva de julio de 1882".

Fue el 30 de enero cuando Cáceres arriba a Huancayo, día y lugar donde se sabe que Panizo no se ha movido de Ayacucho. Decepcionado y frustrado, el general pasa revista a sus tropas formadas en la Calle Real. Son apenas 4 batallones: el *América* (de Huánuco), el *Huancayo*, el *Tarapacá* (donde militan los veteranos de la campaña del sur), y el *Zepita* (de Jauja). Los hombres de la breña no son más de 1,100 de infantería, 90 de artillería y 40 de caballería. Con la "Ayudantina" apenas si se redondean 1,300 plazas. Como comandante general de su pequeño ejército nombra al tarmeño Francisco de Paula Secada y a Morales Bermúdez como prefecto de Ayacucho. Sobre la marcha dispone que las tropas disfruten de un descanso reparador. Para garantizarlo, pone en pie de guerra a las guerrillas huancas, a cargo de don Miguel Córdova, sobre Quebrada Honda y la margen izquierda del Mantaro.



El 1 de febrero la caballería chilena al mando del comandante Gonzales, con cincuenta carabineros del Yu*ngay*, se posesionan de Concepción a las 3 p.m. adelantando un pelotón de avanzada a San Jerónimo. Según el corresponsal de *El Coquimbo*, la población estaba casi desierta y silenciosa. Algunas banderas extranjeras ondeaban en diversos balcones. Nadie dio señal de bienvenida. Por disposición del teniente coronel Juan Antonio Gonzales comparecieron a la fuerza el alcalde, José María Rodríguez, y el gobernador distrital, Tomás Santiváñez, para que reunieran a los pobladores con el fin de que se enteraran del consabido bando. Aunque las instrucciones eran de limitar las contribuciones de los vecinos al sostenimiento de la tropa expedicionaria, pronto se dieron los chilenos a las exacciones más inicuas. Al igual que la horda de Letelier, so pretexto de buscar armas, primero, y alimentos después, la requisa abarcó el dinero, las joyas y los objetos de metales preciosos. Las violaciones no tardaron en ser la triste secuela de este desenfrenado vandalismo. La reacción individual de los indignados concepcioninos ante tales ultrajes se hizo patente en muchos casos. La tradición oral conserva por ejemplo el caso de Juan Vélez quien, en defensa del honor de su hermosa hija, dio muerte con un garrote al sátiro chileno en plena comisión de su delito. Sus restos ardieron aquella noche en una zanja, detrás del cerrito Santo Tomás. La guerrilla comarcana tampoco anduvo perezosa.

El mismo día, a las 6 a.m., partió de Jauja una columna de infantería al mando del coronel Eulogio Robles, la que debía desplazarse por la margen derecha, pasando el río por el puente Huaripampa. Del Canto partiría con el grueso a medio día por el camino de la margen izquierda. El destacamento Robles sufrió un percance al pasar el puente. Primero había pasado 6 piezas de artillería, luego seguía la infantería en formación compacta, cuando intempestivamente cedió el puente, preparado por los guerrilleros de Huaripampa con tal fin, y cayó a las turbulentas aguas del río, ahogándose varios soldados; algunos se salvaron valiéndose de los cables. Del hecho fue informado del Canto quien dispuso que se restableciera el puente para que siga la persecución de las fuerzas del general Cáceres.

Por lo que a San Jerónimo se refiere, el mayor Celso Zuleta con un pelotón de cazadores sorprende a media noche del 1 al 2



de febrero a los chilenos que pernoctaban allí tranquilamente en avanzada, apoderándose del ganado, forraje y vituallas exigidos por el invasor a los pobladores, retornando con todo ese botín a Huancayo. Presas eran de guerra. Gracias a esta operación, el general Cáceres se entera del plan de ofensiva del coronel del Canto. En tal sentido fueron muy valiosas las informaciones obtenidas por el doctor Telésforo Ortecho, vecino de San Jerónimo, al punto de determinar la oportuna retirada de nuestras tropas, el 4 de febrero de Huancayo a Izcuchaca. En la madrugada de ese día, recogió las avanzadas instaladas en Quebrada Honda, después de lo cual, bajo una copiosa lluvia, prosiguió el ejército su marcha hasta Pucará, dejando en Huancayo 150 soldados moribundos, atacados del tifus, a cargo del alcalde municipal, para ser distribuidos en las casas de la ciudad a fin de que no fuesen degollados por los chilenos, como lo venían haciendo en el trayecto. Seguidamente, con las avanzadas replegadas a esa ciudad, cubren la etapa a Pucará en medio de una lluvia torrencial. Y a la misma hora (5.30 p.m.) en que los nuestros se acuartelan allí, los chilenos hacen su ingreso a Huancayo.

Un testigo, el mayor Alejandro Montani, al referirse a la marcha de Huancayo a Pucará anota:

> "Y allí van, encorvados por la fatiga y el peso del equipo, humedecido por las lluvias, los viejos veteranos de la campaña del sur, los hombres envejecidos en las tareas del campo, hechos soldados al influjo de una energía admirable; los muchachos de alegres fisonomías, los guerrilleros, en fin con sus sombreros de anchas alas y su divisa roja en la copa, con sus armas terciadas en las monturas. Jinetes cubiertos por el poncho raído y húmedo; bestias en tropel, maltrechas y enflaquecidas, o gravemente lastimadas del lomo; enfermos y heridos con sus ennegrecidos y pálidos semblantes; miradas tristes y párpados caídos, como si se concentrara su dolor en sí mismos, sin lamentos sin quejas.

Y honrando a la abnegada y olvidada rabona agrega Montani:

> "¡Allí iban! Y en torno de ellos, como esfinges de impotente caridad, la india amorosa, cargando con el enorme peso de sus ropas y trastos de cocina en las



espaldas. Otras más jóvenes o más robustas, como hijas de sus climas fuertes, con sus gruesos y multicolores faldones de lana, terciando sobre el promontorio de sus quipes el fusil del hijo herido, del hermano enfermo o del padre inválido"[1].

Así asistieron al día siguiente al victorioso primer combate de Pucará para luego seguir la retirada hasta Ayacucho a través de Julcamarca.

El servicio de informaciones a cargo del alcalde de Huancayo, Mariano Giráldez Avellaneda, no funcionó como se esperaba; por lo que el general, en previsión de una sorpresa, dispuso el estacionamiento en un dispositivo apropiado. Mientras tanto del Canto, también azotado por la lluvia, el viento y el frío, frente a la casa consistorial con voz de trueno exigió al amedrentado y voluble alcalde 3,300 raciones de caldo caliente y café en media hora. Después de ese refrigerio y breve descanso, siendo las 7 p.m., las tropas continuaron la marcha hasta La Punta, situada a 5 km. de Pucará, donde pernoctaron, cosa que ignoraba el general Cáceres porque los encargados de informarle, Giráldez y el gobernador Gerardo Meléndez, no cumplieron con el debido encargo. El plan era sorprender al general Cáceres a primera hora de la mañana, y casi lo consiguieron. Y no tenía pierde, pues se trataba de enfrentar a 3 contra 1.

Ambrosio Salazar afirma:

> "En cuanto los chilenos ocuparon esta ciudad (Huancayo), en la tarde del cuatro de febrero, destacaron en persecución de Cáceres, que avanzó al sur a medio día de la misma fecha, una fuerza de caballería mandada por el comandante Baeza que prometió regresar pronto trayendo la cabeza del general Cáceres; Baeza murió en el combate del día siguiente; sus restos fueron llevados a Chile...".

5. PRIMER COMBATE DE PUCARA

La organización y efectivos de las fuerzas opuestas eran las siguientes:

1. Ver "La Rabona". Pág. 206.



Ejército del Centro:

Comandante General, Jefe político, militar y director general de las operaciones: general Andrés Cáceres.

Comandante en jefe del ejército: coronel Francisco de Paula Secada.

– Fuerzas de infantería: batallones *Zepita, Tarapacá* y *América*, con un efectivo de 300 hombres cada uno. Cívicos de Miguel Córdova de Huancayo con 50 hombres.
– Artillería: 5 piezas de montaña con un efectivo de 90 hombres.
– Caballería: Escuadrón Cazadores del Perú con 40 hombres.
Total de efectivos: 1,080 hombres.

Las fuerzas chilenas comprendían:

– Infantería: *Lautaro, Chacabuco* y *Tacna*; total 2,400 hombres.
– Artillería: una batería con 12 piezas; efectivo: 400 hombres.
– Caballería: *Carabineros de Yungay* y *Cazadores a caballo* con un efectivo de 450 hombres. Todas estas fuerzas hacían pues un efectivo total de 3,250 hombres, a los que habría que agregarse algunos efectivos de los servicios.

Puesto que la distancia que los separaba era muy pequeña (5 km) y previendo un acercamiento mayor del enemigo, durante la noche para tratar de sorprenderlos, el general Cáceres tomó las previsiones del caso. Para el efecto dispuso que el grueso de las fuerzas, al mando del coronel Secada, saliera de la localidad después del rancho y se situara en las alturas; al día siguiente continuaría la retirada en dirección a Izcuchaca.

Según el plan de ataque chileno, el mayor Enrique del Canto atacaría la izquierda peruana con tres compañías del *2º de Línea;* el mayor Eleuterio Dañin con otras tres compañías, atacaría la derecha; mientras por el centro, el coronel Eulogio Robles con el grueso de sus fuerzas, y llevando en primera línea al *Lauta ro*, fijaría las fuerzas opuestas.



El mayor Alejandro Montani, testigo de las acciones en Pucará, dice de los preliminares del combate:

"Las avanzadas, puestas sobre el camino, mirando siempre ansiosas hacia Huancayo; el tic tic, tac del golpe sobre las baquetas, exigiendo la respuesta del centinela inmediato; ni una luz, ni un cigarrillo: sólo sonido acompasado del ¡Alerta! al compañero".

"Pasaron así las horas; eran cerca de las cuatro de la madrugada; el frío glacial de esa altura comenzaba a exigir movimientos a los rendidos hombres que horas antes parecían masas petrificadas. La niebla helada, penetrante y espesa, lo envolvía todo. ¡Qué horrible mañana aquélla!".

"De pronto se siente un ruido atronador y nuestros cuerpos quedan cubiertos de tierra, cañas y fragmentos de construcción, adobes, etc. Una segunda vibrante detonación nos hace conocer ya la voz del cañón enemigo. El primer disparo, hecho probablemente de la banda opuesta del Mantaro, había hecho blanco en el campanario de la iglesia cubriéndonos de polvo. Al segundo disparo, todo el campamento estuvo de pie y arma al brazo. Fue entonces que, mientras se embridaba a los caballos, claros y bien perceptibles se escucharon los fuegos de nuestras avanzadas. Era el fuego tan vivo desde ese instante que, aún confundidos, nos imaginamos presa de una pesadilla. Con rapidez indecible y nunca explicable para mí, pasó al trote, conduciendo al bravo 'Zepita', el valiente camarada Arturo Morales Toledo. Instantes después la voz sonora, tranquilla, inimitable del general Cáceres, en su hermoso caballo blanco y seguido de todos sus ayudantes, conducía a los soldados del *Lima* y *Junín*, recomendándoles calma y no disparar sino de muy cerca"[2].

"¡Qué hermoso espectáculo el que se presentaba a la vista cuando se pudo distinguir la acción empeñada!. Dos líneas de relámpagos pero no interrumpidos; siluetas de hombres y jinetes que se movían activamente tras esa enorme gasa formada por la niebla; gritos de uno y otro

2. El general Cáceres montó tres caballos famosos: 'El Inmortal', el 'Zepita', ambos blancos, y el 'Elegante'.



A HUANCAYO

Río Zapallanga

ROBLES

ZAPALLANGA

EL CANTO

Cº Colorado

Río Pucará

CACERES
(050600Feb82)

PUCARA

Cº Largo

N

S

CACERES
(051220Feb82)

Cº Alto

CUELLO DE MARCAVALLE

A MARCAVALLE
(051400Feb82)

PRIMER COMBATE DE PUCARA

1. Fuerzas chilenas tratan de enganchar al grueso peruano.
2. Mientras las fuerzas peruanas avanzan a Marcavalle, el general dirige la acción de retaguardia con dos compañías.
3. El coronel Secada alcanza el cuello Marcavalle con el grueso.
4. Del Canto derrotado se dirige a Huancayo.
5. El Ejército de la Resistencia continúa su retirada.

lado; voces enérgicas de mando; vivas atronadores al Perú y al taita Cáceres, que tan bravamente supo personificar el amor a la patria. Ayudantes que subían al pueblo, otros que bajaban trasmitiendo las órdenes del general, toques de corneta y el sonoro tronar del cañón: he aquí mis recuerdos a través de 25 años".

A las 5 y 30 a.m. del 5 de febrero de 1882, cuando parte de las fuerzas peruanas partían en columnas a Izcuchaca, se dio alerta de la presencia enemiga. Y a las 6 a.m. la artillería chilena instalada en el Cerro Rojo, bajo el mando del mayor Rafael Gonzales, rompió los fuegos para enganchar y proteger el cruce del río por la caballería, y el despliegue y avance de la infantería. En tales circunstancias, la infantería del mayor del Canto, forzó el paso del río y comenzó a presionar el ala izquierda de la defensa, realizando un lento y cauteloso avance pues los defensores, convenientemente parapetados, les causaban severas bajas. Dice el mayor Celso Zuleta:

"En una de las guerrillas que resistieron al primer empuje chileno estaba el joven subteniente don Pedro E. Muñiz; un proyectil Grass le rompió el cráneo dejándole profunda cicatriz que muestra en la frente. Pudo salvar y por su arrojo, fue ascendido a teniente de infantería. Pertenecía entonces al batallón *Zepita*. Hoy es ministro de guerra".

Un nuevo intento para continuar adelante por orden del mayor del Canto fue desobedecido por la amedrentada y agotada tropa con la que hizo causa común el propio comandante Robles.

El general Cáceres, entretanto, no dejó enganchar el grueso de su ejército poniendo en práctica su posible plan premeditado de repliegue que le honra, decidió realizar personalmente un típico combate de retaguardia para detener al enemigo, en protección del repliegue del grueso. Dispuso que éste, como estaba ya ordenado, continuara a Marcavalle, hasta ocupar el cuello del mismo nombre, desde donde protegería el repliegue de la retaguardia en acción, utilizando esas magníficas posiciones, para luego continuar la marcha a Izcuchaca.

Un acontecimiento curioso pudo observarse al iniciarse el fuego de la artillería enemiga, sin duda obra del patriotismo que brotaba espontáneo de esos corazones sufridos y viriles, anidados



en pechos lacerados y desnudos; ya no temían a la muerte, y los defensores ante su presencia parecían alegrarse. Era el reencuentro después de más de un año para los que pelearon en los campos de batalla del sur, en San Juan y Miraflores, y la primera vez para los breñeros que aceptaban valientemente y con gallardía este nuevo reto, a pesar de su abismal inferioridad. Refiriéndose a este instante, el general Cáceres dice: "Los soldados jubilosos, a cada cañonazo enemigo respondían con vigoroso: ¡Viva El Perú!".

Por su parte Abelardo Gamarra dice:

> "Allí corrió un inminente peligro la familia del general Cáceres, compuesta por la señora y tres hijitas que salvaron estando ya rotos los fuegos, viendo estallar cerca de ellas las granadas segmentadas del enemigo, la señora del general dotada de un espíritu animoso y enérgico, y un exaltado patriotismo, acompañaba a su esposo desde Tarma...".

Así, iniciada la lucha, el general avanzó conduciendo personalmente a la 4ª compañía del *Zepita* y una compañía del *Tarapacá*. La primera comandada por el capitán Mariano Rodríguez avanzó escalonada en dos mitades hasta muy cerca del río donde se atrincheró detrás de unos tapiales; en ese lugar se defendieron. Fijados así al terreno los chilenos, y al no poder avanzar por ese frente, buscaron desbordar la posición por el ala izquierda de la defensa prolongando su derecha. El general que conducía con todo éxito la defensa con el *Zepita*, al presentarse esta nueva situación, encomendó el mando de esta compañía al coronel José Cáceres que acababa de llegar; luego ordenó bajar a la compañía del *Tarapacá* para conducirla a la izquierda para cerrar la brecha. Alcanzado el lugar, lo escalonó en profundidad, deteniendo con éxito el desbordamiento. Transcurrido algún tiempo de la exitosa defensa en todo el frente, los chilenos, convenientemente reforzados, y enormemente superiores en efectivos, presionaron insistentemente el frente; el general Cáceres inició entonces el clásico movimiento retrógrado, alternando los saltos de las compañías *Zepita* y *Tarapacá*, comenzando por el *Zepita*; luego éste, desde su nueva posición, apoyó el repliegue del *Tarapacá*; estas acciones, conducidas en forma alternada y dilatoria, se repitieron varias veces de acuerdo a las características del terreno, hasta



llegar a los alrededores de la población, conteniendo cautelosamente y sin engancharse al grueso enemigo, cumpliendo así brillantemente esta magistral acción de retaguardia, la única librada durante toda la guerra.

Al iniciarse la operación de repliegue, del Canto creyendo que los soldados del ejército se declaraban derrotados, ordenó a un escuadrón de carabineros que se lanzara en persecución de ellos, pero fue pronto detenido a tiros con algunas pérdidas. La artillería chilena que había cambiado entretanto de emplazamiento, disparaba de más cerca y con mejores resultados a las fuerzas que se replegaban, pero, esto no les dio mayor ánimo a sus infantes para seguir adelante.

Al referirse a su acción contra la caballería chilena, dice el general Cáceres que durante el combate, por la actividad desplegada, subiendo y bajando los cerros para conducir el combate, la cincha de su caballo se había aflojado; para ajustarla se detuvo en un recodo del camino; en ese instante divisó que la caballería enemiga vadeaba el río, a pesar de estar crecido por las lluvias de la noche y del día anterior, y que se dirigía peligrosamente al lugar en que se encontraba; de inmediato ordenó que sus ayudantes y escolta, que se encontraban en una elevación próxima, se enfrentaran a la caballería enemiga. En esas circunstancias difíciles para el general, que se encontraba en la primera línea de combate, su ayudante Ricardo Bentín corrió a su lado para entregarle su caballo y ponerlo a salvo, mientras el resto de su escolta se empeñaba decididamente, obligando al enemigo repasar el río alborotadamente con serias bajas. Ganada así la acción por haber burlado y detenido al enemigo en todos los frentes y ocupado las posiciones inmejorables de las alturas, las acciones quedaron estabilizadas con franca ventaja para los defensores. Fue en este momento que llegó el comandante Ambrosio Navarro, jefe de la artillería, a comunicarle de parte del coronel Secada que el grueso del ejército había tomado posiciones sobre las alturas del cuello Marcavalle, y hallábase listo para proteger el repliegue de las compañías de retaguardia. Esto significaba que la maniobra prevista se había cumplido. No quedaba sino el repliegue de la retaguardia al grueso. Las compañías recibieron órdenes de activar el fuego sobre el enemigo para provocarle una reacción de ataque y atraerlo a la garganta de Marcavalle donde se encontra-



ba convenientemente instalado el grueso; pero los chilenos agotados y agobiados por las numerosas bajas sufridas no se movieron de sus posiciones, por lo que el general ordenó a la compañía *Zepita*, avanzar sobre el enemigo haciéndole fuego. Fue durante esta acción que el comandante Ambrosio Navarro, impulsado por su valentía y probado patriotismo, se puso delante de la compañía a la cual arengó:

"¡Adelante Valientes del *Zepita*!. ¡A estrechar distancias con el enemigo!. ¡Picar sus filas con vuestros disparos...! ¡Adelante!".

"Y arrastró sobre el ya amedrentado enemigo, a los valientes del *Zepita*; y lo hizo con tal entusiasmo y arrojo que estremeció a los chilenos, obligándoles a abandonar sus posiciones; pero, como Espinar en San Francisco, el glorioso comandante Ambrosio Navarro, que se había jugado la vida tantas veces ingresando a la capital a sacar armamento y reclutar oficiales y voluntarios, caía poco después de pronunciar su arenga cerca de las posiciones enemigas".

De él dice doña Antonia Moreno:

"Este noble militar fue uno de los más bravos defensores del Perú y uno de los más leales colaboradores en la Campaña de la Breña".

Por su parte el mayor Celso N. Zuleta, testigo de la acción, refiere:

"El teniente coronel don Ambrosio Navarro (limeño), jefe de la artillería, regresa impaciente, cuando ha desfilado la última carga de sus obuses de montaña y cuadrándose ante el general dice: 'Mi general, si mis piezas no han de entrar en combate todavía, déme Ud. permiso para ir con una guerrilla; yo también soy infante... ¡Quiero vengar la sangre de mi hijo muerto en Miraflores!. Bien comandante –repuso el general–, vaya usted con ésta del *Zepita*. ¡Adelante, muchachos'"!.

"Navarro avanzó como un león, y siguió avanzando hasta donde lo impulsaba su generoso anhelo de padre y de peruano, muy lejos... hasta el sitio en que se rompieron los fuegos al empeñarse la batalla, cayendo junto al cadáver del trompeta José María López, ordenanza del general, el primer peruano muerto en Pucará".



"La herida de Navarro era mortal, pero los chilenos abreviaron su fin repasándolo".

Para Ambrosio Navarro la historia reclama de la patria el justo homenaje de su recuerdo. Lo cierto es que la desafiante arenga de Navarro, múltiplemente repetida por los valientes del *Zepita*, introdujo el pánico en las líneas chilenas. El general mismo no daba crédito a la estampida mapochina en pos de Zapallanga:

"Lo que veía me parecía inverosímil y para convencerme de ello, que bien podría ser una artimaña, acompañado de mi escolta me encaminé en dirección de Zapallanga. Efectivamente el chileno marchaba a Huancayo dando muestras de desorganización, pues sobre el campo dejaba abandonados e insepultos sus muertos y tiradas considerable cantidad de municiones y equipo".

Este combate de retaguardia fue el segundo realizado en la misma región central, e igual que en Colpahuayco, que evitó la derrota de los patriotas durante la guerra de la independencia, salvó en Pucará al ejército del centro.

Esta importante acción de armas, glorioso capítulo de nuestra historia militar, donde relumbró la capacidad profesional, valor y demás virtudes militares del conductor, tuvo seis horas de duración. De los nuestros murieron en la acción el teniente coronel Ambrosio Navarro y el subteniente Demetrio Mercado, quedaron heridos los tenientes Manuel Montenegro, Federico Morales y Abraham Ballenas y los subtenientes Manuel Bendezú, Manuel Rodríguez y Ruperto Gamarra; además perdimos 19 soldados. Por contraste las pérdidas chilenas pasaron de 200, incluso un comandante de ingenieros. El coronel Celso Zuleta, testigo, dice:

"En esta jornada perdieron un centenar de hombres; y algunos enfermos que alcanzados por los chilenos en los primeros momentos de la acción fueron degollados.

Y dado que el entusiasmo por batirse llegaba al paroxismo, las tropas esperaron una hora más en el cuello de Marcavalle el retorno del invasor. Pero éste se cuidó muy bien de volver a la carga. Solo entonces se continuó la marcha hacia Ñahuinpuquio, donde se había preparado un reconfortante rancho[3]. Después de

3 Ver tomo II, anexo 3.



un merecido descanso continuaron la retirada hasta Izcuchaca, "donde, por fin, pernoctaron esos soldados tan dignos de mejor fortuna y tan rudamente sacudidos por el odio de los hombres, la peste que viajaba con ellos y la indolencia de los elementos aunados para destruirlos despiadadamente".

La larga y dolorosa retirada desde Chosica con toda la secuela de males, había dejado casi desnudos y harapientos a los breñeros; la señora Moreno de Cáceres dice:

"Ernesto J. Mora, otro valiente y fiel ayudante, que después del primer combate de Pucará, faltándole calzado y hallándose herido en la cabeza, continuó la marcha hasta Izcuchaca, con los pies y la cabeza envueltos en trapos".

Decididamente con el desgaste del enemigo, la campaña de la Breña empezaba a dar sus frutos. Mas del Canto era lo suficientemente inteligente para exponer sus tropas a otros rudos golpes, asestados por minúsculas fuerzas si proseguía la persecución. Más cauto y menos expansivo, que cuando sucedió a Gana en el mando, decidió acuartelarse en Huancayo y tomar la defensiva[4].

Perdida la esperanza de batir o alcanzar al general Cáceres, del Canto procedió a instalarse defensivamente en el valle, extendiéndose hasta Cerro de Pasco en una línea larga, con sus destacamentos aislados; su dispositivo quedó determinado como sigue:

Entre Cerro de Pasco y Junín, batallón *Santiago* y 150 hombres del *7º de línea;* entre Tarma y La Oroya, una compañía del 3º *de Línea;* en Concepción: la 2ª y 5ª Cía. del *Chacabuco*; en Huancayo: tres compañías del *2º de Línea;* cuatro compañías del *3º de Línea*, tres compañías del *Chacabuco*, cinco compañías del *Lautaro*, dos compañías de artillería de montaña, un regimiento de caballería *Carabineros de Yungay*; en Ñahuinpuquio, una compañía del *Chacabuco*, en Acostambo, 87 carabineros del *Yungay*.

En Huancayo procedió de inmediato a la ocupación de los mejores locales de la ciudadanía. Allí permanecieron más de 5 meses, hasta cuando el ejército del centro los arrojó el 10 de julio de 1882. Los inmuebles tomados fueron: la cárcel, el colegio Santa

4. Ver tomo II, anexo 4.



Isabel, el hospital, la casona de los Arias, la casa de don Manuel Ráez y las casas de don Nicolás Aliaga y del doctor Benito Jaime en El Tambo. El costo de la ocupación fue elevado. En 5 meses y 5 días, 17 personas adineradas de la localidad aportaron 158,549.95; el vecindario de Zapallanga: 62,657.35; el de Sicaya 70,589.40; el de Chongos: 139,705.30; el de Pucará (castigado con saña): 293,726.35; los hacendados de Incahuasi: 300,494.00; y José Chang: 5,480.00; totalizando: 1'032,202.35 soles. Con esa suma, el general de la Breña habría obrado maravillas. Sobrecoge pensar que lo que el general Cáceres no obtuvo por las buenas, los chilenos lo consiguieron por las malas.

6. EL DESASTRE DE JULCAMARCA

Desde Izcuchaca, al día siguiente de la victoria del primer combate de Pucará, el general Cáceres escribe al coronel Belizario Suárez –que comandaba la división del ejército del sur, el mismo que se encontraba realizando una expedición sobre Apurímac–, a quien, luego de culpar a Panizo por la invasión chilena al departamento de Junín, insta a que sumara sus fuerzas con las suyas para "emprender contra las hordas invasoras enérgicas operaciones militares". Por desgracia, Suárez desestimó la petición, y, demostrando su escaso o nulo amor por la causa suprema de la patria, retornó a Arequipa.

El general Cáceres manifiesta en sus memorias:

> "Suárez se excusó diciendo que se encontraba allí cumpliendo órdenes del Presidente Montero. La respuesta del coronel Suárez resultaba inexplicable para mí, pues no comprendía de momento qué órdenes podía cumplir en ese lugar, pero luego caí en la cuenta de que ello solo podía obedecer a la suspicacia de Montero para impedirme el paso a la otra banda en caso de que lo intentara al ser batido y perseguido por del Canto. Pero ¿qué podía recelar de mí –me preguntaba– que había reconocido su gobierno y de quien debía estar convencido de mi única aspiración era la defensa del suelo patrio?. Felizmente para el Ejército del Centro, las previsiones de Montero no se realizaron".



El objeto de la presencia de Suárez, que avanzó hasta Pampas, era el de cortar el paso a Arequipa del posible avance del general Cáceres; esto lo ignoraba el general cuando le escribió desde Izcuchaca pidiéndole su ayuda para batir al invasor.

En el ínterin Cáceres definió su actitud contra Panizo. No quedaba otra cosa por hacer que someterlo por la fuerza. Panizo no sólo había malversado los 5,000.00 soles que le entregó Tomás Patiño, producto de la venta de los fundos del general (Ojachipa y Pampas), sino que hasta se negó a reconocer como prefecto al coronel Remigio Morales Bermúdez. Fue entonces cuando dispuso la marcha del ejército del centro sobre Ayacucho, después de asegurar su retaguardia en aquel estratégico lugar.

Panizo, obedeciendo a una consigna del dictador, se declara en franca rebeldía contra el general Cáceres cuando el Ejército del Centro desconoce la autoridad del dictador; así, el 20 de febrero de 1882, publica en la Orden General del Ejército, bajo su dirección, los siguientes puntos que transcribimos en sus párrafos más ofensivos, tanto en sus considerandos como en sus partes resolutivas:

> "Que el general Cáceres al desconocer al gobierno ha perdido autoridad; Que al prestar obediencia el ejército de esta plaza a dicho general Cáceres fue por acatar el mandato supremo del 28 de noviembre último y creyendo firmemente en la política del referido general desmentida más tarde por la escandalosa abdicación de sus principios y consiguiente adhesión al risible gobierno Provisorio".

Por todos estos fundamentos:

1. Desconocer el cargo de Jefe Superior Político y Militar con que arbitrariamente se ha investido el general Cáceres; y que por consecuencia lógica son nulos y de ningún valor los cargos y empleos conferidos por dicho general en el orden político y administrativo.
3. Desde esta fecha quedamos desligados de la obediencia que prestamos al general Dn. Andrés A. Cáceres por razones aducidas.[5]

5. Colección Documental de la Campaña de la Breña, Archivo Histórico Militar.



Las tropas se desplazaron por la ruta de Huando, sin mayor novedad, pese a la estación lluviosa, hasta alcanzar Huancavelica, en donde el doctor Epifanio Serpa obsequia al general Cáceres un bastón de mariscal que perteneció a Ramón Castilla, significativa y valiosa joya de carey y piedras preciosas con empuñadura de oro; insignia que el general Cáceres lució en sus dos períodos presidenciales. Prosiguiendo la marcha hacia Acobamba, el mal tiempo obligó a pernoctar en la hacienda de doña Margarita Lozano quien avaramente solo ofreció una mala sopa. De nada sirvió que la Ayudantina hiciera pasar al voluminoso coronel Arciniegas como prelado de la diócesis. Ya en Acobamba pudieron reponerse medianamente las fuerzas. El 18 de febrero comenzaron la marcha de 45 km. que los separaba de Julcamarca. A la caída de la tarde terminaron de vadear el crecido y peligroso río Maray, con muchas dificultades, llegando al pie de la cuesta que, a enorme altura, termina en el susodicho pueblo de Julcamarca. Sorprendidos por la noche en lugar tan escabroso e inhóspito, en absoluta carencia de recursos vitales para la tropa, se decidió continuar la marcha por el serpenteante e interminable sendero, al filo del farallón, hasta alcanzar el pueblo. Tres horas ascendieron ininterrumpidamente por tan difícil camino. Cuando el grueso estaba ya a mitad del mismo fue cuando, intempestivamente, se desató una furiosa tormenta que convirtió el sendero en un turbión enloquecido. Senda abajo se suceden interminablemente los derrumbes, tragándose el precipicio hombres y bestias por doquier. Sobre la senda, el viento y el diluvio apenas si permiten ponerse en pie. Senda arriba, torrentosos huaycos de lodo y piedras, que si no aplastan, lo arrastran inexorablemente al abismo. Muchos piden un auxilio que nadie puede brindar. Los que sobreviven a aquella horrenda tragedia, hunden sus pisadas en la tierra deleznable a la luz de los relámpagos. Cuando por fin amainó la fuerza de tan infernal tempestad, cada quien, helado y empapado, se resignó a pasar a la intemperie el resto de la noche, en medio de la mayor lobreguez y desamparo. Entre otros, se salvaron aquellos que atinaron a proseguir formando cadenas, agarrándose de las manos o enlazándose con sogas; el general Cáceres y lo que quedaba de la cabeza de la columna llegaron a las afueras del pueblo agotados y casi exánimes. Los exploradores y la esposa del general que con sus tres hijas se habían adelanta-



do a la columna, movilizaron a los pobladores para brindar toda la ayuda que pudieran, traducida en techo, abrigo y bebida caliente. Nunca el Brujo de los Andes estuvo más cerca de la desesperación, como en aquella oportunidad. Según doña Antonia, lo único que alcanzó a decir al llegar fue: "La adversidad me persigue, hasta la naturaleza me combate". Y se pasó el resto de la noche en vela, contando uno a uno, con la mayor aflicción, a los que iban llegando, individualmente o por grupos.

> "Los que llegaban como un desfile de dolor y enseñanza de cuanto obliga el amor a la patria, al verle esperándolos, le decían: 'Tayta, los cobardes han desertado, los leales te acompañamos hasta la muerte; moriremos contigo'. La disciplina de esos soldados era la del amor que forjó héroes".

A la mañana siguiente, formadas las tropas en la plaza julcamarquina, contestaron presente 368 breñeros cubiertos de barro, con la ropa hecha jirones, con el calzado destrozado, hambrientos y con el terror de la experiencia pasada pintada en el rostro. Las bajas sufridas sumaban 412 individuos desaparecidos con sus armas, municiones y equipo. Además, se dio por perdido todo el tren de bagajes y vituallas, y de cada 10 animales de silla o de carga, 9 perecieron. Pero lo que más afectó al general fue los desertores, contabilizados dentro de los 412 desaparecidos. Doña Antonia relata la manera como se yergue la estatura moral del general Cáceres ante este golpe inesperado:

> "Veo que algunos cobardes me han abandonado; pero no importa. Me basta con ustedes, puñado de valientes, para triunfar. ¡Soldados!, ¡Viva el Perú!".

Según doña Antonia, los hombres de la breña, "olvidando el frío, el hambre y los dolores sufridos, repitieron llenos de orgullo y valor: ¡Viva el Perú! ¡Viva tayta Cáceres!". Y estos hombres de la breña de corazón de hierro, no pensaron sino en vencer. Más adelante se presentaron los señores Ruiz (Marqués de Feria y Conde de la Vega), Espinoza, Moore (hermano del marino), los Morote y los Sáenz, sus amigos de la infancia, seguidos de una lucida cabalgata formada por más de 20 elegantes jóvenes de la sociedad ayacuchana. Su costosa y fina vestimenta y sus caballos ricamente enjaezados, contrastaron con el lamentable estado de



los sobrevivientes, para quienes el gobernador Quevedo dirigía la fabricación apresurada de ojotas. Esos jóvenes "traían el ardor de la juventud y el exaltado amor a la patria". Venían también a informar que Panizo se preparaba para atacarlos. Luego preguntaron ansiosos al General, dónde se encontraba su famoso ejército, sin sospechar que esos pocos patriotas a la vista, escuálidos, vestidos de harapos, cubiertos de lodo, eran los únicos que llevaban la roja y blanca en sus brazos. Ante la insistente pregunta de los jóvenes, el general tuvo que confesarles toda la verdad sobre su ejército. Así y todo, al conocer la realidad, se dieron de alta en el ejército del centro, reforzando la Ayudantina, y pidieron cumplir órdenes de inmediato. El general sacó buen partido de ese ardor de juventud y de ese exaltado amor que demostraban tener por la patria, los envió de vuelta a la ciudad para que prepararan el ambiente a su favor y levantaron el barrio de Carmenca.

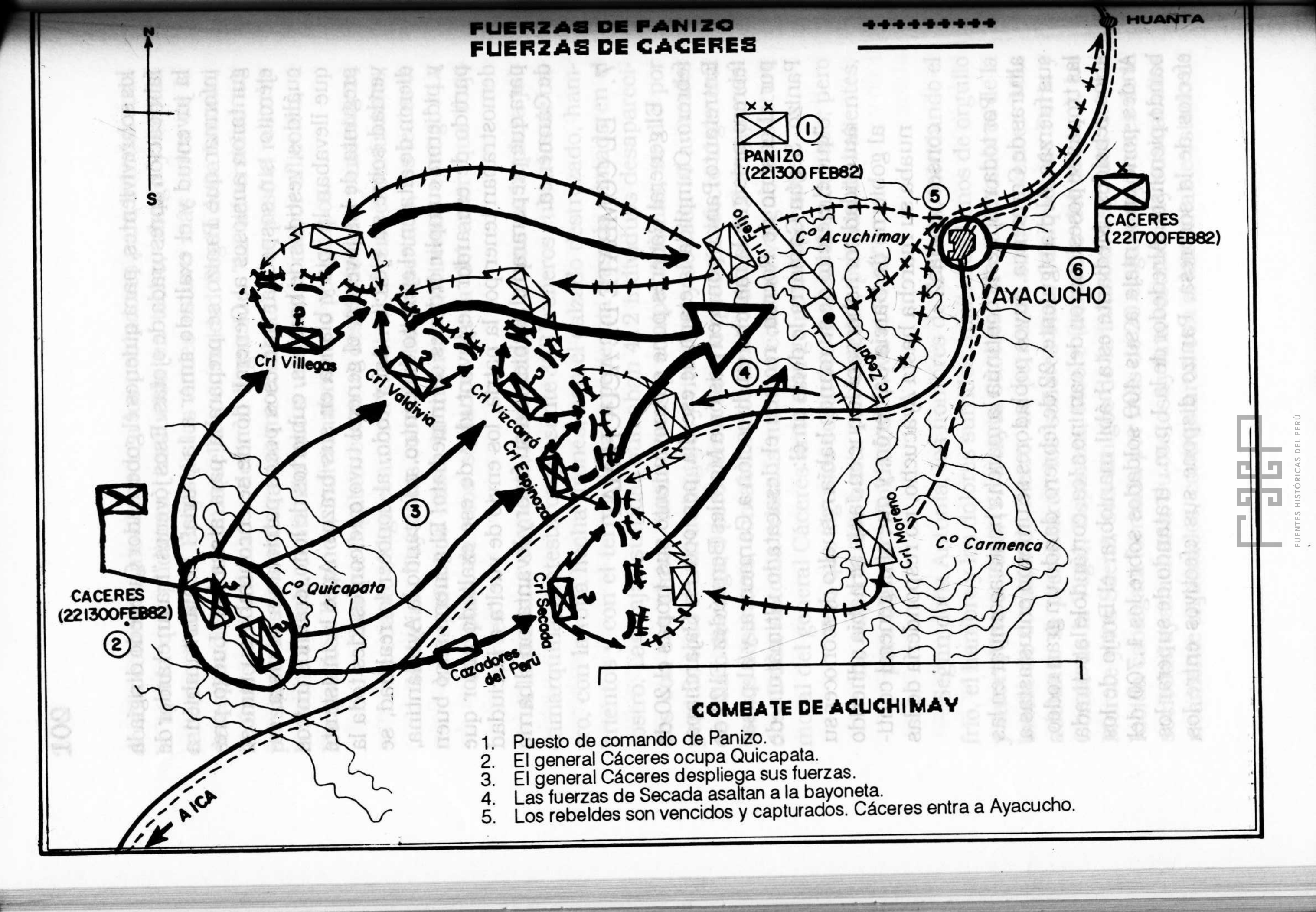
7. EL COMBATE DE ACUCHIMAY

El general Cáceres pone en movimiento sus tropas el 20 de febrero. Cumplida la etapa de ese día, pernocta en Cajarchapa. Entretanto Panizo ponía en prisión a Morales Bermúdez. El 21 de febrero prosigue la marcha en dirección a Carmenca; y al pasar por el caserío de Rocrón, reciben el desacatado ultimátum de Panizo. Según Gamarra le decía en él:

> "que el ejército de su mando había resuelto desconocer su autoridad por haber sabido que en Jauja se había adherido al gobierno de García Calderón, y que si el general continuaba su marcha hasta Ayacucho, no respondería de las consecuencias".

Por toda respuesta continúa la marcha hasta acampar en las alturas de Carmenca, cuyos pobladores se unieron entusiastas a sus fuerzas. Al día siguiente, 22 de febrero, dando un gran rodeo, las tropas se posesionaron del camino a Ica, cortándole la retirada a los rebeldes. Mediante esta hábil maniobra, el Brujo de los Andes pone en ventaja a sus 400 soldados sobre los 1,700 del bando pierolista. Alrededor de la 1 p.m., tratando de superar los efectos de la sorpresa, Panizo dispone sus efectivos entre los





COMBATE DE ACUCHIMAY

1. Puesto de comando de Panizo.
2. El general Cáceres ocupa Quicapata.
3. El general Cáceres despliega sus fuerzas.
4. Las fuerzas de Secada asaltan a la bayoneta.
5. Los rebeldes son vencidos y capturados. Cáceres entra a Ayacucho.

cerros de Acuchimay y Carmenca. Pero era demasiado tarde, ya que la moral de sus hombres estaba por los suelos. Con todo, hasta el último momento, desde el cerro Quicapata, el general se esforzó por evitar la vergüenza de un enfrentamiento entre peruanos, estando nuestro territorio invadido por las hordas chilenas. En efecto, dicta un oficio admonitorio cuya rúbrica fue interrumpida por la artillería de Panizo. El combate de Acuchimay acababa de comenzar. Entonces, cambiando la pluma por la espada, adelantó al *Zepita* a contener el ataque, después fue reforzado por el *Junín*, posteriormente por el *Tarapacá* y finalmente por los *Cazadores*. Replicó el ataque. Los caceristas se lanzaron al ataque Acuchimay arriba, cargando a la bayoneta sobre uno de los dos batallones que defendían la cima, ya que el otro, asesinados sus jefes (Feijoo y Zegal) se dispersó en desorden. Por el lado de Carmen Alto las cosas también le salieron mal a los facciosos. El batallón del coronel Moreno, puesto en fuga, tomó el camino de Huanta. Por fin, Panizo con su E. M. y parte de un batallón quedó completamente rodeado.

El general Cáceres adelantándose a su escolta se dirigió a todos ellos acompañado solo de su ayudante, mayor Zavala, huamachuquino, apostrofándolos de "miserables".

Una nota publicada en *El Comercio* de Lima del 6 de enero de 1882 sobre Acuchimay, dice que:

> "El general Cáceres avanzó hacia Panizo dirigiéndole la puntería de su revolver al pecho e increpándole con el calificativo de traidor. Seguidamente el mayor Santiago Zavala que avanzaba junto al general, despojó de su espada a Panizo, haciendo lo mismo con los demás jefes que lo acompañaban".

No hubo réplica alguna de parte de aquella tropa correctamente formada y en posición de atención. Se dice que Panizo había ordenado no disparar contra el general Cáceres, manifestando: "Al fin es un general peruano".

En el acto reconoció el general a su antiguo corneta de órdenes de Tarapacá, y dirigiéndose a él le dice: "¡Farfán!, ¿Tú también traicionas a tu general? ¡Viva el Perú!". A lo que el soldado, rojo de vergüenza y saliendo de la fila, respondió: "Nos han engañado mi general. ¡Viva el Perú!" Y aquel "Viva" fue coreado por toda la fuerza que momentos después fue incorporada al ejército del



centro, siendo reducidos a prisión los principales cabecillas de la revuelta: Arnaldo Panizo, Enrique Bonifaz y Juan Vargas Quintanilla, a quienes al día siguiente, el general Cáceres pone a disposición del consejo de guerra. ¿Valía la pena burlar a la justicia dilatando su drástica aplicación?. Con el indulto que siguió al enjuiciamiento el 23 de mayo se confirmó la jactanciosa pose de Panizo de entregar una espada vencedora y no vencida. Y pasó por alto la insubordinación frente al enemigo, en aras de la conciliación entre hermanos de armas y de la generosa rehabilitación invocada, aun cuando por su culpa la expedición de del Canto no encontró en Pucará su tumba definitiva y se perdió más del 50% de nuestros efectivos en Julcamarca; por su culpa, solo en Acuchimay, lamentamos la pérdida irreparable de los mayores José Osambela, Domingo de la Fuente y Fermín Dalón, y herido por segunda vez el teniente Pedro E. Muñiz, aparte de numerosos clases y soldados. Jorge Guillermo Leguía asegura que se perdieron 500 efectivos en el combate. En el fondo de todo esto, Basadre ve falta de información y de entendimiento entre las partes, negando todo ánimo nefando en los desconcertados peruanos que obraron, de buena fe. De este desgraciado suceso Vargas Ugarte, en cambio, tiene otra visión. Así dice:

> "Años más tarde se publicó en Lima una defensa del coronel Arnaldo Panizo. Era empresa inútil, pues su causa no tenía defensa, todas las excusas que podían alegarse a su favor las desmentían los hechos, de manera que la historia imparcial no puede menos que condenarlo. Panizo como Vento y otros jefes, que desde el comienzo de la guerra faltaron a su deber, echaron un borrón sobre su carrera militar, y deben quedar proscritos de nuestros anales militares".

¿Que pasó con el coronel Panizo? Poco antes de su actitud rebelde, y al ponerse bajo las órdenes del general Cáceres, había iniciado una entusiasta campaña de apoyo a su nuevo jefe, enviando oficiales a las guarniciones de Arequipa y Cusco solicitándoles su apoyo a la causa de la resistencia": Indudablemente que posteriores insinuaciones antipatrióticas, de Piérola, lo perdieron. Quizá por todas estas contradicciones que tanto daño hicieron, agudizando la tragedia que vivíamos, diga González Prada:



"Ninguna generación recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer. En el momento supremo de la lucha no fueron contra el enemigo un coloso de bronce, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular y repelidos entre sí por el espíritu de banderías".

A nuestro modo de ver se hubiera justificado aún más el apoteósico recibimiento que la vieja Huamanga dispensó a los soldados de su hijo más preclaro, si sobre la explanada del Acuchimay, ante todo el ejército en posición de atención, y bajo el redoble de tambores, se hubiera arrancado las insignias militares a tales facciosos. Aquella aleccionadora escena habría desterrado definitivamente a Piérola; habría ahogado el grito de Montán; habría logrado que los Iglesias, los Castro Saldívar, los Vento y los Duarte, ocupen su lugar en la geografía moral de nuestro país; habría acallado los repiques de las campañas norteñas por la derrota de los hombres de la breña en Huamachuco.



Reseñas históricas y biográficas

LA RABONA

Emilio Gutiérrez de Quintanilla dice de la mujer:

"¿Quién es, qué puede y qué debe ser la mujer, si es la mitad de la especie humana?. Mil veces dicho está; pero su acción la proclama en todas las situaciones de la vida, más altamente que la mejor palabra. No es ella capitán que manda, pero es piloto que por entre escollos y arrecifes, conduce el barco a buen puerto".

"Es hija, y guarda en sí la pureza de su futuro sacerdocio. Es madre, y del hijo hace ciudadano. Esposa, y de su hogar hace un semillero de virtudes destinados a florecer en la vida pública, con sentimiento y pureza".

"Ella no es espada; pero es escudo que no ataca, y que en la defensa no conoce el castigo de la derrota, sino el glorioso y santo sacrificio del deber cumplido".

"En donde la mujer no está, no habrá fuerza capaz de triunfar, sino debilidad siempre vencida".

La mujer peruana escribió páginas gloriosas durante todas las contiendas que afrontó nuestra patria a través de los siglos. Estas páginas pretenden exaltar sus hazañas y rescatar del anonimato a muchas de ellas, olvidadas injustamente que, a pesar de pertenecer al sexo débil, rivalizaron con los hombres estoicamente hasta inmolarse en muchos casos. Así a través del tiempo recogemos la todavía inolvidable acción de muchas de esas heroínas.

La epopeya que forjaron nuestros antepasados para hacer del Perú glorioso de hoy, desde los sabios pre incas y los guerreros conquistadores incas, quizá se debe a las mujeres que sabían exaltar sus espíritus hasta llevarlos a la inmortalidad.

En todos los acontecimientos, al lado del héroe, del caudillo, del hombre que lucha por la libertad, está la presencia de la mujer, unas veces como activista, otras como luchadora pertinaz; como sembradora de los ideales patrióticos en los corazones y en las mentes de los seres que le rodean, y otras veces dulcificando las tristezas de las derrotas y las heridas, dejadas por el vencedor, con palabras de aliento.



Son numerosas las mujeres que lucharon al lado de los conspiradores y que se alzaron durante la colonia, y particularmente, durante las luchas por la emancipación; así la historia recuerda que a la llegada de la expedición libertadora, se organizaron partidas de guerrillas y montoneras deseosas de contribuir con las fuerzas libertadoras; las más importantes fueron las de Yauyos, Huarochirí y Canta, y en toda la extensión de la sierra.

Cuando el general San Martín llega al Perú, admirado por la activa participación de la mujer peruana en las luchas por la emancipación, emite una proclama honrádolas; en ella dice:

"Las acciones heroicas que han ilustrado en todo tiempo a los guerreros, han participado siempre del poderoso influjo que el sexo delicado ejerce sobre el cuerpo.

La inocente América en la lucha que sostiene contra los tiranos que la esclavizan durante siglos, necesita del influjo del bello sexo y del amor no menos que de los robustos brazos de sus hijos.

Las generaciones presentes y las futuras al recordar los tiempos a que debió el Perú su libertad, dirán con emoción su gratitud y admiración; la nueva era de América se debe a los peruanos y a los sublimes sentimientos que inspiraron en sus padres, en sus esposas e hijos".

El general Arenales, que hizo hasta tres expediciones al interior de la república, reconoce en sus memorias:

"La valerosa actitud de los serranos debió ser secundada. Su entusiasmo era tan profundo que se comunicó a la mujeres, quienes sobreponiéndose a su propio sexo, arrostraron con la mayor entereza toda clase de peligros".

Las guerrillas y montoneras se multiplicaron en las serranías, y en sus correrías agresivas entraban hasta la muralla de Lima. Entre las más importantes se recuerda a las de Cayetano Quiroz; en esta guerrilla se distinguieron particularmente numerosas mujeres dirigidas por la esposa de Quiroz; ella como muchas otras mujeres que formaban en las otras guerrillas dieron sus vidas por el ideal de la libertad, aunque sus nombres quedaron en el anonimato.

El general Miller dice en sus memorias de la esposa de Quiroz:

"En todos los combates Quiroz estaba acompañado de su mujer, heroína valiente, leal, temeraria, audaz, joven, fuerte y que, cual nueva amazona, intervino en los encuentros de San Jerónimo, de Santa Eulalia aniquilando a un destacamento español; luego en Quillapata y en la sangrienta acción de Huampaní, derrotando e



hiriendo a Rodil. Cayó peleando bizarramente en Paras, al pie del hombre amado, quien transportado por el dolor, por tan irreparable pérdida, aceleró sus ímpetus buscando la muerte, extremó su arrojo en la Pampilla cayendo prisionero, siendo ejecutado en la plaza de Ica el 15 de mayo de 1822".

Otra mujer que se distinguió durante las luchas por la emancipación fue doña Emeteria Ríos de Palomo. Ella pertenecía a una de las guerrillas de Canta y Huamantanga. Había tomado parte en las acciones de Caudivilla, Obrajillo, Laurichuco, Huamantanga, etc.

Tomada prisionera en una de las acciones fue llevada a presencia del general Canterac; habiéndose negado a dar los nombres de los patriotas que lucharon con ella, ordenó su fusilamiento en el pueblo de San Agustín, el 29 de setiembre de 1821. Al enfrentar al pelotón de fusilamiento, exclamó orgullosa: "¡Viva Canta!, ¡Viva el Perú!".[1]

Nuestra independencia se conquistó pues con la poderosa ayuda de los montoneros y guerrillas, hijos humildes del pueblo, pero auténticos patriotas.

Las mujeres seguían a todas partes a sus maridos para servirles. Con el advenimiento de la república, el general San Martín organiza el ejército nacional, y el fenómeno social es absorbido con sus cualidades y defectos por la nueva organización.

Ya durante la república, desde el inicio de la organización de las unidades combatientes, cuando se practicaba la "leva", o se le llamaba, admitíase al recluta ingresar a las unidades informalmente, con su mujer; hombre y mujer eran inseparables donde estuviera el ejército. Así los ejércitos independientes que siguieron a los generales San Martín, Arenales y Bolívar, llevaron también en sus filas a las sacrificadas y amorosas rabonas que pronto se glorificaron; citaremos a una de ellas: Bonifacia Pando de Monge, heroína de Concepción, apresada al lado de su marido Paulino Monge por las fuerzas de Carratalá cuando actuaban como elemento de enlace entre los guerrilleros de Concepción y la vanguardia de las fuerzas del general Arenales que se encontraba en Jauja en su segunda expedición a la sierra. Ella fue torturada y sufrió la afrenta de recibir doscientos azotes desnuda en la plaza de armas de Concepción al lado de su marido destrozado vivo a sablazos por cuatro húsares españoles, el 25 de mayo de 1821. La acción fue recogida y comunicada al gobierno independiente posteriormente, por el coronel Domingo Tristán. Una de las notas decía:

"En el pueblo de Concepción, se presentó Bonifacia Pando, mujer del mártir patriota Paulino Monge que fue asesinado con la mayor

1. "Canta en su aniversario", publicado en *La Tribuna* del 8/12/1963.



barbarie por los españoles en la plaza de este pueblo, matándolo a fuerza de sablazos, y en presencia del cuerpo así destrozado le dieron 200 azotes desnuda a la señora Bonifacia..."[2]

La Guerra del Pacífico nos sorprendió con la inveterada costumbre de mantener en el cuartel o cerca a él a la mujer del soldado. El estaba junto a su mujer: la rabona; y ella permanecía cerca de su amor: el soldado peruano. Fue pues esta costumbre un hecho social histórico arrastrado desde la época de las luchas por la emancipación.

"Durante las campañas terrestres, los batallones de infantería peruanos eran seguidos, a manera de apéndice, por las silenciosas columnas de mujeres peruanas. De allí el nombre: ¡Rabona!. Ellas proporcionaban el apoyo logístico tolerado, eficaz e individualizado. Apoyo destinado a cada 'cholo' o 'indio' de nuestro ejército. Cuando el soldado caía, el auxilio inmediato venía de la Rabona".

"La Rabona mujer honrada, fue popularmente un término peyorativo, insultante. Podemos afirmar que la palabra cayó en desgracia. El concepto deriva de un hecho social histórico muy peruano, hoy superado, y que nada tiene de vergonzante. Por el contrario, opino debía inducir a orgullo"[3]

La rabona que no es la cantinera, aparece en la misma formación de los ejércitos improvisados para enfrentar la agresión. Su origen histórico conocido se encuentra muy posiblemente en los momentos iniciales de la emancipación, como se dijo, cuando el ejército le arrebata de su lado a su hombre. A comienzos de la contienda, los ejércitos se organizaban a base de masas indígenas reclutadas a la fuerza. En aquella época aparecen consentidamente las mujeres acompañando a sus maridos en el servicio militar; era una buena forma de atraer al indio y conservarlo en filas; los caudillos consideraron esta costumbre durante sus correrías. Entre ellas surgieron numerosas heroínas.

Debe recordarse también que durante la Guerra del Pacífico, se siguió la tradición y las mujeres acompañaron normalmente a sus maridos, y hasta las madres, hermanas e hijas siguieron a los suyos, y no sólo cuidaban en los campamentos la preparación de la comida, el lavado de la ropa del soldado, sino que muchas veces recorrían los campos de batalla para localizarlo entre los heridos para curarlo, entre los muertos para enterrarlo, a veces entre los fuegos de la batalla. El Estado raras veces les acordó apoyo; las ignoró y ni siquiera las mencionaban en los partes oficiales de las marchas y batallas; los

2. Archivo histórico de la sección investigaciones de la Biblioteca Nacional.
3. General Germán Parra Herrera.



historiadores las olvidaron; parece que tenían vergüenza de citarlas, no obstante la importancia de sus voluntarios y abnegados servicios prestados a la patria en la paz y la guerra.

El Nacional del 9 de octubre de 1879, publica:

"Las rabonas del batallón Ayacucho en número de doscientas, fueron hoy a palacio de gobierno pidiendo se les permita ir al lugar donde se encuentran sus esposos. Las 'amorosas', como también se les llama, renunciaron al diario pago que se les da, a fin de cubrir con él los gastos que ocasiona el viaje...".

Esto lo pedían ya en plena guerra, ellas querían asistir a los combates.

Un ilustre arequipeño, el señor Francisco Mostajo, publicó en *La Crónica* de Lima, del 2 de agosto de 1952, la interesante nota que transcribimos, y que titula: "La Rabona, Heroína Nacional".

"Fue un tipo popular y soldadesco, al par que histórico, de mujer indígena que tiene su rincón en la vida de la nacionalidad, pero que ha sido olvidada por humilde. Rara vez asumió el rol de ella la chola, como aquella dolores del episodio nacional de la batalla de San Francisco.

"Era una mujer valiente, cuando su hombre era arrancado de su cabaña del ayllu por el reclutamiento, la india –esposa o conviviente– alborotaba, imprecaba; pero a la hora de la marcha de las reclutas atraillados, mostrábase ya poseída del estoicismo de la raza. Y marchaba formando enjambre con sus compañeras de condición y suerte, lado a lado con el grupo de indios, transportando así, por la fuerza, la vida agraria a la vida cuartelera. Ellos al llegar a la ciudad ceñían el uniforme del soldado de la época, pero ellas no variaban su vestimenta peculiar de vasta tela, de color azul oscuro, tejida en el mismo ayllo, incluso la Lliclla, especie de manteleta, de material idéntico, y la 'montera' típica, distintivo del lugar de procedencia, diferentes por tanto. A pie cruzaba los caminos, con planta ligera, ágil cuerpo, hilando casi siempre, con la 'puchca' (rueca indígena) suelta al aire, completaba su estampa el 'quipe' de trabajos domésticos a la espalda y asegurada en él la guagua o llevada éste bajo el brazo con su chullito".

"En el canchón del cuartel armaban las rabonas su vivac: un conjunto de chozas o cuchitriles formados de cualquier modo. Su aspecto era el de un aduar de pordioseros. Allí habitaban, ahí cocinaban, ahí todo.

Y tan contentos como si estuvieran en las cabañas de las punas inhóspitas o en medio de los sembradíos de sus poblachos. Y todo el día oíase el aimara o el quechua con la abundancia de sus elles o la guturación de sus jotas o dobles cees. A veces,



al fondo del canchón no faltaban algunas llamas de orejas enhiestas y ojos avisores que indias de alguna comunidad habían traído y que solían prestar servicio general.

"Cuando el recluta indígena se emborrachaba, la Rabona iba tras él a todas partes, si el licor acababa por tumbarlo, se sentaba en cuclillas, estoicamente a su lado, velando de su sueño de alcohólico. Cuando a su hombre se le ocurría maltratarla y alguien, conmiserativo, intentaba intervenir en su amparo, se volvía irritadamente contra el intruso, gritándole: "que te importa; para eso es mi marido, para que me pegue". Pues que te mate, le respondía el mestizo, y la pobre indígena todavía insistía: Aunque me mate; para eso es mi marido. Escena es ésta común en los pueblitos serranos.

Derrepente sonaba la hora de marchar, que anunciaba la corneta, para cambiar de cantón o salir a la pelea. Y en tal momento el vivac de las rabonas era un revoltijo de afanes y voces y, sobre todo, de indias con sus polleras y monteras que parecían girar en un carrusel al apuramiento de los cabos. A poco rato ya estaban en marcha, asaz satisfechas a la vanguardia o a la retaguardia, sin preocuparse de la ruta, fuese de pampas o quebradas, cerros o valles, hiciese calor o frío que ellas se hermanaban con la intemperie. Bastábales saber que marchaban al lado de su Mamani o su Quispe, para servirle, para asistirlo, para que no le faltase su corazón fiel".

"El mariscal Castilla que se caracterizó por su don práctico de hombre que no había perdido su contacto con la naturaleza, sacaba todo el partido militar que podía de las rabonas. Cuidaba de éstas como del soldado. Cuando el ejército tenía que trasladarse a otro lugar, lo primero que hacía desfilar era el batallón de rabonas. Desde tal momento los soldados no veían la hora de partir y hacían las jornadas contentos, impacientes, sin sentir el cansancio. Cuando llegaban al nuevo campamento, ya los humos de los fogones les anunciaba que estaba listo el rancho y que el descanso sería dulce. A la rabona le era indiferente ser castillista o vivanquista, pero a Castilla le llamaban 'el Taita'.

Después de dos o tres meses de cuartel, el soldado indio no desertaba, excepto si a algún jefe imprudente se le antojaba hacer tocar con la banda un aire de la tierra. La rabona le decía: "no te vais", pero si se iba, la Rabona también hacíase humo. Era frecuente la escena de los alumbramientos en plena marcha. Se despachaban con la mayor facilidad, asistidas por alguna compañera de raza o condición, y continuaban, como si tal cosa, con el aditamento de la criatura. Con la Rabona no había enfermeda-



des venéreas.

Durante los combates, espectaban en grupo, alentando a veces con su gritería agresiva, y si alguna de ellas veía a su hombre en peligro, corría hasta él, sin importarle las balas que en ocasiones la alcanzaban con la muerte en su pávido silvido. Si el soldado caía herido, ya tenía madre de caridad, y si rodaba muerto plañidera y enterradora. Marcaba la tumba con una cruz formada aunque fuese con dos palitos de hierba, y tornaba a su tierra con un estoicismo, más oscuro que su indumento indio a cumplir los ritos fúnebres de su superstición. Pero también había veces en que, al ver muerto a su compañero se encoraginaba, embarrábase con su sangre y, con el mismo rifle de aquel, se batía hasta morir.

Abnegada mujer la Rabona. Sublime, si se contempla el fondo de su actitud. Sin darse cuenta servía a la patria. La guerra con Chile fue el último cuadro de su grandiosidad. ¡De cuántas escenas sería ella la heroína anónima como mujer de soldado desconocido! Paralelo al de éste debía erigirse un monumento para que esté completo el símbolo de la contribución de sangre del aborigen a la nacionalidad".

"A la humilde india de nuestro ejército le basta su humildad y su abnegación para ser ensalsada con la voz de la historia, la página de la novela o el canto de la poesía".

En estas páginas recogemos las acciones más famosas de algunas heroínas de la Guerra del Pacífico.

En Pisagua al iniciarse las operaciones terrestres, comienzan a brillar por sus proezas las mujeres peruanas. Allí, entre las más valientes, encontramos a la señora Hortensia Zevallos de Ruiz. Dice de ella el doctor Basadre:

"Su esposo, su padre y sus hijos pelearon en esta jornada. La familia Ruiz era una de las más acaudaladas del puerto y acaso por ello su casa fue asaltada con especial afán por los invasores con el fin de saquearla. Allí esta Hortensia y para no caer viva en poder de ellos, se suicidó con una bayoneta que le alcanzó su esposo Alejandro Ruiz. Este murió también entonces con toda su familia".

Hasta Pisagua e Iquique llegaron también las rabonas desde remotos lugares del país, al lado de los guerreros; con ellos surcaron los desiertos calcinantes, sin agua, sin comida, alimentados en la mayor parte de la travesía solo con una mísera ración de coca, casi siempre sin calzado, y ni siquiera con una simple ojota, llevando en sus espaldas sus



pesados 'quipes' con sus útiles de cocina, el fusil de su pareja cansado o enfermo; pasando las noches frígidas donde les sorprendía éstas, a campo traviesa; durante el día caminaban calcinadas por el sol en los desiertos. Así hicieron las terribles retiradas, sobre todo la de Iquique a San Francisco y de este lugar a Arica a través de Tarapacá. Qué terrible debió ser ese sacrificio, sobre todo la "retirada de la muerte" durante 22 días, de Tarapacá a Arica. Entre ellas estaba Martha de Pomares y sus coterráneos que desde Huánuco habían llegado a Pisagua. Muchas quedaron regadas en los senderos, por hambre, sed y cansancio, entregadas a su propia suerte. Lamentablemente los cronistas e historiadores no recogieron estos pasajes dolientes, no obstante los importantes servicios y sacrificios prestados a la sagrada causa de la defensa nacional. Ellas fueron las imprescindibles servidoras anónimas; marcharon, pelearon y murieron en todos los reductos de los campos de batalla cerca de sus hombres. Improvisadas, pero acuciosas y amorosas enfermeras, diligentes intendentes y hasta dolientes lloronas enterradoras.

La heroína Dolores

Durante la batalla de San Francisco, el batallón *Lima* escalaba valientemente el cerro a pesar del fuego de la defensa. A la cabeza de una de las compañías avanza un joven sargento que con entusiasmo varonil arrastra a su unidad. ¡Adelante, a los cañones! –les grita–; tras él iba una mujer; era la esposa del sargento; alta, mestiza, de mirada y presencia imponente, Dolores se llama esta mujer; su amor la tenía al lado de él; iba repitiendo a los soldados las arengas del sargento. Se oye el grito del corneta que toca al asalto, y los bravos del Lima avanzan disparando y llevando sus bayonetas y armas en ristre, aunque van cayendo muchos.

El sargento a la cabeza de su compañía, va seguido siempre de Dolores; ve con alegría que cada paso que da lo acerca más al enemigo. Pero, ¡ay!, en tales circunstancias, cuando gritaba: ¡Adelante compañeros!, una bala le cae en la frente arrojándolo a tierra.

Un grito indescriptible, un ruido salvaje, como el de una leona, al ver caer a su esposo, se escapa del pecho de la heroína. Como loca, furiosa y los ojos llenos de lágrimas, se arroja sobre él, y luego de abrazarlo y besarlo desesperadamente, le arranca el rifle que aún lo sostiene con fuerza, para ocupar su puesto al frente de la compañía; y clamando venganza a gritos, toma cartuchos de las mantas de los soldados, para seguir avanzando sobre el enemigo, disparando. En su ciego dolor insulta a los soldados que lo rodean y siguen cautelosos. ¡Cobardes! –les



grita–; suban pronto como yo a vengar al sargento; y valerosamente trepa el cerro aunque los soldados que la acompañan se oponen a su avance, pero sigue haciendo fuego como un veterano combatiente. Ella es la primera en llegar al frente a los parapetos enemigos deseosa de tomar los cañones. Su voz resuena apagando el estruendo del combate, clamando venganza, sangre y exterminio. Allí junto a los soldados de su compañía pelea ardorosamente con su arma en ristre. Poco a poco los valientes que la acompañan van reduciéndose sin que nadie venga en refuerzo de ellos; nuestros aliados han comenzado a abandonar el campo de batalla. Al fin se ven obligados a retroceder; Dolores sin embargo, no piensa abandonarlo; al contrario sigue disparando mientras sus compañeros que la admiran, no quieren abandonarla; ella se resiste aún por largo rato, hasta que siendo ya forzosa la retirada, toman a Dolores y la obligan a bajar casi arrastrándola.

En el sendero de retorno, encuentra junto a otros valientes, el cuerpo inerte de su esposo. A su vista decae todo el ardor bélico de esta heroína; nuevas lágrimas bañan su polvoriento rostro, y se arroja sollozante sobre él, pretendiendo no moverse de su lado. Solo con mil esfuerzos y casi arrastrándola, la retiran sus compañeros del campo de batalla a fin de que no caiga prisionera.

Después de la batalla, en la noche, agobiada por el dolor del desastre, el cansancio, el hambre y la sed, emprende la retirada a Tarapacá sumida en terrible sufrimiento, casi sin rumbo, solo acompañada por otras tantas heroínas que llevan también a cuestas una abultada carga de dolor.

Después de una dolorosa y sufrida travesía, llegan a Tarapacá. En este lugar, sin embargo, ese ejército descalzo y hambriento, iba a ofrecer a la patria una brillante victoria. Allí en diez horas de lucha con temerario arrojo y constancia, arrancan los primeros laureles de la victoria para el Perú.

Entre los gloriosos combatientes se encuentra la empedernida luchadora Dolores, la heroína de San Francisco con el arma humeante de su esposo; allí lucha con igual denuedo hasta el fin, sin que mengüe en nada su coraje una herida recibida durante el combate; confundida entre los combatientes, su voz reanima el valor desfalleciente por el cansancio de los que luchan; el triunfo es su mejor recompensa.

Después de la batalla, los sacrificios y las fatigas de la horrible retirada, durante 22 días, de Tarapacá a Arica, y el recuerdo de su inolvidable esposo, le afectan profundamente. Dolores, la fuerte y valiente mujer, la heroína modesta, la desconocida de San Francisco y Tarapacá, no puede resistir más las penurias de la retirada del sacrificio que combaten al ejército peruano en el desierto; la herida del brazo, las terribles fatigas y sacrificios de las marchas acaban con ella; su cuerpo



como el de muchas otras, queda en el desierto cubierto solo por la arena. Ella fue el fiel ejemplo de la Rabona que hizo marchas forzadas, sirvió, combatió y murió en campaña[4].

Honraremos también con un merecido recuerdo a las heroínas de la Breña que brillaron durante el alzamiento general de los pueblos del valle del Mantaro en abril de 1882.

Leonor Ordóñez Surichaqui

Ya la admiramos cuando pelea en el Reducto Nº 1 de Miraflores durante la defensa de la Capital al lado de su esposo, el sargento Felipe Vilcahuamán del batallón *Concepción Nº 27*; vimos que habiéndose salvado del desastre, se retiró al valle del Mantaro de donde era oriunda. José Torres Lara, en su opúsculo Recuerdos de la guerra con Chile, honra a las rabonas cuando habla de su actuación en las batallas de San Juan y Miraflores; dice de ellas:

> "... Durante la batalla las rabonas repartiendo agua a los reductos y, llegado el momento del ataque, ayudando a dotar de municiones a los defensores de la ciudad...".

Allí, entre esas heroínas de la sierra, se encontraba Leonor Ordóñez, peleando en el Reducto Nº 2.

Cuando incursionan los chilenos por segunda vez al valle en febrero de 1882, Leonor que vivía en el apacible pueblo de Huancaní, su tierra natal, inicia sus actividades bélicas. Recorre los pueblos invitándoles a prepararse para la lucha contra el invasor. Les refiere todos los crímenes que había visto cometer en Chorrillos, Barranco y Miraflores, y que por tanto de ellos solo se podía esperar los crímenes más incalificables. Les arenga a fin de que se preparen para enfrentar una lucha a muerte; solo eso detendría al cruel invasor. Les aconseja que organicen sus guerrillas y los armen con los medios de lucha más apropiados a su alcance, permaneciendo luego en guardia permanente para defender sus pueblos.

Organiza en su pueblo una guerrilla de 35 hombres y 5 mujeres. Iniciada la ofensiva chilena a órdenes del coronel Gutiérrez, en la margen derecha del Mantaro el 22 de abril de 1882, atacan Huaripampa. Leonor informada del desigual y cruento combate que enfrenta ese pueblo indefenso, decide acudir a reforzar su defensa. Su guerrilla está armada solo de hondas, rejones y piedras; lleva un corneta y un tambor

4. Ver *Nuestros Héroes*, Víctor Mantilla.



integrando el grupo. Al partir a Huaripampa Leonor lleva en la mano derecha una bandera, y en la izquierda, un rejón; completa su equipo una manta llena de piedras atada a la cintura para emplear la honda (no pudo llevar el rifle de su marido por falta de municiones).

Del combate de encuentro realizado con el enemigo en el lugar llamado Atoshpampa o Atoshi, donde rindió la vida Leonor, nos ocupamos ampliamente en esta obra al referirnos a lo sucedido en Huancaní.

Hemos solicitado y conseguido que el Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, lleve a la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico, en representación de las gloriosas rabonas, a Leonor Ordóñez, heroína de la Guerra del Pacífico. Sus gloriosos restos descansan en un hermoso sarcófago hecho de mármol blanco.

La yaulina. El abrazo mortal

Durante la ocupación chilena de La Oroya, como era costumbre en ellos, las hordas asesinas y depredadoras, se esparcían por los pueblos y haciendas indefensas de los alrededores para asaltarlos y cometer toda clase de atropellos con sus pobladores. Así en abril de 1882, llega al pueblo de Yauli un pelotón de caballería chilena; sus integrantes se dispersan por la ciudad en busca de sus víctimas. La Yaulina era una muchacha tan hermosa y valiente como decidida. Al ser perseguida por un chileno, sigue cautelosamente hasta su casa; ya en este lugar prepara cuidadosamente la trampa. Cuando su perseguidor entra a su casa y la abraza mal intencionado, ella ya tiene escondida una daga filuda en la manga de la blusa, y simulando abrazarlo también, le clava el puñal en el corazón por la espalda. Luego que lo vio agonizar, lo arrastró a la orilla del río Yauli y lo lanzó a sus turbulentas aguas. Así se vengó de quien pretendió ultrajarla.

La huamachuquina

Aunque gran parte de los hijos de Huamachuco habían sido seducidos y ganados por los chilenófilos de Iglesias, y actuaban contra el general Cáceres –según afirma en sus memorias–, había patriotas que estaban al lado de la causa de la patria grande y de sus verdaderos defensores; ellos integraban las filas del Ejército de la Resistencia. Entre estos encontramos a la gloriosa Huamachuquina que se inmoló en defensa de su patria.

En Huamachuco los primeros días del mes de julio de 1883, se conocía de la aproximación del ejército del general Cáceres; los patriotas



se preparaban para colaborar con él. La Huamachuquina con otras patriotas, convenientemente informadas de las actividades enemigas, se preparaban para dar buenas sorpresas a los invasores. Enteradas que diariamente volvían ellos sedientos después de haber cumplido reconocimientos o servicios de vigilancia, idearon y prepararon un golpe mortal contra ellos. Los esperaron a su llegada al pueblo con varias vasijas de chicha fresca envenenada. Ellas amorosas repartieron la dulce y refrescante bebida simultáneamente; pero uno de los oficiales que tal vez entró en sospecha, invitó a la amable chichera que se sirviera primero un vaso; la heroína no vaciló en aceptar gustosa, luego el oficial y sus sedientos soldados, bebieron felices la agradable chicha mortal. La heroína y sus acompañantes desaparecieron luego furtivamente y se dedicaron a tratar de salvar la vida a la que había bebido; pero no lo consiguieron; ella y buen número de chilenos perdieron la vida poco después. De ésta valiente y casi anónima patriota, los peruanos, y hasta sus propios paisanos han olvidado hasta su nombre; pero los peruanos recordarán su sacrificio con orgullo y gratitud.

Rosa Pérez y Valentina Melgar

En el combate de la Pampa de Carato en Chupaca, el 19 de abril de 1882, se glorificaron las heroínas Rosa Pérez y Valentina Melgar.

Forzados los defensores de los campos de la llanura de Carato a retroceder a la ciudad, al ingresar a ella comienzan a batirse también las mujeres que se habían organizado en agrupamientos de combate; ellas cargaron varias veces contra el enemigo con rejones y hondas, como las mejores infantes, vengando a sus seres queridos. Ante el avance enemigo, ellas se replegaron combatiendo. No pocas mujeres, siguieron el ejemplo de Rosa Pérez y Valentina Melgar quienes al llegar a su heredad combatiendo, arrojaron agua hirviendo a los invasores que las atacaban, rindiendo la vida con bravura.

Joaquina Avila de Lindo

Durante el asalto enemigo a la fortaleza sicaína, donde los defensores esperaban el ataque inermes, hicieron frente al cañón y la metralla enemiga, solo con rejones, hondas y piedras. Durante la tenaz defensa



se distinguió el heroísmo y la valentía de la mujer sicaína encarnada en Joaquina Avila de Lindo. Su audacia y furor bélico la colocaron a la altura de las más enfervorizadas guerreras; ella y sus tres hijos alcanzaron la inmortalidad empuñando las piedras del terruño, siempre entre las más audaces defensores, alentaba a los guerrilleros a pelear con valor: "Adelante valientes sicaínos, morir defendiendo nuestra patria, es más glorioso que permitir en Huancayo a los rotos enemigos!". Y seguía desafiante en la fortaleza sicaína animando a los suyos; ya en plena lucha, y ante la mirada atónita de los guerrilleros, cae acribillada cuando lanzaba piedras desde su puesto de combate. ¡Gloria a la valentía de la heroína de la Breña!.

Antonia Moreno Leyva de Cáceres

Nacida en Ica en 1848, hija legítima de don Fulgencio Moreno y doña Agustina Leyva; se casó a los 28 años el 22 de julio de 1876 con el coronel Andrés Avelino Cáceres Dorregaray, en la parroquia Santa Ana de Lima.

La guerra del Pacífico los sorprendió solo a los dos años de casados, a partir de entonces se inicia para ella un largo camino de dolor, ansiedad y constante peregrinaje; su vida como la de muchas peruanas comprometidas en esa tragedia, fue un constante calvario.

Los días 13 y 15 de enero de 1881, durante la batalla de San Juan y Miraflores, permaneció en este último lugar terriblemente ansiosa de obtener datos de la muerte de su esposo. Confundida entre el tumulto de heridos y soldados que abandonaban el campo de batalla, ella preguntaba ansiosamente por la muerte de su esposo, como muchas otras, sin tener dato alguno sobre él.

En la noche del 15, recorriendo los hospitales, pudo localizarlo herido y sangrante, en la ambulancia improvisada en la universidad de San Marcos de la calle San Carlos. Imaginémonos todas las correrías y angustias que sufrió para mantenerlo oculto, al tiempo que atendía la curación de la herida sufrida.

El 15 de abril de 1881, con el corazón desgarrado, ella ve partir a su convaleciente esposo que va a formar un nuevo ejército en el interior para seguir combatiendo desde la breña. El coronel Cáceres se había propuesto desplegar en las cumbres andinas la bandera de la resistencia.

Mientras el héroe prepara su ejército y le enseña a batirse con éxito en la llanura, en los cerros, en los desfiladeros, ella permanecía en la Capital, sufriendo con sus menores hijas, el oprobio de la cruel ocu-



pación chilena, cambiando de casa frecuentemente, contemplando los saqueos, abusos y allanamientos frecuentes. Pero ella no se resignó a vivir pasiva; buscó contacto con otras dignas damas y caballeros patriotas, y formó el Comité Patriótico de la Resistencia, a fin de reunir pertrechos y personal para enviarlos al corazón de la república a alimentar y abastecer al ejército en formación, así como para mantenerlo informado sobre el enemigo. Su actividad para cumplir con este propósito, dio lugar a muchos actos audaces e ingeniosos, como los que protagonizó la morena Gregoria y los dolientes enterradores de cañones.

Debido a su firme y constante actividad, desplegada con audacia, fue designada por el presidente García Calderón embajadora ante el general Cáceres para convencerlo a que acepte el Ministerio de Guerra y Marina de su gobierno. Las terribles peripecias de su viaje de ida y vuelta que hizo hasta Chicla dejando sus menores hijas en un convento, lo describe ella con toda crudeza en su muy importante obra titulada *Mis recuerdos sobre la campaña de la Breña.*

Por último, en vista de la persecución de que era objeto, tuvo que viajar al interior, en recorrido igualmente tortuoso, para permanecer en las filas del Ejército de la Resistencia. Fue así como formó parte de la doliente columna que hizo la terrible retirada mortífera desde Chosica a Ayacucho. Durante el recorrido se preocupó y ayudó a los enfermos con tifus. Curó en Tarma al capitán José Miguel Pérez atacado de tifus. Durante la retirada a Ayacucho sufrió un accidente en el río Acobamba. Posteriormente sufrió otros accidentes en zonas peligrosas, motivada por los senderos resbaladizos; así llegó a escalar el interminable cerro Julcamarca con sus tres hijas, escapando a tiempo de la tempestad que arrasó con la mitad del ejército durante una noche lóbrega.

A la vuelta, ya durante la aproximación para iniciar la contraofensiva, tuvo que volver a recorrer ese duro camino de senderos hechos al borde de los abismos. Como resultado de ese largo viaje accidentado a caballo, en estado interesante, al llegar a Tarma perdió a su único hijo hombre. Allí enfermó también el general Cáceres; ella fue su médico y enfermera perenne. Luego durante la terrible marcha de la campaña al norte, siempre con sus tres hijas, sufrió hambre, frío, ansiedad, cansancio; pero así con gran valor, humilló a los nevados ancashinos que los surcó, como el Arguaycancha.

Habiendo sido encerrado el ejército peruano en el callejón sin salida de Huaraz, el general consideró que ella y sus hijas no debían seguir soportando el flagelo que significaba seguir caminando por nevados y páramos sin medios de vida; por lo tanto el 16 de junio resolvió que viajaran a la costa a través de la Cordillera Negra.

La señora Moreno refiere los dolientes momentos de su despedida: "Salimos pues esa misma noche a las once. Ya montadas a



caballo, nos despedimos en la puerta de la calle de la casa que ocupábamos. Cáceres y sus ayudantes, permanecían de pie en el corredor de entrada. Todos muy emocionados, con las lágrimas en los ojos nos dijeron: a cuántos de nosotros no volverán a ver más. El momento era terriblemente conmovedor. Habíamos seguido con el ejército al lado de Cáceres durante casi toda esa heroica campaña de la Breña, tan heroica como dolorosa, compartiendo todo género de privaciones y ansiedades, de frío, de hambre y también a veces de ráfagas de alegría; de pasos escabrosos por las montañas, por bordes de los abismos, desafiando los precipicios. En fin desafiando todo un conjunto de acechanzas y amarguras que nos ligaban más con esos valerosos muchachos que yo miraba como hijos y mis pequeñas como hermanos".

"Para ellos y para nosotros, el instante fue desgarrador, como si mil puñales nos hubiera atravesado el corazón. Nosotros partimos en peregrinación a Lima, a encontrar tal vez descanso y confort en la ciudad. Pero ellos, los bravos y nobles hijos del Perú, marchaban al sacrificio, a derramar su sangre, a sufrir el desgarramiento de sus carnes, la mutilación y la muerte por el ideal sublime: ¡el honor, nada más que el honor!.

"Han pasado los años y este episodio, como una visión sangrante, viene siempre a renovar el doloroso recuerdo de aquella sombría noche".

Partieron pues de Huaraz acompañados de una pequeña fracción que las protegía hasta el paso de la Cordillera Negra, luego continuaron viaje acompañados por el teniente Torres (el Chapetón), seguidas de los servidores Pineda, Gregoria, Valentín, Eloiza y la linda Martina, quienes formaban también parte del ejército de la Resistencia, siguiendo a la mamá Antonia.

Todas las peripecias de este viaje son descritas por la señora Moreno en su obra *Mis recuerdos sobre la Campaña de la Breña*, haciendo resaltar el apoyo que recibió del famoso guerrillero Angel Presa de Harmey, el Albarrasín del norte chico.

Por todo el doloroso peregrinaje que sufrió la señora Moreno, durante su permanencia en la Capital, así como en la Campaña de la Breña, el doctor Juan José Vega dice:

"En el más alto y noble sentido de la palabra, la primera Rabona del Perú, fue Antonia Moreno de Cáceres, siguiendo al taita Cáceres entre glorias y desventuras, y tomando ella misma audaces iniciativas en esa hora nefasta; solamente con Micaela Bastidas podría ser comparada".

Merecen también nuestra gratitud y admiración otras heroínas olvidadas, como la morena Gregoria Lainez a la que elogia la señora



Antonia Moreno. Arriesgó su vida al servicio del Comité Patriótico de la Resistencia. El armamento y las municiones que lograba conseguir para enviar a la Breña era recogido y llevado por Gregoria al depósito. Ella era alta, delgada y muy audaz. Para cumplir su cometido, solía camuflar convenientemente los pertrechos; se ataba los fusiles en la cintura y los disimulaba con sus vaporosos y largos vestidos; las municiones las llevaba en cestas cubiertas con legumbres; así iba hasta el teatro Politeama pasando por las narices de los vigilantes chilenos.

> "Gregoria cruzaba alerta las calles de Lima con su terrible carga, la mirada altanera, chispeante de odio; envuelta en su gran manta negra, su silueta esbelta se deslizaba sutilmente hasta llegar a su destino".

> "Gregoria solía decir, si me cogen los chilenos, me fusilan; pero esta idea no la acobarda; su coraje era temerario...".

La señorita Elvira García y García dice de Gregoria:

> "Cuando se hacía ataviar Gregoria, decía a los que le fajaban, que me ajusten bien el rifle, procuren que no se caiga, y tengan la seguridad que si me descubren, lo único que me sucederá es que me azoten para que cante; pero, eso no sucederá nunca. Aunque me maten, no denunciaré jamás lo que hacen los leones peruanos".

Así hicieron las mujeres en general durante la guerra; ellas en todo lugar se sentían en campaña y colaboraban en la defensa nacional.

Las esposas de los combatientes también llevaron una enorme carga de dolor; conocemos de muchas que al enterarse e la muerte de sus esposos, tomaron el luto hasta la muerte como único compañero. Una de ellas fue la señora Carlota Buendía (hermana del general Buendía), esposa del capitán de navío Germán Astete, según me informaron sus descendientes.

González Prada refiere que durante la preparación de la defensa de Lima, era sargento encargado de la vigilancia del personal en la organización de su Reducto; fue comisionado entonces para capturar algunos desertores. Conociendo dónde vivían fue a buscarlos; al llegar a una casa situada en el Rímac, tocó la puerta y salió una señora. Le preguntó si se encontraba allí el desertor XX; la dama sin rodeos de ninguna clase le contestó: "Sí, señor, es mi marido, y está allí ese sinvergüenza, debajo de la cama; lléveselo; acá no quiero verlo más, sino muerto o victorioso". Respuesta digna de una espartana o una peruana de aquella época.

La rabona fue pues la leal compañera del soldado, fuera y dentro del cuartel; cuando acampaba o en campaña. Por eso forma parte de la historia del ejército. El, de hecho, tuvo informalmente en el pasado, un componente femenino: la Rabona. Había en los cuarteles un patio para las rabonas donde cocinaban, se hospedaban y lavaban la ropa de su



compañero; el soldado peruano. En campaña seguían a las columnas de soldados trasportando algún apoyo logístico y proporcionando apoyo moral y espiritual individualizado. El soldado en su soledad se sentía acompañado; la mujer se sentía segura. La patria recibía el servicio de dos por una sola paga, y a veces sin ella. No había desertores porque la razón de la deserción estaba cerca a los soldados. "La soledad es muy hermosa cuando se tiene junto a alguien a quien decírselo".

"La Rabona, sin embargo, no solo estaba privada de homenajes; ella estaba vilipendiada y mordazmente definida en el diccionario de peruanismos. Era recia, paciente y leal; y en ella se ha visto un tipo opuesto a la frívola tapada limeña. Ella siguió abnegadamente al soldado peruano por los desfiladeros de la sierra, por los arenales de la costa, por entre los fuegos de la batalla, llevando a cuestas en sus espaldas en un enorme rebozo de bayeta anudada sobre el pecho, los útiles de cocina, el producto de sus entrañas, abrumada por tan enorme peso; marcha más encorvada que Atlas, jadeante, pero llena de resignación y valor. Al toque de la fagina (descanso), frente al fuego de su cocina; ¡un hogar entero abierto en un metro cuadrado como si lo tuvieran todo, qué felicidad!".

Durante la batalla o el combate, el primer auxilio al soldado venía de la Rabona que era la más diligente y amorosa enfermera. El servicio de enfermería era entonces empírico y casi nulo, mal organizado y peor dirigido.

La Rabona consoló, enjugó las lágrimas, calmó la sed y cuidó las heridas del soldado. Interpuso su mano entre el indefenso y la bayoneta que lo repasaba. Imploró, lloró amargamente ante el cadáver del ser que era todo su mundo. Le ayudó a bien morir, le cerró los ojos, lo enterró; tomó sus armas y continuó combatiendo con bravura en defensa de la patria; patria que es de todos y que ella contribuyó a modelar.

En una crónica escrita durante la Guerra del Pacífico por Benito Neto y publicada en *El Comercio* de Lima, dice éste:

"... Los que caían víctimas del plomo enemigo no tenían más auxilio que el escaso que podían prestarle los cirujanos de sus cuerpos y las pobres rabonas que se multiplicaban en esas tareas...".

"Nadie los recogió del campo de batalla (a los heridos) porque las ambulancias como casi en todos los combates pasados, brillaban por su ausencia".

Después de la batalla del Alto de la Alianza, no había suficientes rabonas para enterrar a los muertos. El desastre sufrido sobrepasó a la voluntad y las posibilidades de estas mujeres. Los cadáveres quedaron convertidos en presa de buitres. Federico Barreto, aún muy joven,



conmovido por lo que veía, escribió el siguiente poema:

"El festín de los Cuervos"

¡Allí estaban las aves de rapiña
Luchando cuerpo a cuerpo,
Por tener cada cual, para ella sola,
La tajado mayor del bien ajeno!.

¡Así acabó el festín que aquella tarde
Ofrecieron los hombres a los cuervos!.

Igualmente José Santos Chocano canta a la rabona en la "Epopeya del Morro":

Una mujer, la dulce compañera,
No quiso separarse de su amado,
Sino quedar oculta en la bandera de la patria inmortal.
Cual escondida perla en el mar,
Para que así la suerte que hizo de esas vidas una vida,
Las juntara también con una muerte.

El doctor Basadre dice de la Rabona:

"Así como del coloniaje nos acordamos demasiado de las calezas y nos olvidamos de los obrajes, así también en la república el recuerdo es para la tapada con olvido de las rabonas. La tapada anda por los portales ruidosos, de corrillos y pregones; por las iglesias, por el puente, por la alameda, con el encanto del misterio. La rabona también es andariega; pero son leguas y leguas las que recorre por cerros, arenales y quebradas. La tapada es una flor; la rabona es... leal a su hombre y a su batallón, pero por la sumisión: llama por lo útil, tigre por el valor salvaje y fea por lo dolorosa".

Un testigo presencial, el mayor Alejandro Montani, ayudante del general Cáceres, recoge un pasaje de la Campaña de la Breña en la víspera del glorioso Primer Combate de Pucará, cuando en medio de una lluvia torrencial, partían de Huancayo casi sin descanso, después de haber hecho la dolorosa y larga retirada desde Chosica. Refiere así el espectáculo de la triste partida.

"Y allí iban encorvados por la fatiga y el peso del equipo humedecido por las lluvias, los viejos veteranos de la campaña del sur, los hombres envejecidos en las tareas del campo, hechos soldados al influjo de una energía admirable; los muchachos de



alegre fisonomía, los guerrilleros, en fin con sus armas terciadas en las monturas. Jinetes cubiertos por el poncho raído y húmedo; bestias en tropel, maltrechas y enflaquecidas, o gravemente lastimadas del lomo; enfermos y heridos, con sus ennegrecidos y pálidos semblantes; miradas tristes y párpados caídos como si concentraran su dolor en sí mismos, sin lamentos, sin quejas".

Y honrando a la abnegada y olvidada Rabona, agrega Montani:

"¡Allí iban! Y en torno a ellos, como esfinges de impotente caridad, la india amorosa, cargada con el enorme peso de sus ropas y trastos de cocina en las espaldas. Otras más jóvenes o más robustas, como hijas de sus climas fuertes, con sus gruesos y multicolores faldones de lana, terciando sobre el promontorio de sus quipes el fusil del hijo herido, del hermano enfermo o del padre inválido...". Así asistieron al día siguiente al victorioso Primer Combate de Pucará, para luego continuar la retirada hasta Ayacucho a través de la terrible catástrofe de Julcamarca.

Hemos querido también honrar estas páginas con los nombres de las olvidadas pero gloriosas mujeres de mi pueblo que valientemente siguieron a sus esposos, hermanos, hijos y padres por los caminos del sacrificio, del dolor y sufrimiento, prestándoles además de su abnegado amor, estímulo moral y material, tanto a las componentes del batallón Concepción Nº 27 que peleó en San Juan y Miraflores en defensa de la Capital, así como a las que siguieron en la campaña de la Breña a los que formaron el batallón Cazadores Concepción Nº 7, hasta ofrecer su holocausto en Huamachuco.

Ellas, durante las agotadoras marchas, primero entre Concepción y Chicla, y después, desde Concepción a Huamachuco; preparaban muy temprano el rancho caliente antes de la partida y el rancho frío para el fiambre. Después de estas agotadoras tareas, ayudaban a preparar los campamentos, recoger leña, preparar las cocinas, buscar y juntar agua, víveres, para todo lo cual se adelantaban a la columna. Durante las marchas forzadas, sobre todo de Tarma a Huamachuco, muchas quedaron en el camino por cansancio o enfermedad, entregadas a su propia suerte. "El repaso" del pintor Ramón Muñiz, es una certificación de que ellas, las olvidadas rabonas se glorificaron al inmolarse en Huamachuco.

A cien años de la epopeya, que estas páginas sirvan para inmortalizar, con nuestro orgullo, admiración y gratitud, sus gloriosos e inolvidables nombres.

Relación tomada por el subteniente Bejamín Ugarte a la llegada del

5. Ver Archivo Histórico Militar del CEHM del Perú.



batallón a Lima, en noviembre de 1879.[5]

	Nombres		Pertenece a	Unidad
1.	Justa Baldinado	Sgto. 2º	Felipe Muñoz	1ª Cía.
2.	Juana Alvarez	Cabo 1º	Melchor Párraga	" "
3.	Irene Matos	Soldado	Cirilo Castro	
4.	Martina Párraga	Soldado	Gregorio Guanay	" "
5.	Marcelina Apolinario	"	Favián Oré	" "
6.	Dorotea Rojas	"	Aniceto Asunción	" "
7.	Marcelina Rojas	"	Antonio Solórzano	" "
8.	Nicolasa Vilchez	"	Juan Alcántara	" "
9.	Narciza Mendoza	"	Juan Monterrey	" "
10.	Marina Paredes	"	Martín Barreto	" "
11.	Bonifacia Rodríguez	Sgto. 1º	Melchor Coz	2ª Cía.
12.	Cecilia Martínez	Sgto. 2º	Federico Bornoz	" "
13.	Julia Vásquez	Sgto. 2º	José Barreto	" "
14.	Rosa Castro	Cabo 1º	Santos Prosopio	" "
15.	Gregoria Muñoz	Cabo 1º	Emilio Núñez	" "
16.	Rosalía Ponce	Cabo 1º	Juan Marmanilla	" "
17.	Rosa Vera	Soldado	Pedro González	" "
18.	Mónica Sánchez	"	Melchor Apolinario	" "
19.	Raymunda Palacios	"	Cipriano Romero	" "
20.	Andrea Vera	"	Patricio Chichicana	" "
21.	Estefanía García	"	Andrés Chuquillanqui	" "
22.	Teresa Martínez	"	José Villar	" "
23.	Toribia Anla	"	Manuel López	" "
24.	Santos Moya	Sgto. 2ª	Manuel Arroyo	" "
25.	Cayetana Vásquez	Sgto. 2º	Manuel Rodríguez	3ª Cía.
26.	Inés Peralta	Cabo 1º	Eugenio Blas	" "
27.	Guillermina García	Soldado	Segundo Sierralta	" "
28.	Margarita Torres	"	José Rojas	" "
29.	Juan Pérez	"	Nazario Oré	" "
30.	Angélica Quispe	"	Mariano Espejo	" "
31.	Nolberta Aguirre	"	Pedro Espinel	" "
32.	Dorotea Landeo	"	Cerralta Huaita	" "
33.	Dolores Romero	Sgto. 1º	José Silva	4ª Cía.
34.	Vicenta Flores	Sgto. 2º	Tomás Benites	" "
35.	Dominga Escalona	Sgto. 2º	Sebastián Rojas	" "
36.	Juana Galarza	Sgto. 2º	Manuel Pando	" "
37.	Martina Torres	Soldado	Juan G. Pando	" "

Nombres Pertenece a
Unidad



38. Simona Arana	Soldado	Prudencio Yaucán	4ª Cía.
39. Luisa Mesías	"	Manuel Paredes	" "
40. Valentina Galarza	"	Domingo Paz	" "
41. Juana Michué	"	Pedro Acuri	" "
42. Isidora Díaz	"	Vicente Broncano	" "
43. Mónica Manrique	"	Manuel Raya	" "
44. Alfonsa Poellas	"	Bernardo Sánchez	" "
45. Marcelina Pando	"	Pablo Palomino	" "
46. María Porras	Sgto. 2º	Felipe Vilcahuamán	6ª Cía.
47. Manuela Cuanca	Sgto. 2º	Santiago Bejarano	" "
48. Saturnino Berríos	Sgto. 2º	José Urrutia	" "
49. Damiana Serrón	Cabo 1º	José Rosado	" "
50. María Petrona	Cabo 1º	Rosario Gonzales	" "
51. Leona Granados	Cabo 2º	Nicolás Mellado	" "
52. Julia Tapia	Cabo 2º	José F. Alzamora	" "
53. Apolonia Calixto	Soldado	Francisco Flores	" "
54. Anastacia Granados	"	Hipólito Pérez	" "
55. Damiana Panta	"	Tiburcio Panta	" "
56. María Alcántara	"	Miguel Apolinario	" "
57. Natividad Tantavilca	"	Luis Paulino	" "
58. María Ansia	"	Guillermo Arroyo	" "
59. Matiasa Paz	"	Valerio Raya	" "
60. María Vega	"	José Prosopio	" "
61. Juana Lescano	"	Manuel Yarata	" "
62. Santos Verástegui	"	Melchor Galarza	" "
63. Juliana Vivas	"	Nazario Sayas	5ª Cía.
64. Jesús García	Cabo 2º	Cecilio Yauri	" "
65. Nicolasa Cordero	Cabo 2º	Domingo Cordero	" "
66. Pascuala Vega	Soldado	Esteban Sosa	" "
67. Juana Gutiérrez	"	Alejandro Chuquillanqui	" "
68. Anastacia Paredes	"	Clemente Betanzo	" "
69. Francisca Cuba	"	Faustino Rosales	" "
70. Agustina Verástegui	"	Pedro Córdova	" "
71. Encarnación Mesías	"	Cayetano Yacolca	" "
72. Patrocinia Sánchez	"	Ezequiel Garay	" "
73. Emilia Bericueto	Músic.M.	Juan Díaz	P. M.
74. Nicolasa Vásquez	Músico	Rafael Paredes	"
75. Simona Cabezas	Soldado	José M. Chávez	P. M.
76. Jesús Ormeño	"	Miguel Mellán	"
77. Nazaria Giráldez	"	Juan Cuadrados	"
78. Lorenza Bazán	"	Diego Lozano	"
79. Isabel Palomino	"	Miguel Lara	"
80. Julia Oré	"	Manuel Nieto	"

81. Natividad Chávez	Cabo 1º	Manuel Ugarte	"
Nombres	**Pertenece a**		**Unidad**
82. Constancia Andry	Sgto. 2º	Manuel García	P. M.
83. Encarnación Pacheco	Sgto. 2º	Mariano Soto	"
84. Magdalena León	Sgto. 2º	Pablo Benjamín	"

El general Parra Herrera dice:

"La Rabona era mujer honrada. El amor a su hombre era su único mundo y no otra cosa; eso no fue pecado". ¡Cuán útil fue!. Cuán sacrificada, ¡Cuán olvidada hasta hoy!. ¡Cuánto servicio a la patria y cuánta ingratitud!. La Rabona merece rehabilitación y homenaje. Muchos de nuestros héroes, seguramente estuvieron agradecidos; hoy lo estamos nosotros".

En homenaje a la Rabona, transcribimos este hermoso poema del poeta Alberto Valcárcel Acuña. El dice: "una sola palabra podría llenar esta pregunta: RABONA, pero un poema lo hará mejor":

LA RABONA SUBE LA MANO

1.Z Son constantes,
es su manera de
habitar la tierra

Estoy desesperado
y ella me convida
una palabra buena.
Tengo frío
y ella me entrega
un poco de tibieza,
no puedo dormir
por las heridas
y ella me explica
el sol de la victoria
Estoy descalzo,
triste, fatigado
y ella me alcanza
una sonrisa grande,

2.Y) Su nombre
y la brisa
invaden la
penumbra

(habla en silencio)
subimos juntos,
(llora sin gestos)
Cruzamos valles
cielos
dejamos todo ...
Es la Rabona que por la patria
se ha vuelto fiera



se ha vuelto grande
(como se debe)
se ha vuelto amante
se ha vuelto dura
(como se quiere).

3.X) *Tu amor es*
un envío
mujer plural
en casa

¡Una bandera Rabona!
¡un estandarte!
Aunque te quedes dormida
mujer, ¡ay!,
SERAS UN BASTION DESPIERTO! ...

Abelardo Gamarra dice de ella: "Es la esposa fiel, la modelo de esposas". En su obra titulada Novenario del Tunante, le canta:

"...Yo soy la chola rabona
del soldado del Perú,
yo lo sigo a todas partes
con afecto no común,
y si la corneta
lo llama a formar,
yo vuelvo al puesto
resuelta a marchar.

Nuestro nido va a la espalda
y, si es preciso el fusil.
Todo mi alimento es coca,
mi canto es un yaraví.
Y si en combate
sucumbe mi amor,
yo cierro sus ojos
con tierno dolor..."

V

ACCIONES GUERRILLERAS MAS IMPORTANTES DE LA REGION CENTRAL

1. COMBATE DE SIERRALUMI

Restablecido el orden en Ayacucho, se procedió de inmediato a la recolección del material de guerra abandonado y a la reorganización del ejército del centro. Entretanto, del Canto había distribuido sus fuerzas en Acostambo, Ñahuinpuquio, Huancayo, Concepción, Jauja, Tarma, Junín y Cerro de Pasco. Estando lejos el general Cáceres, ellas hacían sentir sobre los sufridos pueblos, donde se instalaban, todo el oneroso peso de la ocupación. El vencedor siempre quiso pasarla bien a costa del vencido. En esto los chilenos no fueron precisamente una excepción. La ociosa soldadesca, toda vez que salía de franco, cotidianamente retornaba a sus campamentos con el producto de su rapiña, no importando si por el robo dejaba atrás el luto o la deshonra. Pero no todo se reducía al plano individual. El pillaje y la depredación fueron también actividades de rutina en las diversas unidades, que incursionaban sobre las haciendas para levantar el ganado o las cosechas, las mismas que negociaban o se servían de ellas. Por cierto que la satisfacción de la lujuria era uno de los incentivos que motivaban estas actividades organizadas. Ni qué decir del lastre resultante, que potenciaba, individual o colectivamente, un



odio profundo, un sordo rencor, una inmisericorde sed de venganza. A propósito, Ernesto Rivas en su libro, *Episodios Nacionales*, vierte a su manera una de las tantas tradiciones que circularon, desde entonces, sobre la criminal conducta del invasor, en el vasto ámbito de la sierra central. La denominó "La venganza de un indio". Al respecto nosotros damos a luz la que –variación de un mismo tema– escuchamos a nuestros abuelos.

A mediados de febrero del 82, llegó un grupo de "chacabucos" al caserío de Lastay (4 km. al este de Concepción). Abriéndose paso a puntapiés y a culatazos extorsionaron al indefenso vecindario, apoderándose de lo poco de valor que poseía. No encontrando nada en la pobre morada de Vilca, uno de los pobladores, sacaron las dos vacas de su corral para llevárselas. De paso uno de los soldados quiso sumar al botín a la hermana de nuestro héroe, mocita de 14 años, que con su anciana madre contemplaba el despojo. Y eso ya no lo pudo soportar Vilca con resignación, trabándose en un pugilato en el cual el chileno llevaba la peor parte. Entonces fue que el otro soldado intervino disparando a quemarropa. Los tiros alcanzaron a la madre, hiriéndola mortalmente, y también a Vilca, aunque éste se recuperó después. Creyéndolo moribundo, se abalanzaron sobre su hermana, abusaron de ella y luego la ultimaron. Atendido por sus vecinos, nuestro hombre se convirtió en guerrillero feroz, en un incansable cazador de chilenos. Y fue el 9 de julio de 1882 cuando en Concepción se cobró la sangrienta deuda, contraída en mala hora por los chacabucos, en forma implacable y terrible.

Como está visto, de todas las guarniciones chilenas salían periódicamente piquetes hacia las grandes haciendas con el fin de apoderarse a mano armada del ganado vacuno o lanar que querían. En tales excursiones de abigeos, el enemigo contaba siempre con lugareños que se prestaban como guías. Tal el caso del hacendado y comerciante huanca Jacinto Zevallos que a cambio de sus "servicios" era agraciado con una parte del semoviente robado; pero después de la guerra, según relata el coronel Jerónimo Santiváñez Túpac Yupanqui, así como en fuente ovejuna,

> "si alguien hubiera preguntado: ¿quien linchó a Zevallos?, la respuesta habría sido: Huancayo, señor, todos a una".

Las haciendas más ricas se encontraban en la parte oriental



del valle. Una de ellas, Runatullo, del coronel Juan Enrique Valladares Ramos, fue más de una vez ingratamente visitada por los piquetes que alternadamente provenían de Jauja, de Concepción o de Huancayo. El itinerario invariablemente tocaba Santa Rosa de Ocopa, San Antonio, Comas. Cualquiera de estos lugares estaba obligado a brindar a los cuatreros un abundante y suculento rancho.

Las cosas llegaron a un extremo tal que, para evitarse la molestia de robar por sí mismos el ganado de las haciendas, los chilenos encomendaron tan triste cometido a las autoridades municipales. Es en tal sentido que el alcalde de Jauja, el cura Pedro Teodoro Reyes, se dirige al de Comas, pidiéndole la remisión de 600 reses, pertenecientes al coronel Valladares, so pena de severas sanciones al pueblo si no cumplían con la orden. El cura Reyes, prestamista y terrateniente inmoral, fue decidido colaborador de los chilenos; pasó circulares a los jefes de guerrilla del valle para que no se alzaran contra los chilenos, amenazándoles con aplicarles severos castigos. El alcalde de Comas, don Luis Chávez, convocó de inmediato al pueblo a un cabildo abierto, el que realizó en la cima del cerro Santo Tomás, para considerar tan desdorosa misión. El pueblo, al que se unieron también 14 comunidades de Comas, se pronunció por el incumplimiento de la orden que, de acatarla, los hubiera colocado a la altura de los invasores; lo cual era inadmisible. Por lo tanto se aprestó a enfrentar las posibles represalias, oficiando a don Ambrosio Salazar, con fecha 24 de febrero de 1882, dándole cuenta que por aclamación había sido designado "Comandante Militar de la Plaza"[1]. Aclaramos que Salazar, hombre culto, altivo y patriota, había sido siempre consejero de las autoridades en cuanto a la conducta que debían observar con las hordas chilenas que frecuentaban al lugar. Desde la hacienda Marancocha, próxima a Comas, donde trabajaba como contador, Salazar responde felicitándose "que un pueblo viril como Comas no se dejaría hollar por la planta de los piratas de América". Y expresaba: "Estaré en ese pueblo dentro de unas horas a acordar todo lo conducente para declarar la guerra sin cuartel a los filibusteros del siglo XIX"[2]. El hombre que ha de repetir en nuestra serranía la hazaña que

1. Ver tomo II, anexo 5.
2. Ver tomo II, anexo 6.



cupiera desempeñar al pueblo de Móstoles, en 1808, contra el emperador de los franceses, fue un distinguido egresado del colegio Santa Isabel de Huancayo (plantel fundado en 1851 por el sabio español Sebastián Lorente), del cual posteriormente fue profesor. Iniciados en Lima sus estudios de jurisprudencia, la guerra con Chile los truncó, por lo que tuvo que regresar al lar nativo, a su paradisiaco fundo Antalá situado en Quichuay a la vera del Achamayo, siendo posteriormente contratado como contador en la hacienda Marancocha, donde trabajaban también varios comasinos, como Concepción Arroyo y otros, propiedad de Jerónimo Silva, natural de Jauja, donde le tocarían las puertas los mensajeros de la gloria y de la fama. ¿Quién como él podía saber entonces más lo que era la depredación araucana? Ya en Comas, Salazar se dio de lleno a organizar tanto las fuerzas defensivas como las de choque, con los pocos elementos disponibles.

Según anota en sus memorias, organizó seis compañías, y aunque no las enumera concretamente, da a entender que los jefes de ellas eran: Vicente Buendía, jefe de la 6ª., Manuel Arroyo, Luis Chávez, José Benito Gil, Francisco Valdez y Gerónimo Huaylinos. A la llegada de Gastó se reorganizan las compañías; José Mercado pasó a comandar la compañía de Vicente Buendía, y este con Bazán y los otros amotinados, fueron "enrolados de últimos soldados de la Columna Pucará".

Su plan era caer como un alud sobre el enemigo en Sierralumi, un desfiladero de más de dos kilómetros de largo, estrecho y muy cortado, que se ubica en las vecindades de Comas. De acuerdo a dicho plan, la población no debía dar muestras de agresividad a la llegada del enemigo para que volviera confiado, les decía a los comasinos:

> "Es imposible que toda la guarnición chilena de Jauja venga hasta aquí: vendrá un pequeño grupo quizá de 15 hombres; ustedes son un pueblo aguerrido y valiente. arrasaremos con los invasores y luego los echaremos al río para que no quede rastro de lo hecho, y no volverán más a Comas los chilenos. Valientes: manos a la obra".

Así, el enemigo se hizo presente el 26 de febrero, viniendo de Huancayo y no de Jauja de donde se le esperaba, a través de un escuadrón de caballería del Carabiner*os de Yungay*, al mando del teniente Alamo. Ellos ignoraban la enérgica respuesta de los



comasinos al alcalde de Jauja. Los chilenos de esta guarnición se quedaron quietos ante la terminante negativa de los comasinos. Antes de llegar a Comas, en Pumamanta, sorprendieron a una guapa y joven mujer llamada Bartola Angela Vásquez que no pudo huir por estar al cuidado de sus ancianos padres; gran parte de los carabineros abusaron de ella hasta dejarla sin vida, pero Bartola se defendió valientemente hasta el fin. Apenas llegados exigieron un abundante rancho y luego de comer y asaltar algunas tiendas comerciales como la del cura Soto, exigieron la presencia de guías que los llevaran por el camino más corto a Runatullo, ordenando que les esperasen con un rancho abundante a su regreso.

Luis M. Duarte anota:

"Este piquete llevaba como guía a un aventurero, el italiano Loero y a un malvado de apellido Olivera que había sido lego en el convento de Ocopa, de donde fue expulsado por su mala conducta; desde entonces se le conocía como "fray diablo". En Comas los indios los recibieron con mucha humildad y les proporcionaron guías; partieron encargando mucho que para su vuelta hubiera buen rancho. Cuando la comitiva estaba a unas cuantas cuadras, el alcalde los alcanzó para pedirles una lista de lo que debía hacer esperar. El comisario Germain (otro extranjero comerciante de Huancayo, pícaro) dictó a "fray diablo" lo preciso y encargó a éste que les explicara bien en quechua, luego picó espuelas. En este instante, "fray diablo" agregó a la cabeza de la lista una partida que fue el germen que inoculó y desarrolló la resistencia y la sublevación de Comas. A esa lista de provisiones para la vuelta se había añadido la partida: 15 muchachas doncellas. El ex lego repitió en voz alta la lista y encargó con la mayor insolencia, por la partida de las jóvenes. Las amenazas fueron terribles si faltara ese encargo "aunque no haya lo demás". Todo el mundo estaba resignado a proporcionar lo necesario para el rancho, tomando como una burla la primera partida; pero el alcalde les refirió cuantas amenazas había acompañado a ese encargo en caso de incumplimiento y que de preferencia se haría; el veneno hizo efecto en la sangre. Se



revivieron las tradiciones con que en las guerras de la independencia el batallón "San Fernando" de Carratalá había sido destrozado por galgas en esos mismos despeñaderos. Se asegura que entre ellos aún existían muchos de los que habían presenciado esos ataques a los españoles. Ese mismo día rompieron los caminos por donde pudieran venir refuerzos, alistaron las trampas para la vanguardia de los expedicionarios, y desde entonces se dedicaron a acumular y enfilar los peñascos con que debían sepultarlos".

Les dieron dos guías (Mateo Garay y Santiago Ataú); éstos, llevándolos "por el camino más seguro y corto", los extraviaron exprofesamente, desapareciendo como por encanto. Los zorros comasinos habían sido instruidos convenientemente para extraviarlos a fin de que sufrieran sus consecuencias. "Por fortuna –dice el mayor Quintavalle–, el piquete iba acompañado de un ciudadano francés llamado Fernando Germain que conocía un poco la región, y el italiano Luis Loero, comerciante de Concepción. Este los sacó del atolladero y logró guiarlos". El lugar era un callejón sin salida entre abismos y montañas inaccesibles. Los chilenos deambularon a la vera de los abismos jurando vengar la mofa a la vuelta. Germain era otro de los tantos extranjeros mal agradecidos que guiaban por interés a los chilenos en sus incursiones a las haciendas; esta vez había concurrido vestido de capitán chileno para que no lo reconocieran los naturales; era comerciante en Huancayo. Los guías, luego de extraviarlos, siguieron de lejos a la columna chilena observando sus movimientos para mantener informado a Salazar y al alcalde Luis Chávez.

Mientras tanto los administradores de la hacienda Runatullo, informados de la proximidad de los chilenos, ocultaron todo lo valioso y metálico de la hacienda, quedando los caporales Domingo Montero y Marcelino Alvarez al cuidado de todo; éstos fueron torturados para que delataran los escondites del tesoro, mas ellos no hablaron. Los fieles caporales sellaron sus labios.

A la vuelta informaron de la partida y recorrido de la columna; Salazar dispuso entonces su gente en todos los lugares previstos para el ataque, ordenó destruir los caminos en lugares estratégicos, para que no pudieran pasar refuerzos. En la parte alta se habían cavado trincheras para almacenar piedras y ocultar al



personal; cincuenta hombres para arrojar las galgas, las piedras fueron llevadas a la parte alta desde el lecho del río Marancocha, porque en las alturas no existen; el jefe de este sector era Manuel Arroyo. Se cortó el puente que une las estribaciones del Sierralumi con las alturas que ocupa la población de Comas; se dispuso al resto del personal, provisto de hondas, en las alturas de Comas para atacar frontalmente durante la acción y, finalmente, se ubicó frente al puente a los pocos que disponían de rifles, 30 de ellos según Salazar. El plan fue ensayado haciendo funcionar también los medios de alerta y ejecución acordados. Se había previsto que el 2 de marzo en la mañana llegarían a Sierralumi; antes de su llegada a este lugar, los guías Garay y Ataú alertaron al pueblo con sus pututos, todos ocuparon sus puestos de combate en la madrugada de este día. Las barricadas defensivas fueron dispuestas en los lugares estratégicos, Shinguala y Chacapampa, comprendiendo un centro y dos alas a órdenes de Huaylino, Crisanto Ponce y Norberto Córdova, entre los que se encontraban tiradores selectos como Concepción Arroyo, Valentín Meza, Isidoro Oriza, Dionicio Aliaga y Pascual Rojas. Las mujeres, encabezadas por la valerosa Candelaria Estrada, se situaron en las eminencias del Pucapayoc para producir algazara y disparar sus hondas.

En la plaza se hizo que se prendieran 4 fogatas para calentar enormes peroles de agua, para hacer creer al adversario "que el encargo sobre el rancho abundante se cumplía al pie de la letra". En efecto, habiendo salido los chilenos de Runatullo el 1 en la tarde, acamparon en el tambo de Canchapalca, vigilados siempre por los guías; continuaron el 2; desde la cumbre del cerro Chacán que domina Comas, los chilenos apuraron el paso en vista de tan humeante perspectiva, ingresando en tropel al desfiladero.

Duarte refiere:

"A los siete días siguientes las señales anunciaban desde lejos la vuelta de los chilenos. Al toque de comunidad, marchó un sucesivo colmenar de indios a ocupar tan inmejorables alturas, las mujeres marchaban como verdaderas bacantes, impidiendo el toque de pitos y panderetas. Como el camino está cortado al pie de una garganta cuyos contrafuertes se elevan sucesivamente hasta Comas, que está al vértice como un torreón, los indios dis-



tinguían perfectamente a sus seguras presas, sin que los caminantes, por mucho que levantaran la vista, pudieran mirar más que un reducido espacio azulado del cielo. La perspectiva que presentaban los chilenos era de enjambres de hormigas que se movían trayendo sus provisiones de invierno; los indios calcularon que venía mucho ganado. Con ese ojo práctico que tiene el indio que alcanza a tanta distancia, apreciaron la extensión que ocupaban los viandantes, y se situaron en cordones dobles y triples por una extensión mayor. Con que cada indio empujase una piedra, aquello tenía que ser la erupción de un volcán, un cataclismo".

A las 11.20 a.m., se dio la señal de fuego por medio de un cuerno, y un torrente de galgas aplastó a la larga columna formada por los abigeos y numeroso ganado que bajaba por las zigzagueantes pendientes de Sierralumi. Los efectos de la sorpresa y las dificultades para abandonar el terreno de fuerte pendiente y protegerse, dieron los resultados esperados.

Agrega Duarte:

"Poco después suena la estampida general de las galgas en una extensión de más de una legua. Las piedras y peñascos, cuando se lanzan así, arrastran a su paso cuanto encuentran, ¡es tanto como una conmoción del globo terráqueo!. La artillería tiene ecos apagados en comparación del estallido inacabable de las galgas; en esa horrorosa serie, cada piedra tiene una fuerza impulsiva del mayor proyectil y sus rebotes son indefinidos hasta no llegar al abismo. Las veces que he estado en una acción con galgas, he tenido la idea adecuada de los aerolitos".

"Los que venían enredados con más de mil reses vacunas, con numerosas cargas y viajando en soberbios caballos chilenos, fueron víctimas inmediatamente del brío de los corceles que a los primeros ruidos encabritaron, perdiendo el piso en esa senda tan estrecha del camino de Comas que tiene fama de ser uno de los peores del interior. Lo demás no sería posible describir".

En menos de 20 minutos ninguna defensa pudo ser intentada por el depredador. Todo fue para él un espantoso torbellino, al cual vino a sumarse el intenso fuego de las armas así como la



tremenda pedrea de los numerosos honderos situados al frente. Los pocos sobrevivientes, pie en tierra, lograron fugar protegiéndose en las rugosas sinuosidades del terreno. Entre los que fugaban se encontraba el teniente Alamo, jefe de la columna, quien dejaba los cadáveres de buen número de sus soldados, entre los que quedó el de Germain "reventado por una roca" (según Salazar: "volada la cabeza por una piedra lanzada con honda"). Salieron a Santa Rosa de Ocopa por caminos extraviados, perseguidos hasta ese lugar por los enfurecidos comasinos.

Dice Duarte[3]:

> "Como los indios se dedicaron a festejar el suceso entregándose a bailes y borracheras en las mismas faldas de las eminencias que ocupaban, los que pudieron sobrevivir, se dieron la voz para continuar echados fingiendo estar muertos hasta entrada la noche. Aprovechando que continuaba la fiesta y amparados por la obscuridad, los sobrevivientes, entre los que se encontraban Loero, 'fray diablo', el teniente Alamo y cinco soldados más, emprendieron la fuga. Llegaron al día siguiente al convento de Ocopa donde fue auxiliado el ex lego que venía con el brazo roto; ¡era la misma mano que había escrito el infame agregado!. Los cadáveres chilenos cayeron al río empujados por los indios que al día siguiente bajaron a hacerse de armas, equipo, municiones. Sólo se salvaron 14 caballos, 400 reses, 60 mulas, 300 arrobas de mantequilla, 200 arrobas de coca. No se encontraron las alhajas que habían saqueado de la capilla de la hacienda, donde flagelaron cruelmente al mayordomo y operarios para que desenterraran los tesoros y descubrieran el ganado".

Al llegar a Concepción a protegerse en la guarnición, el pánico y las rasgaduras que sufrieron al desplazarse alocadamente entre los arbustos espinosos (el junco, cardón y ortiga colorada), los hizo decir:

> "En aquellas tierras nómadas, hasta las plantas son por cierto montoneras; en ellas se encontraban exprofesamente colocados unos anzuelos punsantes venenosos; que los peñascales se derrumbaban por sí, a su paso...".

3. Memorias.



Esto sirvió de escarmiento pues nunca más volvieron los chilenos a asomar por Comas, ni desde Jauja, ni mucho menos de Huancayo. En el parte oficial de combate, que Salazar eleva al general Cáceres, se consignan 35 bajas enemigas, 35 carabinas winchester, 600 reses 35 caballos, 50 arrobas de mantequilla y todos los sacos de víveres transportados a lomo de mula o de burro. Todo esto a cambio de 4 muertos y varios heridos de bala, según el parte elevado por el alcalde de Comas. Don Ambrosio termina dicho documento suplicándole que apresure su regreso, contemplando "que ahora estoy solo en la brega, al frente de 4,000 invasores".[4] Juan Yupanqui, veterano concepcionino de la campaña de Lima, alistado como sargento 2º en la 3ª compañía del glorioso batallón *Concepción Nº 27*, fue el encargado de llevar dicho parte hasta ponerlo en manos del Brujo de los Andes. El general, por el mismo intermedio, responde a Salazar el 30 de marzo de 1882, manifestando su "más viva complacencia" al saber "que el vecindario de Comas colocándose a la altura de su deber haya escarmentado al enemigo con todo el rigor de su indignación". Afirma que la de Comas es "una fecunda enseñanza para los pueblos, que no dudo se apresurarán a imitarla en vista de sus gloriosos resultados". Por último asegura que

> "acudiré presuroso al punto del peligro a sostener en cualquier terreno la causa nacional, luego que haya puesto término a la reorganización del ejército, a cuyo objeto consagro mi atención y mis desvelos".[5]

Además, acompaña el nombramiento de Ambrosio Salazar como "Comandante Militar de Comas".[6] Don Ambrosio, al día siguiente de la acción, lanza una proclama a los comasinos, enalteciendo la fe y el civismo con que combatieron a los que mancillaron "con su inmunda planta estas regiones donde no hay guano ni salitre". A ellos les dice que si "los pueblos del valle del Perú entero no se ponen de pie, solos combatiremos hasta sucumbir", ya que es de prever que el desquite del enemigo ha de ser tremendo, sangriento y sin cuartel "... nos batiremos sin cederles un ápice de terreno" probando al mundo que "en un rincón del Perú un puñado de patriotas prefirieron morir peleando antes que sobrevivir a la

4. Ver tomo II, anexo 8.
5. Ver tomo II, anexo 10.
6. Ver tomo II, anexo 11.



humillación". Posteriormente en términos parecidos al de Salazar, el alcalde eleva al general Cáceres, en nombre de su pueblo, el parte de la acción de Sierralumi[7], el mismo que el Brujo de los Andes contesta con una proclama donde exalta el admirable tesón y constancia de los pobladores. Por diversos documentos consta que, aparte de los principales dirigentes: Luis Chávez, alcalde; José Benito Gil, secretario; Francisco Valdez, síndico; Baltazar Chávez, gobernador; y Nazario Valera, teniente gobernador; se distinguieron los siguientes guerrilleros: Manuel Arroyo, Pablo Bellido, Vicente Buendía, Santiago Carrera, Venancio Chávez, Mateo Garay, Gerónimo Huaylinos, Pedro Medina, José Mercado, Isidro Muñoz, Claudio Páucar, Evaristo Solís y el cura Lorenzo Soto.

En el parte que eleva Lynch en Lima el 9 de marzo de 1881 sobre el combate, dice:

> "En el manifiesto se indica que el pelotón de caballería incursionó a la hacienda del obispo del valle a sacar caballos, pues se les había informado que había 200".

El jefe era el teniente Ildefonso Alamos; el empleado de la comisaría del ejército, Fernando Germain, se había ofrecido voluntariamente a acompañar a los carabineros. La tropa llevaba además un guía, un italiano (Loero), el que debió reconocer las fuerzas de Cáceres. Afirma que traían reses en cantidad considerable, además de los caballos. Informa que Germain fue ultimado por una galga, "siendo el primero que murió".

> "El completo éxito del combate generó por así decirlo –anota Salazar-, la épica resistencia de la Breña contra nuestros implacables enemigos, mi actitud, iniciada y sostenida por un pueblo patriota. Sin esta activa y patriótica actitud, todo habría pasado sin protesta alguna, como envilecido servilmente conquistado y sin el movimiento de Comas, no habría habido ni resistencia en el centro, ni combate de Concepción. Aquel fue el punto de partida ... para la homérica resistencia que duró seis meses...".

Refiriéndose a la acción de Comas dice Duarte:

> "La impunidad de la acción de Comas trajo como un cuadro mágico el levantamiento de todos los pueblos de la

7. Ver tomo II, anexo 9.



banda occidental del valle, premunidos en la enorme creciente del río Jauja, (prefirieron) cortar los puentes a seguir trayendo el tributo de víveres para las provisiones a que estaban obligadas las municipalidades".

A los que se resisten a creer en la intervención de Ambrosio Salazar en una preparación y dirección del Combate de Comas, a pesar de los documentos oficiales expedidos por el general Cáceres, y de lo que afirma en sus memorias, les recordaremos lo que dice en éstas de él:

"Los pobladores reunidos en masa, resolvieron atacarlos a su regreso. Consiguieron algunos fusiles y escopetas con los que se armaron unos cuantos y con rejones y hondas los demás. Design*aron como jefe a don Ambrosio Salazar*, vecino prestigioso de la localidad, quien aceptó gustoso el título de comandante de las fuerzas de Comas. Preparado todo bajo su dirección para sorprender al enemigo, sólo esperaron el momento de verlos descender por el camino de las alturas. El 2 de marzo, antes del medio día, se cumplió el deseo de los comasinos...".

Igualmente la señora Moreno afirma en su obra *Recuerdos de la Campaña de la Breña:*

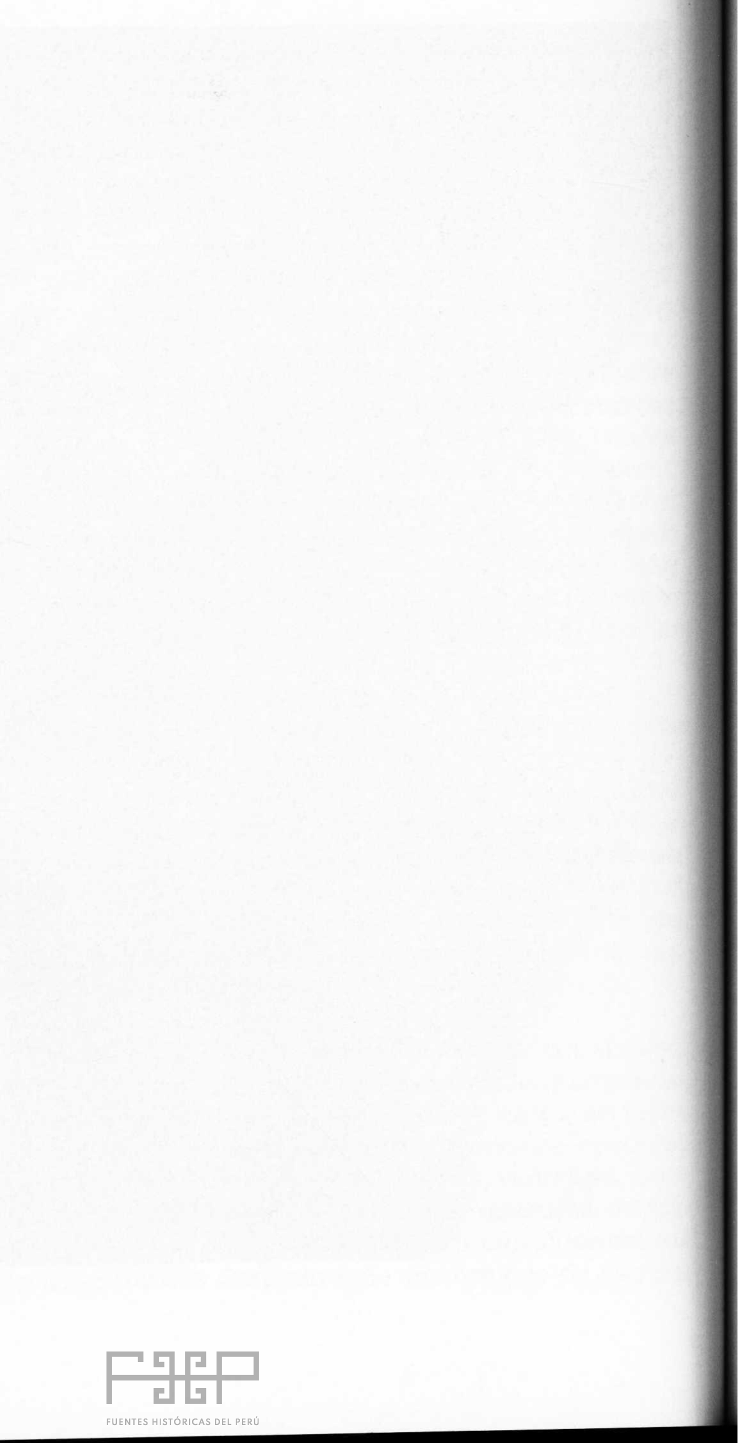
"... Cuando los invasores regresaban de una de sus tantas fechorías, los encontraron preparados con los pocos fusiles que tenían y sus rejones, tomando por jefe a don Ambrosio Salazar. Dicho jefe, que gozaba de gran prestigio, tuvo el coraje de aceptar con entusiasmo el gran recibimiento que, a sangre y fuego, preparaban para recibir a los chilenos, cargados de rico botín...".

Noticiado del Canto de lo ocurrido en Comas, con sus abigeos, viajó a Concepción para ordenar la terrible represalia que tenía en mente; pero convencido luego de que toda la región se había convertido en un enjambre amenazante, como los cóndores comasinos que ocupaban una zona estratégica, ventajosa, decididos a rechazar cualquier ataque por poderoso que fuese, decidió valerse -según Inostrosa- de algunos jóvenes huancaínos amigos del comerciante francés Germain (que uniformado de capitán



Vista panorámica del lugar donde se realizó el asalto de Sierralumi.





chileno se había prestado para guiar a los invasores), a fin de pedir a Salazar la rendición de sus fuerzas y la devolución de los chilenos muertos en Sierralumi, y el botín capturado. Los mensajeros fueron recibidos a pedradas por los vigías. Cuando al fin consiguieron transmitirles el contenido de la nota, los comasinos les contestaron: "A todos los perros chilenos los hemos arrojado al río...". Además escucharon decir: "Pronto los atacaremos en todo el valle para seguir matando chilenos". De amenazados pasaron a ser amenazantes. Del Canto contaría luego:

> "Han llevado su insolencia hasta a desafiar a todo nuestro ejército... Amenazaron con arrasar la guarnición chilena de Concepción, y estaban resueltos a hacerlo aunque nuestro ejército entero los atacara".

Fue seguramente por eso, ante la imposibilidad de entenderse directamente con las fuerzas de Salazar, que el jefe chileno obligó al alcalde de Concepción, bajo amenaza de destruir todos sus bienes si no lo hacia -según asegura Salazar en sus memorias-, a enviar una nota al jefe de las guerrillas de Comas.

El comandante Salazar en acto valiente y altivo, que lo honra ante la posteridad y lo coloca a la altura de los grandes de la historia, le responde el 27 de abril de 1882:

> "Tengo en mis manos el oficio de vuestra señoría en el que tiene a bien proponerme que deponga las armas y entregue a la vez el botín de guerra tomado a los araucanos, así como también el cadáver del oficial chileno muerto en la refriega.
>
> PARA ACEPTAR TAL PROPUESTA SERIA NECESARIO NO SER PERUANO, NO TENER SANGRE EN LAS VENAS NI DIGNIDAD EN EL ALMA; EL CASTIGO QUE SE LES HA INFLIGIDO A LOS SALTEADORES DE AMERICA ES MERECIDO, Y CONTINUARE EXTERMINANDO ARAUCANOS EN CUANTA OCASION ME SEA PROPICIA, O SUCUMBIRE EN LA DEMANDA, ANTES QUE RENDIRME.
>
> SI LOS ENEMIGOS VUELVEN A INVADIR ESTE PUEBLO, COMO V.S. ME ASEGURA, MI DERROTERO ESTA DETERMINADO, ELLOS ME ENCONTRARAN SIEMPRE EN EL CAMINO DEL HONOR Y DEL DEBER. ¡NO ME RINDO!, NI ENTREGO



NADA DE LO QUE SE ME EXIGE; PUEDE V.S. ASI DECIRSELO A SU MANDANTE..."[8].

No hubo más amenaza ni intento de invadir; y como dijera Ambrosio Salazar: "EN COMAS SE IZO LA BANDERA DEL PERU DELANTE DEL ENEMIGO Y NO SE ARRIO JAMAS"[9].

Consecuente con su firme acción de no dar tregua al invasor, a partir de su altiva y espartana respuesta, prepara un plan de acción para defenderse, y moviliza a los pueblos de la región. En sus memorias afirma:

"Como consecuencia de la retirada del general Cáceres, quedaron sometidos al ominoso yugo araucano todos los pueblos de los departamentos del Centro, donde reinaba el terror más pavoroso que las bayonetas de la soldadesca chilena infundía. Ante tal situación, huérfanos de todo amparo, al menos inmediato, a los pueblos de la zona no les quedaba otro camino que el de reaccionar con las armas en la mano enfrentándose al enemigo, para no legar a la posteridad una página triste de abyección e ignominia, y no empañar la gloriosa tradición de la victoria de Junín.

Grecia antigua se apresuraba a inmortalizar a sus héroes inscribiendo sus nombres en el mármol o en el bronce... Los pueblos que así dignifican a sus héroes, nada tienen que temer de su nacionalidad, son entonces los centinelas avanzados de su honor; pero los que en su seno albergan traidores, caminan a su ruina y tienen el país vencido y mutilado; días peores les esperan en las vicisitudes de su historia".

Así, y con tal pensamiento, inmediatamente después de la victoria de Sierralumi, incrementa su fuerza en efectivos y medios de combate con el fin de acometer otras acciones contra el invasor. En adelante su plan consiste en atacar por sorpresa en cualquiera de las guarniciones chilenas del valle. En sus memorias, Salazar anota:

"Aunque en la contestación de la jefatura superior al parte pasado por esta comandancia sobre el triunfo de Sierralumi, decía que me mantuviera a la defensiva sin comprometer combate con los enemigos, este mandato no venía a mí...".

8. Ver tomo II, anexo 34.
9. Idem.



En consecuencia siguió cumpliendo su plan; así afirma en sus memorias:

"Del cuartel peruano (Comas) partieron varias insinuaciones a los centros guerrilleros, tendientes a coordinar un ataque intempestivo, llegada la oportunidad, enderezadas a las distintas guarniciones. El cura Pérez, jefe de la guarnición de Pariahuanca, fue insinuado para que a la cabeza de éstos, él o sus tenientes, se aproximaran a la quebrada de Chamisería con el objeto de apoderarse sorpresivamente de los 200 caballos del coronel Alcérreca que allí se pastaban. El cura contestó con evasivas, sin duda porque no disponía de gente armada".

"Chamorro y Monteblanco, jefes de las guerrillas de Ricran, han sido invitados más de una vez para que haciendo esfuerzos se armen a fin de caer de improviso sobre la guarnición de Tarma; pero no actuaron".

Convencido de la falta de arrojo y decisión de los guerrilleros de los pueblos del valle, que a pesar de haber sido insinuados se resistían a actuar, Salazar inició por su cuenta incursiones a los puntos vulnerables o donde actuaban confiados los chilenos. Fue así cómo planeó y comenzó a ejecutar el golpe de mano a la fuerza abigea y ladrona chilena que frecuentaba San Jerónimo, con un escuadrón de caballería al mando del mayor Bell; del resultado nos ocupamos en otro capítulo de esta obra.

Dice Salazar:

"Después de la muerte del cura Mendoza en Huaripampa, se les motivó a los de este pueblo, a los de Muquiyauyo y Sincos, para que organizaran inmediatamente sus fuerzas de modo que significasen en su oportunidad un factor útil para atacar Jauja junto o separadamente con Comas, en desquite de la muerte del cura Mendoza; tardaron mucho en prepararse hasta que, a fines de junio de 1882, llegó de Ayacucho el coronel Tafur, nombrado comandante general de las guerrillas de la margen derecha del Mantaro. Quedaba solamente Comas con las armas en la mano para vengar, por segunda vez, la iniquidad araucana. Así se hizo en efecto, pues las fuerzas preparadas en Comas después de Sierralumi, estaban destinadas a emplearse en Concepción...".



No era la primera vez que Comas brillaba y hacía historia gloriosa. Durante las luchas por la independencia también se agigantó peleando contra las fuerzas de Ricafort, Valdez y Carratalá[10].

En Comas, frente al imponente Sierralumi, los que asistimos a las celebraciones del primer centenario de esa epopeya, en merecida apoteosis, nos erguimos ante el escenario donde los hombres de la breña se inmortalizaron dando cara al enemigo con los pechos descubiertos e inermes, iniciando la resistencia en las breñas andinas para conquistar en ellas el primer laurel para la patria. Y allí está Sierralumi hablando de sus proezas a las generaciones de siempre. Y allí también, al pie de sus cumbres, oramos llenos de admiración, orgullo y gratitud frente al paisaje y a la piedra erizada que desafían a la eternidad en esa cordillera de picachos que se elevan al cielo. Y al alejarnos de ese nido de los cóndores comasinos, clavado en ese pétreo mundo, nos sentimos más peruanos y patriotas que nunca porque allí se inició la resistencia, en el corazón de la breña, que luego se extendió a todo el valle y la región central. Oramos también allí por ese hombre extraordinario que fue don Ambrosio Salazar y Márquez, que llevó de la mano a los comasinos por los caminos de la gloria y de la fama a través de los combates de Sierralumi, de Concepción, de San Juan Cruz de Tarma y segundo combate de Concepción. Pudo también arrancar más laureles para la patria en San Jerónimo, convirtiéndolo en otro Concepción, a no ser por la traición.

Después de Sierralumi, el general Cáceres reparó en que se hacía más necesario que nunca atender a la militarización de las guerrillas, para convertirlas en fuerzas de choque de gran envergadura. Hasta entonces, sólo fungían como órganos defensivos o de enlace, circunscritos a su localidad de origen. Llegado era el momento de que se movilizaran masivamente sobre el enemigo, allí donde se encontrasen. Por consiguiente, inspirado en la victoria comasina, soldado con inquietudes e iniciativas estratégicas brillantes, concibió la idea de movilizar ofensivamente a todos los guerrilleros del valle con un doble fin: primero para distraer al enemigo en la zona; segundo para desgastarlo moral y materialmente, mediante acciones ofensivas constantes y cre-

10. Ver reseña "Comas histórico", pág. 283.



cientes. Ambas le dieron magníficos resultados; por la primera goza de amplia libertad para organizar e instruir su nuevo ejército en Ayacucho; por la segunda, desgasta a la fuerza contraria hasta exasperarla y obligarla a solicitar ser retirada a Lima, gestión que realiza el propio del Canto, viajando en abril donde Lynch. Fue pues la del general Cáceres una brillante estrategia inspirada en el triunfo comasino. Por eso echó mano de cuanto oficial y clase excedente pudo haber para destinarlos a diversas comarcas donde pudieran organizar en pie de guerra a la masa combatiente. Desde luego, eso no significaba descuido alguno en la preparación del ejército regular, destinado a coronar como fuerza de élite todas las victorias. Al destacar a los oficiales les impartió instrucciones para que, a falta de armamento, organizaran las guerrillas en grupos de rejoneros, honderos y galgueros. Persiguiendo ambos objetivos es que tornó a inflamar los corazones de los hombres de la breña, en un trajín sin fin por los heleros cordilleranos, los páramos sunis, las quebradas y los valles quechuas. De paso, se instruía a los pobladores a esconder, alejar o destruir todo lo que pudiera ser de utilidad al invasor. Además, en cada centro poblado, estancia o hacienda, se hizo funcionar un febril sistema de comunicación, capaz de mantener informado oportuna y convenientemente al comando. Entre febrero y julio se podía advertir una inusitada y febril corriente de enlace entre el general Cáceres y los jefes guerrilleros de toda la región central, hasta la quebrada del Rímac. Las solitarias cumbres de los Andes eran surcadas frecuentemente por guerrilleros que merodeaban al enemigo o que cumplían agotadoras tareas de enlace. Muchos de estos patriotas anónimos quedaron regados en los desfiladeros o cumbres nevadas.

El porvenir debe muchas glorias a las guerrillas por su empleo durante las contiendas; será pues necesario estudiar profundamente la estrategia y la táctica de su empleo; se debe realizar desde la época de paz, cuidadosamente, su preparación e instrucción como fuerza combatiente de primera línea. Su equipamiento, armamento y táctica especial para su empleo también deben ser previstos para su intervención tanto en terreno montañoso, en la selva como en la costa.



2. MOVILIZACION GENERAL DE LA SIERRA CENTRAL

Pronto la expedición de del Canto comenzó a sentir los efectos de esta movilización general. Su extensa línea de comunicaciones y de abastecimientos se vio cortada en diversos puntos con una frecuencia cada vez mayor. Los convoyes de abastecimientos fueron preferentemente más afectados. Y hasta atacados los destacamentos de protección destinados al efecto. Tuvo que imponerse el racionamiento de los medios de subsistencia en las guarniciones chilenas, pues cada día se hacía más difícil y en extremo costoso en vidas, apoderarse de ellos por la fuerza. Como ejemplo de las acciones guerrilleras más significativas señalamos las siguientes: en Huaymanta, cerca de La Oroya el 1 de marzo fue asaltado un convoy de armas, municiones y uniformes. Los sobrevivientes del asalto perdieron hasta los uniformes que llevaban puestos; quedaron completamente desnudos a la intemperie en un lugar frígido, como castigo y advertencia (los guerrilleros apreciaban mucho los uniformes chilenos porque con su uso demostraban haber acabado con un chileno). En las goteras de Acostambo cayó una recua cargada de municiones el 6 de marzo, y se puso a raya a los *Carabineros de Yungay* y a los "chacabucos". El 6 y 7 de marzo de 1882, en Ñahuinpuquio, el escuadrón *Carabineros de Yungay*, bajo el mando del mayor Bell, que guarnecía Acostambo, fue asaltado por los guerrilleros de la zona; los chilenos permanecieron prácticamente cercados hasta que, ayudados por otras fuerzas que acudieron, fueron liberados maltrechos. Los guerrilleros se apoderaron, además, de una recua de mulas cargadas de municiones que bajo el mando del capitán Nemecio Barzay llegaba al lugar. El refuerzo chileno de una fracción del "chacabuco" bajo el mando del capitán Sepúlveda, enviado para romper el cerco, sufrió también severas bajas. Cuando Bell creía que los guerrilleros habían sido ahuyentados, por el refuerzo que habían recibido, en la noche del 10, fueron nuevamente atacados por una nube de guerrilleros. Según Inostrosa su número alcanzaba a tres mil, y "no menos de 400 iban vestidos con uniformes chilenos". (Allí los nuestros se uniformaron y armaron a la chilena). Por esos días los chilenos



corrieron grave peligro y, según propia expresión, "los indios lucharon como suicidas, lanzándose contra las hojas de los fusiles". La refriega duró cuatro horas durante las cuales los carabineros y los "chacabucos", que acudieron después, "dispararon hasta que los cañones de sus armas les quemaban las manos". Por esos mismos días fueron asaltados convoyes que conducían víveres y ganado requisado por esa zona.

El peligro que se cernía sobre las guarniciones de Bell, por el renovado y creciente asedio de los guerrilleros, obligó al comando a disponer que las guarniciones de Acostambo y Ñahuinpuquio se replegaran sobre Pucará y Huayucachi, ello dio lugar también a que del Canto pidiera refuerzos a Lima, a la vez que ordenó al *Santiago* y a una fracción del *7º de línea*, que guarnecía Junín, que concurrieran a marchas forzadas a Huancayo. En San Lorenzo, el 11 de marzo, fue atacado un convoy de víveres y ganado requisado, apoderándose de ellos los guerrilleros. En Huamalí, ese mismo día se puso en fuga a una compañía chilena de socorro. En Huari, el 13 de marzo, se incendia todo lo que el enemigo pudiera aprovechar de dicha hacienda; y en todas partes al paso del enemigo se desvían los arroyos o se secan los pozos. Desde este lugar informaba Barahona a del Canto: "no encontramos a nadie, mi coronel. Estaban todos, sin duda, pero nosotros no pudimos ver jamás a ninguno". Continuando con su relato afirma que los indios los habían dejado internarse hasta las haciendas, pero cuando se disponía a entrar en ellas, comenzaban a arder por sus cuatro costados; que cuando llegaron junto a los armazones humeantes de todas las dependencias de la inmensa hacienda, no vieron a un solo indio, y cuando se internaron en los lugares más lejanos, lo que se les presentó a la vista fue peor: las llamas cubrían las sementeras y hasta los bosquecillos.

> "Ahogados por el calor de los incendios muy pronto nos agobió la sed y cuando buscamos agua, no la hallamos por parte alguna. Otras manos invisibles habían desviado los arroyos y secado los pozos".

Por esta época, lo que exasperó aún más a los pobladores del valle fue cierta comunicación desafortunada de del Canto que indignó mucho más a los pueblos. Según ella los pueblos de Chongos, Chupaca y Sicaya debían poner a disposición de las fuerzas chilenas un numeroso contingente de doncellas; desde



luego, ninguno de los pueblos cumplió con esa exigencia a pesar de las amenazas.

La guerra tomaba visos de ser total. El pueblo estaba en armas, no importando lo primitiva que éstas fueran (tratábase de hondas, garrotes o rejones), aunque no faltaron algunas escopetas de caza cedidas por uno que otro terrateniente; o carabinas de la guerra de Secesión norteamericana, introducidas por agentes de Meiggs; o rifles provenientes de las últimas revueltas intestinas. Lo cierto es que el pueblo estaba en armas (y más en el medio rural que en el urbano), lo cual era una razón más que suficiente para preocupar al coronel del Canto. La correspondencia de éste con el mayor Quintavalle era muy reveladora del estado latente de inquietud y angustia en que se movían los invasores. En tal sentido, las cosas llegaron a un punto en que ya no fue posible sostener la distribución de fuerzas tal como inicialmente se habían planteado. Del Canto ordenó el repliegue de las guarniciones de Acostambo y Ñahuinpuquio sobre Pucará y Huayucachi, como se indicó antes. Ante la ausencia y escasez de víveres que se dejaba sentir en todo el valle, del Canto, ante una queja del mayor Quintavalle que ocupaba Concepción, le decía:

> "¡Conquiste víveres para su gente empleando cualquier medio; si la población no entrega voluntariamente los alimentos, quitadles por la fuerza".

Consecuente con esta orden, los jinetes entraban al galope a los poblados, rodeaban las casas y las registraban una por una y extraían hasta el último grano de alimento.

> "Vertiginosamente recorrían los potreros en busca de ganado y, finalmente, como el resultado de la requisa era pobre, terminaban por obligar a los pobladores de los caseríos a sacar a la calle sus canastas y cajones".

Duarte anota que por esta época,

> "El 14 de abril había mandado del Canto una expedición a mi hacienda Incahuasi, creyendo que mi arrendatario don Ramón Padilla, de acuerdo conmigo, dirigía a los montoneros de esa región. Lo capturaron y arrearon de esta estancia y de la inmediata de Loria 14,000 carneros y ovejas, y 1,100 reses vacunas. Más de la tercera parte de este rebaño era mío. Fue la segunda vez que me desnudaron los chilenos.



Y faltaba la tercera. Mil chilenos de las tres armas, operaron y no dejaron más que un hombre y unos rebaños".

3. OFENSIVA DE DEL CANTO CONTRA LOS GUERRILLEROS

Del Canto, en tales condiciones, decidió jugarse el todo por el todo. Cifró la supervivencia de sus soldados en el aplastamiento de la masa alzada, sin escrúpulos ni taxativas. Al respecto, el jefe chileno se expresaba así:

> "Daremos una arremetida con todos los elementos de nuestro ejército sobre los pueblos de la otra orilla. Los asaltaremos desde el norte, el centro y el sur, y no dejaremos ni un montonero o indio vivo. Tendrá que ser la carga más despiadada y sin cuartel. Limpiaremos la rivera derecha del Mantaro a sangre y fuego. Es la única solución".

Pero los nuestros no esperaron la agresión con los brazos cruzados. En Chupaca el alcalde Sebastián Olivares convocó a un cabildo abierto para considerar la situación. Unánime fue el pronunciamiento por la guerra a muerte, al efecto se nomina al gobernador Manuel María Flores como jefe militar de la plaza. Para el 14 de abril Flores cuenta con 900 efectivos, casi inermes, provenientes de las localidades de Ahuac, Huachac, Huamancaca y Pilcomayo. En Chongos Bajo también se organiza la defensa con el apoyo de los contingentes de Colca, Chongos Alto y Yanacancha, bajo la dirección del capitán Ceferino Aliaga (veterano de la campaña del sur), asistido por el cabo Tomás Laines, otro veterano de la campaña del sur, de San Juan y Miraflores, pertinaz e infatigable guerrillero que hostilizó al invasor durante toda la campaña; natural de Huanta, radicado en Colca, formó en las filas del batallón *Huancayo* (luego *Manco Cápac Nº 81*). En Sicaya, tierra del ilustre breñero, comandante Gabino Esponda Tassa, el coronel de guardias nacionales Vicente Samaniego Vivas, se hace cargo de la defensa, contando con la asistencia de los capitanes Enrique Rosado Zárate y Tomás Gutarra Solís (veterano de Pisagua, Iquique, San Francisco y Tarapacá). En líneas generales todos coincidieron en la necesidad de cortar los



puentes y tener constantemente vigilados todos los pasos. De acuerdo al plan chileno, el coronel José Antonio Gutiérrez cruzaría por el puente de Huaripampa con el *3º de Línea* y orientaría su ataque sobre el sur; el comandante Manuel Ramón Barahona cruzaría el puente de Chongos al sur, con el *2º de Línea* y abriría sus fuerzas en abanico; y el comandante Eulogio Robles al centro, con el *Lautaro*, cruzaría el puente de La Mejorada y orientaría su ataque al norte.

Por su parte el subprefecto de la provincia de Jauja, Remigio Kelway, que se había ubicado en Orcotuna, al centro del valle y en la margen derecha, impartía las instrucciones necesarias a la iniciación de la resistencia; el 19 decía a las fuerzas de Mito, Sincos y Huaripampa:

> "La patria exige de sus hijos un sacrificio, es la hora fatal en que todos los peruanos, imitando el ejemplo de nuestros antepasados, procedan a tomar las armas a fin de escarmentar al invasor".

4. HUARIPAMPA

En este lugar se hizo cargo de la defensa su propio párroco, Buenaventura Mendoza, quien dirige la destrucción del puente y rechaza repetidas veces, desde el 7 de abril, el establecimiento de cabeceras de playa para reconstruir el puente. "Que vuelvan y le daremos otra huaripampeada", solía decir. Así nació el histórico verbo "huaripampear", célebre por su acuñación y trayectoria[11]. Por fin, al intensificarse el asedio -según afirma el estudioso y cultor de las glorias huaripampinas, José S. Villarroel Espinoza-, el párroco presbítero Buenaventura Mendoza dicta las siguientes disposiciones:

a. "Alertar a Llocllapampa para que no sea sorprendida por la ofensiva general chilena, pues existía amenaza por ese lugar".
b. Volar el puente en el punto denominado "Siclachaca".
c. Reunir a los habitantes de los pueblos vecinos de Muquiyauyo y Muqui a fin de instruirlos para la defensa del sector.

11. Ver "La huaripampeada" en el tomo II, pág. 219 .



El cura Buenaventura Mendoza, jefe de las guerrillas de Huaripampa, muerto heróicamente defendiendo el puente del mismo nombre sobre el Mantaro.

d. Que se ponga a salvo a las mujeres, ancianos y niños alejándolos a lugares inaccesibles.
e. Que todos los hombres reúnan piedras en determinados lugares y en las cumbres de los cerros "Canchahuanca".

En los días siguientes, durante las frecuentes incursiones que realizan las fuerzas de Gutiérrez por los diferentes vados, los huaripampinos, en compañía de los de Canchapunco y Parco sorprenden a los chilenos, el 10 en la estrecha quebrada llamada Malpaso, con un alud de galgas; los pocos que lograron salvarse emprenden veloz huida hasta la margen izquierda. Igual cosa sucedió el mismo día en la cuesta "Escalera" a otro piquete de caballería, al cual derrotaron y persiguieron los guerrilleros huaripampinos. Todos estos hechos exasperaron aún más a los merodeadores de la margen izquierda. Y ante la inminencia del ataque general, Buenaventura Mendoza, arenga a los huaripampinos desde el atrio de la iglesia:

> "No importa que estemos desarmados, nos defenderemos con 10 escopetas, 5 rifles, palos, piedras, hondas y rejones; ellos entrarán a nuestra sagrada tierra cuando nosotros estemos sin vida".

En ese momento llegan grupos de valientes patriotas de Llocllapampa, Parco, Matagrande, Canchapunco, Ullusca, Maquinhuayo para ponerse a órdenes del hombre que dirige la defensa del puente y los vados. Al iniciarse la batalla ordena que se termine la evacuación del personal no combatiente. Por fin en la mañana del 22 de abril de 1882, los chilenos aparecen masivamente en la otra orilla del Mantaro, por el lado de Maquinguayo, con tropa de las tres armas; los defensores que de antemano habían preparado trincheras frente al puente y los vados, ocupan sus puestos de combate; entran en acción los honderos y hacen estragos en las filas atacantes lanzando una nube de piedras; los chilenos irritados vadean el río masivamente bajo el apoyo de su poderosa artillería, los defensores siguen batiéndose con las 10 escopetas, los 5 rifles y los honderos que son los más numerosos. Según afirma Simeón Villarroel Espinoza:

> "Truenan los cañones pulverizando las posiciones de los defensores, pasan el río la caballería y la infantería y, luego que ésta se aproxima a los reductos, se produce la



lucha cuerpo a cuerpo; los huaripampinos resisten, se defienden, van cayendo uno a uno; los defensores en cada uno de los reductos escalonados hasta la población retroceden peleando. Mendoza, que dirige la defensa a caballo, es acorralado; entonces desmonta y haciendo alarde de valor recorre los reductos arengando a su gente; la caballería enemiga que ha logrado vadear el río sigue cercando a los defensores; se acaban las municiones de los pocos fusiles y escopetas; se entabla una lucha feroz en la que los defensores pelean solamente con rejones y hondas contra bayonetas, fusiles y sables".

Mendoza acorralado pero no vencido, toma su revólver y mata a un oficial chileno y a otros que lo rodean. Antes de ser completamente rodeados, Mendoza y sus ayudantes, Juan de Dios Meza y Gaspar Amaya, logran replegarse y tomar como reducto la casa de Ambrosio Tomás. Los chilenos que persiguen tenazmente a los que ofrecen porfiada resistencia advierten que el jefe de los guerrilleros y sus cinco acompañantes se atrincheran en un pequeño horno, lo ubican y la caballería se apresta a ultimarlos a sablazos. Ya frente al umbral de la gloria, Mendoza es intimado a decir: ¡Viva Chile!; pero el héroe se yergue pistola en mano y exclama: ¡Viva el Perú!; este es el momento en que nuestro héroe ofrece su máximo sacrificio[12]. Hundido el cráneo a sablazos y perforado su cuerpo a tiros, entrega su alma al Eterno y perenniza la gloria del pueblo que le llora, con él rindieron también la vida a la patria Manuel Véliz, Buenaventura Orosco, Toribio Guzmán y más de veinte guerrilleros muertos. A partir de ese momento la ofensiva enemiga, sin dique que la contenga, se desborda inclemente y sanguinaria por todos los pueblos de la margen derecha del río Mantaro. A su paso bronco y atronador, cual nuevos atilas, los chilenos no cesan de arrasar e incendiar. Según las memorias de Salazar, la tea de los soldados de Gutiérrez se ceba en las casas de Huaripampa, Huancaní, Muquiyauyo, Sincos; la de Barahona en las de Colca, Chongos Bajo, Huacrapuquio, Iscos; y las de Robles en las de Aco, Ahuac, Chupaca, Mito, Orcotuna. Entre la sangre, el fuego y el humo, reina el terror y la muerte.

12. Ver reseña "El padre Buenaventura Mendoza, pág. 284.



El heroísmo en la abnegada y tenaz resistencia de los guerrilleros de los Andes, exaltó el patriotismo de todos los peruanos; y hasta los pastores, dedicados al culto a Dios, se alistaron en las filas de la resistencia; allí están, aunque olvidados, el arzobispo José Pedro Tordoya, el obispo, de Junín y Huánuco, Teodoro del Valle, los curas: Gregorio Ríos de Cieneguilla, Cabrera de Santa Eulalia, Buenaventura Mendoza de Huaripampa, el cura Cárdenas de Izcuchaca y muchos otros que alentaban el amor a la patria en sus feligreses.

El poeta Carlos Germán Amézaga rinde su homenaje al cura Buenaventura Mendoza y al pueblo de Huaripampa en los versos que transcribimos:

Canto a Huaripampa

Viajero, si un día tramontas los Andes
del Perú famoso cruzando el edén
y evocar ansías los hechos más grandes,
de Jauja en el valle tus pasos detén.

Mira allá, al oriente, de verdes colinas,
del Mantaro al borde casi entre el juncal,
pueblo en el que asoma de por negras ruinas
blanca torrecilla, casa parroquial.
Es Huaripampa, su iglesia es aquélla,
donde consiguieron los hijos del sol,
seguir de Numancia la perdida huella,
la inaudita hazaña del pueblo español.

Viajero, si un día tramontas los Andes
del Perú famoso cruzando el edén
y evocar ansías los hechos más grandes,
allí, en Huaripampa, tus pasos detén.
Pregúntale al indiecillo
que vaga entre la espesura
quien fue del pueblo el caudillo;
y en su lenguaje sencillo,
ha de responderte: el cura.



El cura... Sí, fue un pastor
de almas candorosas, buenas,
el que ardiendo en patria amor
se opuso a todo rigor
de los centurias chilenas.

Sin torpe ambición alguna,
a Dios y a su patria fiel,
hizo contra la fortuna,
y de su iglesia cuartel.

¿Fue un loco?, ¿fue un victimario?
Diga el mundo lo que ha sido
tras el choque temerario
que a nuestra vicaría
salvó de perpetuo olvido.

Entretanto, Mito no se quedó atrás, el pueblo, bajo la dirección de Cirilo Ledesma, se apresta a la defensa de su sector en colaboración con Sincos y Orcotuna, según consta de la correspondencia que prueba esa actividad en la zona.

5. LAS ESCARAMUZAS DE LA MEJORADA Y HOLOCAUSTO EN HUAMANCACA CHICO

El mayor Teodoro Peñaloza Arauco, natural de Huancayo, alumno distinguido de los prestigiados planteles lorentinos, Santa Isabel y nuestra señora de Guadalupe, era abogado de profesión y estudiante de medicina en la época en que estalla la guerra del 79. Alistado en Lima como tercer jefe del batallón *Concepción Nº 27*, se batió primero en San Juan y después en la batalla de Miraflores, donde resultó herido en el pie por una esquirla de granada. Trasladado a la sierra central, convaleció de su herida en su hacienda de Huamancaca Chico; allí le sorprendió la ofensiva anti guerrillera a cargo del comandante Robles. Informado que el batallón *Lautaro* se disponía a cruzar el río por el puente de La Mejorada, alista 50 hombres de su hacienda y de los alrededores para impedir el paso. Al efecto ordena debilitar las



estructuras del puente el 17 de abril de 1882, de modo que por el propio peso de los confiados chilenos se hunda con ellos en las aguas del Mantaro. Y así ocurrió, al tiempo que descargas de fusilería y piedras lanzadas con hondas, acababan con los pocos que habían pasado. La reacción enfurecida del resto de la unidad fue inmediata, abriendo fuego a discreción contra los guerrilleros de Peñaloza y tratando de rescatar a los que se hundían con el puente. Una hora después, y apoyándose en una débil cabecera de playa, los improvisados zapadores del adversario restablecieron el tránsito, aunque de una manera muy precaria y provisional. Faltos de municiones y armas, los nuestros se vieron obligados a dispersarse, impotentes como eran para impedir el paso del grueso. Los del *Lautaro* se dedicaron entonces al degüello general de todas las comarcas, a partir de ese día, incendiando todo lo que pudiera arder. Así se aproximan a Huamancaca Chico al día siguiente, en cuya casa hacienda se había refugiado el mayor Peñaloza. Era el 19 de abril de 1882. Pronto se le haría sentir la salvaje venganza araucana por la resistencia de la víspera. Cuando la casa fue cercada completamente por el enemigo, aparte de Peñaloza, se encontraban allí su madre, doña Andrea Arauco de Peñaloza, y una doméstica de 14 años llamada Candelaria Briceño. De nada sirvió la resistencia y lucha que opuso. Pronto fueron reducidos a la más absoluta impotencia. Maniatado presenció la ruina de su propiedad, el saqueo de los bienes familiares y pira funeraria que se les preparaba. Según una versión recogida por el doctor Luis Alayza y "corregida" por un descendiente,

> "...los chilenos penetraron a todos los aposentos y destrozaron todos los muebles en busca de dinero y alhajas, dirigidos por el comandante Robles, luego de descubrir una puerta disimulada en la pared del aposento, hízola derribar. Daba acceso a un escondite donde se guarnecían una señora anciana de venerable aspecto, acompañada por una indiecita de 14 años. Inmediatamente Robles ordenó maniatarlas y las intimó: "¡Todo el dinero que guarden en la casa o pongo fuego a estos trastos!". Y señalando a los despedazados muebles hacinados en el patio agregó: "¡Sino a ustedes también los arrojo a la hoguera!". Accedió la anciana y pidió ser conducida al dormitorio; extrajo de una



Mayor Teodoro Peñaloza Arauco, tercer jefe del batallón Concepción; peleó en San Juan y Miraflores; rindió su holocausto a la patria en Huamancaca Chico.

alacena un cofre que contenía onzas de oro y algunas talegas de plata, mientras su pequeña servidora sacaba la vajilla de plata labrada". "¿Nada más?, inquirió Robles. Es todo lo que tengo, dijo la anciana. ¿Es usted la propietaria de la hacienda?, preguntó en seguida. Sí, señor. ¿Cómo se llama usted?; Andrea Arauco de Peñaloza, dijo la infeliz temblando. ¿Entonces es usted la madre del montonero Peñaloza?, inquirió todavía. Anonadada la anciana ahogábase en sollozos sin poder contestar. ¿Dónde está su hijo?, gritó con voz de trueno. Entrégalo para llevarlo preso a Lima o te quemo viva. No se nada de él, contestó la madre. Pues él o tú ...., profirió Robles. Y como la señora se encerrase en el mutismo, ordenó: ¡Fuego a los trastos!, y apenas comenzó a levantarse la llamarada retorciéndose al impulso de la brisa, gritó de nuevo a sus soldados: ¡Al fuego esas mujeres!. En ese momento asomóse a una de las ventanas un hombre de unos 25 años, gritando ansiosamente: soy Teodoro Peñaloza, no toquen a mi madre. Descendió rápidamente y plantóse frente a Robles. ¿Con que es usted el miserable que ha hecho cortar las cuerdas del puente?, preguntó éste. Defiendo el suelo de mi patria como usted defendería el suyo. Atenlo de pies y manos –ordenó Robles– y a la hoguera. ¡Las mujeres también! ¡Todos a la hoguera!. Esperó ver retorcerse a sus víctimas maniatadas entre las llamas y marchóse con el tesoro a seguir con sus operaciones".

Pero en todo este intenso drama, lo más doloroso para Peñaloza debió ser la cruel inmolación de su madre y de la niña que la acompañaba, quemadas vivas en aquella hoguera alimentada con el mobiliario de la casa. Visto lo cual le colocaron en el cuello una soga con nudo corredizo; arrastraron su cuerpo por todo el patio, luego lo detuvieron frente a la hoguera; hicieron que se reanimara de la asfixia para que viera las últimas contorsiones de su madre y de la niña en el fuego, mientras sangraba de la cabeza y del cuello por los puntazos que le daban con el sable; tocóle luego el turno de ser arrojado a las llamas, consumándose así el bárbaro holocausto; crimen de guerra del que apenas si existe parangón en la historia de la perversidad humana. De este trágico suceso, coincidiendo en lo fundamental, se ha dado múltiples versiones,



destacando la de Víctor Mantilla en *Corazón de Piedra*; la de Ernesto Rivas en *Moderno Auto de Fe*; la de Luis Alayza y Paz Soldán (certificada por la familia y que transcribimos en parte), y la del doctor Augusto Peñaloza Jarrín en *La Voz de Huancayo* del 7 de junio de 1933. En homenaje a la memoria del mayor Teodoro Peñaloza, el pueblo de Chupaca le ha erigido en su plaza principal, un monumento de granito y bronce, dando además su nombre a la Escuela Normal Superior de la localidad.

Colaboró con el general Cáceres durante la Campaña de la Breña.

> "Fueron precisamente los guerrilleros del mayor Teodoro Peñaloza los que tendieron una hábil emboscada a una de las columnas de del Canto en el puente de La Mejorada, sobre el río Mantaro".

Estas páginas se honran en exaltar y recordar las proezas de tan digno patriota peruano, que peleó en las batallas de San Juan y Miraflores, integrando el batallón *Concepción Nº 27*, y que ofreció su holocausto a la patria durante la Campaña de la Breña, luchando contra el invasor de su querido suelo.

Solicité y obtuve que el Centro de Estudios Históricos Militares del Perú llevara merecidamente sus restos a la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico, nicho E-20, en homenaje a su gloria. Me tocó el honor de representar al Sr. general Presidente de esa institución patriótica, en el acto del traslado.

Cuando exhumamos sus restos el 4 de octubre de 1988 en unión de sus descendientes, encontramos en el nicho una caja de madera de 30x30x40 cm., conteniendo sólo el cráneo, dos huesos cúbitos y unas cuantas fracciones de sus costillas, todas ennegrecidas, por la incineración que sufrió el cuerpo hasta los huesos.

6. SICAYA

Simultáneamente al cruce del río por La Mejorada, la batalla de la ribera derecha se generalizó el 18 de abril entre Chupaca, las pampas de Carato, Huayacán y Sicaya. Los hombres de la breña dirigidos por Vicente Samaniego, Enrique Rosado y Tomás Gutarra,



conformaron una bien organizada fuerza de guerrilleros aunque medianamente armados, denominado *Libertad*. Ellos martillaron constantemente a los merodeadores chilenos en ambas riberas. Ahora enfrentaban con coraje, decisión y arrojo a fuerzas de línea de las tres armas, superiores en número y armamento. No todo podía ser hurtar el cuerpo al rodillo araucano. Como buenos huancas establecieron feroz, aunque desigual pelea, en defensa de la patria chica. Sicaya, hermoso y paradisiaco mirador, rodeada de amplias llanuras, cubiertas de perfumadas alfombras de esmeralda, se convirtió en una verdadera fortaleza; la sangre sicaína corrió allí a raudales; y también allí, el heroísmo de la valiente mujer sicaína nunca fue mejor encarnada que en Joaquina Avila viuda de Lindo; su aliento y furor bélico le colocaron a la altura de los más enfervorizados guerreros; ella y sus tres hijos alcanzaron la inmortalidad empuñando las piedras del terruño. Siempre a la cabeza de la columna, o en la trinchera más adelantada, alentaba a los guerrilleros en la lucha: "¡Adelante valientes sicaínos, morir defendiendo nuestra patria es más glorioso que permitir en Huancayo a los rotos enemigos!", les decía. Y seguía desafiante en la fortaleza sicaína, animando a los suyos; ya en plena lucha, y ante la mirada atónita de los guerrilleros que la seguían, cae acribillada de las primeras cuando lanzaba piedras desde su puesto de combate. ¡Qué imponente debió ser su ejemplo y la valentía de esta heroína de la breña!.

Después de los sangrientos combates librados alrededor de la fortaleza sicaína, los guerrilleros se Samaniego, reorganizados en Pilcomayo, se aproximan a La Mejorada con el deseo de amagar la retaguardia enemiga. El puente fue destruido gracias a la pericia del exarmero del ejército Nicéforo Leiva y la de su hermano Eugenio, así como a la colaboración del niño Vicente Gutarra, de 12 años de edad, que tomó parte también en su destrucción, sin que el cuerpo de guardias que lo custodiaba pudiera hacer nada para impedirlo. Con el puente de Chongos sucedió otro tanto. Pero en uno y otro caso las represalias fueron desmesuradas. Samaniego se vio forzado a retornar a Pilcomayo. Ya sobre el 22 de abril las tropas de Robles, de cuya sanguinaria índole había dado fehacientes muestras, marchan sobre Orcotuna, bello y frágil pueblo; sus habitantes sin medir fuerzas ni efectivos, deciden ofrecer resistencia al invasor, se baten heroicamente en el camino



principal que conduce a la plaza mayor; en este lugar resisten con rejones, piedras y unas cuantas escopetas; dirigen la defensa los señores Ramón Padilla Emilio y Juan Pablo Hurtado. Cercada la plaza por efectivos enormemente superiores, los defensores son acribillados y sus jefes tomados y hechos prisioneros cuando ofrecían tenaz resistencia. Ambos purgaron frente a un pelotón de fusilamiento por el grave delito de defender a su sagrado suelo. Entre tanto, Samaniego se dirige a Chongos Bajo con miras a unir fuerzas con las del capitán Ceferino Aliaga. Su propósito era intentar un golpe punitivo de sorpresa contra la guarnición chilena de Chupaca. El proyecto era suicida, pero valía la pena intentarlo si así amenguaba la masacre de los pobladores del valle. Empero, a la mitad del camino, luego que alcanzaron las inmediaciones del puente Viso, que une Pilcomayo con Huamancaca Chico, el enemigo le tiende una emboscada en la que es apresado junto a sus lugartenientes Enrique Rosado Zárate y Tomás Gutarra Solís, tras una breve resistencia y tiroteo de la que resultan heridos el teniente José Gavino Esponda Tassa y Tomás Gutarra Solís que quedó con dos dedos de la mano derecha volados de un balazo. En relación con este hecho, el pueblo supo que hubo traición; indignado buscó al infame por orden del general Cáceres, hallándolo en las alturas de Izcuchaca. El pueblo se hizo justicia y no hubo perdón para Mariano Nieva que así se llamaba el traidor; amarrado de pies y manos y con un peso adicional de una enorme piedra, lo hundieron vivo en un remolino del río Mantaro.

La señora Livia Samaniego de Esponda de 88 años de edad, que aún vive, asegura que Mariano Nieva, comprometido con el enemigo, se adelantó al grupo de Samaniego para alertar a los chilenos sobre el itinerario que debía seguir en su marcha a Chongos Bajo, dando lugar a su captura.

7. FUSILAMIENTO DE VICENTE SAMANIEGO VIVAS

Hechos prisioneros, Samaniego y sus dos lugartenientes, fueron llevados a Huancayo (casa de Nicolás Aliaga), cuartel de los "chacabucos"; se les instauró un consejo de guerra que los



condenó a muerte, siendo públicamente fusilados con gran aparato coercitivo en la plaza Huamanmarca de la ciudad el 22 de abril de 1882. El sicaíno Gavino Esponda vierte interesantes pormenores de la ejecución, lo mismo hace el franciscano huancaíno José María Ráez, encargado de la parroquia por la huida del titular, el cura Miguel Gómez, Párroco de Concepción y encargado de proporcionar a los sentenciados los auxilios espirituales de rigor; Ráez publica en 1937 bajo el título de "Datos para la Historia", un folleto en el cual relata, hasta el último detalle, la fugaz pero sustanciosa relación que tuvo con ellos. Allí pone en evidencia la conducta muy digna y altiva que hasta el último momento observaron Samaniego y sus ayudantes.

La noticia de la captura del combativo coronel Samaniego corrió como reguero de pólvora por todo el valle. Al amanecer del 22 de abril de 1882, el comando chileno tenía preparado todo el ceremonial para el fusilamiento; había previsto darle gran solemnidad para que todo el pueblo presenciara y le sirviera de escarmiento. Ese día muy temprano, las acciones comenzaron con la realización de un consejo de guerra que fue muy sumario. Cómo se realizó éste, nos refiere Esponda:

> "Al empezar la instructiva, como era natural, el primer interrogado fue mi jefe, el coronel Samaniego, quien puso de manifiesto el carácter que investía a mérito de la voluntad de los pueblos levantados en armas para luchar contra ellos. Declaración que no fue del agrado del jefe chileno. En seguida fueron interrogados los capitanes Rosado y Gutarra, los que declararon ser ayudantes de nuestro jefe, el comandante general Samaniego y obedecer sus órdenes en tal condición".

Del Canto antes de ordenar su fusilamiento había propuesto -según Esponda- perdonarle la vida a cambio del sometimiento de las fuerzas guerrilleras a sus órdenes. "La respuesta fue inmediata y categórica: Ellos como nosotros deben morir peleando".

En la mañana, poco después del breve consejo de guerra, se presentó al coronel del Canto el franciscano José María Ráez, quien, al conocer que ese día serían fusilados Samaniego y sus capitanes, solicitó autorización para cumplir con su deber de administrar auxilios espirituales cristianos a los patriotas sentenciados. Concedida que le fue la autorización procedió a cumplir su santa misión.





Fusilamiento de Vicente Samaniego, Gutarra y Rosado.

"Entré en aquel lugar del infortunio –dice Ráez– y en la primera habitación que quedaba en la derecha encontré a un señor coronel, paseándose muy pensativo, a quien jamás yo había visto. Lo saludé y le dije: no extrañe, mi coronel, soy actual párroco de esta ciudad y soy portador de una triste noticia. He sabido que en la acción de armas de ayer contra el enemigo, su suerte a sido muy adversa, han resuelto que sean fusilados después de dos horas improrrogables; quiero favorecerlo con todos los auxilios espirituales que le concede nuestra religión. Me agradeció; pero antes le suplico, dijo, hágame el servicio de llamar al Notario Público, señor G. Peña, para hacer mis finales encargos. La nueva noticia y los mismos ofrecimientos hice a los otros dos condenados a muerte que ocupaban celdas distintas. No pasaré en silencio las palabras conmovedoras del viejito Gutarra, hombre muy gastado por los años; era como de 68 años, y con tiernas palabras acompañadas con lágrimas que le corrían por el senil rostro, me dijo: Taitito, sálveme usted la vida que le daré 200 soles; a lo que le contesté: trataré de poner todo mi empeño para salvarte, pero no por interés. Así lo hice, como diré después. Estos oficiales reos también pidieron al notario y testigos; todo lo apunté en la cartera para no olvidar un punto de los encargos pedidos. Luego me alejé para cumplir sus encargos indicándoles que me esperaran listos para confesarse".

El padre salió de prisa y comenzó a cumplir los encargos. Providencialmente encontró pronto al notario y testigos solicitados; todos concurrieron a la prisión y el padre solicitó otra audiencia a del Canto para hacer ingresar al notario y testigos que sumaban 10 personas, siendo aceptada; en este momento intercedió por Gutarra ofreciéndole los 200 soles que tenía el prisionero; pero del Canto se negó a concederle clemencia a pesar de los ruegos del sacerdote que le hacía ver por su ancianidad y que tenía dos dedos volados por una bala. Al volver a la prisión para confesarlos dio la mala noticia de la negativa a Gutarra; "quedó, como se comprenderá muy angustiado aquel abuelito".

Luego comenzó a confesarlos iniciando por el coronel Samaniego; le siguió Gutarra para terminar con el capitán Rosado. Estaba para terminar la confesión de éste

"cuando se presentó el sargento de órdenes y, kepí en mano dijo: mi capellán, es hora de salir; di la vuelta y le dije: diga al jefe que aún necesita cinco minutos. Regresó inmediatamente y dijo está bien. terminada la confesión salimos de la celda y el corneta anunció el momento de la partida. En ese instante, el valiente Rosado Zárate, dijo en alta voz delante de la guardia: ¡Viva el Perú!, ¡Muera Chile! y por dos y tres veces; y luego agregó: rogaré por el Perú. Se puso en movimiento el doliente cortejo al compás de las notas fúnebres de una banda de músicos".

El padre Ráez voló a la iglesia a ponerse las vestimentas sagradas; tomó el sagrario "tres formas sagradas para darles a los reos por modo de viático". En compañía de unos jóvenes corrió a alcanzar el cortejo que felizmente avanzaba con lentitud. "Pude darles encuentro frente a la iglesia, cerca de la casa de la señora Torres". La comitiva se detuvo ante la presencia del sacerdote que portaba el Santísimo Sacramento; luego el padre les impartió la comunión que la recibieron de rodillas, "como viático", ante el imponente silencio y ansiedad del numeroso público que acompañaba a los patriotas. Terminado el acto sagrado continuaron la marcha, acompañados siempre por el padre Ráez que no se alejó de ellos hasta después del fusilamiento.

"De este momento del viático hasta el de la ejecución, creo que pasaron 50 a 60 minutos, por lo pausado que se caminaba, como porque antes del fusilamiento había que cumplir algunas ceremonias de ordenanzas militares".

Así llegaron a la plaza Huamanmarca que se había designado como lugar del fusilamiento. Hacia el fondo de la plaza, delante de los vestigios de una iglesia (donde hoy se levanta el hotel de turistas), esperaban los patriotas la hora del fusilamiento, sentados en unos muros de adobe.

"¡Oh!, aquello era imponente, digno de fotografiarse. Rodeaba todo el cuadro de la plaza el ejército chileno, en son de combate; su número era más o menos 700 hombres de las tres armas; nos hicieron campo para penetrar en el cuadrado; entramos y obligaron a los reos a que se arrodillaran y, a continuación, salió el secretario de consejo, coronel Valenzuela, quien en alta voz dijo: jefes y oficiales, cuatro pasos al centro; a un pequeño redoble de tambor



salieron al centro los jefes y oficiales; entonces el jefe chileno abriendo la boca lo más que pudo y levantando el índice de la mano derecha, dijo: a cualquiera que tome la palabra en favor de los reos se le pasará por las armas... ¡Orden!; un redoble de tambor confirmó la siniestra amenaza y la inminencia del fusilamiento".

Nuestro testigo ocular continúa informando sobre el momento supremo de la lectura de la sentencia y dice:

"Se leyó la sentencia que más o menos decía: Por cuanto el coronel Vicente Samaniego y los capitanes Rosado y Gutarra, en la lucha contra el ejército de Chile, ayer le hacían fuego para vencerlo y humillarlo, fueron capturados y sometidos a consejo de guerra, y han sido sentenciados a muerte y en este momento van a ser ejecutados según las leyes militares".

Después de la lectura de la sentencia, cada uno de los patriotas fueron colocados en sus respectivos banquillos a un intervalo de cuatro metros, más o menos. Mientras tanto la doliente muchedumbre que colmaba la histórica plaza, expresaba su dolor y contenido deseo de venganza, de distintas maneras; unos lloraban, otros meditaban rogando por estos infortunados hermanos nuestros; algunos, en fin, con los nervios crispados juraban vengar los crímenes chilenos.

Samaniego de pie, con la mirada altiva, sereno e imponente, no pedía ni reprochaba nada; estaba convencido de que había luchado con pertinacia contra el invasor de su suelo, y eso le reconfortaba; con su serenidad y valentía, ya frente a la inmortalidad, nos dejaba el mensaje de su gloria, prefiriendo morir a seguir viéndola invadida. Posó tranquilo en el banquillo y en ese solemne y postrer instante de su vida, quizá rezaba: patria mía, todo lo di por ti al verte humillada y hoy te ofrezco lo único que me queda: mi vida.

Nueve soldados del *Chacabuco* se emplazaron frente a los banquillos. En esos dramáticos instantes, cuando tres soldados se disponían a vendarlos, el capitán Enrique Rosado Zárate, dirigiéndose en voz alta a un amigo que se encontraba cerca, le dijo: "Entrega este poncho a mi querida hermana. Dile que he muerto fusilado defendiendo a mi patria". En ese momento parecía traicionarle su serenidad y hombría el llanto; pero luego



de un sollozo profundo, se alzó valiente, y con voz serena y altiva gritó:

"A un soldado peruano no se le debe fusilar ni sentado ni vendado, sino de pie y descubierto. Me queda la satisfacción de haber hecho morder tierra a estos cobardes invasores. Quedan otros como yo que pronto vengarán mi sangre. ¡Viva el Perú!, ¡Muera chile!".

Seguidamente un oficial del *Chacabuco* ordenó a los tiradores: "¡Apunten!", y mientras se tocaba el redoble del tambor, vino la voz de: "¡Fuego!". Tres cruces más se alzaban en ese instante en la tierra huanca, por estas tres vidas cegadas en holocausto a la patria. Era el 22 de abril de 1882.

Y hasta nuestros días, en el vasto ámbito de nuestra sierra, otros como ellos esperan vengar la sangre derramada en ese martirologio que la desunión e imprevisión de los peruanos posibilitó en la patria invadida. Sicaya, paradisiaco lar nativo de esos grandes de la epopeya de la breña, ha perennizado su gloria en un hermoso obelisco levantado en memoria de sus mártires, en la plaza principal del pueblo.

El 25 de octubre de 1908, el Congreso, en merecido reconocimiento a la hazaña de esos héroes, expidió la ley de esa fecha que concedió una pensión a los deudos de los tres patriotas. Sicaya como la breña entera, viviendo una tregua centenaria, sabe muy bien que el estigma del crimen, y el despiadado abuso que el invasor practicó con carnicera saña, no lo borrará el tiempo transcurrido.

La batalla de la margen derecha del Mantaro había terminado; el espíritu guerrillero se volvió a levantar, insurgiendo de entre las cenizas como el ave fénix, para multiplicarse y seguir golpeando al invasor. La presuntuosa afirmación chilena, "limpiaremos la ribera derecha del Mantaro a sangre y fuego", no se había cumplido, quedaban quienes poco después se cobrarían la deuda en Concepción o en Pucará.

A los cien años de la epopeya acudimos al escenario donde se inmolaron los hombres y mujeres de la breña, y allí, frente al monumento que perenniza la gloria de Samaniego, Rosado, Gutarra y Joaquina Avila de Lindo, nos erguimos llenos de gratitud y admiración, y besamos esa tierra sicaína que hace cien años bebió la sangre de sus gloriosos guerrilleros.



8. LOS COMBATES DE CHUPACA Y DE CARATO

Como vimos, en Chupaca, cuando el ataque enemigo era inminente, el alcalde Sebastián Olivares convocó a un cabildo abierto para acordar los pormenores de la defensa. En el primer cabildo, realizado el 12, destituyen al gobernador José Cuevas

> "por falta de firmeza en sus acciones contra el invasor y por haber aceptado inconsultamente la entrega de 200 doncellas solicitadas por del Canto con un propio",

y designan en el cargo a Manuel María Flores. El prefecto Guillermo Ferreyros, que se encuentra en Chupaca, confirma el nombramiento. Sin embargo creemos que quizá fueron infundados los cargos contra el gobernador, por lo que, a tenor de los datos históricos favorables a su acción guerrillera, queremos vindicar los actos de José Cuevas en cuanto a su actividad guerrillera, manifestando que no parece que fuera falto de firmeza contra el invasor, pues en acto que le honra, y que enorgullece a Chupaca, se le encuentra peleando en Concepción, el 9 de julio de 1882, al frente de los guerrilleros chupaquinos, mereciendo por ello ser galardonado con una medalla de oro de vencedores, otorgado por ley 232 del 8 de octubre de 1906 (CEHM del Perú). Con él está, también honrando a Chupaca, en Concepción, Félix Salvatierra al mando de otra guerrilla chupaquina; Salvatierra es igualmente galardonado.

Durante la realización del cabildo, desde un tabladillo levantado en la plaza, los oradores arengan al pueblo; el primero en hacerlo es el subprefecto Gerardo Meléndez, seguido del chonguino capitán Ceferino Aliaga y Manuel María Flores; y a iniciativa de éste, el pueblo promete solemnemente, el 14, pelear hasta el último hombre, y en acto emotivo juran ante la patria y las autoridades representativas, "morir matando chilenos". Durante este último cabildo, el pueblo organiza las columnas de combate y les asignan sus comandos; Flores es designado comandante General de las guerrillas de Chupaca; le deben suceder en el mando, en caso de muerte, Pedro Dávila, Cecilio Maraví y Jacinto Dorregaray. Los guerrilleros organizados llegan a 800 hombres, los que son agrupados en columnas de 100 guerrilleros. Aunque les sobra el furor bélico y patriotismo, el grave inconveniente para



los defensores es la falta de armas; disponen apenas de unos cuantos rifles con escasas municiones y escopetas; el resto está armado solo de rejones construidos apresuradamente día y noche por los herreros; las otras armas son picas, hondas y palos. Flores toma conciencia de su responsabilidad y, aunque es limeño, se entrega con alma y corazón a la defensa de la querida tierra de su esposa y comienza a preparar la defensa del sector chupaquino desde las orillas del Mantaro hasta la propia población. Cree que, ante todo, debe evitarse que el enemigo disponga de puentes y vados para pasar a la margen derecha, por lo que ordena que la defensa de estos sean asegurados; patrullas de guerrilleros a caballo vigilan de día y de noche todas las orillas. Cuando el ataque enemigo es inminente, ordena que abandonen la localidad los ancianos, mujeres y niños y se trasladen a Cochangara, Jarpa y Andamarca. El 18 los guerrilleros capturan a Felipe y Ricardo Ochoa, cobradores de peaje en el puente de La Mejorada. Los pilcomayinos son acusados de dar datos al enemigo sobre el movimiento guerrillero y de los vados del río. El castigo para los infidentes es terrible; Francisco Manuel Canchaya Montero y Silverio Vega, ejecutan a los traidores; sus restos son arrastrados hasta la plaza de Chupaca donde son exhibidos para escarmiento.

Zonas de defensa y los jefes: Manuel María Flores defendería Chupaca por el noroeste, o sea, por Molino Pata y Quillish Huama. Pedro Dávila, por el sudeste, o sea, por Carato Pampa y Huaca Cancha. Cecilio Maraví por el norte, o sea, por Milo Alma, Lamlas Pata y Yauyo. Jacinto Dorregaray accionaría en la parte oeste, o sea, en las faldas de la colina de Willcca Urcco.

Según el parte elevado por el coronel del Canto a Lynch con nota 159 del 2 de mayo de 1882, los agrupamientos de ataque a Chupaca estaban constituidos así:

El agrupamiento mandado por el coronel José Gutiérrez, se componía de cuatro compañías del *3º de Línea*, un escuadrón de caballería y dos piezas de artillería. Atacaron de norte a sur, viniendo de Jauja.

El segundo agrupamiento al mando del coronel Robles, ataca por el centro, pasando por el puente de La Mejorada (hoy La Breña), con cuatro compañías del *Lautaro*, dos piezas de artillería y un escuadrón de caballería del *Carabineros de Yungay*.



El tercer agrupamiento mandado por el coronel Manuel R. Barahona, incursionó de sur a norte pasando por el puente Chongos, con los siguientes elementos: Tres compañías del *2do. de Línea* y un escuadrón de caballería.

Según el parte, durante la acción murieron en los combates 470 guerrilleros.

El 18 de abril se desencadena el ataque masivo y simultáneo sobre la margen derecha por puentes reconstruidos y vados; las columnas chupaquinas entran en acción, pero el ataque enemigo hace estragos entre los inermes defensores que contestan el fuego de la artillería con piedras lanzadas por los honderos; sin embargo ofrecen tenaz resistencia en las trincheras que han cavado en la extensa pampa de Carato, donde quedan regados centenares de cuerpos de los heroicos defensores. Pero la resistencia dura hasta el 19 en que, habiendo establecido el enemigo sus cabezas de playa, pasan a la margen derecha todas las fuerzas chilenas; nuestros inermes defensores se repliegan a la población donde se atrincheran para defenderla calle por calle y casa por casa. Mientras tanto, el 19 las fuerzas de Robles convergen sobre Chupaca con tres columnas; la primera avanza por el lado norte por los barrios de Pillo, Milo Alma y Yauyo; la segunda se aproxima por el centro entre Viso y Molino Pata; la tercera marcha por el este ascendiendo las pampas de Huamanpata y Carato. Es en este campo donde se desarrolla la batalla más encarnizada. A partir de este lugar se baten también las mujeres que se han organizado en agrupamientos de combate; cargan varias veces contra el enemigo con rejones y hondas, como los mejores infantes, logrando vengar, más de una, a sus esposos, a sus hijos, a sus seres más queridos. Ellas se repliegan combatiendo como fieras a la ciudad y hacen su último reducto en sus propias casas. No pocas mujeres siguen el ejemplo de Valentina Melgar y Rosa Pérez quienes defendieron su heredad arrojando agua hervida a los invasores. A las 2 p.m. del 19, la heroína Valentina Melgar rinde la vida en el barrio de Llacuas, en la esquina de Wilding, luchando con los chilenos lanza en ristre. Creemos que la batalla más encarnizada se libró el 19 de abril en la propia localidad, donde los defensores actuaron con ventaja favorecidos por las construcciones, peleando fieramente en todas las calles y casas hasta el fin; y fue también allí donde se registraron muchas acciones heroicas que la tradición



conserva aún; así se refiere que el capitán Patricio Ríos del grupo de guerrilleros de Flores, cuando avanzaba la caballería cegando cabezas con sus sables, saltó como un felino sobre su jinete enemigo y lo atravesó con su lanza, pero a su vez el héroe quedó atravesado por el sable chileno. El ejemplo fue seguido por Pablo Rutty, Santos Apoalaya y por Manuel Surichaqui quienes ofrecieron su holocausto a la patria.

Un testigo, el doctor Luis Duarte, anota:

"A las 24 horas de la conclusión del puente, la artillería chilena comenzó el bombardeo desde las alturas de La Mejorada; sus blancos preferidos fueron las iglesias de los pueblos de Pillo y las otras del bajío, sobre todo de Chupaca, a cuya entrada se presentó la caballería sable en mano. El combate fue horroroso; los invasores tuvieron que emplear unos la carabina y otros el sable: un indio empujaba al caballo, otro lanzaba el jinete; los pocos rifles resistían a toda la infantería enemiga. Los chilenos tomaron Chupaca a sangre y fuego. La matanza de los fugitivos fue cruel y los cadáveres los dejaron insepultos, por decenas y centenas, ocultando sus pérdidas los invasores".

La población fue entregada al pillaje. Cada casa estaba atestada de mercaderías valiosas, porque todo ese arrieraje no había podido entregarse a sus dueños por falta de puentes -casi todos los chupaquinos eran arrieros y se dedicaban al transporte de víveres de la sierra a la costa y de este lugar a toda la región central; frecuentemente piaras de mulas bajaban y subían de la capital. Las playas de Chupaca fueron colmadas de cajones de huevos-. En seguida comenzó el incendio de la importante población que duró varios días".

Por el sur, entre Carato y Huanca Cancha, después de un reñido combate, los lanceros de ese sector defensivo caen heroicamente; entre ellos se distinguen, por su audacia y valentía, Miguel Bejarano, Mariano Orihuela y Nazario Guzmán. En Huancapata se distinguen en la defensa de su sector, Asencio Sacualaya y Esteban Orellana. En el norte rinden la vida defendiéndose hasta el fin, Fabián Barreto, Rufino Condazo, Manuel Orihuela, Liberato Ruiz, José Marcalaya y Agapito Guzmán. A



Jacinto Salvatierra se le encuentra tendido cerca a la cárcel con su lanza hundida en el pecho de un chileno y la bayoneta de éste atravesada en el cuerpo de nuestro héroe. En Huancapata es aniquilada la columna que dirigen Fernández, Matos y Muñico, representantes de Chongos e Iscos. En el pasaje Calpish se inmolaron Higinio Canchanya, Basilio Jiménez y otros, todos guerrilleros de Huachac; encontraron heridos en el mismo lugar a los guerrilleros de Sicaya, Felipe Esponda y Cayetano Bastos. Chupaca luego de su ocupación es arrasada e incendiada; el parte chileno declara que comprobaron 470 bajas chupaquinas. La memorias de Salazar y de Esponda rinden el justo tributo de admiración que merece este holocausto y los enaltecedores hechos de los hijos de Chupaca. El general Cáceres destaca merecidamente el comportamiento del gobernador Manuel Cuevas y del guerrillero Jacinto Salvatierra; y Esponda suscribe la nota épica también sobre Jacinto Salvatierra y Adrián Ordaya quienes murieron trenzados con sus enemigos. Ellos como Evangelista Aliaga o Manuel María Flores, y tantos otros, cumplieron con el juramento del 14 de abril. El 20 todavía se combate en las afueras de Chupaca pese a las numerosas bajas sufridas. Los sobrevivientes se repliegan a Cochangara y Jarpa, en base a ellos se organiza la columna Chupaca que, al mando de su alcalde Sebastián Olivares, sigue al general Cáceres durante la gloriosa contraofensiva de julio de 1882, cubriéndose de gloria en el combate de San Juan Cruz, en Tarma, al lado de los guerrilleros de Comas, Concepción y de Orcotuna.

El 20, la flamígera ciudad quedaba devastada, pero se seguía escuchando en ella las descargas homicidas que cegaban las vidas de los ancianos, mujeres y niños, quienes se habían negado a abandonar sus hogares ahora incendiados. En su doble lucha contra los incendiarios y los incendios, terminaban siendo arracimados contra los paredones donde se les fusilaba sin piedad. Y los que se decidían tardíamente por la huida eran igualmente pasto de los sables asesinos de la caballería chilena; pero los guerrilleros seguían luchando desde sus refugios. No le faltaba razón al coronel del Canto cuando en el parte elevado al contraalmirante Lynch le decía:

> "El pueblo de Chupaca fue el más rebelde y hostil. Fue indispensable demolerlo todo para ejemplo y escarmiento de los otros pueblos".



Monumento erigido en Chupaca en homenaje a los combatientes de Carato.





Los chupaquinos que se refugiaron en las alturas de Cochangara, no permanecieron inactivos; planearon realizar golpes de mano en Chupaca para sorprender al enemigo y extraer los víveres escondidos en las casas. Cuando realizaban una de esas incursiones, al alcanzar Huarisca, vieron aproximarse un pelotón de caballería de doce hombres; se ocultaron en una zanja cerca al río Cunasmayo, los chilenos al llegar a la orilla del río, optaron por bañarse en un hermoso remanso, dejando los caballos y las armas al cuidado de un soldado. En el momento oportuno, saltando de su escondite, los siete chupaquinos cayeron como huayco sobre el desprevenido soldado; los que se bañaban escaparon en parte como estaban; los capturados pagaron sus cuentas. Los guerrilleros volvieron a Cochangara a caballo y llevando los valiosos trofeos de armas, municiones y uniformes[12].

Como un merecido homenaje a los bravos guerrilleros chupaquinos, recogemos algunas de sus características más saltantes; la principal era su guapido; de él dice Aquilino Castro Vásquez:

> "En la vida ordinaria los chupaquinos daban los guapidos, generalmente de noche, como expresión de valentía y desafío; en otras circunstancias lo daban al inicio de las peleas o en los momentos culminantes de una faena comunal. Su forma fonética aproximada era: ¡chaa ja ja jay...!. Cuanto más estentóreo, denotaba más virilidad".
>
> "Estos guapidos eran también armas sicológicas frente al enemigo como muy bien lo ha captado en unos versos Bladimiro Julio Santos Calderón:
>
> *"Ronco trueno de la garganta,*
> *del valiente chupaquino,*
> *que retumba con sus ecos*
> *los recónditos del valle andino.*
>
> *Voz de alerta del guerrillero,*
> *canción de altivez y coraje,*
> *clarín de ataque del guerrero.*
> *Es el guapido chupaquino,*
> *grito del alma que ha hecho historia*
> *en la guerra del 79".*

12. Ver anexo 35.



9. SINCOS

El distrito jaujino de Sincos, entretanto, no se quedó tampoco atrás; informado de los preparativos agresivos del enemigo, tomó sus disposiciones para defenderse valientemente de la agresión; con tal motivo su apresto bélico se hizo aceleradamente. El 11 de abril de 1882, reúne al pueblo y en cabildo abierto designa a los jefes militares encargados de dirigir la defensa. El coronel José María Béjar queda encargado de dirigir la defensa y de designar a sus colaboradores en los mandos de las guerrillas; luego sientan un acta en la que consignan:

"En el pueblo de Sincos, a los once días del mes de abril de 1882, atendiendo las circunstancias actuales en que atraviesa el país invadido por las fuerzas chilenas, todos los hijos del pueblo, unánime y voluntariamente ofrecieron tomar las armas en la defensa nacional al mando del señor coronel José María Béjar, teniente coronel Federico Bonar, Sargento mayor Simón C. Baldeón, capitán Juan Ledesma Zárate; ellos fueron nombrados por la voluntad del pueblo en cuya virtud ofrecemos rechazar al invasor enemigo y coadyuvar a todos los pueblos amigos y aliados del tránsito. Así mismo nos obligamos a no faltar bajo ningún pretexto a los continuos servicios de nuestra defensa bajo pena de estar sujetos a abonar cuatro soles de multa por primera acordada por nosotros mismos; y si hubiera reincidencia se duplicará la pena referida".

Por entonces el subprefecto de Jauja, Remigio Kelwey, pudo admirar en los sinqueños de entonces la férrea disciplina y el sometimiento incondicional al servicio de la defensa de su patria que exhibieron esos días. Posteriormente, iniciada la contienda en su suelo, se estableció inclusive por acuerdo unánime del vecindario, castigar con la pena capital a los que no pelearan hasta el fin, en defensa de su suelo. Actuando en estrecho enlace con los otros pueblos de esa margen, organizan la vigilancia de los vados y los puentes durante las 24 horas del día. Participan a todos los pueblos de estos acuerdos y les ofrecen protección mutua. El jefe de las guerrillas de Huaripampa, Buenaventura Mendoza, les contesta el 13 de abril agradeciéndoles y ofreciendo hacer lo propio. Sincos organiza, para la defensa móvil y la



vigilancia de las orillas del río, escuadrones de caballería. A propósito de caballería recordamos también que los guerrilleros de Sincos cuando concurrieron al combate de Concepción, el 9 y 10 de julio de 1882, lo hicieron montados en buenos caballos, según refiere la tradición. Haremos notar, sin embargo, que los miteños también disponían para la vigilancia de su sector y su defensa móvil de escuadrones de caballería que estaban a órdenes de Fernando Lozano. Así organizados y preparados para pelear hasta perder la vida, los pobladores de la margen derecha, en el lado norte, también se enfrentaron a las poderosas fuerzas invasoras, casi inermes, para ofrecer su holocausto en esos terribles días del mes de abril de 1882.

Iniciada la ofensiva general chilena y forzados los pasos hacia la margen,

> "comenzó entonces la terrible batida contra los serranos. Avanzando como rodillos aplanadores, los batallones del sur y del norte arrasaron todos los pueblos, les prendieron fuego y empujaron a los pobladores hacia el centro donde esperaban el *segundo de Línea* y los artilleros del comandante Barahona".
>
> "Colca, Huacrapuquio, Chongos Bajo, Iscos, Chupaca, Ahuac, Aco, Sicaya, Orcotuna, Mito, fueron pueblos devastados por el sur. Huaripampa, Muquiyauyo, Huancaní, Sincos, quedaron reducidos a cenizas por el norte, al golpe frenético de los jinetes chilenos. Como turba enloquecida de pavor, los pobladores de toda la extensa región se amontonaron en el centro. Ahí cayó sobre ellos el golpe aplastante de los batallones del comandante Barahona".

Estas salvajes represalias la sufrieron principalmente los pobladores indefensos, ancianos, mujeres, niños, mientras los guerrilleros se encontraban activos desde sus refugios de combate.

10. HUANCANI

En Huancaní brillaron también los hombres y las mujeres por su valentía y audacia en defensa de su suelo; así recordamos a Leonor Ordóñez y su esposo el sargento Felipe Vilcahuamán,



valientes y patriotas que habían concurrido ambos a las batallas de San Juan y Miraflores como integrantes del batallón *Concepción Nº 27* (3ª compañía). Después de la hecatombe de Chorrillos y el holocausto ofrecido por el batallón *Concepción* en el reducto Nº 2 de Miraflores, habiéndose salvado, milagrosamente, Leonor Ordóñez volvió a su tierra natal, después de enterrar en el reducto a su marido y haber combatido allí, se marchó con su fusil. Cuando llega el invasor al valle, Leonor Ordóñez se encarga de hacer conocer a sus paisanos de todas las depredaciones y crímenes que había visto cometer a los invasores en Chorrillos, Barranco y Miraflores; los arenga a fin de que formasen guerrillas para defenderse de los posibles abusos de los chilenos. Organiza en su pueblo una guerrilla compuesta de 35 hombres y 5 mujeres; con ella espera acometer al enemigo. Cuando las fuerzas de Gutiérrez asaltan la margen derecha del Mantaro y atacan Huaripampa el 22 de abril de 1882, parte la guerrilla de Huancaní en dirección de Huaripampa para enfrentarse al enemigo, contando como armas solo rejones, hondas y piedras; llevaban una corneta y un tambor; Leonor lleva una bandera en la mano izquierda, un rejón en la mano derecha y una manta llena de piedras amarrada a la cintura. Encontrándose en su marcha a la altura de Pampa de Atashi, divisan a una fuerza de caballería chilena que se les aproxima, el corneta toca ataque y el tambor arrebato; comienza el combate de encuentro, pero los inermes atacantes son rodeados y atacados sin piedad a balazos; cae herida de las primeras Leonor, pero sangrante e imposibilitada de ponerse de pie para seguir dirigiendo el desigual combate, arenga a sus guerrilleros a seguir combatiendo, cosa que enfurece a sus enemigos y ordenan su fusilamiento inmediato; lo mismo hacen con el resto de guerrilleros que han sido rodeados. Y ya frente al pelotón de fusilamiento, la valerosa heroína Leonor Ordóñez grita a sus guerrilleros: "¡Adelante valientes, Viva el Perú!"; y una descarga homicida anuncia la glorificación de quienes dieron gustosos la vida por la patria. En homenaje a esta heroína, el día de la enfermera militar debe designarse en la fecha de su glorioso holocausto y la escuela debe llevar su nombre: Leonor Ordóñez Surichaqui. Cayeron junto a la heroína Fernando Portocarrero, Francisco Mariano, Gregorio Quispe, Barbarito y Pancracio Zenteno, Agustín Sandoval, Antonio Huanay y Pedro Tiza (corne-



ta). La patria les debe el bronce que perennice su gloria[13]

11. SORPRESA DE MALPASO

Hilario Concha Moreno, natural de Llocllapampa, había organizado una numerosa guerrilla montada, secundada por los llocllapampinos Narciso Cuyubamba, Pedro Avila, José Andía, Manuel Cuyubamba, Lorenzo Torres, Aniceto Villanueva, Valentín Munguía. El escuadrón estaba constituido principalmente por fracciones montadas de los guerrilleros de Canchapunco y Parco, secundados por los de Matachico, Matagrande, Viscas, Llocllapampa; además lo constituían los chalanes de Chancayllo y Pachacayo. El 10 de abril de 1882, los guerrilleros de Concha atacan y destruyen a una fracción del *Tercero de Línea* de las fuerzas de Gutiérrez de guarnición en Jauja, que habían penetrado a la zona del desfiladero de Kiccho o Malpaso en busca de víveres y ganado; la razzia chilena tuvo su castigo merecido, pues fue atacado al estilo Sierralumi, con galgas, pereciendo buen número de chilenos.

Según el doctor Adolfo Bravo Guzmán, el sábado de gloria (9 de abril de 1882) por la tarde se presentaron los chilenos por segunda vez en Huaripampa, en número de 100 hombres, con el fin de descubrir los preparativos bélicos de los pueblos de la zona, que suponían, o para realizar sus periódicas razzias. Permanecieron hasta el día siguiente, pernoctando en el local de la gobernación. El 10 marcharon en dirección a Llocllapampa, guiados por Isidro Sobero y Pablo Balbín, pero no pudieron llegar a ese lugar, pues los guerrilleros de Hilario Concha Moreno, que rondaban en la zona, al ser informados de las correrías de los invasores y de la posible incursión a Llocllapampa, les prepararon un buen recibimiento en el estratégico lugar llamado Malpaso. Cuando ingresaron íntegramente al desfiladero, a las 10.30 de la mañana, los atacaron con una lluvia de galgas. Los chilenos

13. Solicité y obtuve que el Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, llevara merecidamente los restos de la heroína Leonor Ordóñez Surichaqui a la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico, como representante de la gloriosa rabona del Perú; ella como tal fue colocada en un hermoso sarcófago blanco de mármol el 18 de octubre de 1986. Ver también la reseña biográfica de Leonor Ordóñez en la pág. ...



perdieron el tercio de sus efectivos, tanto por la acción de las galgas como de los desbarrancamientos y por los disparos de la defensa. Los sobrevivientes fugaron por el camino que los llevó dejando sus muertos y heridos. Ya en la tarde, los invasores subían por las pendientes de los cerros Canchahuanca, cuando por sorpresa los atacaron los huaripampinos, en el punto denominado Escalera, con otra andanada de galgas desprendidas de las alturas, causándoles nuevas bajas, obligándolos a variar su ruta por Chiclachaca para caer al puente de Muquiyauyo. Al llegar a este lugar lo encontraron cortado, por lo que se vieron obligados a pasar la noche allí a la intemperie. Solo al día siguiente pasaron el río Mantaro vadeando para dirigirse a Jauja. Decididamente había entrado en acción la resistencia en todo el valle, siguiendo el ejemplo y los consejos de Ambrosio Salazar y sus guerrilleros.

12. ACCIONES GUERRILLERAS SOBRE LA MARGEN IZQUIERDA DEL MANTARO

Las acciones guerrilleras en la margen izquierda del Mantaro tuvieron su alto exponente en el asalto y destrucción de la cuarta compañía del batallón *Chacabuco* en Concepción, el 9 de julio de 1882. Los otros pueblos aunque habían sido incitados por Ambrosio Salazar para alzarse contra el invasor, no lo hicieron. Este refiere que después de la acción de armas de Sierralumi, aunque había recibido orden del general Cáceres para mantenerse a la defensiva, insinuó al cura Pérez, jefe de las guerrillas de Pariahuanca, para que a la cabeza de su fuerza cayera sorpresivamente sobre la quebrada de Chamisería y la hacienda Hualauyo en las que pastaban 200 caballos de los escuadrones del coronel Alcérreca, al cuidado de unos cuantos soldados solamente. El cura Pérez no hizo nada alegando que sus guerrilleros no tenían armas.

Igualmente Chamorro y Monteblanco, jefes de las guerrillas de Ricran, a quienes les sugirió insistentemente Salazar que cayeran sorpresivamente sobre la débil guarnición de Tarma, ofreciéndoles su apoyo, no hicieron nada y finalmente contestaron que era imposible encontrar armas y municiones. No comprendieron que cuando se trata de pelear por la patria, no faltan



armas de cualquier clase, como lo hicieron los comasinos que derrotaron al invasor empleando galgas, rejones y hondas solamente.

HOLOCAUSTO DE MAXIMO AGUILAR

Ambrosio Salazar, que permanecía victorioso en su reducto inexpugnable de Comas después de la acción de Sierralumi, buscaba siempre hostilizar o batir al invasor. Informado de que un escuadrón chileno de caballería de 25 hombres, al mando del mayor Roberto Bell, frecuentaba al pueblo de San Jerónimo y anexos vecinos para esquilmarlos, obligándoles a entregar ganado, víveres, forrajes y objetos de valor, preparó un plan para sorprender y castigarlos severamente. Para el efecto envió al mejor y más audaz y valiente de sus ayudantes a San Jerónimo a fin de que se pusiera de acuerdo con los patriotas del lugar para atacarlos por sorpresa.

Según el plan, una vez alertados los pobladores, y a la llegada del escuadrón al pueblo, Aguilar volvería rápidamente a Comas a informar a Salazar; éste bajaría a Lastay situado a tres kilómetros de San Jerónimo, con sus guerrilleros a fin de realizar el golpe de mano en la noche.

El encargado de cumplir esta misión partió de Comas el 28 de abril de 1882 llegando en la noche del mismo día a San Jerónimo.

> "Habló con sus camaradas y entregó cartas con instrucciones a los patriotas del lugar a fin de que cumplieran una estrategia maduramente meditada para arrollar al enemigo".

Comprometió al coronel Melchor Gonzales, a los mayores Miguel Berríos y Vicente Ames; capitanes Santos Túpac Yupanqui y Pedro Dávila; tenientes Antonio Túpac Yupanqui y otros.

Habiendo llegado al pueblo los chilenos en la mañana del día 29, Aguilar se aprestaba a volver a Comas a dar el aviso; pero fue denunciado ante el mayor Bell, en el instante en que llegaba de Huancayo, por la señora Elvira López, esposa del hacendado José Rosa Turín, cuya inquina con Aguilar venía de haber sido obligado a entregar las armas para el Ejército del Centro, resistiendo las órdenes del general Cáceres.

El jefe de la resistencia urgido de pertrechos para armar su naciente ejército, y conociendo que los numerosos hacendados



de la región eran los únicos que poseían armas y municiones que utilizaban para amedrentar a sus trabajadores, expidió un decreto, ordenando que todos los hacendados entregaran sus armas al ejército. Los hermanos Turín dueños de la hacienda Ayna, no obedecieron; por lo que se les incautó las armas por la fuerza, llevándolos luego presos a Ayacucho por orden del general Cáceres. Aguilar fue el encargado de cumplir esa orden. El "corbatón", como le llamaba Salazar, era un hombre muy valiente y audaz; había servido como gendarme algunos años en las comisarías de Lima.

Apresado por cuatro soldados, Aguilar fue conducido apresuradamente a Concepción, donde había una guarnición chilena, en la que se refugiaron por temor a los comasinos que, les hicieron creer, pronto llegarían a San Jerónimo. En la guarnición chilena, Aguilar fue terriblemente torturado; pero él lo resistió todo sin que lograran la menor confesión; luego

> "se le sometió a un consejo de guerra verbal, presidido por el jefe citado e integrado por los oficiales de la guarnición; en corto tiempo, el consejo lo sentenció a la pena de muerte".

Condenado a ser pasado por las armas, se le llevó a San Jerónimo casi exánime por la salvaje tortura; fue fusilado en el patio de la escuela primaria de varones de la localidad, el 29 de abril de 1882, después de haberse confesado ante el párroco de la localidad, el cura Ricardo Basurto.

El guerrillero Ambrosio Salazar, dice en sus memorias sobre el fusilamiento de Aguilar: "Murió como un bravo, sin consentir que lo vendaran para fusilarlo". Murió pues de pie por la patria, mirando la eternidad en el cielo azul de su paradisiaco valle y los picachos diamantinos de las cumbres erizadas de su tierra querida, nido de los victoriosos cóndores comasinos.

En relación a tan triste suceso, el escritor jaujino Miguel A. Martínez, publicó en el número 34,050 de *El Comercio* de Lima el año 1913, una sentida nota, y en el mismo año, al inaugurarse el obelisco erigido a los vencedores del combate de Concepción, y después de haberse entregado las medallas de plata conmemorativas, expresó:

> "...Y el infeliz hubo de sufrir...!; ante las exigencias de sus torturadores para que declarara a qué había venido, quien



lo había mandado, y con quienes se había visto; calló, cerró los labios a la delación y prefirió que su silenciosa terquedad llevara hasta el paroxismo el furor de los enemigos. Por fin cuando su cuerpo se doblegaba a los impulsos del dolor físico, resolvieron fusilarlo".

"El hecho tuvo lugar el 29 de abril de 1882, en el patio de la escuela primaria de San Jerónimo. Ni en sus últimos momentos faltó a Aguilar la energía de su espíritu. Cuando el sentimiento del patriotismo domina al hombre, suele éste enardecerse y llegar hasta la excelsitud. Aguilar no quiso que lo vendaran y sereno se colocó frente al pelotón que habría de victimarlo. A la primera descarga cayó ensangrentado, y dícese que aún tuvo ánimo para lanzar un ¡Viva el Perú!".

"La noticia de su fusilamiento y los detalles de su valerosa muerte repercutieron hondamente en el corazón de su jefe y compañeros que poseídos de justo encono hicieron de su venganza una obligación".

"Dos meses después, el 9 de julio del mismo año, Concepción, la gentil campiña, la capital del más hermoso distrito de Jauja, contempló la destrucción total de la cuarta compañía del batallón *Chacabuco;* así vengaron al compañero que supo morir como los héroes".

Este fusilamiento, doloroso revés de la acción guerrillera, se sumó a los de Acopalca con Merino y Sapallanga con Sánchez, evidenciando el clima de conjura vindicatoria que se vivía entonces.

Ya sobre la segunda quincena de mayo (21 y 22), los chilenos se atreven a realizar algunas razzias en Tongos, Pazos y Acostambo, como queriendo despertar al aparentemente dormido león de la breña. Pero por tan osada provocación tuvieron que pagar un precio muy elevado. Según el general Cáceres, los guerrilleros se comportaron como veteranos combatientes, utilizando el terreno juiciosamente. Tal fue el caso de Acostambo en cuyo desfiladero pereció una columna de caballería enemiga, compuesta por 20 hombres. Allí, el episodio protagonizado por el guerrillero Juan Menéndez Nalvarte, gobernador de Chongos, que quedó atravesado por la bayoneta enemiga, mientras su rejón quedó clavado en el corazón del chileno, acaso refleje mejor que ningún otro el



carácter titánico de la lucha, a muerte y sin cuartel, que por entonces ensangrentaba nuestro suelo, probando una vez más, el valor y valentía ancestral del indio peruano. Sin embargo –caso anecdótico y curioso-, por la misma época en que se consagraba una vez más la raza autóctona en la Campaña de la Breña, luchando sin armas ni medios de vida, contra un enemigo pertrechado, Ricardo Palma se atrevía a conjeturar ante Piérola: "que el indio era orgánicamente cobarde...", agregando: "aunque nos duela declarar hay que reconocer que la raza araucana fue más viril; no hay ejército posible con esta gente...", olvidando que las huestes incaicas se impusieron a los araucanos, venciéndolos y conquistándolos, yugo que sostuvieron hasta la llegada de los españoles. Por entonces, igualmente, varios escritores se equivocaron; así González Prada decía del general Cáceres que era "un melgarejo abortado en el camino". Sin embargo luego se rectificó y reconoció que "En la vida de Cáceres brilló una época gloriosa cuando lucha con Chile y se había convertido en el Grau de tierra".



Reseñas históricas y biográficas

COMAS HISTORICO

Comas es un pueblo de larga y gloriosa leyenda. Durante las luchas por la independencia ocupó también lugar prominente peleando contra las fuerzas realistas de Valdez, Ricafort, Carratalá, etc. Así el 15 de julio de 1821, un piquete de estas fuerzas pretende extraer ganado de las ricas haciendas de Runatullo; para tal fin debía pasar la fracción por Comas. Los montoneros del lugar les cortan el paso y la derrotan; entonces vienen las represalias. El 26 de julio de 1821 llega al lugar un fuerte destacamento de 600 hombres que arrasa la localidad y otras cercanas. El alcalde del lugar da cuenta entonces de la tragedia al coronel Otero, jefe político y militar del departamento, el 28 de agosto de 1821, en un extenso memorial del que citamos estos pasajes:

> "Mariano Páucar, Alcalde de la patria del pueblo de Comas y por sí, a nombre de todos los vecinos de su comunidad, ante usted con el mayor respeto parece y dice: que el 26 de julio pasado, entró a nuestro pueblo una división enemiga de 600 hombres y la quemó enteramente sin perdonar la iglesia, ni dejar rancho pequeño; luego pasaron los tiranos a los pueblos de Andamarca y Acobamba, y del mismo modo los incendiaron. Así es que han quedado sin casa, sin víveres y sin ropa con qué cubrir sus cuerpos los infelices habitantes de estas montañas, obligados a morar en bosques, cuevas de los cerros con sus desgraciadas familias ...".

En otra parte del memorial acusa severamente a un comandante Ramón Morales, comisionado del coronel Otero, y al gobernador Francisco Baldeón, "por no haberse enfrentado a los españoles hasta perder la vida cumpliendo su misión, como era su deber, con los 30 soldados de que disponía", el primero, y al gobernador "por no haber dirigido a tiempo a los montoneros a su cargo". El memorial tomó tal importancia en la época que llegó a conocimiento del gobierno de entonces, según consta de las notas y elevaciones que contiene, y por lo que seguramente permanece hoy en el archivo nacional. Los laureles de Comas no son



pues de hace sólo 100 años; este pueblo extraordinario, predestinado por su ubicación estratégica, estuvo siempre en los grandes acontecimientos.

EL PADRE BUENAVENTURA MENDOZA

El padre Buenaventura Mendoza era huaracino de nacimiento, pero quería mucho al suelo en que se inmortalizó. Ejercía el cargo de párroco interino de Huaripampa, en ausencia del titular, cuando la expedición chilena de del Canto operó sobre el valle del Mantaro. Al iniciarse la salvaje ofensiva de abril contra los habitantes de la margen derecha, el cura Mendoza trocó la sotana por el uniforme de guerrillero y la cruz por la espada, para convertirse en uno de los guerrilleros más famosos del valle. Cuenta la tradición que antes de ponerse al frente de las guerrillas huaripampinas, rezó solitario y de rodillas al pie del altar mayor de la iglesia de su grey, luego se le vio salir pausado y con lágrimas en los ojos. Se dirigió a la sacristía humildemente y allí se quitó con reverencia los sagrados ornamentos; vistió de guerrillero y tomó las armas; en ese momento nacía el famoso guerrillero Buenaventura Mendoza, para gloria, honor y orgullo del pueblo valiente donde ofreció su holocausto a la patria. Al momento de su glorificación tenía 28 años de edad. Ya durante la última acción en que se inmortalizó, según refiere el profesor Max Villar, la dirección del fuego de nuestros cinco rifleros que él tan acertadamente dirigía aquel memorable 22 de abril de 1882, hace que las aguas del río se tiñan de rojo por la sangre enemiga que las mancha. Pero los enemigos, pese a las bajas, son más numerosos y más mortífera su artillería que todo lo pulveriza. Mas, Mendoza no retrocede un palmo y alienta a los suyos, en el peor de los casos, a vender cara la existencia. Empero contadas son nuestras municiones en tanto que se nos echaba la temida caballería del adversario. Y en la lucha cuerpo a cuerpo, lo que los rotos no tasajeaban, acribillaban; pronto los caínes de América advierten que nuestro buen cura, desde su puesto de comando que no abandona, a la entrada misma del pueblo, ofrece la postrer resistencia. En efecto, a cada certero disparo de su revólver, Mendoza exclama: ¡Viva el Perú! Hasta que, hundido el cráneo a sablazos y perforado su cuerpo a tiros, sintiendo todo el dolor de su patria escarnecida, entrega su alma al Creador. Al alejarse la horda vandálica, los pocos feligreses que sobreviven a tan terrible prueba, recogen sus restos mortales y le dan cristiana sepultura, en el presbiterio de la iglesia parroquial. De allí atendiendo al clamor de la nación agradecida, el 12 de julio de 1911, son



trasladados a Lima para ser sepultados en la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico. El día de su exhumación, los honores que le rinden todos los habitantes del valle, fueron apoteósicos. El normalista Max Villar, uno de los homenajeantes, recordó así las acciones que inmortalizaron a Buenaventura Mendoza:

"... Se rompe el combate; muchos chilenos caen al Mantaro, manchándolo con su sangre. Los huaripampinos resisten el empuje de la caballería; Mendoza provisto de un morral dirige el fuego; desmonta y haciendo alarde de valor recorre las filas de los suyos: apostrofa a los adversarios; parece invulnerable; zumban los dardos y ninguno le hiere; le atraviesan, en apariencia, sin causarle daño. ¡Se acerca el instante sublime! La caballería avanza, truenan los cañones; se consumen las balas de los cinco rifleros y diez escopetas, ambos bandos se dan una feroz arremetida, la lucha es cuerpo a cuerpo, los guerrilleros con rejones y palos, los chilenos con sable, bayoneta y revólver; ruedan cadáveres tintos en sangre; entran los malditos caínes al pueblo, aullan, gritan ... ¡Mendoza! Este cual un león acorralado, pero no vencido, se parapeta solo en un pequeño cerco. Divísanlo; vuelan hacia él. ¡Ah!, El bravo guerrillero coge el revólver del cinto, tumba un chileno sin vida, sus compañeros dan un salvaje alarido, intiman a Mendoza con el grito de: ¡Viva Chile!; pero él ruge con el rugir del Mantaro, siente todo el dolor de su patria y exclama: ¡Viva el Perú! Dos rotos blandiendo el sable le hienden el cráneo y lo acribillan a balazos; saciando su furor ultrajando los despojos inertes; ha faltado que bebieran su sangre que candente corre por tierra, como bebe el tigre de las selvas la sangre de su presa ..."

A la llegada del ataúd a Lima; el general Cáceres lo recepcionó en la estación del ferrocarril y presidió el cortejo hasta la iglesia de los desamparados (hoy inexistente), donde fue velado con la solemnidad del caso. Al día siguiente, el traslado del ataúd a la Cripta, sobre el armón de artillería, revistió características muy merecidamente apoteósicas.

LEONOR ORDOÑEZ SURICHAQUI

Leonor Ordóñez Surichaqui nació en Huancaní en 1847, hija de José Ordóñez y Dolores Surichaqui, de condición humilde; durante su niñez y adolescencia vivió al lado de sus padres ocupándose de los



quehaceres del hogar, lo cual no le permitió seguir estudios; esto no impidió para que crezca y desarrolle en disciplina y carácter de una mujer de convicción propia; todo esto hizo que influyera en su temperamento activo y varonil. Ya adulta se dedicó a intercambiar productos de la sierra y la costa; fue durante estos menesteres que conoció a Felipe Vilcahuamán, un trabajador humilde de Cerro de Pasco; a partir de entonces, ambos se dedicaron al comercio de pan llevar en zonas diferentes de costa y sierra, para satisfacer así las necesidades del hogar y darles mejor ambiente a sus hijos que nunca lo tuvieron desgraciadamente.

Durante la guerra, en 1879, Felipe Vilcahuamán se enroló en las filas del batallón *Concepción* y marchó a la Capital para tomar parte en su defensa en las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores. Leonor lo siguió alistada como rabona. Durante los combates, y particularmente en Chorrillos, fue testigo presencial de los saqueos, incendios, violaciones y otros vandalismos. En el Reducto Nº 1 de Miraflores, donde perece casi todo el batallón por la acción combinada de los fuegos de la armada chilena y el esfuerzo principal del ataque por tierra de las fuerzas enemigas, y a pesar que pelean ardorosamente, sobrevive y vuelve a su tierra natal.

Cuando las fuerzas chilenas llegan al centro, Leonor se vuelve guerrillera y empieza a recorrer todos los pueblos del valle para contar a sus pobladores todo lo que había visto en San Juan, Chorrillos y Miraflores; los arenga a fin de que preparen sus guerrillas para defenderse del invasor.

Al iniciarse la ofensiva general chilena en abril de 1882 contra los pobladores de la margen derecha del Mantaro, Leonor dispone ya de una guerrilla que organiza con ayuda del agente municipal, don Norberto Santos, y el teniente gobernador don León García, después que el cabildo reunido el 15 de abril, aprueba el alzamiento general del pueblo. Durante la asamblea, al arengar al pueblo para luchar contra el invasor les dice: "Compoblanos, la hora ha llegado para vengar el ultraje cometido en Lima por esos miserables forasteros ..." Su guerrilla está constituida por cuarenta combatientes, de los cuales cinco son mujeres; entre ellos hay un corneta llamado Tiza, y un tambor.

En la asamblea se acuerda lo siguiente:

1. Que todo varón mayor de edad se enrole en las filas de las guerrillas.
2. Que los pobladores aptos se comprometan a no faltar por ningún motivo a los continuos servicios, bajo pena de estar sujetos a multas de cinco soles por cada falta; en caso de persistir o desertar, les serán confiscados sus bienes y tierras, siendo además considerados traidores al pueblo.



3. Los que no están en condiciones de luchar deberán ocupar las zonas altas para protegerse (niños, ancianos y enfermos).

El 22 de abril de 1882, a las ocho de la mañana, al informarse que los chilenos atacan Huaripampa, parte con su guerrilla, camino de la gloria y la fama, en dirección a aquel lugar para unirse a los valientes guerrilleros del cura Mendoza; Leonor avanza a la cabeza del grupo llevando en la mano izquierda un rejón, la roja y blanca en la derecha, y atada a la cintura una manta con piedras para lanzarlas con la honda. Sus armas, las únicas, son rejones, lanzas, hondas, palos. Al llegar a la altura del cementerio de Muqui, Leonor verifica que todos estén aptos para combatir y decididos a batirse hasta perder la vida; luego continúa la marcha a Huaripampa; a la altura de Atoshpampa divisa un escuadrón de caballería que avanza hacia ellos; entonces ordena al corneta Tiza que toque ataque, mientras el tambor toca arrebato; los chilenos los alcanzan y rodean, luego les intiman a rendirse; Leonor rechaza la propuesta, y se inicia el combate de encuentro. La heroína cae de las primeras con las piernas destrozadas por una ráfaga; era las once de la mañana; desde el lugar en que ha caído arenga a los suyos y les grita: "Adelante valientes ..."; todos se defienden como fieras solo a pedradas y con sus rejones, pero nada tienen que hacer ante las balas y los sables de la caballería que los decapitan y destrozan. Capturan a la heroína y le obligan a que diga quiénes son los cabecillas, pero ella por toda respuesta grita: ¡A luchar hasta morir compañeros!" Irritados los invasores, la arrastran al pie de una tapia y la fusilan. Los pocos guerrilleros inermes, que aún quedan, son acribillados a balazos; luego avanzan a Huancaní donde incendian la iglesia, la casa municipal y las construcciones importantes después de saquearlas. Los pocos habitantes que quedan con vida ocultos entre los sembríos, al alejarse los chilenos, recogen los cuerpos de los que se inmolaron y les dan cristiana sepultura en el cementerio; entre los caídos se encuentran: Santiago Yupanqui, Pedro Calderón, Pablo Yupanqui, Pedro Centeno, Rafael Centeno Maraví, Agustín Aranda y León García, entre muchos otros.

La hazaña de Leonor Ordóñez ha llenado de justo orgullo a su ciudad natal y de merecida gratitud y admiración a todos los pueblos del valle y del Perú. Su tierra lleva hoy orgullosa su nombre: "Distrito de Leonor Ordóñez", su capital Huancaní, creada por Ley el 27 de setiembre de 1920.

Hemos gestionado y conseguido que el Centro de Estudios Históricos Militares del Perú ordene que los restos de Leonor Ordóñez, merecidamente, sean llevados a la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico. Hoy ocupa allí un hermoso sarcófago de mármol blanco en representación de la Rabona y combatiente peruana. Fue llevada el 6 de setiembre de 1988.



8. Los que no estén en condiciones de luchar deberán ocupar las zonas altas para protegerse (niños, ancianos y enfermos).

El 22 de abril de 1882, a las ocho de la mañana, al informarse que los chilenos atacan Huaripampa, parte con su guerrilla, camino de la Pedrera y la Loma, en dirección a aquel lugar para unirse a los valientes guerrilleros del cura Mendoza. Leonor avanza a la cabeza del grupo llevando en la mano izquierda un rejón de roja y blanca en la derecha, y atada a la cintura una manta con piedras para lanzarlas con la honda. Sus armas (las únicas) son rejones, lanzas, hondas, palos. Al llegar a la altura del cementerio de Muqui, Leonor verifica que todos estén aptos para combatir y decididos a luchar hasta perder la vida; luego continúa la marcha a Huaripampa; a la altura de Atoshpampa divisa un escuadrón de caballería que avanza hacia ellos; entonces ordena al corneta que toque ataque, mientras el tambor toca arrebato; los chilenos los alcanzan y rodean, luego les intiman a rendirse; Leonor rechaza la propuesta, y se inicia el combate de encuentro. La heroína cae de las primeras con las piernas destrozadas por una ráfaga; eran las once de la mañana; desde el lugar en que ha caído arenga a los suyos y les grita "¡Adelante valientes...!"; todos se defienden como fieras solo a pedradas y con sus rejones, pero nada tienen que hacer ante las balas y los sables de la caballería que los decapitan y destrozan. Capturan a la heroína y la obligan a que delate quiénes son los cabecillas, pero ella por toda respuesta grita: "¡A luchar hasta morir compañeros!". Irritados los invasores la amarran al pie de una tapia y la fusilan. Los pocos guerrilleros inermes, que aún quedan, son acribillados a balazos; luego avanzan a Huancani donde incendian la iglesia, la casa municipal y las construcciones importantes después de saquearlas. Los pocos habitantes que quedan con vida, ocultos entre los sembríos, al alejarse los chilenos, recogen los cuerpos de los que se inmolaron y les dan cristiana sepultura en el cementerio; entre los caídos se encuentran: Santiago Yupanqui, Pedro Calderón, Pablo Yupanqui, Pedro Centeno, Rafael Centeno Maraví, Agustín Aranda y León García, entre muchos otros.

La hazaña de Leonor Ordóñez ha llenado de justo orgullo a su ciudad natal y de merecida gratitud y admiración a todos los pueblos del valle y del Perú. Su tierra lleva hoy orgullosa su nombre: "Distrito de Leonor Ordóñez", su capital Huancani, creada por Ley el 27 de setiembre de 1920.

Hemos gestionado y conseguido que el Centro de Estudios Históricos Militares del Perú ordene que los restos de Leonor Ordóñez, inmediatamente, sean llevados a la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico. Hoy ocupa allí un hermoso sarcófago de mármol blanco en representación de la Rabona y combatiente peruana. Fue llevada el 6 de setiembre de 1988.



VI

CONTRAOFENSIVA DEL EJERCITO DEL CENTRO

1. EL GENERAL CACERES AVANZA DESDE AYACUCHO

Alertado el dispositivo guerrillero en todas las quebradas, incluso la del Rímac, controlada por Ricardo Bentín, el general Cáceres al despedirse de su tierra natal expide la siguiente proclama el 1 de junio de 1882.

"Soldados:

Habéis espectado una retirada que tiene pocos ejemplos en la historia militar. Habéis recorrido sin abrigo y sin zapatos doscientas millas en el interior del país. El frío intenso de la cordillera y el ardiente sol de las quebradas no han podido abatir vuestro espíritu que se ha manifestado superior a las contradicciones. Pero con esa campaña que concluye en las faldas del Acuchimay no hemos hecho nada todavía. La patria exige hoy de vosotros mayores sacrificios y penalidades; tenemos que volver al punto de donde partimos a fin de dar la batalla suprema al osado invasor y arrojarlo hasta la costa, para eterno escarmiento de Chile y gloria imperecedera del Perú. Aunque en pequeño número, estáis llamados a prestar grandes servicios al país. Las más difíciles empresas no son siempre acometidas con buen éxito por los más fuertes, sino por los más esforzados.



Máximo Tafur contaba con un batallón de regulares de 50 hombres, a los que debían unirse los efectivos organizados por los tenientes coroneles Arauco, Meza y Toledo enviados con anticipación a la margen derecha del Mantaro. La tercera columna bajo el mando directo del comandante en jefe, general Andrés Cáceres, disponía de los batallones *Zepita, Tarapacá, Izcuchaca*, y una fracción de artillería, obtenida en Bolivia, con once piezas y el escuadrón escolta. A estos se agregaron durante la última etapa de su recorrido, los guerrilleros de Acoria, Colcabamba, Huando, Acostambo, Pillichaca, Huaribamba, Pampas, Pazos, Tongos y otros.

El general Cáceres al despedir a los agrupamientos Gastó y Tafur les encomendó la misión general que deberían cumplir, sin entrar en detalles, como lo hacía Napoleón con sus generales: "Marchad y venced"; pero ninguno cumplió bien la misión.

El periodista Manuel F. Horta que se presentara en Ayacucho al general Cáceres "en busca de mi puesto entre los defensores de la causa nacional...", dice en la nota escrita que entrega al general:

> "Después de dos años de inacción, vuelvo a tomar mi puesto entre los defensores de la causa nacional, y sólo he cambiado de teatro; ya que el Perú no posee una escuadra para hacer la guerra al enemigo, yo, como todos los hombres que jamás desmayan en la defensa de una causa santa, me presento allí donde aún están latentes las tradiciones de odio al enemigo del Perú".

En Tarma al enumerar los hechos ocurridos en julio del 82, dice:

> "El historiador, mañana estereotipará en las páginas de la historia con letras indelebles, la epopeya nacional de las hazañas de hoy".

3. PLAN DE CONTRAOFENSIVA Y RECONOCIMIENTOS

La concepción estratégica de la contraofensiva del general Cáceres, a tenor de sus memorias, consistía en tratar de encerrar a la división chilena comandada por del Canto en el valle del Mantaro, para cortarle la retirada a Lima mediante un ataque frontal con el grueso de sus fuerzas, y un doble envolvimiento, en tenaza, para acosarlo en esa región mediante la ayuda masiva de los miles de guerrilleros alertados. (Maniobra estratégica de "ala",



El histórico puente de La Mejorada.

de doble envolvimiento, empleado por los grandes capitanes: maniobra de Cerros, Aníbal; sobre la espalda de Lodi, Castiglioni, Napoleón). Las columnas deberían actuar descentralizadas, casi independientemente, aunque obedeciendo a un plan general que buscaba un solo fin: encerrar y destruir a los chilenos en la región central.

Según el plan previsto, la partida de las columnas Gastó y Tafur, desde Izcuchaca, se realizó el 28 y 24 de junio de 1882, respectivamente, a fin de que tuvieran el tiempo necesario para realizar el amplio recorrido que debían seguir. Por esos días se intensificaron los ataques de los guerrilleros en la zona de Marcavalle para ocultar los reconocimientos, produciendo severas bajas a los chilenos, obligándolos a pedir refuerzos a Pucará. Entretanto el general Cáceres, incorporando la pequeña guarnición que dejó tras de sí en Izcuchaca, al mando de Tomás Patiño, procedió de inmediato a reconocer las zonas de Ancostambo, Ñahuinpuquio, Tongos, Pazos y Marcavalle, el resto del ejército pasó a Pazos el 30, lugar designado para campamento general o última zona de reunión. Allí tuvo conocimiento del encuentro que sostuvieron los montoneros de Pazos con 400 chilenos que disponían de tres piezas de artillería; el general Cáceres afirma:

> "salieron probablemente a hacer un serio reconocimiento para saber si mi ejército se hallaba en esos lugares, o ya para resarcirse del golpe dado el día anterior por guerrilleros a la guarnición de Marcavalle a los que obligaron a retirarse a Pucará".

Manuel F. Horta en un resumen que hace de las operaciones realizadas durante la contraofensiva de julio de 1882, publicado en el *Eco de Junín*, del 26 del mismo año, refiere:

> "Una de las glorias militares del general Cáceres es el reconocimiento que realizó sobre Huancayo. Acompañado únicamente de su escolta, recorrió todas las llanuras que rodean aquella ciudad hasta el punto denominado Chorrillos, atreviéndose a llegar hasta una altura que únicamente dista media legua de Huancayo, donde estaba el grueso del ejército chileno.
>
> En su reconocimiento pasó cerca de todas las avanzadas enemigas. Las alturas por donde pasaba estaban



> rodeadas de abismos cuya profundidad se podía apreciar lanzando piedras al fondo, transcurriendo un largo espacio de tiempo hasta que se oyese la caída. Es ésta una de las más grandes hazañas de la presente guerra".

El general Cáceres oteó como el águila a su presa.

Por su parte la señora Moreno de Cáceres refiere en su obra sobre estos reconocimientos:

> "Al acercarse a la zona próxima a los chilenos, durante la contraofensiva del 82, las fuerzas del general escalaron por rutas desconocidas y solo traficadas por pastores, para que no fueran vistas por los espías chilenos: TAN PRONTO PARECIA QUE LLEGABAN AL INFINITO, COMO OTRAS VECES PARECIA QUE SE PRECIPITARIAN A LAS TINIEBLAS..."

Por ese reconocimiento precisó la ubicación, cuantía y actividad de las fuerzas contrarias en ese sector. Vuelto a Izcuchaca el 29 de junio, proyectó al ejército sobre Ancostambo primero y sobre Pazos dos días después. Fue en este lugar donde el Brujo de los Andes ideó el plan de ataque para la columna principal sobre Marcavalle y Pucará, defendida la primera por la cuarta compañía del *Santiago*, al mando del capitán Diógenes La Torre. Según este plan, el coronel Manuel Tafur atacaría por la izquierda con la segunda división, 3 piezas de artillería y los guerrilleros de Acoria, Colcabamba, Huando, Acostambo y Pillichaca. El coronel Secada debía atacar por el centro, en dirección al cuello de Marcavalle, con el batallón *Tarapacá*, 4 piezas de artillería, los guerrilleros de Huaribamba y la primera columna de Honor de Pampas. El agrupamiento más numeroso, bajo el mando personal del general Cáceres, llevaría el ataque principal por la derecha, con los siguientes elementos: Batallones *Zepita*, *Izcuchaca*, escuadrón *Escolta*, 4 piezas de artillería y los guerrilleros de Pazos, Tongos y segunda columna de Pampas. Los guerrilleros de Cabrera y de Segura, al mando del coronel Gálvez, comandante general de las guerrillas, los voluntarios de Izcuchaca y otros cabecillas de guerrillas tenían por misión caer sobre la retaguardia enemiga realizando un largo rodeo, para cortarles el camino a Pucará. Otras partidas de guerrilleros deberían amagar, al mismo tiempo, la ruta de Pucará y Zapallanga. Así, en la tarde del



8 de julio, se impartieron las órdenes pertinentes y, después del rancho, se inicia la aproximación a las alturas de Marcavalle, cerca de la cual se vivaquea hasta la madrugada del 9 de julio, frente a sus respectivos objetivos.

4. SITUACION DE LAS FUERZAS ENEMIGAS

Al iniciarse la contraofensiva, el dispositivo enemigo era el siguiente: en Marcavalle la cuarta compañía del batallón *Santiago* en avanzada, bajo las órdenes del capitán Diógenes La Torre. En Pucará la 2da. y 3ra. compañías del mismo batallón al mando del capitán Pedro Pablo Toledo. En Zapallanga permanecía el resto del *Santiago*. En Huancayo se encontraba el grueso de las fuerzas chilenas bajo el mando del coronel del Canto. En Concepción guarnecía la recién llegada 4º compañía del *Chacabuco;* en Jauja permanecían dos compañías de la misma unidad. Otras compañías ocupaban Tarma y La Oroya.

En estas condiciones se iniciaría, pues, una de las contraofensivas más gloriosas de toda la guerra, aquel famoso 9 de julio de 1882, en que la valentía y el amor patrio harían invencibles a nuestros mal armados combatientes. Se diría que los primeros rayos de ese día trasmutó en oro las vengadoras puntas de las lanzas y picas de nuestros valientes guerrilleros, que así armados esperaban solamente la orden de ataque de su general. "Al romper el alba se dio la orden de ataque" y las tropas comenzaron a avanzar imponentes y orgullosas, sin hacer fuego. Al referirse a este momento solemne, Inostrosa dice:

> "Cuando todos los cuerpos hubieron tomado sus posiciones iniciales, el caudillo llamó a su lado al portaestandarte, hizo agitar altivamente al viento la bandera del Perú y dio a su corneta la orden de lanzar el toque de: ¡A la carga!. Junto con elevarse al son vibrante del bronce, picó espuelas a su caballo y se lanzó cerro abajo a galope tendido, gritando estruendosamente: ¡Adelante hijos de la sierra!. Un clamoreo ensordecedor subió amplificado desde el fondo de la hondonada, y la masa de combatientes serranos se abalanzó hacia el norte y entró al valle como una ola inmensa que llenaba de un costado a otro".

Así se iniciaba en Marcavalle la ansiada y la más gloriosa



contraofensiva de toda la guerra, aquel glorioso 9 de julio de 1882, mientras la columna Gastó, con los guerrilleros de Comas en la vanguardia descendían de las alturas a la misma hora, llevando en ristre sus invictos rejones en dirección a Concepción, deseosos de vengar tantos ultrajes y castigar ejemplarmente al invasor.

Por eso, con todo derecho, el 9 de julio de 1882 debe consagrarse orgullosamente como día del Ejército, porque en esa fecha un minúsculo ejército de 1,200 hombres, resto de las derrotadas fuerzas en la costa, convalecientes del flagelo del tifus, de la dolida retirada Chosica-Ayacucho y del desastre de Julcamarca, mal armada, peor vestida, con escasas municiones y vituallas, sin trenes de bagajes ni de combate, se enfrenta al poderoso invasor, tres veces superior en efectivos guerreros y pertrechos, y le derrota concluyentemente el mismo día en tres combates: Marcavalle, Pucará y Concepción, y, lo que es más significativo, lo lanza del corazón de la república, persiguiéndolo hasta la costa en su desastrosa fuga.

5. MARCAVALLE Y SEGUNDO COMBATE DE PUCARA

La unidad que exhibía uno de los nombres más gloriosos: *Tarapacá* fue la que avanzó más a prisa y rompió los fuegos cuando al alcanzar las avanzadas del *Santiago* cerca del cuello Marcavalle, escuchó: ¡Alto:...! ¿Quién vive?; una certera ráfaga de fusilería que cayó sobre los alarmados chilenos fue la respuesta. La sorpresa fue completa. Al escuchar esta primera ráfaga, y como estaba convenido, la artillería, emplazada en las alturas del cerro Curacán, comenzó a moler las posiciones enemigas; según el coronel Morales Toledo, subjefe del Estado Mayor General del Ejército, el primer cañonazo fue disparado por el propio general Cáceres; mientras los otros agrupamientos avanzaban incontenibles buscando desbordar los flancos de los defensores. La columna *Voluntarios de Izcuchaca*, pasó por las alturas situadas entre Pucará y Zapallanga. Los bravos del *Tarapacá*, al mando de su primer jefe, coronel Manuel Cáceres, se empeñaron a fondo trabándose en violento combate. Durante su avance demoledor barrieron con los puestos avanzados, y cuando estaban a punto de completar el cerco, los santiaguinos emprendieron precipitada fuga a Pucará, que se encuentra a 5 kms., dejando Marcavalle en



poder de los atacantes, con sus muertos y heridos regados en el campo, entre los que se encontraban el teniente José del Carmen Retamal y el subteniente Elías Garay. El enemigo abandonó sus posiciones sólo a los quince minutos de iniciado el combate. Perseguido por las compañías del *Tarapacá*, los chilenos con envidiable velocidad y resistencia alcanzaron Pucará, en busca de protección de las compañías que permanecían en ese lugar, al mando del capitán Pedro Pablo Toledo; allí trataron de ofrecer alguna resistencia con la ayuda de éstas y de un pelotón del *Yungay*, que, llamado urgentemente, había concurrido apresuradamente desde Zapallanga al mando del mayor Domingo Castillo; pronto la avalancha barrió con todos, cuando las fuerzas recién llegadas ocupaban posiciones. La columna *Izcuchaca* al mando del coronel Gálvez y los guerrilleros de Domingo Cabrera, rodeaban a gran parte de los chilenos, amenazando cortar la retirada al resto, mientras las fuerzas del coronel Secada los presionaba fuertemente; entonces, sin pensarlo dos veces, los chilenos dejaron apresuradamente sus puestos de combate y fugaron masivamente a Zapallanga. Fue tal el pánico que "olvidaron" todo, hasta los caballos que podían haberles ayudado a fugar. Las bajas peruanas fueron insignificantes; "sólo hemos tenido un muerto y tres heridos en Marcavalle" afirma el general Cáceres. En cuanto a las acciones sobre Pucará, el parte de combate dice:

> "al mismo tiempo los guerrilleros al mando del coronel Cabrera y la columna *Izcuchaca* del coronel Gálvez, con una celeridad increíble no sólo habían cortado la retirada de la guarnición de Marcavalle, que pereció toda, no sólo habían destrozado la guarnición de Pucará y habían ocupado la población, sino que pasando por el río sostenían un recio combate en Zapallanga"[1]

El coronel Morales Toledo, actuante, al referirse al desastre chileno en Marcavalle y Pucará, manifiesta:

> "Fue tal el empuje de nuestros soldados que sucumbieron los 150 hombres de Marcavalle, los refuerzos de Pucará y los mismos que concurrieron desde Zapallanga. Puede asegurarse como cosa evidente que el batallón

1. Ver tomo II, anexo 12.



Santiago, es decir el primer batallón del ejército chileno, fue completamente destrozado, habiendo muerto en la palestra su primer jefe, un capitán, varios oficiales y 150 soldados.

Daba horror ver el camino de Marcavalle a Pucará. Los cadáveres que sembraban el espacio de una legua, desnudos y lanceados por nuestros indios, ofrecían un espectáculo espantoso, sólo visto en la Divina Comedia".

En Marcavalle y Pucará el enemigo pudo ofrecer una tenaz resistencia, amparado en el enorme poderío de sus armas y abundantes municiones, y también en la magnífica posición estratégica que ocupaba. Recordemos que escasos meses atrás el general Cáceres se había enfrentado a toda la poderosa fuerza chilena en el mismo lugar con sólo dos compañías mal armadas y su escolta, habiéndoles infligido una vergonzosa derrota. En Pucará el general detuvo sus fuerzas para darle algún descanso y alimentación, así como para recoger y redistribuir el armamento y municiones capturados al enemigo, enterrar a los muertos, ordenando que se les diera sepultura especial con los honores correspondientes, a un jefe y cinco oficiales chilenos. Las pérdidas chilenas pasaron de 200; dejaron en poder de los atacantes 200 fusiles, buen número de pistolas, municiones, la caja del *Lautaro*, una bandera, el archivo del cuerpo, el rancho, caballos, vestuario, víveres y otros despojos de guerra. Poco después crecieron las bajas chilenas, entre muertos y heridos, a 300, más gran número de desertores. La columna *Izcuchaca* y otras guerrillas, fueron las encargadas de conservar el contacto y perseguirlos hasta Zapallanga. A las 4 p.m. alcanzaron este lugar y comenzaron a cercarlo; en este momento llegó el grueso de las fuerzas de Huancayo, con los batallones *Lautaro*, *Chacabuco* y *carabineros de Yungay* al mando del propio del Canto; éste intentó una carga por los flancos con la caballería, pero pronto fue contenido y rechazado, causándole severas bajas, una vez más intentó realizar un contraataque con los batallones, pero fue definitivamente rechazado huyendo a Huancayo[2]. Mientras tanto los guerrilleros de la región seguían llegando a reforzar a los atacantes; el dato de

2. Ver tomo II, anexo 13.



la iniciación de la contraofensiva que había volado por todo el alertado valle, puso en acción a las guerrillas de la zona; así concurrieron a Pucará los guerrilleros de Chupaca, los de Sicaya a órdenes del coronel Domingo Lindo, y los de los pueblos aledaños; acudieron también a Concepción dos guerrillas de Chupaca, una a órdenes de José Cuevas y otra al mando de Félix Salvatierra; de Sicaya a órdenes del guerrillero Carlos Ramos; de Orcotuna, Mito, Sincos, San Jerónimo; los sicaínos alcanzaron el campo de batalla de Pucará, en el preciso momento en que lanzaban los contraataques los batallones chilenos. En mérito al brillante comportamiento de los sicaínos y al de su jefe durante la acción, el Congreso de la República otorgó a Lindo la medalla de oro que estableció por la ley Nº 232, para los vencedores de la batallas de Marcavalle, Pucará y Concepción en 1906. A Lindo se le entregaron el 3 de enero de 1907.[3]

Entretanto, mientras se alejaban derrotados, los jefes chilenos comentaban, a decir de Luis Alayza, "que de haber comandado Cáceres las batallas de San Juan y Miraflores, no habrían entrado a Lima".

3. Archivo Histórico del CEHMP.



VII

OPERACIONES DE LA COLUMNA GASTO

1. PARTIDA DE IZCUCHACA, RUMBO A COMAS

Por su parte, la columna Gastó, luego de su partida de Izcuchaca, enrumbó a Comas por las estribaciones de la cadena oriental, pasando por Pariahuanca la hacienda Aychana y el caserío de Pusaepampa y sus senderos abismales, para unir sus fuerzas a las de Ambrosio Salazar que, aureolado por la victoria de Sierralumi, había atraído a numerosos jóvenes de todo el valle, impotentes de acabar, a como diera lugar, con la pesadilla de la ocupación chilena; así se incrementó, con jóvenes capaces y veteranos de la guerra, la victoriosa fuerza comasina. El comandante Ambrosio Salazar afirma en sus memorias:

> "El 30 de junio llegaron a Comas las dos pequeñas columnas, mandadas por el coronel Gastó, a las que se incorporó de orden superior la columna *Cazadores de Comas* (llamada así hasta entonces), para constituir la División Vanguardia..."

Los efectivos que llevó Gastó a Comas eran muy pequeños. Salazar afirma: "Las fuerzas de línea arribaron con escasas municiones y sin parque".

A su llegada entregó a Salazar un oficio personal del general Cáceres donde le ordenaba ponerse a órdenes del coronel Gastó. En este documento le manifiesta "que tal medida levantaría el espíritu de los pueblos y reforzaría la fuerza efectiva del flanco



oriental". La columna *Cazadores de Comas*, dice Salazar, en esa fecha tenía un efectivo de 105 hombres, a los que se unió una fracción de 65 guerrilleros de Andamarca, bajo las órdenes de don Hipólito Avellaneda, con los que hacía un total de 170 hombres organizados.

En el mes de mayo, el comandante Salazar pasaba momentos muy difíciles en relación con el mantenimiento de la disciplina entre los comasinos. Resulta que habiendo obtenido obsequiadas algunas armas y municiones del hacendado alemán Pablo Ribeck, para entregarlas junto con las que había obtenido en la acción de Sierralumi, decidió distribuirlas entre los numerosos jóvenes capaces del valle que se habían enrolado, porque creía que en sus manos darían mejores frutos. Pero uno de los comasinos, llamado Eusebio Bazán, reveló a su paisano Vicente Buendía el plan de Salazar; entonces los comasinos que no tenían armas se sintieron ofendidos; el más exaltado fue Buendía que encabezó un motín contra Salazar y apresó a éste y al mayor Uladislao Masías, que acababa de llegar de Ayacucho enviado por el general Cáceres para asesorarlo, poniéndoles centinela de vista; luego trató de apoderarse del armamento. Felizmente la mayoría desaprobó esa conducta y puso en libertad a los dos jefes. Pero la situación de todas maneras era insegura. De allí que el 29 de mayo urgiera el envío de tropa de línea a esa localidad sin referirle lo sucedido. Tal el motivo por el cual, según Salazar, el agrupamiento Gastó se dirigió a Comas. Para entonces integraban el agrupamiento comasino, según revela el propio Salazar en los diarios capitalinos del 19 de marzo de 1936, los concepcioninos Manuel Bendezú, Rufino Meza, José Manuel Santos; y entre otros más, Juan N. Castillo, admirador de Salazar y de los comasinos por lo que se ganó el mote de "platillero de los comasinos". Consta igualmente en el archivo del CEHM del Perú que el teniente Felipe Muñoz formó parte de la columna de Comas y que peleó en Concepción al lado de ellos, mereciendo por ello la medalla de vencedor. Con él figuran también en la columna comasina los capitanes concepcioninos Crisanto Meza, organizador de los guerrilleros de Sincos, y Andrés Mandujano, igualmente galardonados. Otros jóvenes del valle se pusieron también a órdenes de Salazar, entre ellos se encontraba el valiente apatino Cipriano Camacachi que murió durante el asalto al cuartel, a quien Salazar designó como



Coronel Juan Gastó, discutido actor en la contraofensiva de julio de 1882. Murió en Huamachuco.

su ayudante. Los guerrilleros disponían de muy pocas armas; en su gran mayoría sólo contaban con hondas (huaracas), en cuyo manejo eran maestros, lanzas y lloques (mediano bastón, terminado en una especie de tuerca de fierro). Cargaban en bandolera un "hualqui" (especie de bolsa de cuero donde llevaban su ración de coca, llipta o cal, indispensable elemento, aunque les faltara lo demás); masticando coca cubrían durante las marchas extensas distancias o combatían incansables. Llevaban también una manta puesta en bandolera en la que portaban su frugal ración de rancho frío, consistente en papa u oca sancochada, mote, cancha y, en el mejor de los casos, un pedazo de charqui o queso. Como vestimenta usaban sombrero de lana (chuco) con una cinta encarnada, símbolo del guerrillero, una camisa de bayeta blanca con cuello cerrado y manga larga, un saco obscuro de bayeta; calzoncillo y pantalón de bayeta, el primero blanco y el segundo obscuro, ambos sólo hasta la rodilla; medias de lana de distintos colores; como calzado usaban el llanqui o shucui, confeccionado de cuero de vaca; casi nunca les faltaba su poncho, único abrigo, sobre todo en las noches cuando dormían generalmente a la intemperie; no conocieron ni usaron tiendas de campaña, carpas colectivas ni individuales durante toda la Campaña de la Breña.

En ocho días Gastó y sus oficiales impartieron instrucción militar, organizándolos por grupos y asignándoles sus respectivos comandos. De aquellos jefes de guerrilla sobresalieron Manuel Arroyo, Luis Chávez, José Gil, Gerónimo Huaylinos (muy audaz), José Mercado, Venancio Valdez y Nazario Valera, según afirma Ambrosio Salazar.

Entre los integrantes de la columna de Gastó se encontraban los mayores: Nicolás Berrospe de Cerro de Pasco; Pablo Bellido de Ayacucho; Manuel García y Andrés Avelino Ponce de Apata (estos dos últimos no estaban pues en la columna guerrillera de Apata).

2. PARTIDA DE COMAS DEL AGRUPAMIENTO GASTO

El 7 de julio el comandante Salazar, jefe de la plaza de Comas, expidió una proclama a sus fuerzas; en ella les dijo:



"...El dos de marzo, del año en curso, obtuvimos acá un espléndido triunfo, aniquilando una fracción del escuadrón *Yungay*. Entonces no tuvimos, como tenemos ahora, elementos bélicos, sólo teníamos galgas y unos pocos rifles; sin embargo, el triunfo nos perteneció por entero... En caso de que nuevamente hubieran atacado estas plazas los enemigos que actualmente se hallan en Huancayo, en número de 4,000 hombres, sólo nuestras peñas habrían rodado sobre ellos para destrozarlos como ayer... Y habríamos sucumbido en nuestra trinchera envueltos en nuestro sangrante pabellón. Tal fue el juramento que hicimos".

"El ejemplo dado por nosotros a los pueblos de la zona, el dos de marzo en Sierralumi, ha sido el toque general para éstos y ha producido óptimos frutos; casi todos se han levantado en armas contra los araucanos".[1]

El 8 de julio el agrupamiento Gastó abrió campaña sobre el valle ocupado por el invasor, con los siguientes comandos:

Jefe: coronel Juan Gastó.

Unidades: batallón *Pucará*, comandado por el teniente coronel Andrés Freyre, batallón *Ayacucho* a órdenes del teniente coronel Francisco Carbajal, Columna Comas tenía como jefe inicialmente al teniente coronel Mariano Aragonés, reemplazado en Lastay por el teniente coronel Ambrosio Salazar (Aragonés siguió a Izcuchaca, por no estar de acuerdo con Gastó que aceptó el ataque a Concepción). Como 3er. jefe iba el mayor Vladimiro Masías. Los minúsculos batallones tenían sólo un efectivo de 50 hombres cada uno con una dotación de 60 cartuchos por combatiente; no disponían de tren de combate. La Columna Comas tenía un efectivo de 170 hombres (105 comasinos y 65 andamarquinos).

Salazar afirma:

"La división mencionada, aunque impropiamente llamada tal, por su pequeñez, dejó Comas el 8 de julio, saliendo a la zona ocupada por el enemigo, con el fin de orientarse sobre el paradero del general Cáceres que regresaba de Ayacucho..." [Además, los comasinos sobrevivientes afirmaron:] "...marchamos en compañía del jefe,

1. Ver Tomo II, anexo 29.



coronel Gastó, en dirección a Ayacucho a sumarnos a los famosos núcleos de la Breña".

Agrega Salazar:

"El 9 de julio prosiguió su marcha la división Gastó tomando rumbo al sur, a cierta altura, con el objeto de acercarnos a Marcavalle, punto avanzado de la ocupación chilena, donde según conjeturas fundadas se efectuaría el primer combate entre las avanzadas chilenas y las fuerzas peruanas que regresaban de Ayacucho".

En la noche de ese día llegaron a San Antonio; en este lugar se inició un *impasse* con el comando, como consecuencia de una nota recibida del obispo Teodoro del Valle que se encontraba en Ocopa, por intermedio del mensajero Crisanto Meza, que luego pasó a ser ayudante de Salazar. Este comenzó a pedir a Gastó que se atacara de inmediato a la guarnición chilena de Concepción, según Salazar, Gastó se negaba aduciendo que había recibido órdenes de evitar todo contacto con el enemigo hasta recibir nuevas órdenes del general Cáceres. Afortunadamente, el agresivo ardor de los comasinos que Salazar encarnaba, hizo posible aprovechar la oportunidad que el destino brindaba para aplastar a la guarnición de Concepción[2]. De tal *impasse* se hace eco la versión oral de testigos presenciales como el subteniente Juan Nicanor Castillo de Concepción y los señores Luis Chávez y Manuel Arroyo de Comas, confirmando lo que Salazar dice en sus Memorias. Sucedió que dicho día llega al campamento de San Antonio el mensajero del obispo Manuel Teodoro del Valle, por el cual el Comité Patriótico de Resistencia anunciaba la próxima evacuación chilena de la sierra central. El obispo era de opinión que se atacara cuanto antes a los chilenos. Se imponía pues, según Salazar, el ataque inmediato al reducto enemigo más cercano. Los pedagogos Esteban Zanabria, que aún vive, y Lorenzo Alcalá Pomalaza aseguran que fue el mensaje del obispo el que influyó en Salazar para insistir en el ataque a Concepción. Al día siguiente, 9 de julio, el agrupamiento Gastó se pone en marcha al sur por Santa Rosa de Ocopa, Alayo y Quichuay, según refiere el mayor concepcionino Melchor Ramírez, segundo jefe del

2. Ver la reseña "Concepción" en la pág. 368..



P*ucará*[3]. Pero a mitad del camino, pasando Quichuay, en la pintoresca planicie de Lastay, situada a 100 metros al este del pie de los cerros Alto Perú, sobre el camino de herradura que de Ingenio y Quichuay conduce a Concepción, donde se ha dado el alto para tomar el rancho frío, Salazar emplaza a Gastó manifestándole "que se encontraba exactamente a la altura de Concepción y que debería resolverse, si se atacaba o no esa plaza ocupada por la guarnición chilena". Ante la tenaz insistencia de Salazar, Gastó hizo reunir a los jefes de cuerpo para un consejo de guerra. Ante ellos Gastó insistió que las instrucciones recibidas del general le obligaban a mantenerse a la defensiva. Por su parte Salazar[4] insistió en atacar a Concepción pues "las fuerzas a su mando las había organizado con ese propósito y que si no aceptaban atacar, él lo haría por su cuenta con sus fuerzas". En ese momento, según afirma el mayor Ramírez, el mayor Luis Lazo, que permanecía cerca sin tomar parte en el consejo, intervino para decir: "Señor comandante Salazar, yo lo acompaño en su empeño de ataque, he venido a pelear con los enemigos de mi patria, y no a mantenerme a la defensiva". Y antes de que otros jefes hicieran lo mismo, Gastó decidió asaltar la plaza en la madrugada del día siguiente. Pero ese temperamento tampoco fue aceptado, pues querían el ataque "incontinente", cosa que tuvo que aceptar Gastó en buena hora. Eran las 3.00 p.m.; los pormenores del consejo de guerra y el acuerdo final después de una prolongada discusión, aparte de lo que Salazar dice en sus memorias, los publicó el mayor Ramírez en el Nº 26 de la revista P*erú* de Tarma, del mes de setiembre de 1882. Cuando el comandante Ambrosio Salazar comunicó a la fuerza guerrillera, comasina y andamarquina, la orden de ataque inmediato a la guarnición chilena de Concepción, un clamoroso vocerío de ¡viva el Perú! y ¡muera Chile!, ¡adelante, a Concepción!, llenó de uno a otro ámbito la pequeña quebrada de Lastay; y entre esa euforia patriótica, que llenaba esos corazones breñeros, llegaba también para muchos comasinos y andamarquinos, el anuncio del último día de su vida; acaso para ellos no habría otro esplendoroso amanecer andino; pero más erguidos, amenazantes y con sus

3. Ver tomo II, anexo 14.
4. Ver reseña "Don Ambrosio Salazar y Márquez", pág. 372.



vengadores e invictos rejones en ristre, iniciaron, en dirección a Concepción, la que sería su última marcha, pero seguro camino de la fama y de la inmortalidad.

3. AVANCE SOBRE CONCEPCION

Los guerrilleros avanzaron, pues, en pos de su presa, llevando en la punta de sus invictos rejones, un laurel más para la corona de gloria de Concepción.

No bien el agrupamiento Gastó rompe la marcha sobre Concepción, la expectativa guerrillera se puso al arma en todas partes. A las 4 p.m. se acopla la guerrilla de Vilca, y minutos después, las de Quichuay, Alayo y Santa Rosa de Ocopa que se alistaron al paso de la Columna de Gastó, al mando de Eduardo Salazar, hermano de Ambrosio. En las inmediaciones de Concepción cundió también la alerta. Pues tan luego se inicia la marcha a Concepción, Juan Castillo y otros concepcioninos que siguen a Salazar se desprenden de la columna, se adelantan veloces al pueblo; sin embargo flotaba en la atmósfera la intuición de que al declinar ese magno día, una compañía del *Chacabuco* iba a ser ejemplarmente castigada por los abusos de toda una división homicida, que había osado hollar la patria chica de los hombres de la breña.

Conviene destacar la afirmación de Salazar, en sus memorias, de que la columna Gastó salió de Comas con dirección a Izcuchaca y no a Concepción, y al encuentro del general Cáceres; que la nota del obispo cambió el rumbo de marcha de la columna; y que el combate de Concepción se decidió en Lastay, hechos que confirman varios documentos. A todo esto agregaremos que el ataque a la guarnición de Concepción se originó en la acción de Sierralumi. Y quizá, como lo afirma en sus memorias Salazar, "Sin el movimiento de Comas del 2 de marzo de 1882, no habría habido resistencia en el centro, ni Combate de Concepción". Al aproximarse a Concepción el coronel Gastó y el comandante Salazar, que conocía el terreno, sobre la marcha acuerdan su plan de ataque; Salazar "era el único jefe que conocía palmo a palmo la topografía de la ciudad" y la quebrada del "Pishtaco", antes de culminar las alturas de Matinchara; se tomaron las disposiciones definitivas, orientando a cada cual sobre sus objetivos. Luego los



Teniente coronel Ambrosio Salazar, vencedor en los combates de Sierralumi, en Comas, Concepción, San Juan Cruz de Tarma y segundo combate de Concepción



guerrilleros descendieron por los cerros de Matinchara y León (o Leonío) a la ciudad, a paso de carga, en tanto que las unidades de línea bajaban por las alturas de Piedra parada, al noreste de la ciudad, en la dirección del camino de Quichuay, completando el cerco previsto a la guarnición.

4. SITUACION DE LOS CHILENOS EN CONCEPCION

Desde la llegada de éstos al valle, en Concepción permanecían dos compañías del *Chacabuco* (primera y quinta) al mando del mayor Quintavalle, que pasó a Huancayo con la primera compañía a fines de junio; quedó como jefe de la guarnición con la primera compañía el capitán Alberto Nebel hasta que fue relevado por Carrera Pinto, que vino de Huancayo el 5 de julio por orden de del Canto, con la cuarta compañía de la misma unidad. Nebel pasó a Jauja el 6 de julio, llevando numerosos enfermos con tifus, que habían sido dejados para que se restablecieran; los enfermos fueron llevados en camillas por los guerrilleros prisioneros, que iban atados del cuello, pies y manos unos con otros. De manera que el teniente Ignacio Carrera Pinto y los subtenientes Pérez Canto y Cruz permanecieron en Concepción sólo desde la tarde del 5 de julio; el subteniente Julio Mont Salamanca pertenecía a otra compañía y se quedó por encontrarse enfermo; con él quedaron también nueve soldados enfermos de otras compañías del *Chacabuco* y uno del *Santiago* llamado Pedro Gonzales, según Inostrosa; pero Ahumada Moreno afirma que quedaron también soldados de otras unidades. Salazar afirma que eran cuatro oficiales y 65 soldados. En guarnición quedaron además tres mujeres chilenas al cuidado de sus maridos enfermos; una de ellas se encontraba en avanzado estado de gravidez; otra tenía un hijo de más o menos cinco años; y una tercera era cantinera "muy encariñada con La Concepción".

La fatídica ocupación chilena llenó de dolor, oprobio y miseria a Concepción; desde su llegada comenzaron a esquilmar a la población con los cupos para su mantenimiento. El Dr. Luis M. Duarte que reemplazó al coronel Juan E. Valladares el 10 de marzo de 1882 en la alcaldía, refiere los pormenores de esa ocupación.



"Encontré en Concepción un destacamento de 200 hombres –había dos compañías al mando del mayor Quintavalle–. Todas sus exigencias debían ser satisfechas por la municipalidad cuya jurisdicción no abrazaba más que pocos pueblos; era muy pesada la carga para una ciudad naciente donde el comercio pertenecía a los neutrales. Ese municipio exiguo no solamente tenía que mantener una guarnición doble, sino satisfacer las inagotables demandas de todos los oficiales en tránsito de Lima a Huancayo y viceversa".

"No podía, no pudo la municipalidad hacer frente a esta situación. El rancho se componía de tres platos en el almuerzo y dos en la comida, café en el desayuno y en la tarde, además del vino y la cerveza para la oficialidad. La provisión tenía que estar repleta de carne, pan, grasas o manteca, papas o yucas, hortalizas, y cebolla por mayor, leña, arroz o frongollo, fideos o tallarines, chancaca, sal, café molido por mayor, azúcar, velas de estearina, huevos y vino".

"El alcalde municipal, señor Valladares Juan E., hizo frente haciendo un donativo de 40 mil soles que agotados tuvo que abandonar la municipalidad, por cuanto también tenía que pagar sus acotaciones en Jauja y Huancayo".

"La aflictiva situación de la ciudad me impuso de encargarme de la alcaldía, no sin luchar mucho con los vecinos que tanto me encarecían... El monopolio del comercio por los extranjeros durante la expedición chilena fue tirante, desde que los hijos del país no podían tener nada".

"Un ejemplo bastará. Por el quintal de azúcar pagaba la municipalidad quinientos billetes al contado, y por arroz S/. 400, siendo así que el de azúcar costaba en Lima S/. 70 al mayor tipo de cambio, entonces, y 60 el arroz...".

"Fuera de su brigada que tenía que devorar todo potrero con 800 caballos y acémilas. Fuera del extraordinario consumo de carne. El pueblo veía cerca el flagelo del hambre con la desaparición de los rebaños y las sementeras".



5. EL PRIMER COMBATE DE CONCEPCION

9 de julio de 1882, fecha ansiosamente esperada para la vindicta, holocausto de un pueblo para ceñirse una vez más la corona de gloria. Día de dolor, de lucha con saña, de torrentes de sangre derramada. Concepción al amanecer dormido se alzaría gigante, para dar un ejemplo imperecedero de cómo se debe combatir contra el invasor del suelo patrio.

Cuenta la tradición que el primero en llegar, con sus altivos y desafiantes guerrilleros, fue el valiente Vilca de Lastay. El ataque sorprendió a los chilenos, dispersos en la plaza, en el hotel del italiano Nicola Guiolfo, en las calles y hasta en los alrededores de Concepción. Según contó después el concepcionino Adolfo Coca, Carrera Pinto y otro oficial se servían una "copita de fino licor" en una tienda del actual jirón 9 de julio, a 30 m. al norte de la plaza, cuando escucharon el estruendo del ataque. Carrera Pinto y el oficial corrieron a la esquina de la plaza y, desde ese lugar, contemplaron alarmados el descenso a la plaza de los guerrilleros dando gritos de viva el Perú; corrieron al centro de la plaza y allí contemplaron aterrados que las fuerzas de Gastó descendían en orden y en varias columnas de las alturas de Piedra Parada. Duarte, entonces alcalde de la ciudad, testigo presencial de los acontecimientos que observó, narra varios pasajes de la Campaña de la Breña; al referirse a la iniciación del combate de Concepción dice:

> "Carrera Pinto era amigo de las distracciones. Ese día desde la 1.00 p.m. estuvo en una tienda situada frente a su cuartel que era la casa parroquial de la plaza. Es inexplicable cómo no hubiese distinguido las partidas de gente armada que bajaba del cerro llamado Alto Perú (Matinchara). A las cuatro de la tarde, más o menos, rompieron el fuego los peruanos desde una de las calles antes de la plaza, a su ruido, se levanta el capitán chileno, coge su espada que estaba en un ángulo, y parte atravesando la plaza bajo los fuegos".

Carrera llegó rápido y corriendo a su cuartel y comenzó a ordenar:

> "usted Pérez Canto, con los 20 primeros de la fila, ocupe la esquina norte. Usted Cruz, con otros 20 más la del noreste. Y usted Montt, con 20 más, la esquina del sureste.



Yo me ubicaré con los 16 restantes en la del suroeste (camino a Huancayo)".

Escogió así para él el lado de menor peligro y todavía el único libre que permitía una posible fuga a Huancayo sin ser molestado. Carrera Pinto, según este dispositivo, actuó mal por temor, por ofuscación o por el deseo de mantener asegurada para sí la vía de la huida; debió elegir para él, el del noreste o suroeste de la plaza, para comandar su defensa, por ser estos lugares los de más peligro, los que eran invadidos ya por los guerrilleros. Además según este dispositivo de defensa adoptado, que sugiere Inostrosa, en el cuartel no quedó ningún soldado, no obstante que la parte posterior del mismo, por donde bajaban los guerrilleros, era muy vulnerable por las paredes bajas que lo rodeaban y, sobre todo, por estar casi al pie del cerro Matinchara del que descendía el grueso de los guerrilleros. Quedaron pues en el reducto para su defensa solo cuatro mujeres, una comenzaba a dar a luz por la impresión causada por el ataque, y un niño de 5 años. Luego de ordenar tal dispositivo de defensa, y mientras se ejecutaba bajo el mando de los clases, Carrera se reunió con sus oficiales en consejo de guerra, para decidir la conducta a tomar. Afirma Duarte: "Comenzado el combate, los cornetas tocaron ataque toda la noche".

Dice el doctor Domingo Verástegui que en la reunión se discutió

> "la disyuntiva de batirse en retirada o defenderse en el cuartel, resolviendo adoptar lo último, con la seguridad de recibir oportuno auxilio de Huancayo donde enviaron 3 mensajeros montados en los mejores caballos; pero aquellos perecieron antes de salir del barrio de Alapa".

El acuerdo tomado se basaba en la esperanza de que pronto serían socorridos por las fuerzas de Huancayo; pues del Canto en nota reciente les había comunicado la posibilidad de una pronta evacuación del valle, informado por su servicio de inteligencia del posible levantamiento general de los pueblos. Iniciado así el combate eran momentos en que las piedras se convertían en armas más mortíferas que las balas. El primer chileno que murió en el combate "con la cabeza abierta por una pedrada" fue un soldado del grupo mandado por el subteniente Montt. Y es posible que a hondazos se derribara al sargento Manuel Silva y a los



soldados Avelino Holguín y Rafael Otárola que, comisionados por Carrera Pinto, trataban de abrirse paso a caballo en dirección a Huancayo. Es posible también que fueran los mensajeros a que se refiere el doctor Verástegui. Perteneciendo a la imaginación de Inostrosa el hecho de que Carrera Pinto haya podido contemplar horrorizado cómo, a la altura del cementerio, se les desnudaba y decapitaba. Con las hondas se les dio pues una buena batida de principio a fin. Para esto, las concepcioninas temerosas de que el combate se generalizara en todo el poblado, lo evacuan a prisa formando largas caravanas en busca de lugar seguro, como por ejemplo Ocopa o el Ingenio. A esa hora, según afirma Salazar,

> "se unió a esa fuerza don Asencio Salazar; tomada la plaza después de tres horas de combate, encabezó un grupo de patriotas constituidos por Andrés Mandujano, Rufino Meza, Santos Moreno, Santiago Manrique Tello, Dámaso Peña, Esteban Alzamora, Marcos Chamorro, Adolfo Coca, Juan M. Castillo, Ismael Carpio, Luciano Lizárraga, Mariano Villasante, Ricardo Cárdenas, Santos Moreno y otros, todos armados de fusiles; murieron Chamorro y Alzamora. Se apoderó en seguida de una de las torres de la iglesia, que dominaba el cuartel chileno, desde donde dirigió con el grupo que los acompañaba certeros tiros contra los araucanos."

Al mismo tiempo Salazar establece su cuartel general de operaciones en la casa del coronel Valladares (esquina noroeste de la plaza), donde también se instalan los primeros puestos de socorro. Entretanto la presión que ejercen, un tanto descoordinadamente, nuestros guerrilleros y soldados se estrella cruentamente con la cerrada defensa chilena. Los chacabucos bien parapetados disparan sobre seguro contra la masa ululante que arremete tumultuosa, guiada por su irrefrenable ansia de destrozar con sus propias manos a quienes masacraron con saña, violado sus mujeres, robado sus bienes e incendiado sus casas. Pronto los cuatro accesos a la plaza estuvieron sembrados de muertos, siendo ya numerosos los heridos, entre ellos el teniente coronel Francisco Carbajal, primer jefe del *Libre de Ayacucho*, que tuvo que ser retirado a retaguardia y reemplazado por el mayor Luis Lazo. Ya sobre las 5 p.m. Salazar decidió hacer más efectivo el ataque pero contando con la cobertura de los fuegos que los



vecinos del lugar hicieron desde techos y ventanas, contra los chilenos que eran obligados a no salir de su cuartel –el doctor Adolfo Bravo Guzmán dice, repitiendo una crónica publicada en Santiago: "Muchos habitantes del pueblo que poco antes brindaban amistad, comenzaron también a atacarlos por la espalda"–, el mismo que de inmediato quedó convertido en un verdadero fortín. A partir de entonces las horas de los defensores estaban contadas. Y más que en el esperado auxilio de las fuerzas del coronel del Canto, que en esos momentos se estaban batiendo en Zapallanga, lo único que contaba para ellos era vender cara la existencia. Ninguna unidad chilena, en todo el curso de la guerra, vivió más dramáticamente el inexorable dilema: si peleo muero si me rindo muero. La muerte golpeaba con su guadaña los muros de ese postrer reducto. Liberada la plaza, el doctor Domingo Verástegui, refiere en su folleto EL ECO DEL PERU (publicado en Concepción el 1º de marzo de 1942), anécdotas interesantes que revelan la actitud de la masa campesina local y de otros predios rurales de los alrededores (que asistieron a la feria local), frente al acontecimiento que allí se desarrollaba. En su concepto fue unánime su adhesión, los hombres cerraban filas y las mujeres los alentaban con canciones y refrescos. Las niñas y niños de Concepción, se dieron de alta como enfermeras y campaneros: "aquellas no olvidaron el ejemplo de las Toledo y éstos se creían hombres de edad viril", afirma Verástegui. Sobre las 5 y 30 p.m. quedó entablada una lucha de posiciones que, con la puesta del sol, se hizo indefinida. Con todo, tratando de economizar sus escasas municiones, los nuestros sostenían el fuego, principalmente desde las torres de la iglesia y desde la casa de don Luis Salazar, vecina al cuartel chileno, cubriendo las acometidas guerrilleras, cuajadas de ciega audacia y decidida valentía. Certeros disparos del enemigo ponían invariable fin a su arrojo.

El comandate Salazar recoge en sus memorias pasajes del combate de Concepción, publicados por testigos presenciales a pocos años de la acción; transcribimos algunos de ellos porque reflejan acciones verídicas, vistas y aceptadas por el propio conductor del ataque.

> "Los peruanos frente a la plaza, frente al cuartel, y los chilenos atrincherados; desde el interior de las cuatro ventanas del edificio, se hacen descargas de fusilería de



una y otra parte. De los nuestros corre sangre a raudales porque están a campo abierto, mientras que los chilenos están protegidos por las paredes, y de cuando en cuando por las ventanas que parecen bocas de fuego por los fogonazos de los fusiles chilenos que vomitan desolación y muerte".

"Los peruanos llegan en ese momento a la desesperación y a la temeridad. Los chilenos combaten encarnizados. ¡Adelante...! y los más desesperados se precipitan sobre los barrotes de las ventanas pretendiendo sacarlos a viva fuerza, para caer muertos al instante. Estos son reemplazados por otros tantos, mientras que de los costados de las ventanas, asidos de las paredes jalan los peruanos a los heridos. Las ventanas infernales siguen vomitando fuego y muerte. La lucha es porfiada, temeraria y desigual."

Entretanto la tarde caía, los fuegos parecen apaciguarse un poco; calma el fragor de la lucha. Los chilenos por esto creen que los nuestros desmayan, y de pronto abren la puerta del cuartel, avanzan haciendo descargas a la plaza, con un supremo esfuerzo, mas los asaltantes hacen resistencia luchando como leones embravecidos, y los lanceros con feroces acometidas obligan a los chilenos a retroceder nuevamente, y encerrarse otra vez en el cuartel. La noche comienza a cubrir con su negro manto aunando su luto a tanto duelo; tanto dolor... Mientras tanto, otros escalan las paredes del edificio por sus costados, muchos de ellos caen muertos; pero los que no mueren quitan los tejados dejando descubierta la paja que se empapa en kerosén desde la casa vecina, pues en momentos de desesperación, se concibe la idea de incendiar el convento (cuartel enemigo). El asalto y la resistencia, ambos a porfía, duran largas horas. La noche es tétrica, siguen las descargas con intermitencia y se hacen forados en las paredes del cuartel para dar caza a los chilenos, pero descargas de fusilería matan a los que más se adelantan en querer penetrar. Los enemigos están a quemarropa. Por entre los forados se insultan. Los peruanos les gritan: ¡Ríndanse!. Los chilenos responden: espérense cholos que ya no tardan en llegar nuestros refuerzos. Se oyen gritos, blasfemias. Las balas suenan por aquí y por allá. De pronto se ilumina el firmamento; es que comienza el incendio



del cuartel chileno. El fuego se aviva y apaga, al principio, hasta que se hace voraz e insostenible. Dice Salazar:

> "Los enemigos abandonaron el cuartel reducido a cenizas, a las doce de la noche y se refugiaron en el local contiguo, situado al costado izquierdo de la iglesia matriz, dejando en aquel lugar más de 15 cadáveres. Entonces, los peruanos se apoderan de la torre norte de la iglesia y desde su parte alta hacen descargas; se apoderan también de las paredes laterales del convento, reduciendo el círculo y parapetándose en los quicios de las puertas, pero llega el momento en que ya el fuego domina. En momentos de una de las refriegas, en la puerta del cuartel, Ignacio Carrera Pinto es alcanzado por una bala que lo hiere. Los chilenos desde ese momento, han perdido a su jefe, alma de la resistencia. Igualmente muere el subteniente Mont.
>
> Los chilenos no pueden volver a encerrarse en su cuartel porque el viento arrecia y aviva las llamas que lamen sus paredes; quieran o no presentan el pecho. Toda resistencia a puerta cerrada en el interior del cuartel, ahora es imposible. La lucha es cruenta, titánica, en medio de la más espantosa carnicería. Ya es la madrugada y la lucha aún continúa en todo su furor y no tiene cuándo terminar. Ha muerto el subteniente Pérez Canto. Es de día ... ya en la misma puerta del cuartel cargan a la bayoneta. Se enardecen los ánimos peruanos de ver tanta porfía y la lucha se hace cuerpo a cuerpo; los chilenos cargan a la bayoneta al ser acometidos por las lanzas de los nuestros, los cuerpos se ensartan en voraz exterminio. Algunos chilenos que de alguna manera habían logrado ampararse en esos momentos detrás de las puertas, desesperados salen, pero mueren frente a la casa del Dr. Juornes, hoy casa de los padres del subteniente Castillo. No hay perdón, todos mueren al empuje de las lanzas guerrilleras..."

A las 7.00 p.m. comenzaron a llegar a Concepción refuerzos guerrilleros del más diverso origen. Entre los primeros figuraban los de Apata, dirigidos por el teniente Víctor Cuenca, único merecedor de la medalla de oro, Emilio Barreto, Lino Huamán, Juan de la Mata, Estanislao Pariona, Francisco y Justo Ponce.



Concurren también al combate del 9 de julio en Concepción las siguientes guerrillas: de Chupaca al mando de José Manuel Cuevas (medalla de vencedor); otra guerrilla de Chupaca al mando de Félix Salvatierra (medalla de vencedor); de Sicaya la "Columna de guerrilleros de Sicaya" al mando del guerrillero Carlos Román (medalla de vencedor); guerrilleros de Iscos comandados por el capitán Gerónimo Vélez (medalla de oro) y Salvador Burgueros Valdizán. También concurrieron en la mañana del 10 los guerrilleros de San Jerónimo comandados por el coronel Melchor González e integrados por Emilio Santiváñez, capitán Santos Túpac Yupanqui, teniente Antonio Túpac Yupanqui, Vicente Ames, mayor Luis del mar, Timoteo Gamarra, entre otros. Poco después llegan de Orcotuna, comandados por el teniente coronel Teodosio López, su hermano Julián López, herido en el combate y que había peleado en abril del mismo año al lado de los guerrilleros de Jarpa; Martín Arroyo, que fue capitán de la cuarta compañía del batallón Concepci*ón Nº 27* (hizo carrera y alcanzó la clase de coronel); el capitán Francisco Portocarrero, con otra guerrilla de Orcotuna y de otros pueblos de la provincia de Jauja. Todos los enumerados se hicieron merecedores de la medalla de vencedores creada por la ley 232 del 8 de octubre de 1906. Integraban también la guerrilla de Orcotuna el capitán Víctor Modesto López, guerrillero Dionisio Paucarpura (muerto en el combate), según una nota que publica el pedagogo Demetrio López, el 31 de julio de 1916 en la VOZ DE JUNIN, editado en Lima mensualmente por los hijos del departamento. De Orcotuna asiste también al Primer Combate de Pucará, el capitán Antonio Arroyo, hermano de Martín, como integrante del batallón *Zepita Nº 1* (medalla de oro).

Llegaron también de Mito, capitaneados por Manuel Gutiérrez, Fidel Ledesma, Bernardo Lozano. De Ataura llegaron al mando del capitán Abel Bedoya Seijas. Los guerrilleros de Quichuay, Santa Rosa de Ocopa y Alayo, al mando del teniente coronel Eduardo Salazar y Márquez, teniente Medardo Vásquez Caicedo, Antonio Vera, jefe de una guerrilla de Quichuay, muerto en el combate (su esposa Bernarda Pérez recibe su medalla). José Esponda manda durante el combate a los de Alayo.

Los guerrilleros de Alayo Gerardo Vásquez y de Santa Rosa de Ocopa Tomás Atuscuri, que muere en el combate; la esposa de



N

S

San Juan de La Cruz (16 de Julio)

Tarmatambo (15 de Julio)

TARMA

LA OROYA

Yauli

Río Mantaro

Acolla

Yauli

Comas

JAUJA

Huaripampa

Llocllapampa

CONCEPCION

Mito

San Jerónimo

HUANCAYO

Chupaca

Sapallanga

Pucará (9 de Julio)

Marcavalle (9 de Julio)

Izcuchaca

Direcciones de ataque peruano — · — · — · — · —

Retirada Chilena + + + + + + + +

Combates de Marcavalle, Pucará, Concepción, Tarmatambo y San Juan de La Cruz

este último, Timotea Vásquez recibe la medalla. Por lo que toca a otras fuerzas guerrilleras que concurrieron al combate de Concepción, aparte de los mencionados, Salazar cita a los guerrilleros de Paccha que se unieron a los de Ataura; a los de Sincos que concurrieron a caballo con una columna impresionante. Indudablemente que al combate que duró 17 horas, según Salazar, concurrieron, sin excepción, de todos los lugares vecinos, deseosos de vengar tantos ultrajes recibidos. El subteniente Juan Nicanor Castillo asegura que la noche del 9 a 10 de julio había tal acumulación de guerrilleros que era imposible distinguir su origen. Mientras tanto, durante el combate, Carrera Pinto idea abrirse paso con desesperación hasta ganar el camino a Huancayo; aprovechando de la obscuridad y la confusión que la acumulación de las masas guerrilleras produjo. Efectuada la salida, después de haber regado la plaza con balas, salen de su reducto y tratan de alcanzar la vía de Huancayo que parte de la plaza; y por más mortandad que causaron, las murallas guerrilleras sucesivas que bloqueaban las calles adyacentes, resultaron infranqueables y por demás mortíferas para ellos; no quedándoles otra alternativa que retroceder hasta su base, totalmente abrumada por el contra ataque de los nuestros. El vano intento le había costado la vida a muchos de sus soldados. No transcurrió mucho tiempo sin que los guerrilleros concepcioninos se hicieran cargo de los campanarios y amenazaran hacer forados en las paredes del local. Entre ellos estaban Alzamora, muerto con Chamorro, Juan Castillo, Avelino Salazar, Emilio Salazar, Timoteo Sedano, Juan Santiváñez, Pedro Heredia, Antonio Cama, Claudio Santillana, Claudio Meza, Santos Salazar y Manuel Santos. Fue entonces cuando, sorpresivamente, se concretó una tregua no solicitada por las partes, en medio de la cual se advirtió que una tela blanca (afirma Salazar), sujeta a un palo, aparecía por una de las ventanas del cuartel. Los chilenos se rendían. Pero los guerrilleros, creyendo llegada la oportunidad de aniquilar a los sobrevivientes, se lanzaron sobre el cuartel, masiva y decididamente, con ímpetu de destruirlo todo y a todos... por lo que seguramente los sitiados se arrepintieron de rendirse y entregarse a los sitiadores, y abrieron fuego contra los que se acercaban. En esta acción pereció el intrépido jefe guerrillero Andrés Avelino Ponce de Apata y Juan de la Mata Zanabria, entre otros. "En el acto se avalanzaron 50



Comas, en el centenario de su victoria.





Monumento erigido por los hijos del lugar en homenaje a los vencedores del combate de Concepción.

hombres al recinto de los enemigos, como una jauría de tigres", con el deseo de acabar con ellos sin que les importe las pérdidas. Ponce, trasladado a la enfermería (el convento de Ocopa), murió a media noche del 10, asistido por fray Cornejo (fue sepultado en el cementerio de ese convento). La perdida oportunidad de poner fin a la resistencia chilena exasperó a los guerrilleros. Igualmente a esta hora treparon a las torres algunos comasinos; el más audaz de ellos fue José Mercado que disparaba frecuentemente al interior del cuartel descubriéndose peligrosamente. De pronto fue alcanzado por una bala enemiga, y rodó gravemente herido. Antes de morir se le escuchó decir:

> "¡Ah chileno!, te has vengado conmigo lo de Sierralumi, pero los indios mueren así y no se acobardan. Yo mismo busqué la muerte por defender mi pueblo y obedecer a mi general Cáceres..." (nota recogida por varios sobrevivientes).

Y Gastó con sus fuerzas mantenidas en cautela y casi expectantes hasta entonces, sintiéndose impotente para controlar a los contingentes guerrilleros, ordenó la marcha de las tropas de línea hacia el fundo de los Santiváñez, en Ataquichque y el Ingenio. Así terminó una jornada expectante, de magro apoyo y de dudosa eficacia, del tan decantado agrupamiento Gastó. Tal retirada, sin pena ni gloria, que no tuvo baja que lamentar –salvo la del comandate Francisco Carbajal, herido al iniciarse el combate, cuando se adelantó demasiado a sus tropas para observar al enemigo, "y unos cuantos desertores", como afirma Salazar en sus memorias; señalando que "eran las 6 p.m. y pocos minutos después"– es irónicamente comentada por el doctor Alfonso Bravo Guzmán: "Gastó se retiró con sus tropas para darles su descanso".

Dice en sus memorias Salazar:

> "El ayudante del coronel Gastó, capitán Revilla, me comunicó que, en su propósito de conservar intactas sus fuerzas en obedecimiento a instrucciones superiores, se retiraba a las alturas con sus fuerzas a pernoctar y procurarles rancho a sus soldados; también me comunicó que el teniente coronel Francisco Carbajal había sido herido".

No importaba que en Concepción las papas quemasen. Por su



parte el coronel Morales Toledo, en carta fechada en Tarma el 14 de agosto de 1882, dirigida al mayor Eleodoro Velasco, aduce que Gastó se retiró "porque le faltaban las municiones". Juan Castillo afirma que Gastó acompañado de una pequeña escolta volvió a Concepción cerca de las 10 a.m. del 10, cuando ya había perecido la guarnición chilena y se iniciaban los desmanes de los guerrilleros. Sea como sea, lo cierto es que por el parte oficial fechado el 22 de julio de 1882, según lo manifiesta el general Cáceres en sus memorias, Gastó,

> "marchando por las alturas este del Mantaro y torciendo en seguida por Comas, debía caer sobre Concepción y batir al destacamento enemigo que ocupaba dicho lugar";

cosa que, forzado o no, hizo sólo a medias, dejando solo a Salazar en la noche del 9 y retirándose; si no hubiera sido por Salazar, esa orden no se hubiera cumplido. No obstante la retirada de Gastó, como dice el coronel Arturo Morales Toledo, los guerrilleros insistieron en reducir a todos los sitiados. Por eso seguramente el general Cáceres los honra con toda justicia cuando afirma en el parte más famoso de toda la guerra elevado por él en Tarma el 22 de julio de 1882, sobre los combates de Marcavalle, Segundo de Pucará, Concepción y San Juan Cruz:

> "El 10 tuve conocimiento de la retirada emprendida de las fuerzas de Huancayo y la toma del cuartel de Concepción, donde pereció toda la guarnición chilena al brío de los guerrilleros de Comas mandado por el teniente coronel provisional don Ambrosio Salazar".

Insigne y concluyente honor para Salazar y los guerrilleros de Comas, citados preferencialmente como únicos vencedores del combate, donde no se menciona al coronel Gastó, jefe de la Columna, ni a sus batallones de línea Pucará y *Ayacucho* sino a los guerrilleros de Comas. Conociendo la retirada de la columna de Gastó, Salazar dueño ahora de la situación llamó a consejo de guerra (en la casa de Valladares) a los siguientes: Santiago Manrique, Daniel Peña, teniente Dámaso Peña, teniente Félix Tueros, Rufino Meza, Felipe Muñoz, subteniente José Román, Víctor Cuenca; ciudadanos Mariano Villasante, Cipriano Camacachi (apatino) que voluntariamente se enroló a las guerrillas de Comas y José Mercado (comasino), estos dos últimos murieron. Expuesta y aprobada la idea de incendiar el cuartel, Daniel Peña



ofreció 15 latas de kerosén para tal fin (anteriormente había donado rifles y cartuchos). Otro comerciante, Mariano Villasante, ofreció 12 latas de kerosén. Luego de acordarse que desde la casa de don Luis Salazar se vertería el combustible, procedieron a conducirlo allí Antonio Cama, Toribio Gamarra, Fernando Urrutia y Estanislao Vivas. Alrededor de las 10 p.m. y bajo la luz de las estrellas, se empezó a romper el tejado para derramar el líquido sobre la estructura de madera; en esta tarea cayeron Camacachi y Mercado, alcanzados por disparos hechos desde el interior (las únicas bajas de la columna Comas por muerte y 19 heridos que fueron curados en el convento de Ocopa), aparte de muchos otros guerrilleros anónimos. Así y todo, media hora después el cuartel chileno era una gigante hoguera. Y una ensordecedora algarabía saludó tan dantesco espectáculo. Al retirarse los chilenos, al patio interior, fueron hostilizados desde las torres de la iglesia y desde las paredes este del cerco interior. Poco después, por aquellas paredes los guerrilleros se lanzaron al asalto; pero fueron rechazados después de librar una feroz pelea cuerpo a cuerpo. Poco después la techumbre incendiada se derrumbó sobre las estancias abandonadas. Por el lado de la plaza los guerrilleros quedaban separados de sus enemigos, desde ese momento, por una infranqueable cortina de fuego, que sólo en la madrugada se fue extinguiendo. Por otra parte, a sugerencia de Villasante, entre las 2 y 3 a.m. se comenzaron a abrir forados desde la casa de don Luis Salazar para penetrar en el cuartel. Se habilitaron hasta 5 de ellos sin resultado positivo alguno. Muchas vidas costó este inútil esfuerzo. Evidentemente, para ambos bandos, esta noche de horror iba resultando fatídica. Mientras tanto, el incendio continuaba en todo el cuartel, avivado por el combustible, dando la impresión de una antorcha dantesca que iluminaba esa noche tétrica de horror y espanto. Estabilizada una vez más la situación, las primeras clarinadas del nuevo día iban perfilando un panorama siniestro y aterrador. Finalizaba así aquella larga y fatídica noche, de pertinacia en el ataque, de raudales de sangre, de desprecio por la vida, de obstinación en la defensa, de sed de venganza no saciada; allí nunca hubo una espera de ayuda más ansiada, ni retazo de suelo peruano cubierto de cuerpos de tantos héroes y tanta sangre, como en la plaza de armas de Concepción, aquel 9 de julio de 1882. Salazar afirma:



"entre los ciudadanos de Concepción que más se distinguieron en la lucha se recuerda a don Luis Salazar, Gregorio Peña, Timoteo Sedano, veterano del batallón *Concepción Nº 27*, que peleó en San Juan y Miraflores, Heredia, Mesías, Julián Santiváñez, Antonio Cama, Carlos Santillana, Crisanto Meza, Andrés Salazar y otros".

Con la llegada del alba del 10, se podía contemplar, como si se hubiera levantado el telón de un gran teatro, un escenario pavoroso y doliente donde se veían numerosos cadáveres de guerrilleros, que sostenían aún en sus rígidas manos los tizones humeantes o sus invictos rejones. La sangre desde hacía horas enrojecía alcantarillas y acequias, como si la tierra de Concepción fuera impermeable. Aquella victoria fue alcanzada a muy alto precio. Otra parecida y no habría quien la describiese. Pero eso no preocupaba a nuestros guerrilleros que, en torno a don Ambrosio Salazar, deliberaban el asalto final. A las 6 a.m., la guarnición enemiga se había reducido a 20 combatientes, alentados por las corajudas cantineras mapochinas. Salazar dice de ellas:

"Además fueron muertas también las mujeres de los soldados, por la irritación que causaba el que, en lo más recio del combate, animaran a los suyos en alta voz para que continuaran peleando...".

Desde esa hora el cambio de disparos se concentró entre las torres y el cuartel. Tal era la carencia de municiones por una y otra parte. Los chilenos desaparecían, uno a uno, de las chamuscadas ventanas, pero los guerrilleros seguían siendo blanco de su certera puntería. El concepcionino Marcos Chamorro fue uno de los muchos "palomeados" en aquellas circunstancias.

Igualmente fue alcanzado, en la torre norte, el guerrillero José Mercado, abanderado de la columna "Cazadores de Comas". Curiosamente, a pesar de haber peleado éstos de principio a fin, Ambrosio Salazar afirma, en dos cartas enviadas para su publicación en *El Comercio* de Lima y en *La Prensa*, así como en sus memorias, que Mercado y el apatino Camacachi, integrantes de su columna, fueron las únicas bajas por muerte, además de 19 heridos que fueron curados en la Cruz Roja del convento de Ocopa. Las dos mil bajas sufridas, entre el 9 y el 10 de julio de



1882, fueron pues de las filas concepcioninas y de los pueblos vecinos que acudieron presurosos a inmolarse por la patria en Concepción. Las escasas bajas en las filas comasinas quizá se debió a la pérdida del entusiasmo en el combate, por la partida de Gastó; esto los tuvo cautelosos durante el resto de la brega.

De otro lado, la indefinición del combate comenzó a preocupar a los veteranos del lugar. Por ello el teniente Félix Tueros partió a las alturas del cerro León para vigilar el camino de Huancayo. Y para otear el de Jauja salió otra patrulla. En medio de esa pasajera calma, apenas empieza el sol a entibiar el frígido ambiente serrano de julio, sobre aquel matadero se nota el presagio de una nueva tempestad. Cerca de las 9 a.m. los chilenos izaron un pañuelo blanco, símbolo de paz. Por segunda vez, y última, los chilenos se rendían. Sin municiones, sin fuerzas, sin esperanza de salvación, el capitán Carrera Pinto, el subteniente Cruz y 9 de sus soldados salieron de aquel recinto donde resistieron un asedio más allá de lo que es humanamente concebible, que admiramos y respetamos como soldados. Como una jauría de tigres, los guerrilleros se abalanzaron sobre ellos, sin que el mayor Manuel García, que no siguió a Gastó, quedándose con los guerrilleros de su pueblo, ni el subteniente Juan Castillo, nuestro informante, pudieran hacer nada en su defensa. Tras apoyarlos sobre un muro vecino los fusilaban sin más trámite, tal como ellos, los chilenos, estilaban. Después vino el desnudamiento, la decapitación o el descuartizamiento.

Los guerrilleros de Comas, que por segunda vez humillaban a los chilenos sin que estos hubieran podido hacer nada contra ellos, se enfurecieron: la embriaguez del licor y de la segunda victoria los desenfrenó y comenzaron a mutilar y destrozar los cadáveres. Sus increpaciones fueron las mismas que produjeron su sublevación, vengar a sus mujeres; entre actos antropófagos, decían a los cadáveres: ¡habla chileno, toma mojir!.

Entretanto, los heridos, las mujeres y los niños quedaron a merced de otros grupos de guerrilleros. A los primeros se les repasó, a las mujeres se les ultimó, a todos se les masacró inmisericordemente. En cuanto al número de ellas, algunos historiadores chilenos afirman que fueron tres mujeres de los soldados enfermos. Una nota publicada en El M*ercurio* de Santiago, del 22 de julio de 1882, asegura que eran cuatro. Según



Juan Castillo, desde algún tiempo atrás habían alrededor de cinco mujeres con los chilenos de las cuales una o dos eran peruanas. El coronel Morales Toledo que pasó por Concepción a dos días del combate, en la carta ya citada que envía al mayor Velasco, al referirse a las postrimerías del combate, le cuenta el siguiente pasaje recogido en el mismo lugar:

> "Un oficial chileno quiso escapar de la matanza, desnudándose e introduciéndose entre los muertos, pero este ardid, ley del honor, no pudo salvarle la existencia, porque los indios repasaron con sus lanzas la hecatombe y lo sacrificaron a su indomable y despiadado furor".

El teniente Felipe Muñoz, que peleó en las batallas de San Juan y Miraflores en las filas del batallón *Concepción*, publicó en 1929 en Lima, en la imprenta "El Inca", una obra con el título *EFEMERIDES*. De él recogemos estos pasajes que vivió durante el Combate de Concepción:

> "La lucha duró hasta el día siguiente lunes y terminó a las 11.00 a.m.; a esa hora vimos, desde la torre, rendirse batiendo paz con un pedazo de empapelado en la bayoneta de un rifle porque ellos estaban refugiados en el convento. Entonces hicimos señales a los guerrilleros para encorralarlos y tomamos posición del convento, y cerca de la puerta donde estaban estos enemigos vi tirado un rifle, yo traté de ir a recogerlo, cuando un compañero mío llamado Luciano Camargo del vecino pueblo de San Jerónimo, me tomó la delantera a coger el rifle, y del centro del convento le dispararon un tiro en la cabeza; me cambió la muerte instantánea.
>
> Después de esto entramos al convento, registramos a todos los muertos uno a uno; encontramos siete soldados vivos entre los muertos; declararon que se habían escondido por no tener municiones; todos fueron decapitados a machetazos.
>
> Ultimamente revisamos todos los lugares recónditos del convento encontrando a una peruana, mujer de un soldado chileno, que en la noche del combate había dado a luz a dos criaturas, la mujer salió desesperada a suplicarnos con las dos criaturas en los brazos que le perdonáramos porque su



compromiso no era voluntario sino forzado; estas súplicas no fueron aceptadas; lo primero que le hicieron fue arrancarle el vestido a pedazos hasta que quedó completamente desnuda; después le extrajeron las criaturas de los brazos y una se la arrojaron a la cabeza, y la otra cayó al suelo y lo recogió un compañero mío llamado Timoteo Sedano, capitán de ejército que combatió en las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores; y el deseo de salvar a la criatura le costó casi la vida; los guerrilleros se enfurecieron con él y le llenaron de insultos en su idioma....

El resultado final fue de lo más triste y pavoroso; a la pobre mujer desnuda le traspasaron el cuerpo a lanzazos y no conforme con eso la descuartizaron en seis partes a machetazos y pasearon estos restos por la plaza y calles en la punta de sus lanzas como trofeos de guerra".

"Terminado todo esto sacaron a los muertos que estaban amontonados en el reducto para cremarlos en la plaza; allí quedaron tendidos como carneros degollados, y así se quedaron porque no había kerosén, hasta que llegaron los enemigos que venían de Huancayo derrotados; entonces nos precipitamos a escondernos cada cual como pueda porque los chilenos llegaban corriendo a caballo desesperadamente con sus sables desenvainados; yo me escondí en los techos de la casa de don Juan de Dios Salazar que está en la plaza ...".

De *La Rabona* de Víctor Mantilla transcribimos un pasaje triste, ocurrido a una de estas infelices, en el interior del reducto, en las postrimerías del combate; dice:

"El cholo entró de los primeros al cuartel y se dedicó a buscar al que había seducido a su hermana; como casi no habían chilenos con vida, se dedicó a buscar entre los muertos al chileno, limpiando los rostros de los muertos. De pronto dio un grito de alegría, había encontrado al chileno buscado. Lo que siguió fue terrible... Con un largo cuchillo cortó la cabeza muerta y tomándola con la mano huyó con ella hacia donde sonaban aún lamentos de agonía y la algazara de los vencedores. Allí pasaba algo más trágico que lo sucedido en el combate. Varias mujeres peruanas y



chilenas, esposas o queridas de los soldados, alguna de ellas con hijos en los brazos, imploraban el perdón de los guerrilleros, que sin atender sus súplicas les clavaban con sus agudos rejones. Cuando el cholo portador de la cabeza cortada apareció ante este cuadro sangriento, una de estas infelices se arrojó a sus brazos clamando que la salvara y llamándole con voz alocada por el terror, su hermano. ¡Infeliz...! Donde esperaba la vida, encontró la muerte. Su hermano, arrojándola al suelo y poniéndole frente a sus ojos la cabeza que llevaba, la golpeó con ella en la cara, gritándole: ¡Toma tu chileno, mala hija...!, al que por ti pegó a mi madre y a mí; ve como me he vengado de él y cómo me voy a vengar contigo... Y con el mismo cuchillo, con que destrozara el cadáver pocos momentos antes, cortó la cabeza de la desgraciada que a sus pies tenía ya casi exánime por el terror".

Por todos estos bárbaros excesos, razón tiene Víctor Mantilla al afirmar que: "La ciudad de Concepción es la que ha presenciado más horrores en la sangrienta campaña del centro".

El párroco pudo salvar, con mucha dificultad, una criatura de pecho: salvándose también un soldado que, por haber desertado un día antes, permaneció oculto hasta la llegada del general Cáceres. El soldado era un bracero de la construcción de la vía férrea hasta Chosica. De entonces databa la amistad con su comadre, la concepcionina Martha Guevara, que lo protegió. Consuela saber que en medio de esta horrenda carnicería, no faltaron gestos de humanidad enaltecedora, colocados encima de la incomprensión y de las pasiones desbordadas. Según Salazar fue el teniente concepcionino Dámaso Peña quien salvó a la criatura, hija del soldado Zenón Ortiz. Además, el doctor Jesús Ponce Sánchez, en su folleto *El Asalto de Concepción*, publicado en 1965, aduce que fue el mayor Manuel García quien salvó a otro niño de 5 años de una muerte segura, llevándoselo a la grupa de su caballo hasta su solar en Apata, donde lo crió como a su propio hijo. Aquel niño llegado a su mayoría de edad se casó y tuvo una hija, Dolores Arenaza, cuyos nietos, Juan, Leopoldo y Máximo Acevedo Arenaza, son hoy apreciados vecinos del lugar. Conviene aclarar que el mayor García pertenecía al batallón *Libres de*



Ayacucho y habiéndose alejado su batallón con Gastó, posiblemente se quedó para seguir peleando al lado de sus paisanos de Apata.

No podemos dejar de subrayar que la más absoluta responsabilidad de los hechos abominables que en Concepción ocurrieron, recae directamente sobre el comando chileno que inició en nuestro suelo una guerra despiadada y sin cuartel, deshonrando para siempre a su nación. Por tanto, ninguna autoridad moral les es reconocida a quienes, desde Santiago, han calificado nuestra conducta colectiva, de aquella oportunidad, en los términos más oprobiosos. Nosotros tuvimos miles de Vilcas de Lastay, industriosos, trabajadores y pacíficos. Pero los chilenos hicieron de ellos feroces instrumentos de los más bajos instintos. Han pasado 100 años y aún continúa Chile sin espiar tan enorme crimen. El combate había durado más de 16 lacerantes horas, entre el 9 y el 10 de julio de 1882. En el parte que Salazar suscribe a la 1 p.m. del día, en el fundo Ataquichque de los Santiváñez, cerca al Ingenio, para elevarlo al coronel Gastó,[5] queda constancia de los servicios distinguidos prestados a su pueblo, durante el combate; así en sus memorias (parte del combate de Concepción), dice:

> "Algunos vecinos de Concepción se pusieron a sus inmediatas órdenes, con sus respectivos rifles, tomaron parte en el combate, ellos fueron los siguientes: don Manuel Peña, Ricardo Cárdenas, doctor Santiago Manrique Tello, Santos Moreno, Dámaso Peña, Esteban Alzamora, Marcos Chamorro, Adolfo Coca, subteniente Juan Nicanor Castillo, Ismael Carpio, Luciano Lizárraga, Santos Alzamora, Luis Salazar, Claudio Santillana, Julián Santiváñez, Antonio Cama, Crisanto Meza, Rufino Moya, Gregorio Peña y Mariano Villasante; de todos estos murieron en la acción, Chamorro y Alzamora".

A esta relación, el doctor Adolfo Bravo Guzmán (1943) suma los siguientes: Manuel Alcántara, Cayetano Bendezú, Arcadio Minaya, Felipe Muñoz, Emilio Salazar, Félix Tueros. Anota también Salazar que queda en poder de sus fuerzas, todos los despojos del enemigo[6]. En consecuencia, al abandonar Concepción a las 11 a.m., al mando de lo que quedaba de la columna Comas, no dejaba

5. Ver tomo II, anexo 1.
6. Idem.



atrás nada codiciable. Agrega Duarte:

> "Después de empapar todos sus rejones en los restos de los vencidos, emprendieron su marcha, ¡Qué insaciable encono causaron las ofensas del enemigo!".

En una carta inédita, que Salazar escribe el 18 de mayo de 1936, en su fundo Antalá para ser publicado en el diario *La Prensa* de Lima, dice que:

> "Sus montoneros son los que se batieron diecisiete horas en Concepción y perdieron en la refriega un capitán llamado José Manuel Mercado, otro capitán que pertenecía a la misma columna perdió la mano derecha y murió más tarde por causa de la herida, era natural de Apata" [Cipriano Camacachi que recibió la herida cuando levantaba el tejado del cuartel chileno para echar kerosén].

Igualmente afirma en la misma carta:

> "Antes debo decir que los montoneros tuvieron 19 heridos de bala que se medicinaron en el hospital de sangre improvisado por los reverendos padres de Ocopa en el mortuorio junto a la vaquería, y fueron curados por los médicos prácticos del convento; todos sanaron de sus heridas y se retiraron a sus pueblos con la satisfacción de su deber cumplido".

La citada carta inédita, escrita a mano, se encuentra en el Archivo Histórico Militar del Centro de Estudios Históricos Militares (CEHM del P.).

Caso muy curioso, según esta carta de innegable autenticidad, escrita por el glorioso vencedor del Combate de Concepción, los guerrilleros comasinos, perdieron sólo uno de sus combatientes (Mercado), a pesar de su reconocida audacia durante todo el combate. Salazar y los oficiales enviados por el general Cáceres a Comas hicieron de ellos eficientes combatientes. Cabe sí preguntar, de dónde salieron los centenares de guerrilleros que perecieron durante el prolongado combate; es posible que del propio pueblo y de los numerosos anexos vecinos, así como de los centenares de patriotas improvisados que acudieron de todos los pueblos del valle, ansiosos de vengar tantos ultrajes; cayeron y pagaron su inocencia y furor patriótico, porque actuaron sin dirección ni orden, como montoneros.



Los comasinos armados sólo de rejones y lanzas en su mayor parte, bien comandados y conducidos por Salazar, es posible que no entraran a la zona batida desde el reducto chileno, pues quien entraba en ella, irremediablemente era muerto; ellos esperaron el choque, última fase del combate, en el que el infante luce la bayoneta calada al fusil, o en el caso del guerrillero el rejón, para la lucha cuerpo a cuerpo con el pecho descubierto; éste no llegó porque los chilenos no abandonaron el reducto hasta el fin; así se explica que 19 imprudentes o audaces fueran heridos. De otra parte, Cipriano Camacachi era apatino, pero alistado voluntariamente entre los guerrilleros de Comas bajo las órdenes de Salazar.

Luego se produjo la dispersión de los montoneros, extraviados, de algunos pueblos que agravaron el ruinoso estado de cosas con los desórdenes que promovieron, rompiendo las puertas de las tiendas y saqueándolas a la chilena. Dando cuenta de este hecho en su parte, dice Salazar al coronel Gastó, que había retornado a esa hora a Concepción:

> "Pocos momentos antes ingresó U.S. a la plaza con las fuerzas de su mando y contuvo con energía los desórdenes de los guerrilleros que procedentes de los pueblos vecinos acudieron a última hora en masas considerables".

Es cierto que en el transcurso de la refriega se trasladó a los heridos a los puestos de socorro, de la casa de los Valladares o de los Peña y del médico francés Emilio Journés, lugares donde los médicos Ramón Tello y el propio Journés, hicieron todo lo posible por curarlos sobre charcos de sangre, en tablones o en el mismo piso de patios y corredores atestados. También es cierto que se trasladó a muchos en camillas improvisadas, cargados a lomo de bestia, hasta el vecino convento franciscano de Ocopa; lo cual motivó la cólera de *El Mercurio* de Santiago de Chile. En el diario *La Opinión Nacional* de Lima, se publicó algo acerca de esto cuando murió el P. Sala (1898). Así se decía:

> "Cuando se escriba la lucha desigual que sostuvieron cuatro años los pueblos del interior del Perú contra las huestes de Chile, no se podrá olvidar al R.P. Sala, cuya abnegación por hacer el bien y cuya caridad sin límites impuso respeto a los invasores... Ocopa era lugar a que habían acudido todos los pueblos circunvecinos para



> depositar sus pequeñas fortunas, sus animales de estimación, cuanto tenían en efectivo. Todos los que permanecieron en el convento salvaron sus pertenencias e intereses.
>
> En estas circunstancias, el padre Gabriel Sala, guardián del convento, y todos los demás religiosos de Ocopa tomaron la decisión de preparar un hospital de emergencia que funcionaría en la enfermería del convento y en cuanta celda desocupada que hubiese, con la finalidad de acoger a los heridos del combate de Concepción. Hizo distribuir alimentos y mandó que salieran los religiosos por grupos, tanto para asistir espiritualmente a los moribundos como para conducir a los heridos a la enfermería del convento, donde se les asistió con los auxilios necesarios.
>
> Fue el hermano enfermero de Ocopa, F.R. Manuel Cornejo, que lo era a la vez de muchos pueblos del valle del Mantaro, quien corrió con gran parte del peso de estas tareas humanitarias y cristianas, pues asistió personalmente a los heridos del combate de Concepción, entre otros al heroico apatino Andrés A. Ponce, enterrado en el cementerio de Ocopa".

Pero también es cierto lo que al pedagogo Demetrio López le refirió su padre, el comandante Teodosio López de Orcotuna, en el sentido de que

> "Concepción era un hacinamiento de cadáveres, donde por todas partes se oían los ayes y las maldiciones de los heridos moribundos reclamando socorro y donde el espacio parecía conmoverse con los gemidos sollozantes, los últimos suspiros los últimos encargos".

Este era el segundo holocausto que ofrecía Concepción a la patria herida.

6. RETIRADA DE LAS FUERZAS DEL CORONEL GASTO

Como vimos, en Lastay las fuerzas del coronel Gastó fueron obligadas a intervenir en el combate de Concepción; en estas condiciones, y teniendo en cuenta que él había declarado tener órdenes precisas del general Cáceres de no comprometer sus



efectivos y de mantenerse siempre a la defensiva, como recomendaba también al comandante Salazar al contestar el parte que elevó del combate de Sierralumi, su actitud fue consecuente con esta orden. Si tomó la decisión de intervenir en el ataque a Concepción obligado por las fuerzas de Salazar, fue seguramente para no perderlas. Por eso, y porque, según afirma Salazar, "estaba tan desprovisto de municiones", seguramente su conducta en el empleo de sus fuerzas de línea en el combate fue muy prudente y de dudosa eficacia, podría decirse expectante; se limitó durante la acción a apoyarlas con su presencia y escasos fuegos, más moral que materialmente. De lo contrario si las fuerzas de línea hubieran atacado decididamente con la ayuda masiva de los guerrilleros, tomando por su cuenta la dirección del ataque, no se habría dilatado tantas horas la resistencia. La acción principal fue pues realizada por los guerrilleros, que escasos de armas y municiones, o simplemente con rejones, picas, lanzas u hondas, condujeron de principio a fin el combate. Esta actitud de las fuerzas de línea ha dado lugar, por otra parte, a que los chilenos ponderen al máximo una supuesta obstinada resistencia contra las fuerzas de línea del orden de dos batallones, y que, pelearon además contra miles de guerrilleros. La prueba de la casi nula intervención de Gastó se demuestra con el hecho de que sus fuerzas no tuvieron ninguna baja en sus efectivos, salvo la del teniente coronel Francisco Carbajal que fue herido de bala al principio del combate, cuando se adelantó demasiado a su batallón, hasta muy cerca de la plaza, para enterarse de la situación del enemigo. Al referirse a la retirada de Gastó, el teniente coronel Ambrosio Salazar anota en su parte de combate que eleva por intermedio de aquel al general Cáceres:

> "... El ayudante de usted señor, capitán Revilla, me comunicó que U.S. en su propósito de conservar intactas sus fuerzas, en obedecimiento a órdenes superiores, se retiraba a las alturas, a pernoctar y procurarles rancho a sus soldados".

Esto sucedía, según Salazar, más o menos a las 7 y 30 p.m. del 9.

La retirada de Gastó ha provocado severas críticas, justificadas o no, contra él, por su expectante y calculada intervención en



el combate. Basándonos en la misión que debió cumplir, según la concepción estratégica y plan de ofensiva del general Cáceres, Gastó no tiene atenuantes que lo salven de la responsabilidad por su casi nula intervención en el combate. Encontrándose en condiciones inmejorables para cumplir con la parte más esencial de su misión, la de cortar la retirada del grueso, como lo intentaron hacer poco después los guerrilleros de Concepción, no lo hizo, retirándose de la localidad, sea porque no interpretó bien la misión, acaso porque no se sintió con las fuerzas suficientes para cumplir su difícil misión. Pero pensamos, sin embargo, que si se hubiera quedado en Concepción, para tratar de cortar la retirada al grueso de las fuerzas chilenas, con su mal armada fuerza, intentando un ataque por la retaguardia, habría sido molida por las fuerzas enemigas enormemente superiores en número y, sobre todo, en pertrechos, así como por sus ansias de fuga; además, la acción prevista sobre la espalda del enemigo habría fracasado por la falta de presión frontal del grueso de las fuerzas peruanas que, inexplicablemente, se detuvieron en Huancayo más de un día, no obstante la desastrosa fuga del invasor. Empero, una vez más nos vuelve a asaltar la duda sobre si la misión de Gastó no fue ésa, como lo afirma Salazar, principal actor del combate de Concepción, y el propio Gastó en el sentido de que la orden recibida del general era la de mantenerse estrictamente a la defensiva; entonces, si ésta hubiera sido la orden recibida, diremos que Gastó cumplió a cabalidad la orden del general Cáceres, sorteando prudente y hábilmente los problemas que se le presentaron intempestivamente, como ya vimos. Por otra parte creemos que quizá el general impartió instrucciones para mantenerse a la defensiva, en espera de órdenes teniendo en cuenta que cualquier enfrentamiento con el invasor, sin contar con suficientes fuerzas, estaba destinado irremediablemente al fracaso en vista de la absoluta inferioridad numérica y, sobre todo, de la abrumadora superioridad en armas y experiencia combativa del enemigo. Parece pues que buscó actuar masivamente con todos sus fuerzas reunidas cerca a Marcavalle, por lo que siempre recomendó no emplear ninguna fuerza aisladamente. Por otra parte, sin embargo, es muy significativo recordar lo que dice el general Cáceres en el parte oficial que eleva sobre los combates de Marcavalle, Pucará, Concepción y San Juan Cruz,



en Tarma, el 22 de julio de 1882.[7] Dice:

"... regresé a Izcuchaca y ordené la inmediata movilidad de las diferentes divisiones de línea, a la vez dispuse que el coronel Gastó con dos columnas ligeras de infantería, marchara sobre Comas por la derecha de Huancayo a organizar las guerrillas de ese lado y situarse convenientemente entre Jauja y Concepción para resistir allí y recibir órdenes posteriores... [No dice para atacar a la guarnición chilena de Concepción]. Con el objeto de desconcertar al enemigo, hacerle que distribuya sus fuerzas y fije su defensa en todos los lados".

Sin embargo, en otro acápite del mismo parte dice:

"Después de algunos días de reconocimiento y sobre todo de organización, resolví emprender el ataque formal sobre los chilenos el 9 del corriente. Tal pensamiento comuniqué al coronel Gastó y ordené que en un mismo día y hora asaltara a la guarnición de Concepción que era la retaguardia del enemigo, a la vez que yo con el resto del ejército emprendía la marcha sobre Marcavalle, Pucará, Zapallanga y Huancayo simultáneamente".[8]

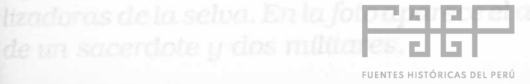
¿Qué pasó; el coronel Gastó no recibió esta orden? Y como si todo esto fuese poco, en este barullo de contradicciones y de dudas, que emergen del contenido de documentos históricos incontrovertibles, el comandante Ambrosio Salazar afirma concluyentemente en sus memorias:

"El ataque a Marcavalle por las fuerzas venidas de Ayacucho y las del departamento de Huancavelica, fue una providencial coincidencia con la prolongación del ataque de Concepción. Sin embargo de haberse librado combates aislados, sin concierto, ni competencia técnica, pudo estimarse el resultado como medianamente satisfactorio".

Y al elevar el parte del combate de Concepción ante el general Cáceres por intermedio del coronel Gastó, al día siguiente de la acción en el pueblo de Ingenio, manifiesta:

"...S.E. opinó que la hora era inoportuna para emprender el ataque, y que, además, era necesario saber con fijeza

7. Ver tomo II, anexo 18.
8. Idem.



> sobre el paradero del general Cáceres y de su ejército o de algún movimiento que éste haga contra el grueso del ejército enemigo..."

Y al terminar de redactar el parte, le expresa:

> "Elevo a U.S. este parte con los detalles que describo a fin de que, por su órgano, llegue al conocimiento del general Cáceres, jefe superior, para que se entere sobre el ESPLÉNDIDO TRIUNFO ALCANZADO POR LA COLUMNA DE MI MANDO, contra una fracción del ejército chileno que guarnecía Concepción; aunque no tenemos noticia segura sobre su paradero hasta este momento, pero a juzgar por los días que lleva de camino desde su salida de Ayacucho, debe estar ya cerca del cuartel general del grueso del ejército enemigo (Huancayo) aprontándose para el ataque".

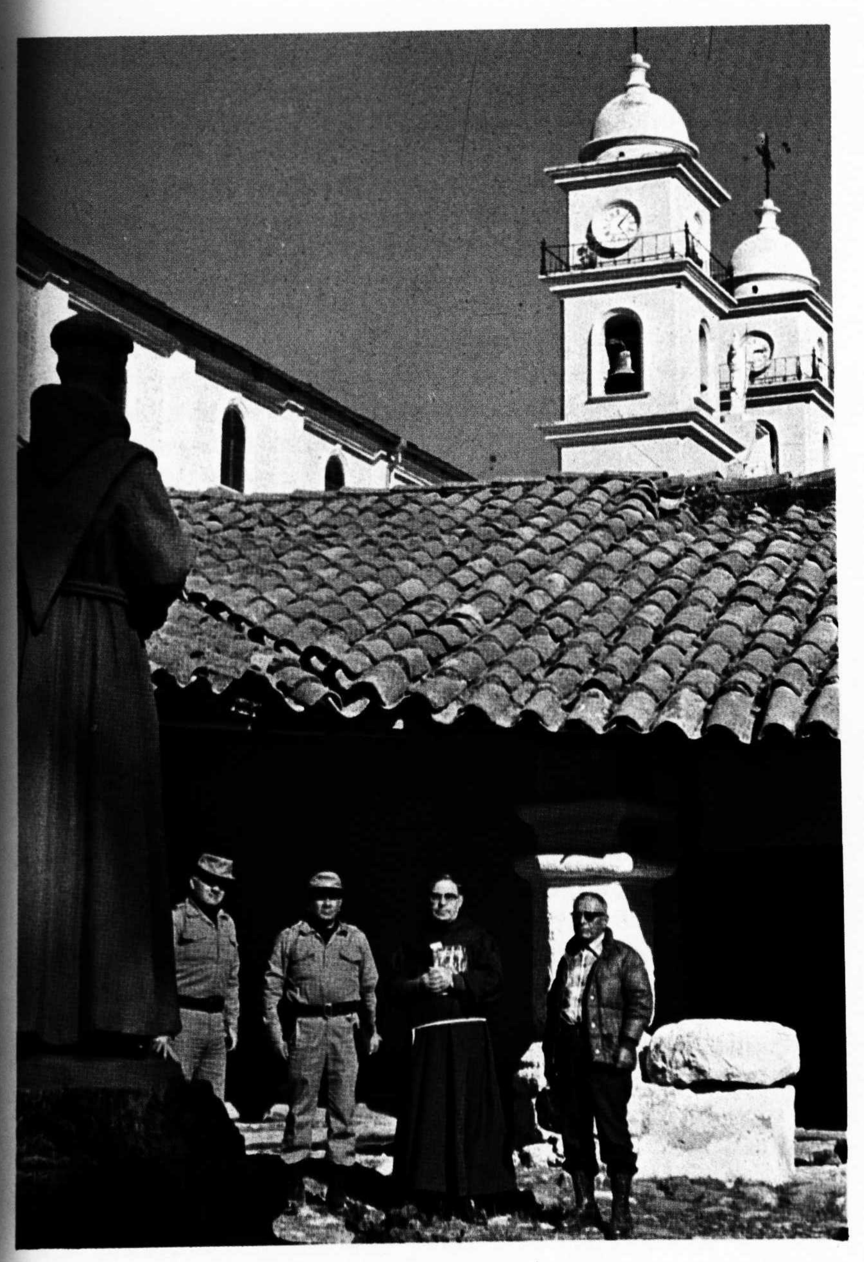
Por su parte el mayor Melchor Ramírez, en la carta ya citada que publica en Tarma, manifiesta:

> "...Con ese notable hecho de armas, según consta del parte oficial de esa gloriosa jornada que se publicó en el registro oficial de Ayacucho, se tendrá el convencimiento, de que si el coronel Gastó, ciñéndose a instrucciones superiores, no hubiese ordenado el ataque a Concepción, Salazar con las fuerzas de su mando, que le costó su trabajo y su dinero equiparla, lo habría llevado a efecto por su cuenta, procurando asegurar el mayor éxito posible."

7. RETIRADA DE DEL CANTO

Inmediatamente después de haber llegado del Canto a Huancayo, al anochecer de ese fatídico 9 de julio, ordena la evacuación total de la zona con dirección a Tarma, señalando las 5 a.m. del 10 de julio como hora de partida. Con los mástiles de las casas huancaínas se improvisan camillas para el transporte de los heridos y enfermos que no se pueden tener en pie. Los camilleros eran guerrilleros indígenas capturados, "acollarados por los pies y amarrados en una larga fila por una soga que les unía por los cuellos". Si el agotamiento, por desgracia, les hiciera flaquear, sacados de la cadena serían acuchillados sin piedad. Pero siendo las 8.a.m. algunos trenes de armas y municiones aún permanecían en la ciudad, cuando ya asomaban por el extremo





La Obrería, lugar donde se inició la construcción del convento franciscano. De él partieron las primeras misiones evangelizadoras de la selva. En la foto aparece el autor acompañado de un sacerdote y dos militares.

oeste de la calle Real, tanto el escuadrón del general Cáceres como la columna de Honor de Pampas, organizada por el mayor Nazario Zúñiga y comandada por el coronel José M. Frías. Manuel F. Horta anota:

"... el jefe de las fuerzas enemigas, emprende al día siguiente su retirada de Huancayo con tal precipitación y desorden que abandonó en esa ciudad abundantes pertrechos de guerra, entre los que se encontraban 27 cajones de municiones..."

Despejada la población de enemigos, el grueso del ejército del centro se posesionó de ella a las 2 p.m. Entretanto, el grueso de la expedición de del Canto se desplazaba adoptando las mayores precauciones, cubierta de una vanguardia, flancos y retaguardia. A las 10 a.m. su vanguardia, formada por los chacabucos del comandante Marcial Pinto Agüero, estaba sobre la Quebrada Honda. Allí la guerrilla huanca les hizo una descarga cerrada desde los dos extremos de aquel accidente geográfico, ocasionándoles bajas de consideración y desordenando la columna. Sucedió que cuando la columna chilena se encontraba dentro de la quebrada fue blanco de los fuegos de enfilada que la obligó a abandonarla en medio de gran pánico, al punto de dispararse entre sí. Cuando se rehicieron de la sorpresa, la guerrilla huanca, corta en número y en municiones, desapareció como por encanto. Contribuyeron a este ataque los concepcioninos Julián Farje y sus hijos Julián (el abanderado de Miraflores) y Enrique, dueños de la hacienda de Hualauyo, cercana a Quebrada Honda, quienes formando parte de la guerrilla intervinieron en la acción "deseosos de despedir al enemigo a balazos", como afirma Salazar. Enrique fue alcanzado por una bala. Prosiguiendo la marcha, ya sobre San Jerónimo Pinto Agüero comisiona al capitán Arturo Salcedo y al subteniente Luis Molina para que se dirijan a Concepción con el objeto de confiar a la compañía, que la guarnecía, la preparación del rancho para la columna en marcha. En el camino, el italiano Silveti, les da la primera noticia de la hecatombe que allí se produjo; y para convencerse de ello se aproximan a la población, pero los guerrilleros del subteniente Tueros les disparan desde el cerro León, poniéndolos en fuga. Pinto Agüero destacó entonces una partida de "chacabucos" y "lautaros" para limpiar de guerrilleros el acceso a Concepción por Alapacoto. Ante la superio-



ridad numérica del adversario, Tueros ordena el repliegue de sus hombres y comunica en el pueblo, para el mismo efecto, la cercanía de los chilenos. Pese a ello, algunos guerrilleros deciden emboscarse en el cementerio, a la entrada de la ciudad, siendo fácilmente cazados por las partidas del capitán Boonen. A las 12 p.m. el enemigo hace su ingreso a la ciudad; Boonen que se había adelantado afirma:

> "De pronto por una de las bocacalles hicieron su aparición varios guerrilleros. Uno de ellos traía rifle y los otros estaban armados de lanzas y garrotes (lloques seguramente), no manifestaban sin embargo intenciones hostiles, sino que adelantándose paso a paso gritaban: entren chilenos y dejen las armas. Mandan decir los de la compañía que vayan...".

El capitán comenzó a interrogarlos cautelosamente,

> "pero los guerrilleros se negaban a toda interlocución. Penetraron éstos a un huerto cercano desde donde nos hicieron una descarga".

Luego llega el grueso de la vanguardia a la ciudad y entra a la plaza del pueblo. Es de imaginarse cómo quedaron petrificados ante el macabro espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Boonen contó los cadáveres de 77 chacabucos y de tres cantineras. En el ínterin la tropa reunió a los pocos varones que no habían querido o podido huir del pueblo, entre los que se encontraban los ancianos Isidro Lizárraga, Miguel Patiño y Juan de Dios Salazar, fusilándolos sin más trámite en la explanada de la iglesia. El odio homicida se cebaba, una vez más, con los inocentes de aquel holocausto. Pero tan gratuito y asaz innecesario derramamiento de sangre, no quedó allí. Con la llegada de Pinto Agüero nuevos horrores se agregarían a los pasados en aquel pueblo mártir, sin respetar sexo ni edad. Pero cuando del Canto se hizo presente, a la vista de su mutilado sobrino Arturo, bajó de su caballo y corrió a abrazarlo, con dolor desesperado y ansiedad y, postrado ante sus seccionados restos, lloró diciendo:

> "Como es posible que no haya habido un ser humano que me haya dado aviso para venir a salvarlos".

De pronto se irguió y ordenó al corneta: "Toque degüello general". Y frente a la plaza silenciosa, regada sólo de innumerables cuerpos inertes donde destacaban los de sus paisanos por su



desnudez y la mutilación de sus miembros lloraron unos, maldijeron otros y quedaron como petrificados los demás. Sin embargo, el espectáculo acaso les recordó episodios semejantes dejados por ellos en la mayoría de los pueblos indefensos del valle: el de Concepción era solo uno de los muchos que debían pagar. Y mientras los soldados se esparcían en busca de más víctimas, sus ojos aún húmedos miraron amenazantes el horizonte; al descubrir que por los cerros circundantes se alejaban grupos de guerrilleros, del Canto ordenó al comandante José Miguel Alcérreca, lleno de odio y venganza: "lance sus carabineros tras ellos y extermínelos a todos". Alcérreca que esperaba ansioso la orden de exterminio, exclamó:

"Dios santo, perdóname la blasfemia, pero te imploro maldad suficiente para matar a todas las fieras que se ensañaron así con nuestros soldados".

Luego desenvainando el sable exclamó, según Inostrosa:

"¡Por Dios y Santa María, adelante la caballería!; ¡A la carga!, ¡Galope!".

Inostrosa agrega:

"jamás una carga de caballería chilena se realizó con tanta furia y saña. No hubo prisioneros ni heridos, sólo muertos"... "Sus caballos enloquecidos por los gritos de los hombres, contagiados del frenesí de sus amos, llegaron desbocados hasta el lomo de la primera cadena de los cerros".

Los que se alejaban eran, en su gran mayoría, heridos que se retiraban dificultosamente a Lastay, Quichuay e Ingenio; sobre ellos cayó la caballería empujada por un "odio sin medida", emprendiendo la feroz carnicería. Después de cumplir su siniestra misión a la perfección, Alcérreca se presentó a su jefe; éste le preguntó:

- "¿exterminaron a todos esos bellacos?"
- "más de 300 cadáveres quedaron sembrados en las montañas, mi coronel", respondió.

Además, desbocados los instintos criminales, los hombres del comandante Alcérreca, ultiman bárbaramente hasta 30 adolescentes y niños inermes que se habían refugiado en la cueva ubicada al final de la pendiente del Matinchara. La salvaje carnicería alcanzó a todos los alrededores de Concepción y no se detuvo ni ante los niños de pecho. Todas las casas quintas, desde



el puente Balsas hasta Paccha, fueron regadas con sangre inocente por los asesinos avezados del alférez Sierralta. Pero no faltaron quienes, como doña Mercedes Gamarra, salvaron su vida a cambio de toda su fortuna. La extorsión, en aquella oportunidad, corría pareja con el crimen. Quien nada tenía que entregar, perdía irremediablemente la existencia. Las correrías de este jaez se produjeron también en Huaychulo, Palo Seco y Santo Domingo. Dentro del pueblo, la iglesia matriz fue saqueada y tanto sus alhajas como la antigua bellísima imagen de la Purísima fueron destinadas a Santiago. Los efectos de las casas de los extranjeros, inicuamente depredados, fueron vendidas en Jauja por la soldadesca a vil precio. La neutralidad no fue en ningún caso respetada. Todos los extranjeros fueron apresados y maltratados. Al francés Journés le arrancaron declaraciones a punta de culatazos. Toda aquella noche el grueso de la expedición de del Canto se mantuvo al arma, ocupando el contorno de la plaza y calle Real del poblado, listos para continuar la retirada o la fuga. Para combatir la frigidez del ambiente se improvisaron fogatas, alimentádolas con muebles, puertas y ventanas de las casas. Extremas medidas de seguridad fueron tomadas temiéndose, como se temía, que el general Cáceres o sus guerrilleros cayesen sobre ellos, como una avalancha arrolladora, de un momento a otro.

Tan exasperados y temerosos como estaban los chilenos por la hecatombe, trataron de conocer donde se encontraban los asaltantes que habían arrasado la guarnición chilena; se propusieron hacer confesar a un indio prisionero. Transcribimos lo que dice el poeta Nicolás Augusto Gonzales sobre el holocausto del indio y su madre:

"Si no hablas, insensato,
Te juro, por la estrella solitaria,
No solo que te mato,
Sino que esa mujer irá al suplicio.

Estéril no será mi sacrificio,
La anciana dice: -no hables, hijo amado,
No hables; quizá mi muerte es necesaria.
Todo temor tu patriotismo venza.

Yo prefiero mirarte fusilado
A morir de dolor y vergüenza,



Si te maldigo al verte deshonrado!"

¡Madre sublime!, ¡Esparta, agradecida
Te hubiera alzado un regio monumento
Por tu noble desprecio de la vida!.
¡Comprended lo solemne del momento!

El indio se calló... La triste madre
Rodó a los pies cadáver, destrozada
Por cien golpes de corbo, al hijo heroico
Enviando su más dulce pensamiento
En el rayo de su última mirada.

Los 4 oficiales y 73 soldados chilenos, en su mayoría muertos en buena lid, entre el día anterior y ése (9 y 10), de los cuales el corneta Lindo Gonzales fue el más fácilmente identificable por el desesperado y extraordinario esfuerzo que realizó tocando su instrumento (tenía el sello de la boquilla profundamente marcada en los labios), con la vana esperanza de ser oído hasta Huancayo, fueron inhumados al amanecer del día 11, en una zanja cavada detrás de la iglesia matriz (los soldados y cantineras) y debajo del altar de la iglesia, los oficiales. Los corazones de estos últimos fueron extraídos para retornarlos a Chile en frascos sellados[9]. Después del funeral la expedición prosigue la marcha hacia Jauja, no sin dejar una sangrienta huella más. Una compañía del *Lautaro* fue la encargada de prenderle fuego a Concepción por sus cuatro costados, convirtiéndola en una sola y gigantesca llama. Ciertamente, menos de 80 chilenos que sucumbieron combatiendo, no merecían tan cruel y desproporcionada represalia. Siendo la alternativa de la guerra vencer o ser vencido, no cabían orgías de sangre ni piras funerarias en honor a los caídos. Ellos hubieran preferido de sus camaradas, antes que darse a la fuga después de masacrar campesinos indefensos, que se atrincheraran en Concepción, su tumba, para descargar sobre el general Cáceres y sus huestes todo el coraje y furor vindicativo; esto los habría honrado mejor. Así las casas del sacrificado pueblo ardieron en su totalidad, siendo varias de ellas los hornos crematorios de prisioneros maniatados y de heridos inmovilizados que las tendencias

9. Ver tomo II, anexo 16.



genocidas de los invasores redujeron y arrimaron de propósito. El dantesco cuadro es resumido así por el coronel Morales, en la aludida epístola al mayor Velasco,

"el ejército chileno, al retirarse de Huancayo huyendo de nosotros, al pasar por Concepción se entrega a todo género de represalias, llevadas al extremo de asesinar indistintamente a mujeres, ancianos y niños, figurando entre las víctimas el padre de los Salazar. Y no paró en eso la revancha chilena, sino en el saqueo e incendio de la ciudad".

Asimismo, el aludido señor Atanasio Valera recuerda la honda impresión que experimentó aquel fatídico 11 de julio,

"ante el espectáculo, de lo más lúgubre y espantoso, que ofrecía Concepción, con los escombros humeantes de su templo, convento y casas comerciales reducidas a ceniza".

Duarte, víctima de esta vorágine, narra:

"Comenzaron por el incendio de los edificios, la iglesia, la municipalidad, las casas, sin escapar las propiedades de los comerciantes alemanes, don Guillermo Schoof y don Guillermo Kirchner, personas honorabilísimas que habían emigrado un día antes, ni de otros neutrales. En seguida preparan partidas de tropas que fueron a victimar a los que encontrasen. A los de caballería se les hizo afilar los sables con mollejones. ¡Extraña aberración!; olvidaron los dictados de la humanidad; mandaron asesinar traidoramente a los que habían huido de presenciar el ataque a los suyos; pero [fueron asesinados hasta] los que por su inocencia no podían saber lo que era el odio.

¡Pobre Concepción que de todos modos debía perecer!. Presagiando estas eventualidades, quise salvarla meses antes" ... [tal vez de buena fe, pero sin tener en cuenta el honor y la sagrada integridad territorial, buscó afanosamente una paz denigrante al ver tanto dolor y ruina en el país y en carne propia; cometió el error de ponerse a órdenes de Iglesias], "no lo quisieron algunos ilusos!".

"A las tres de la tarde esparcían la muerte por todas partes. La ciudad entregada al saqueo, a la desolación y al suplicio. Todo es horror y confusión. La clase desvalida se había refugiado por la campiña del lado del río; por huir de



los lobos hambrientos preferían muchos sepultarse en las aguas del caudaloso Mantaro. El ser humano que apareciese en su habitación, al romper sus puertas, tenía que morir sin moverse del sitio. Por todas partes no se oyen sino ayes y clamores; de nada sirvieron los gritos de las madres, el llanto de los niños, los gemidos de los enfermos y ancianos. Todos perecían.

Más de 300 víctimas se encuentran cuando se busca los cadáveres dos días después. El suelo de Concepción ha quedado empapado de sangre y sus tintas aún duran. Habían heridos de rifle y de sable a la vez, como el cadáver de don Juan de Dios Salazar a quien sacrificaron en lo más recóndito de su casa. Los enfermos fueron degollados en sus lechos. ¡Qué cuadros tan horribles!. Los habitantes de Concepción no pueden hablar de esas escenas lastimosas sino entre llantos y gemidos.

¡Manes ilustres de Ponce, Salazar, Véliz, Gómez y demás víctimas inocentes. Vosotros no habéis tenido la dicha de sobrevivir a la libertad de nuestra querida patria y habéis muerto en el acerbo dolor de dejarla todavía esclava de nuestros verdugos!.

Concepción, cual otra Sagunto, es una lección sublime para que las generaciones futuras no permitan que el invasor logre triunfos, que se den pasos para profanar el suelo sagrado de la patria.

La mayor parte de su vecindario selecto ha emigrado desde que quedaron sin hogar. El comercio ha desaparecido después de ser una plaza floreciente, rival de Huancayo y que había sobrepujado a la de Jauja. De su industria no queda más que su recuerdo.

En la vorágine de los días 10 y 11 de julio desaparecieron sus edificios principales, públicos y particulares. Entre estos daños merecen una relación especial las circunstancias con que fueron saqueadas e incendiadas mi casa. Reputada por una de las mejores de la sierra, vasta y confortable, fue escogida para alojamiento de los jefes principales de la expedición. En lenguaje de ellos estaba allí lo más grande de los militares de Chile. Trataron a los pocos criados con toda consideración, hasta con apariencias de



lástima recordando que el patrón estaba sufriendo por amor a la paz...; cuando pidieron las llaves a los mayordomos, creyeron que esto sería para mayor seguridad de ellos.

Sus ayudantes, trataron en confianza a los domésticos; dispusieron y dirigieron la comida, cena, café con lo que había en las despensas. Al comenzar el incendio de la población, una criada se hincó ante esos jefes, y con abundantes lágrimas les rogó que no quemaran la casa, y obtuvo la formal promesa de que sería respetada. Al día siguiente después del almuerzo, rompieron las puertas, extrajeron los objetos valiosos, vaciaron los depósitos, saquearon el almacén y botica. Y cuando los baúles estuvieron afuera, lo mismo que los fardos de cuanto sustrajeron, prendieron fuego a la casa. Naturalmente se incendió más que ninguna otra por la abundancia de los materiales inflamables del almacén y botica. Pintura fiel, genuina, sin una frase más; sin oposición alguna. Y para corroborarla, voy a hacer dos citas de versión chilena.

La división llevaba un capellán, dominico por el hábito, arriero por la facha. Los mismos chilenos celebraban sus hazañas, y en cuanto a lo de mi casa decían: El mocho andaba descolgando los cortinajes de tul bordado y de damasco de seda, diciendo: "hay que llevar un recuerdo de La Concepción del Perú".

El jefe de la ambulancia, doctor Merino, abandonó la tarea de embalsamar los despojos de los oficiales muertos en el combate, reservándolo para Jauja, por preferir las rebuscas, recogiendo mosaicos y objetos de arte. Si el médico y el capellán mostraron tal desvergüenza, cual no sería la de los soldados....

Era general la algazara en Jauja de esos daños; entre otros dichos corría el siguiente: "Donde el señor Duarte había un parque de géneros, alcanfores pues, ¡ave maría!; que encontramos gallinas: toii... titos se comieron los niños y los jefes, después de comer los pavos trufaus, mandaron prender fuego a la casa, na..a ...más que por hacer la pava pues...

Cualquiera de los oficiales y muchos jefes, repetían ufanos que no habían venido a mudar de temperamento



para volver con los bolsillos vacíos a Chile".

Duarte refiere también en sus memorias de un "Liceo Valladares" que había organizado en Concepción; dice que constaba:

"de un billar – de un hotel – de una botica – de una peluquería – de un molino harinero de turbina y todas las secciones de limpieza y florear — de una fidelería – ebanistería, herrería. Antes había trabajado para que fuera provincia independiente. Alcanzó que el municipio sea autónomo para librarlo de la tutela de Jauja".

Todo esto desapareció; primero por obra de los chilenos, rematado luego por los guerrilleros que así quisieron vengar la equivocada actitud de Duarte.

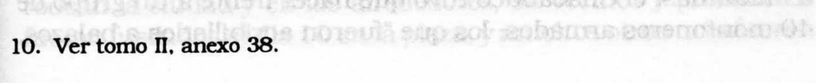
"Según los avalúos mandados practicar por el prefecto de Junín, los daños que ha sufrido Concepción, llegan a 400,000 soles de plata que es mucho para una ciudad como Concepción, tronchada en su infancia, [quizá] no se levante en ...[aquí termina el manuscrito y las memorias inconclusas; quizá en ese momento lo asesinaron, era el 20 de setiembre de 1884].

Del Canto expidió una proclama en Concepción[10].

Y dejando atrás un heroico pueblo en ruinas, "espoleado por la tensión nerviosa", el coronel del Canto trató de imprimir la mayor velocidad a la columna. Sin embargo, en la alameda, su vanguardia aún quiso dejar una muestra más de su infamante paso. Una pobre mujer grávida, sintiendo los dolores del inminente parto, abandona su escondite y clama por ayuda. Por un instante supuso que, al fin y al cabo, los chilenos eran también seres humanos; muy caro pagó su equivocada suposición. Exhibiendo una conducta de chacales, ante la general indiferencia, la cosieron a bayonetazos, especialmente por el bajo vientre, sellando con carcajadas el vil e infamante acto.

Refiere Felipe Muñoz en su opúsculo ya citado:

"Seguidamente a estos salvajes horrores, encontramos a una mujer muerta, ella pastaba en el campo su vaquita, alzaba a su hijo hombre; según manifestó una chica que la acompañaba, se le acercó un soldado chileno y le preguntó si el chico era hombre o mujer; ella le dijo que era hombre,



10. Ver tomo II, anexo 38.

entonces disparó a la criatura, pero la bala hirió mortalmente solo a la madre; caída al suelo, el niño siguió lactando a su madre muerta toda la noche a la intemperie. Ella se llamaba Vicenta Cabanillas y el chico Celestino Coca Cabanillas. Este se salvó, y ya mayor fue un famosísimo huesero, conocido y solicitado en todo el valle (el famoso "Misha pupo"; yo lo conocí).

Una vez que dejaron Concepción en una desolación espantosa, he presenciado un cuadro triste en la casa de mi padrino llamado Pedro Nolasco Sánchez de 85 años de edad, muerto de un balazo cuando corría a esconderse, su hijo Marco Nolasco, traspasado el cuerpo por un sable, todavía vivo; Ildefonso Herrera, Lucas Tello, Miguel Patiño, Esteban Alzamora y un tal Castillo, total siete muertos en una sola casa, y el hijo todavía vivo traspasado por el sable, viendo el cuadro triste de una casa y la muerte de su padre; sufría el pobre moribundo vociferando maldiciones contra los chilenos; y al fin descansó en paz después de verter abundantes lágrimas. ¡Que horror fue para mí el presenciar este cuadro espantoso, yo desesperado, herido en el alma contra el feroz enemigo, me uní a la guerrilla que organizaba el capitán Sedano para seguir de inmediato persiguiendo y hostilizando al invasor, mientras la ciudad seguía ardiendo".

Y mientras se alejaban de la ciudad satisfechos de su criminal represalia contra el pueblo indefenso, comenzaban a surgir los bravos guerrilleros concepcioninos, como el ave fénix, para pisarle los talones, deseosos de vengar una vez más tanta infamia. Inostrosa al referirse a este momento afirma:

"Detrás de la retaguardia, en la hondonada donde yacía La Concepción, surgían decenas de penachos de humo que al elevarse por la atmósfera diáfana se fundía en una sola columna. Eran las casas del pueblo del sacrificio ardiendo en su totalidad. Pero más atrás aún, sobre el lomo rugoso de los cerros del sur, empezaba a asomar sigilosamente una larga hilera de cabezas".

Eran éstas las de los bravos guerrilleros de Concepción. Al entrar a Matahuasi el Chacabuco tuvo que hacer frente a un grupo de 40 montoneros armados, los que "fueron acribillados a balazos,



llenándolos de plomo". No saciados con eso, sacaron de sus casas a todos los pobladores y los fusilaron al instante mismo. "Antes que el coronel pudiera intervenir, prendieron fuego al pueblo y lo convirtieron en una hoguera". Los pobladores de otros pueblos sufrieron igual suerte horas más tarde; todos los hombres que en ellos se encontraban al paso del *Chacabuco* fueron fusilados de inmediato y las casas entregadas a las llamas. Una compañía del *Chacabuco* se desvió hacia Apata y sin dar cuartel a nadie, la entregaron a las llamas. En San Lorenzo, a 6 km. de Matahuasi, también incendiaron el pueblo sin sentir piedad por nadie. Llegados a Huamalí, a 7 km. de San Lorenzo, le prendieron fuego por todas partes sin esperar que sus ocupantes se pusieran a salvo. En Ataura, a 1 km. apenas de Huamalí, las teas incendiarias de aquella horda asesina hizo lo propio. Pero sobre los 8 km. que media entre Ataura y Jauja, la expedición del Canto sosegó, por fin, sus ímpetus feroces, terminando por ingresar ordenadamente a esa ciudad a la caída del sol del martes 11 de julio de 1882. "La trayectoria de la columna iba quedando jalonada de incendios y muertos". Entretanto, los guerrilleros de Concepción se distribuyeron para cumplir 3 tareas capitales: sofocar los incendios y enterrar a los muertos en el cementerio antiguo, detrás de la iglesia, en las estribaciones del Matinchara; mantener el contacto y la vigilancia sobre la columna enemiga (a cargo del subteniente Tueros); y motivar la inmediata persecución de los chilenos por las fuerzas del general Cáceres, acuartelado en Huancayo a solo 22 km., desde el día anterior, el retorno de los vecinos y la afluencia de los deudos de los caídos de la más variada procedencia, facilitó la esforzada y penosa tarea primordial. Muchos de los cadáveres, y sobre todo aquellos que murieron en el ocaso del día 9, ya emanaban la fetidez de la descomposición. Estos fueron los primeros en sepultarse en fosas apresuradamente abiertas; aunque no faltaron quienes los transportaron con los demás, en doliente procesión, a sus lugares de origen. La mortandad, del 9 al 11, había alcanzado proporciones increíblemente desmesuradas. Cerca de 300 guerrilleros perecieron durante el prolongado asalto al cuartel chileno de Concepción; 300 más fueron victimados por la caballería de Alcérreca en las alturas que rodean la ciudad y en los alrededores, 94 vecinos y prisioneros fueron fusilados el día 10 en la plaza; y muchos otros más fueron



fusilados en sus heredades y hasta quemados vivos en ellas; amén de los muchos abaleados y abayonetados, entre el 9 y el 10, que después murieron a consecuencia de sus heridas. Total, más de 1000 víctimas peruanas tradujo la desaparición de la 4ª compañía del batallón *Chacabuco* en Concepción. Podía el coronel del Canto considerar más que suficientemente compensada dicha pérdida. Pero el espíritu sanguinario que lo animaba lo persuadió que "todavía quedaban otros bribones que desbravar". De allí la promesa que él mismo se hiciera al continuar la retirada;

> "A todo individuo que encontremos en el trayecto, de aquí a Tarma, lo haré ajusticiar en el terreno mismo".

Del sadismo triunfalista empleado por los chilenos al recontar sus víctimas se hace eco el corresponsal de *El Mercurio* de Santiago, destacado aquí por aquellos días:

> "Del Canto comprobó 291 muertos de los peruanos en la plaza; los heridos según el doctor Tello que los atendió, suben por lo menos al doble de esa cifra..." "a este número pertenecían los 60 que alcanzaron ser cogidos en la ciudad misma y que fueron a agregarse a los 300 montoneros muertos por las balas de la 4ª compañía del *Chacabuco*; además, a esto, deben agregarse los dispersos que alcanzó en las alturas el valiente coronel Alcérreca... No menos de 300 muertos quedaron tendidos en el campo y sus cadáveres, esparcidos en una gran extensión; era el palpitante holocausto que los bravos jinetes de Chile ofrecían a los manes de sus hermanos sacrificados. *Como setecientos cadáveres pagaban así la muerte de 77 chacabucos, sin contar más del doble de heridos... Nuestras 77 bajas estaban compensadas, aunque malamente, por unos 1,500 á 2,000 de los asaltantes*".

Por las frases en cursiva apreciará el lector el modo cómo resuma la cínica postura del chileno, lejos del pundonor y del decoro. Nunca más, como ahora, las nuevas generaciones chilenas deberán admirar a quienes, dueños de todas las ventajas, fusilaron a los heridos; acuchillaron a los heridos; estrangularon a los heridos; arrancaron las vendas a las heridas; y amontonaron a los heridos en sus casas cuyos accesos sellaron prendiéndoles fuego. Y nunca más como ahora, las nuevas generaciones chilenas se retratarán en "el valiente coronel Alcérreca" o en "los bravos



jinetes de Chile", quienes mataron, mataron y mataron fugitivos inermes, heridos inanes, ancianos, mujeres y hasta niños indefensos. Atrás quedaron para siempre, así lo espera-mos, aquellos que tintos en sangre inocente se refosilaban pregonando sin rubor, y a viva voz, la cuantía de sus víctimas: 300, 700, 1500, 2000, sin sospechar siquiera que con aquel ba-ño de sangre, Chile perdió para siempre, más que 77 chacabucos, el honor y hasta la paz en éste y en el otro mundo.

Quizá por toda esta infamia sin nombre cometida por los chilenos, el comandante Ambrosio Salazar tenga razón en manifestar:

> "Son funestas las reflexiones que se agolpan en mi mente, cuando se piensa en la triste herencia legada a la presente y futuras generaciones. ¡El odio contra Chile debe mantenerse como se conserva el fuego sagrado de las vestales...".

Apagadas las llamas y enterrados los muertos, los sobrevivientes, sin abrigo ni medios de vida, improvisaron chozas encima de lo que fueron sus hogares. Así encontró al escaso vecindario, al día siguiente, 12 de julio de 1882, el general Cáceres, hecho que lo conmovió hasta las lágrimas. Todo lo sufrido los espantosos días pasados dejaron una patente huella indeleble que aviva en nuestros pechos la herida no cerrada del 82. El corresponsal de El *Eco de Junín* y jefe de imprenta del ejército, Manuel F. Horta, el 26 de agosto de 1882, publica en Tarma:

> "La ciudad de Concepción es una sola ruina. De las manzanas de casas que la formaban, no existe ninguna en pie. Los horrores de la guerra parece que se hubieran aglomerado sobre este infeliz pueblo, para ofrecerse en toda su desnudez, formando un cuadro infernal, propio para conmover a los corazones más empedernidos".

Al respecto, viene a cuenta comparar la vanidosa y triunfalista posición de *El Mercurio* de Santiago, del 22 de julio, cuando vuelve cínicamente sobre las huellas ominosas que dejaron:

> "Del pueblo de La Concepción no quedaron ni las ruinas, sino un montón de menudas pavesas, que han de espiar el recuerdo de este incomparable sacrificio".

El "incomparable sacrificio", claro está, se refiere a los 81 chilenos y chilenas, no a los miles de peruanos y chilenos,



hermanos por la muerte, que hicieron tierra común en ese suelo, no. Aflorando su espíritu ruin y mezquino, aquel corresponsal en nada benefició a sus paisanos ante la posteridad. El general Cáceres en su parte, fechado en Apata el 13 de julio, dice de Concepción que los chilenos

> "han saqueado toda la población, incendiándola más tarde y fusilando ancianos, mujeres, niños y cuantos se presentaban a su vista por casualidad..."; "en este desenfreno no se ha respetado nada..."; "no hay crímenes que no se hayan cometido y esto es natural, desde que el crimen es compañero inseparable de los cobardes".[11]

En fin, Concepción, que sufrió como ningún otro pueblo del Perú la cruenta guerra que el invasor nos impuso, inspiró esta dolida copla que compuso el poeta concepcionino Juan del Pando González[12], y que los hombres de la breña de entonces, favorecidos por la musa popular, entonaron con dolor y orgullo profundo:

Adiós Concepción querido,
Tierra donde yo nací;
En cenizas convertido,
Ya no existes para mí.

¡Concepción!, la chilena bandera
Que en tus torres un día tremoló,
A los golpes de tu ira severa,
Para siempre en tus ruinas se hundió.

En la proclama que expide el general Cáceres en Tarma a los pueblos del centro, el 28 de julio de 1882, después de los gloriosos combates de Marcavalle, Segundo de Pucará y Concepción, les dice a los vencedores del Combate de Concepción[13]:

> "Guerrilleros de Concepción:
> Estoy orgulloso de vosotros, y el Perú entero debe estarlo también. Si mi nombre, como lazo de unión patriótica,

11. Ver tomo II, anexo 17.
12. Padre de las famosas educadoras, señoritas del Pando, nacidas en Huaychulo.
13. Ver tomo II, anexo 19.



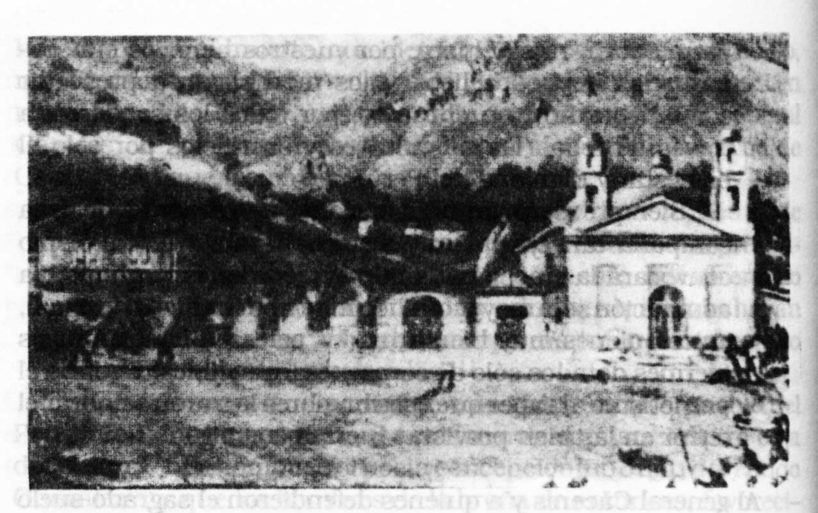
ha merecido nuevo lustre por vuestros heroicos e insospechados hechos bélicos, ellos me obligan a proseguir como hasta hoy, en el futuro, por todos los senderos, a través de todas las dificultades y sacrificios por solo el bienestar y dignidad del Perú.

Siempre será orgullo nacional el recuerdo de una campaña tan ejemplar; y siempre también el heroísmo convocará la emocionada admiración de los hombres. La admiración será mayor cuando miremos esa lucha desigual, entre quienes muy bien armados pelearon contra brazos inermes dotados sólo de corazones invencibles. Y sonría el patriotismo al saber que esos hombres lograron sembrar el terror en las bien provistas fuerzas enemigas".

Al general Cáceres y a quienes defendieron el sagrado suelo patrio, muchos les expresaron varias veces su admiración. Algunos fueron más allá: pelearon por el Perú, tal el caso, en la breña, del teniente coronel Ernesto La Combe (francés) y Manuel F. Horta (ecuatoriano).

Por obvias razones, los concepcioninos comandados por su ya veterana plana mayor, constituyeron la punta de lanza del ejército del centro y partieron el 11 tras los fugitivos con ansias locas de vengar los crímenes cometidos. En la noche del 12 de julio de 1882 trataron de fortificarse estratégicamente en la encañada que conduce a Tarma, entre Jauja y Acolla, pretendiendo cortar la retirada al enemigo, o demorarla, para que fuera alcanzado por las fuerzas del general Cáceres. Los guerrilleros, viniendo de Ataura, al llegar a la confluencia del riachuelo que viene de la laguna de Paca hacia el Mantaro, se bifurcaron y avanzaron por las orillas bajas de ambos cursos de agua, tratando de envolver a la ciudad de Jauja por el oeste, por el norte y el este. Del Canto, fugitivo y atemorizado como vivía, había tomado medidas extremas de vigilancia y alerta, y se enteró del operativo a las 6 a.m. del 13, por lo cual apresuró la partida de Jauja, con ánimo de abrirse paso a como diera lugar, archivando su proyecto de saquear e incendiar la ciudad antes de abandonarla. Tanta prisa se dio entonces en la evacuación, que tuvieron que dejar trenes de bagajes y grupos de enfermos, imposibilitados de movilizarse. Afortunadamente para ellos, los concepcioninos ya no contaban con el factor





Cuartel chileno en Concepción, en llamas; dibujo de la época.



Coronel Ernesto La Combe, francés, peleó en la Campaña de la Breña. Como comandante general de la región en 1890 hizo construir el primer obelisco recordatorio, en Concepción, en gratitud y a nombre de la nación.

Monumento erigido en Concepción en memoria del general Andrés A. Cáceres.

sorpresa, que era la clave de su éxito, de todas formas, a su desplazamiento amenazador debió Jauja su salvación, tal como el mismo general Cáceres reconoce en sus memorias:

"Al retirarse de Jauja los chilenos se disponían a saquear la ciudad, cuando de improviso les cayeron los guerrilleros de Concepción; por lo cual, sin tiempo para realizar sus fechorías, dejaron la población y se encaminaron a Tarma".

A propósito, la detención del general Cáceres en Huancayo por día y medio, la lentitud de su marcha sobre el enemigo en retirada, ha sido severamente criticada por los historiadores. El general Dellepiane no alcanza a explicarse las verdaderas motivaciones de aquella lentitud manifestando:

"Después de Pucará, ante la fuga de los chilenos, parece que Cáceres se dijo, como Temístocles: a enemigo que huye, puente de plata; es por esto que el plan que comenzó a desarrollarse con brillo, se opaca y no alcanza resultados decisivos".

Hoy gracias a las informaciones tomadas in situ (Juan Nicanor Castillo), compulsadas con las memorias de Ambrosio Salazar, estamos en aptitud de despejar tamaña incógnita. Sucedió que parte de la fuerza guerrillera procedente de los departamentos del sur, que con tanta eficacia coadyuvaron a la consecución de las recientes victorias, se negó a sobrepasar Huancayo en seguimiento del enemigo manifestando que deberían ser relevados por los del valle, como en un relevo de postas, ya que habían muchos guerrilleros en la región. De conformidad a dicho temperamento comenzó a dispersarse el día 10, pese al llamado del general Cáceres, retornando a sus lugares de origen y llevándose consigo las armas y municiones arrebatadas a los chilenos. El Brujo de los Andes tuvo que encarar resueltamente tan anómala situación que, aparte de desinflar la cuantía de sus efectivos auxiliares, mermaba la potencia de fuego de sus tropas. Y aunque los guerrilleros podían ser reemplazados, porque ellos sobraban en el valle, no así las armas y municiones; todo el día 11, piquetes del ejército del centro peinaron la vasta comarca huanca, recuperando las armas y municiones por la persuasión o la violencia. Paralelamente se organizó el agrupamiento guerrillero de allí para adelante. Y a la caída del sol ambos cometidos quedaron satisfechos permitiendo la continuación de la marcha. El general



Cáceres silenció de propósito posiblemente tales ocurrencias en sus memorias, significantes de una irreparable pérdida de tiempo que ocasionó la catástrofe de Concepción, como una muestra de gratitud hacia quienes, hasta allí, habían contribuido a darle lustre y fama. Así y todo, aquel día 11 no fue indiferente a la persecución que urgía sostener contra el enemigo. Por eso comisionó al mayor Juan M. Saravia, ayudante de la Jefatura Superior, para que buscase a Gastó y lo lanzase sobre la retaguardia chilena. Lamentablemente Gastó comenzó a moverse recién el día 12, desde su refugio del Ingenio, llegando a Jauja al medio día del 13 cuando los chilenos ya lo habían desocupado. Lo expuesto vale para desechar la creencia en que el general Cáceres, luego de llegar a Huancayo, se durmió en sus laureles. A las 2 p.m. del día 12 alcanzó Concepción, uniéndosele a su paso importantes columnas guerrilleras como la de San Jerónimo, al mando del veterano coronel Melchor González, Esteban Inga, los Túpac Yupanqui, etc., los de Orcotuna al mando del comandante Teodosio López, capitán Martín Arroyo, los Castro, Vargas, Lazo, etc. y los bravos sobrevivientes chupaquinos comandados por Sebastián Olivares. El grueso acampó en Concepción y la vanguardia en Matahuasi. El día 13 partió el ejército deseoso de vengar los ultrajes cometidos por el invasor en los pueblos de la ruta. Para esto, los concepcioninos, entre los que cabe destacar a los tenientes Manuel Caballero, Hipólito Cueva, Pedro León, Casimiro Lizárraga, José Márquez, Felipe Muñoz (medalla de vencedor), Dámaso Peña y Francisco Urcos; los subtenientes Juan Castillo (medalla de vencedor) y Mariano Lozano; y los guerrilleros Antonio Cama, Adolfo Coca, Luis Salazar, Julián Santiváñez, Mariano Villasante y Esteban Vivas, que formaban la punta de lanza al mando del ya convaleciente capitán Timoteo Sedano, se habían posesionado de Jauja, como sus salvadores, a la espera del general Cáceres, constituyendo un destacamento adelantado, punta de lanza, en persecución del enemigo. La llegada de Gastó poco después, al cual reforzó poniéndose a sus órdenes, hizo que tomaran el camino de Tarma antes de que el Brujo de los Andes llegara a Jauja, ya que recién partía de Concepción en pos del enemigo. Sin embargo, habiendo partido sólo después de apoderarse de los elementos abandonados por los fugitivos, no se les pudo alcanzar, pues en su loca carrera



cubrieron 64 km. en 10 horas, entre Jauja y Tarma, sin detenerse. Los guerrilleros de Concepción y los de Comas, unidos, persiguieron como fieras hambrientas a los chilenos en huida, por lo que

> "espoleado por la tensión nerviosa, el coronel del Canto trataba de imprimir la mayor velocidad a la columna".[14]

De esta alocada fuga aprovecharon los pobladores de la ruta para atacar la retaguardia enemiga. Así el doctor Adolfo Bravo Guzmán afirma:

> "Acosados por las fuerzas de Cáceres y los guerrilleros triunfantes que ya habían ocupado las alturas de Masma, su única preocupación fue unirse a los suyos en Tarma; por eso, en el trayecto, especialmente en Acolla, la gente irritada por el recuerdo de tanto sufrimiento, cogía como podía a los que iban a retaguardia, enfermos o desamparados, y los victimaban, así como el enemigo hacía otro tanto con los que encontraba a su paso y con los que reclutó para la traslación de sus heridos o muertos".

8. COMBATE DE SAN PABLO

Aquel mismo día 13 de julio de 1882, en el norte del Perú, se libra en San Pablo un cruento combate contra el invasor, a cargo de los hombres de la breña Cajamarquina. El contralmirante Lizardo Montero, al marchar a Huaraz, en febrero de 1882, para hacerse cargo del gobierno en su calidad de primer vicepresidente, una vez que se supo la expatriación del presidente Francisco García Calderón, dejó en manos de Miguel Iglesias la jefatura político-militar de los departamentos del norte. Como buen administrador, Iglesias desplegó una notable actividad formando cuerpos de tropa, organizándolos de acuerdo a las ordenanzas de la época, y dotándolos del armamento que pudo reunir. Sobre lo último bastará saber que la artillería la hizo venir de Iquitos, para apreciar la seriedad con que se aprestaba a defender el territorio bajo su jurisdicción. Al establecer en Chota su cuartel general se enteró que dos fuertes columnas chilenas, procedentes de Trujillo y Pacasmayo, convergían sobre Cajamarca. Fue entonces cuando proyectó batirlas por separado. Al respecto, puso en movimiento

14. Inostrosa, Jorge. *Adiós al Séptimo de Línea.*



a Chumbil

a Capellanía y San Miguel

Lagunas

Cº Cordón

Cº Montón

SAN PABLO

Cº Capa

Batán

a San Luis

a Chilete

CHOTA

QUILCATE

HUALGAYOC

SAN MIGUEL

CHUMBIL

CAJAMARCA

SAN PABLO

EL MOLINO

CHILETE

PACASMAYO

TEMBLADERAS

CAJABAMBA

OCEANO PACIFICO

TRUJILLO

ESC. APROX. 1:3.000.000

SAN PABLO

— 1882 —

PRIMERA DIVISION

SEGUNDA DIVISION

FUGA DE LOS CHILENOS

ESCALA APROXIMADA 1: 20.000

una división al mando de su hermano, coronel Lorenzo Iglesias, secundado por el coronel Manuel Callirgos, Daniel Nieto y Belizario Ravines, para atacar al enemigo en San Miguel y San Pablo; y otra división bajo su mando directo, secundado por los coroneles Justiniano Borgoño, Manuel Cayo y Eudocio Ravines, para atacar al enemigo en la ruta de Cajamarca. La primera división estaba integrada por 417 hombres distribuidos en el batallón *Callao* y en las columnas *Bambamarca, Chota, Hualgayoc, Libres de Trujillo, Llapa* y *San Miguel*. La segunda división disponía de 201 hombres distribuidos en un batallón, una brigada de artillería (con 1 obús de 12 y 1 Blackley de a 4), y un escuadrón de caballería, el *Vengadores de Cajamarca*. El primero detectó al enemigo, el 9 de julio, acuartelado en San Pablo. Tenía éste dos batallones (*Talca y Concepción*) y un escuadrón de caballería (*Granaderos de a Caballo*). Informado de la superioridad numérica del adversario, Iglesias decidió secundar al primer agrupamiento con su propia división disponiendo el ataque general para la mañana del 13. Pero su hermano Lorenzo, sintiéndose reforzado con parte del batallón *Trujillo* y, principalmente, con la Columna de Honor de Cajamarca (68 plazas), ordena que sus tropas tomen el dispositivo de combate la noche del 12, precipitando el ataque en la madrugada del día siguiente, sin esperar, según había convenido, la llegada del segundo agru–pamiento. Para esto los chilenos, percatados de todos sus movimientos, le tienden una emboscada en las afueras de la locali–dad, produciendo en las filas peruanas un gran desorden y confusión. Repuestos de la sorpresa, más allá de las 6 a.m., nuestros soldados contraatacaron con éxito logrando desalojar a la infantería chilena de sus posiciones en los cerros de Copa y Batán. Sin embargo, alrededor de las 8 a.m., cuando se hizo imposible enfrentar el mortífero fuego del grueso del adversario, aquellas posiciones tuvieron que abandonarse. Durante la enconada lucha cuerpo a cuerpo, que allí se desarrolló, cayó mortalmente herido Néstor Batanero, el adalid de los niños héroes breñeros del Perú, perteneciente al batallón *Cajamarca Nº 11*,[15] pereciendo casi toda la Columna de Honor, con su comandante a la cabeza, el coronel Eudocio Ravínez. A las 9 a.m., nuestros efectivos, batiéndose en retirada, se replegaron 3 km. hasta la

15. Ver reseña biográfica de Néstor Batanero, pág. 376.



laguna de San Pablo, logrando rechazar a la caballería enemiga primero, para reorganizarse después. A esta hora el segundo agrupamiento aparece sobre el cerro Cardón, proyectándose sobre San Pablo. Los pobladores que habían buscado refugio en aquel cerro, a la distancia aparentaron ser, a ojos del enemigo (según declararon los mismos chilenos posteriormente), numerosas tropas de refresco. Esta impresión se debió también a que los refugiados se habían armado de cañas de bambú, a las que sacaron puntas a manera de lanzas; las cañas, en manos de los refugiados, reflejaban la luz en su superficie lisa, dando la impresión de ser bayonetas caladas a los fusiles. Así predispuesta la acción, el ataque de la segunda división fue precedida, además, por un atronador fuego de artillería que terminó por sembrar el pánico en las filas enemigas. El despliegue de la fuerza se inició simultáneamente, a las 9.15 a.m., sobre el centro del poblado y sobre el cerro Montón. Pero los chilenos antes que resistir el asalto, se apresuraron a retirarse hacia Tembladera. El rehecho primer agrupamiento tomó a su cargo perseguirlos hasta el molino de San Luis, causándoles serias bajas. Aunque todo el parque, la ambulancia, los trenes de bagaje, armamento y municiones, en apreciables cantidades, quedaron en nuestro poder, tuvimos que lamentar la irreparable pérdida de 51 muertos y 57 heridos. Con todo, los chilenos sufrieron una amarga derrota. Sin embargo, como lo advierte Basadre, dicha victoria resultó efímera ya que las fuerzas de la represión, bajo el mando del implacable coronel Ramón Carvallo Orrego, asolaron el departamento. Los vencedores de San Pablo se dispersaron, buscando refugio en la cordillera, o engrosando las filas guerrilleras de José Mercedes Puga, el único breñero cajamarquino que no transigió con la paz inmediata, a cualquier precio, proclamada ya el 1º de mayo, por el propio Iglesias. La soldadesca enemiga entró a saco en San Pablo, Chota y Cajamarca, arrasando también los pueblos de Cantón, Colpa, Yuracyaco, Cabracancha e Iraca; librándose de ser reducido a cenizas, mediante el pago de ruinosos cupos, Ichocán, Hualgayoc y San Miguel de Pallaques.

Los chotanos antes de abandonar la ciudad toman las providencias para esconder algunos tesoros y la virgen de Chota, hermosa y venerada imagen. Organizan la resistencia en el cerro El Calvario, encabezada por Jerónimo Pérez, Marcelino Muñoz y



por las damas chotanas Isidora Rodrigo y Tomasa Alvarez.

Cuando Carvallo partió de Chiclayo a Cajamarca, como consecuencia de las acciones de San Pablo, los chiclayanos se armaron y recuperaron la ciudad: entonces los chilenos enviaron numerosas fuerzas reforzadas con el *Coquimbo* para volver a ocuparla, realizándose como consecuencia una lucha tenaz que dejó muchas bajas antes de cumplir tal objetivo. En represalia impusieron a Chiclayo un cupo de 30,000 soles. A su llegada a Chiclayo, Carvallo fue informado que en el balneario de San José habían derrotado a una fracción del *Talca*; entonces, deseando vengar la derrota envió fuerzas para castigar la ofensa, pero lo hallaron desierto, por lo que lo saquearon y arrasaron íntegramente, fusilando a los pocos pescadores que hallaron. El general Dellepiane honra al soldado breñero del norte cuando, al referirse a las operaciones realizadas en esa región, afirma:

> "El combate de San Pablo, cuyo desarrollo fue regido por un plan absolutamente lógico en su segundo planteamiento, presenta nueva oportunidad para aplaudir a nuestros soldados que sin armas, sin instrucción, saben alzarse sobre el adversario con energía y tenacidad".

El boletín del ejército del norte en campaña publicó entonces para perennizar en aquella fecha la gratitud a gran número de niños que pelearon la siguiente nota:

> "El pabellón enlutado de la patria ha recobrado su antiguo esplendor, y, radiante en la cima del Montán, cubre hoy con su sombra la tumba de los valientes del 13 de julio, de esos valientes de la columna de honor del *Libres de Trujillo*, del Batallón *Callao*.
>
> Salud pléyade de valientes ... Salud mártires de la patria. El pedestal de vuestra gloria está amenizada con las lágrimas de este pueblo que os recuerda con gratitud y ternura, y las tierras vírgenes tejen hoy las coronas que deben adornar vuestras tumbas.
>
> Vuestro recuerdo nos inspira para el porvenir, y en los flancos de las montañas que mudas contemplaron vuestro heroísmo quedan grabados vuestros nombres para eterna memoria y para orgullo de vuestros padres y todos los peruanos".



9. COMBATE DE TARMATAMBO

El coronel del Canto, al atardecer del 13 de julio de 1882, guarniciona Tarmatambo con una compañía del *Lautaro*, distribuye sobre la marcha 2 compañías del *2º de Línea* entre San Juan Cruz y cerro Maco, ingresa a Tarma con el grueso, envía una compañía del *Santiago* a Acobamba y destina una compañía del *Chacabuco* sobre el camino a La Oroya. Acto seguido convoca a los vecinos para exponerles las medidas a observar, severa y rigurosamente. El periodista Manuel F. Horta, corresponsal del *Eco de Junín*, las transcribe así:

> "La vida de los habitantes de la población dependía del modo como fueran tratados (los chilenos) y que si amanecía muerto algún individuo de tropa, entregaría la ciudad al saqueo y haría pasar por las armas a todos, sin distinción de edad, sexo o nacionalidad. El pueblo de La Concepción -decía- ha ayudado a los montoneros a batir a nuestras fuerzas, pero también le hemos castigado severamente; aquel que quiera ver lo que es un saqueo, un incendio, una matanza, que vaya a esa malhadada ciudad en ruinas y se horrorizará con el cuadro que presentaría a su mirada".

Ante tal amenaza, Tarma se vio obligada a entregar alimentación, forraje y alojamiento a las tropas invasoras. Al día siguiente, 14 de julio, a las 10 a.m., el agrupamiento Gastó se ubica sobre Tarmatambo. Los soldados del *Pucará* y los guerrilleros de Concepción, son los primeros en cruzar disparos con el enemigo, en tanto que los efectivos del *Ayacucho* y los guerrilleros de Comas realizan una maniobra envolvente. Sin embargo, durante todo el día, la guarnición eficazmente parapetada en las ruinas incaicas de Tarmatambo pudo sostener sus emplazamientos. Pero en la mañana del 15 de julio, empeñado como fue todo el agrupamiento, los chilenos fueron obligados a ceder el terreno pese al apoyo prestado por el resto del batallón *Lautaro*. La llegada de la vanguardia del general Cáceres, al promediar el día, decidió la suerte de la acción en nuestro favor. Los chilenos descendieron a la carrera a refugiarse en Tarma; habían perdido el combate de Tarmatambo y huían dejando muertos y heridos regados en el campo.



10. COMBATE DE SAN JUAN CRUZ

Posesionado de Tarmatambo, el general Cáceres, como él mismo lo reconoce en sus memorias, tiene la oportunidad en las manos "para lanzar un ataque envolvente con el grueso de mis fuerzas", aquel sábado 15 de julio, el cual habría representado el aniquilamiento de la expedición de del Canto, y, por ende, el golpe más terrible inferido al invasor en todo el curso de la guerra, después de Tarapacá y Concepción, capaz de cambiar diametralmente el resultado de la contienda, ya fuera sobre el terreno de las operaciones militares, o bien en torno a una mesa de conferencias. Sin embargo, el general deja escapar esa oportunidad y con ella al enemigo, atenido a consideraciones que aún Tarma no le ha agradecido lo bastante, ya que juzgó "que un combate reñido realizado en la ciudad iba a tener como consecuencia la destrucción de ésta, con el consiguiente saldo de víctimas inocentes". En cambio, opta por asediarla cortándole todos los accesos. En otros términos, Tarma se convierte en una ratonera. Poniendo en práctica su plan de cercar la ciudad, el 16 de julio, envía a los guerrilleros de Comas, Concepción, Chupaca y Orcotuna, comandados respectivamente por Salazar, teniente Félix Tueros, Sebastián Olivares y comandante Teodosio López, para que se posesionen de San Juan Cruz, en tanto que los de San Jerónimo son enviados a cortar el camino de La Oroya. Asimismo envía instrucciones al alcalde de Tarma, Manuel Agustín Zapatel, con Cecilio Limaymanta (Basadre lo llama Cecilio Simaymanca), un humilde pongo (peón) de la hacienda Maco que es interceptado por las patrullas chilenas y sometido a crueles tormentos. Pese a ello, no reveló nada, salvando así a muchos ciudadanos tarmeños, comprometidos, de una muerte segura. Limaymanta logró evadirse de la prisión, buscar el mensaje donde lo había ocultado antes de caer en manos del enemigo y entregarlo a su destinatario en propias manos. (En momentos en que iba a caer en manos de sus perseguidores, saltó tras una tapia y simuló hacer sus necesidades, instante en que ocultó el mensaje debajo de una piedra). Gracias a él, el puente entre el general Cáceres y la resistencia tarmeña quedó consolidado. Ambrosio Salazar, frente a la columna Comas y los guerrilleros de Concepción, fue uno de los primeros en arremeter con éxito a 200 soldados enemigos



parapetados en San Juan Cruz, apoyados por 200 de caballería. El fuego se silenció a las 2 horas de rudo combate con un fuerte saldo de pérdidas para ambas partes y con el forzado repliegue de los chilenos hacia la población.

El comandante Salazar al referirse a las acciones de Tarmatambo y San Juan Cruz, dice:

> "Reunidos el 15 en San Juan Cruz, los vencedores de Concepción y los vencidos de La Oroya, se enfrentaron con los 200 soldados de caballería chilenos que trajeron a otros tantos infantes a la grupa; después de dos horas de combate, ambos beligerantes experimentaron fuertes pérdidas quemando los nuestros hasta el último cartucho, pero con éxitos pocos satisfactorios. Allí murieron Lino Huamán, dos jefes de guerrilla de Chupaca y otros valientes patriotas".

Es posible que los chupaquinos muertos hayan sido –según Aquilino Castro– Eusebio Pérez y Rodríguez; los heridos: Demetrio Arauco[16] y Manuel Navarro. Según Teogonio Ordaya, murieron también en esa acción los hermanos M. Flores y Bernavé Flores.

Mal día de la virgen del Carmen, la patrona del ejército chileno, tuvieron las tropas del 2º *de línea* en aquella oportunidad [17]. Ese día se completó la ocupación de Acobamba por nuestros regulares. (La guarnición chilena se puso a salvo oportunamente). Para los chilenos, el día culminó con una cínica proclama de del Canto, con motivo de la efemérides en la cual, entre otras cosas, se refirió a los que perecieron en Concepción, defendiendo "la tranquilidad de ese pueblo ingrato", invocando plenamente recordar "los rasgos generosos de que siempre habéis hecho uso para con esos prójimos de humanidad degenerada". Pero la colectividad tarmeña se encerró dentro de sus casas, regalando en la soledad de sus calles todo su desprecio a los vándalos del sur. Pese a ser domingo (el domingo siguiente de Concepción), el toque de queda, todos a una lo hicieron permanente. Nadie asomó, siquiera, por las ventanas.

16. Hermano de la señora Andrea Arauco, madre de Teodoro Peñaloza.
17. Ver tomo II, anexo 19.



11. RETIRADA DE DEL CANTO DE TARMA

Para el lunes 17 de julio, del Canto ya tenía proyectada su sigilosa fuga. Todas las medidas que se adoptaron en tal sentido pueden reputarse de magníficas, considerando sobre todo su cabal ejecución y cumplimiento. Además, la fuga fue favorecida, oportuna y providencialmente, por las excepcionales condiciones atmosféricas del momento. Una densa niebla cubrió toda la zona aquella noche; cosa inusitada en las noches claras y estrelladas del cielo serrano durante el mes de julio. Por donde se le mire, la salida de los chilenos de Tarma fue una proeza militar. Todo la favoreció, inclusive la espectacular e inútil actitud de un general y de un ejército, que se calcinaba de día y se helaba de noche, coronando los cerros que rodean Tarma, en el más absoluto olvido de la máxima elemental, consagrada por la experiencia y la historia militar del mundo, y que reza así: "la certeza de la total destrucción del enemigo debe primar en la guerra sobre toda consideración". Después de todo la ciudad hubiera resurgido más próspera y gloriosa si en aquella oportunidad, decisiva para la nación, se hubiera inmolado en holocausto a la patria. Puede explicarse que el guerrero envaine su espada para que las consecuencias de su actitud beligerante no alcancen a sus seres más queridos (la madre del general Cáceres, doña Justa Dorregaray, vivía por entonces en Tarma), pero de ninguna manera, mediando tanta sangre derramada, puede justificarse su estéril abstención de luchar, máxime cuando se cuenta, como se contaba, con todas las posibilidades de vencer. Así pasó todo aquel lunes 17 de julio, sin pena ni gloria para nadie, en una calma chicha, exasperante y postrante. A la caída del sol, los chilenos activaron con el mayor disimulo su escapatoria entre gallos y media noche. Hasta hubo retreta en la plaza. A la primera hora de la noche, Zapatel y otros miembros de su Concejo fueron "invitados" a jugar rocambor con el jefe de la plaza. Ellos serían los primeros en salir, como rehenes, a la cabeza de la columna, amordazados y encañonados. Dice el periodista Manuel F. Horta:

> "Amenazaron al alcalde Zapatel con que si les caía un tiro por la espalda, lo harían pasar por las armas; suponían que él movía las guerrillas".

Según el parte elevado por del Canto, llevaban 480 enfermos de



los cuales 72 iban en camillas. Demás está decir que los cargueros indígenas también fueron amordazados. El instinto de sobrevivir de aquel mortal encierro bullía por doquier, alentando fuerzas y valor excepcionales. Al aproximarse la hora de la partida, las 24 horas, todos tenían atadas las botas con trapos para amortiguar las pisadas; incluso los cascos de todas las bestias los tenían. Dadas las 12 campanadas, en el mayor orden y absoluto silencio, la columna enemiga comienza la evacuación de la ciudad. Nadie hizo el menor ruido, por eso es que nadie en el vecindario se percató del suceso. Lo curioso es que los dispositivos de vigilancia en la ruta, tampoco se percataron de ese desplazamiento masivo, tratándose de una larga y compacta columna expedicionaria. Es una lástima que el general Cáceres, pernoctando en Tarmatambo, confiara en sus subordinados la adopción de las medidas de seguridad que él personalmente solía comprobar, tal cual hizo en Quebrada Honda y en Pucará. Se le critica, y no sin razón, que pusiera sobre el obligado paso enemigo, así como en otra posible vía de escape, guerrilleros bisoños, llenos de entusiasmo pero faltos de instrucción y experiencia, en lugar de colocar experimentadas tropas de línea. Lo cierto es que del Canto encontró en el pesado sueño, de los vigías guerrilleros, un poderoso aliado más. Habría bastado un solo grito de alerta para que ningún chileno llegara vivo a su ansiada meta: La Oroya. Pero no todo fue un lecho de rosas durante su salvación; algunos enfermos febriles se helaron en el camino y no pocos cargueros fueron rematados sobre la marcha. Además, como dice el general Cáceres, del Canto

> "perdió mucha gente y dejó abandonados rifles, municiones y equipo, así como ganado vacuno y bestias de silla y de carga; todo lo cual fue recogido por los nuestros y oportunamente aprovechado".

Según lo descrito, la retirada desde Tarma tuvo todos los caracteres de una desastrosa fuga. Sea como sea, lo cierto es que los chilenos se pusieron a salvo en la otra orilla del Mantaro, a las 4 p.m., destruyeron el puente y respiraron aliviados. Tafur no había cumplido con cortar el puente por anticipado, tal cual era su misión. Ni lo destruyó, ni ocupó el lugar, ni controló la región, pese a contar con una unidad adecuada a la guerra de montaña, pequeña pero móvil y versátil, con libertad de movimiento por



encontrarse descentralizada; aparte de que las guerrillas locales de la ruta se le adscribieron siempre, entusiasta e incondicionalmente.

En Tarma, disipada la niebla, y desperezada la vigilancia, se cayó en cuenta de que los chilenos habían desaparecido, como si la noche se los hubiera tragado. Rendido el parte correspondiente, a las 7 a.m. del martes 18 de julio, el general Cáceres, inexplicablemente, una vez más, en Tarma como en Huancayo, parece que se dijo como Temístocles: "a enemigo que huye, puente de plata". Encontrándose en las mejores condiciones para atacar y acabar con el enemigo cercado, no lo hace; y cuando le informan que el enemigo ha desaparecido, increíblemente no lo persigue; y parte de Tarma en dirección de La Oroya, siete días después; es por eso que los chilenos huyen a La Oroya tranquilamente, depredando los pueblos que se encuentran en la ruta a la costa, reincidiendo así en el grave error de no perseguir al enemigo en la fuga para aniquilarlo.

El periodista Manuel F. Horta, redactando la crónica del acontecimiento, como hombre que jamás desmaya "en la defensa de una causa santa", y siempre presente "allí donde aún están latentes las tradiciones de odio al enemigo", describe el embanderamiento general, la lucida comisión, presidida por el señor Dianderas para invitarle, en nombre del pueblo tarmeño, a realizar un triunfal ingreso en la ciudad, el ingreso, propiamente tal, seguido de su escolta y su estado mayor, la lluvia de pétalos que las tarmeñas le arrojaban desde sus balcones, los aires marciales de la banda, el repique jubilar, el paso redoblado de las tropas, los vivas de la multitud enfervorizada hasta las lágrimas, el aplauso al bravío guerrillero, la recepción oficial en los salones municipales, la que él correspondió por la noche en casa de mamá Justa, etc., etc.[18]. Mientras tanto las tropas de del Canto, reponiéndose de la maratón iniciada en Marcavalle, permanecieron en la otra orilla del Mantaro, hasta que por el constante acoso de los guerrilleros lugareños decidieron continuar la marcha en pos de Casapalca. Al efecto, viéronse obligados a abandonar parte de la artillería y algunos trenes de municiones. Jorge Guillermo Leguía

18. Ver tomo II, anexo 19.



dice de las penalidades sufridas por los chilenos en esta retirada:

> "Tal era la tempestad de nieve, que un oficial chileno escribía desde Chicla: 'las camillas venían blancas como una sábana'".

Reiniciada la retirada el 25 de julio, los sanguinarios "lautaros" quedaron encargados de ejecutar las represalias de rigor, asolando los villorrios indefensos de la ruta. El general Cáceres reinicia la persecución lamentablemente días después auxiliado por la columna guerrillera de don Domingo Dorregaray, encontrando La Oroya en llamas[19]. Paralelamente, los guerrilleros de Ricardo Bentín logran cortar la vía férrea en varios puntos. Los chilenos logran huir pues desesperados y completamente derrotados. Pero según lo manifiesta el Diario Oficial chileno del 1º de agosto de 1882, se facilita el regreso de la malhadada expedición de del Canto, amagando el cañón del Rímac y entregando a las llamas los pueblos de Casapalca, Chicla, San Mateo, Tambo de Viso, Surco, Matucana, San Bartolomé, Coca Chacra, refugios de montoneros. Pero también, los guerrilleros de la ruta les pisaron los talones causándoles severas bajas en cada pueblo por el que pasaron. Recogemos aquí una nota certificatoria –publicada en el primer número de la revista TARAMA[20]–, de los lamentos chilenos. Dice así:

> "En Pachachaca, al dar sepultura a uno de sus compañeros, un oficial chileno pronunció estas frases: Adiós compañero. Descansa en paz. Los soldados de Chile te honran ahora, a través de mí, los muertos y los vivos. Esos mismos que marcharon junto a ti durante días, semanas y meses; los que conquistaron el desierto, los que sufrieron en el campo de la Alianza, los que regaron de sangre el morro de Arica, los que triunfaron en Chorrillos y Miraflores, los centenares que han muerto en esta sierra salvaje... y los que estamos por morir -luego de una pausa, estrangulado por el llanto exclamó- ¡Maldita sea la guerra...! ¡Tantos muertos, tantos compañeros heridos, vaciados de sangre como tú...!"

19. Ver tomo II, anexo 20.
20. De la Colección Ahumada Moreno.



Después de cada incursión a la sierra, los soldados chilenos terminaron por temerla, era imposible luchar contra un pueblo alzado. Se les aseguraba que el Perú estaba derrotado, pero en cada incursión al interior tenían que sostener una lucha sin cuartel. Lynch en sus Memorias asegura que hubo deserciones frecuentes, por lo que sin juicio ni proceso, alguna vez fueron fusilados hasta 300 desertores.

Por este flagelo que sufrían los invasores en la región central, Bulnes afirma:

> "La campaña del centro fue un desastre. Emprendida con el concepto de ganarse la simpatía en la sierra y de privar de nuevos soldados al ejército de Cáceres, lo que se consiguió fue estimular un levantamiento de odios implacables y dar a Cáceres un poderoso concurso de hombres".
>
> "¡La noble causa de la patria triunfaba!, porque el triunfo no es sólo la victoria sobre el enemigo en el campo de batalla. Ella es muchas veces, tal la de la breña, la victoria del patriotismo que defiende una causa justa..."

El deseo del general Cáceres de atenazar a los chilenos no pudo cumplirse; pero llegó a librar victoriosos combates, y el departamento de Junín quedó libre, por segunda vez, de los invasores. Quedó en la condición de triunfante en julio de 1882.



Reseñas históricas y biográficas

CONCEPCION

Capital de la provincia del mismo nombre, perteneciente al departamento de Junín, fue creada durante el gobierno del general Manuel A. Odria, por Ley 11648 del 30 de noviembre de 1951; se halla ubicada en el centro mismo del amplio y paradisiaco valle de Jauja o Mantaro. Este valle al que los cronistas de la conquista llamaron "el paraíso de los bárbaros", se extiende desde la laguna de Paca al norte, hasta el contrafuerte de Pucará al sur, atravesado de un extremo a otro por el río Mantaro.

Concepción, en la época preinca, formaba parte de la agrupación de los xauxa huancas, cuyo territorio se extendía entre Huancavelica y Tarma. Probablemente la quebrada del río Concepción, hoy conocido como río Achamayo, fue el límite del gobierno de un reyezuelo o sinchicona huanca. De las ruinas de esa época sólo queda algunos vestigios al sur, las llamadas Alapacoto o Coto Coto. La organización social de estas tribus estaba basada en el ayllu. En su religión totemista adoraban al perro, alco, y al sapo, lachay. Pero el perro era animal sagrado para ellos, con el que se enterraban para ser honrados en la otra vida, como afirma Guamán Poma de Ayala en *Nueva Crónica y Buen Gobierno*.

Bajo la dominación inca, conquistados los huancas por las huestes imperiales, al mando de Cápac Yupanqui, el valle de Xauxa formó una provincia del Tahuantinsuyo. Según los cronistas y las tradiciones, al comienzo la resistencia a la dominación inca fue heroica, pero, luego se sometieron pacíficamente con Apo Guala, según información recogida por el Virrey Toledo en Concepción de Xauxa, el 20 de noviembre de 1570. Los incas para "quitarles la pendencia que traían", dividieron el valle del Mantaro en tres parcialidades: Xauxa al norte, Marcavilca al centro y Lacsapallanga al sur, según Gracilaso. Más tarde estas zonas



se llamaron también Hurin Huanca, Hanan Huanca y Chongos. Las tierras de Concepción pertenecían a la parcialidad de Hurin Huanca, cuya capital inca fue Tunan Marca (hoy San Jerónimo de Tunan).

Durante la conquista y la época colonial, Concepción, como todo el valle de Jauja, fue encomendado al capitán Alonso de Riquelme en 1534, según "Pueblos encomendados a don Alonso de Riquelme", por orden de Pizarro, el 11 de agosto de ese año, y luego a don Rodrigo de Mazuelas. Consolidada la conquista con la fundación de pueblos y ciudades, y efectuada la división política del Virreynato por Lope García de Castro en 1564, Concepción de Lapa forma parte del repartimiento de Hurin Huanca en 1578; en el corregimiento de Jauja y ciudad de los Reyes, encomendado al capitán Martín de Guzmán, según "Relación de los oficios que se proveen en Reyno del Perú", Virrey Martín Enríquez, 1578-1583.

Integra el corregimiento de Jauja hasta 1784 en que se formaron las intendencias. Desde entonces hasta 1821 depende políticamente de la Intendencia de Tarma, como partido de la subdelegación de Jauja.

En lo religioso, la parroquia de Concepción fue fundada por los frailes franciscanos. Su existencia, como cabeza de conversión, data de 1537, fecha en que los españoles fundan el pueblo cristiano cuyo nombre lleva hoy, sobre un villorrio indígena llamado Lapa. Pero antes, en 1533, al paso de Pizarro con Valverde al Cusco, habían plantado la primera cruz en la actual arca de la población. En lo eclesiástico, el valle de Jauja-Concepción, pertenecía al obispado de Lima hasta 1865 en que pasó a depender de la Diócesis de Huánuco.

Antes de la fundación del convento de Ocopa, Concepción era cabeza de Doctrina con su convento franciscano, el primero fundado en la región en 1548, por el padre Luis de Oña, y que permaneció allí hasta el 12 de abril de 1725 en que fue llevado a Ocopa por el padre Francisco Jiménez de San José, que tenía el cargo de Vice Comisario de Misiones. El convento permaneció en Concepción durante 177 años, habiendo partido de aquí las primeras expediciones misioneras de la conquista espiritual y material de la selva, realizada en un primer periodo entre 1630 y 1709, para luego continuar en un segundo periodo, desde el convento de Ocopa, desde 1725 hasta su supresión en 1824. Y conste que las primeras misiones, que partieron a la selva, viajaban al norte por senderos de herradura, en terrenos montañosos, para ingresar a la selva por el río Huallaga. "El convento de observancia de San Francisco", instalado en "Ucupi", hoy Ocopa, se convirtió con el paso de los años en el famoso convento de Ocopa de la provincia de Concepción, hoy tan admirado y querido. Fue fundado por bula del Papa Clemente XIII y por cédula real del Rey Fernando VI. Su primer guardián fue Fray Manuel de Sobreviela, con 34 frailes.



En la época colonial, en 1571, cuando el Virrey Toledo llega a Concepción, encuentra que esta repartición es un conglomerado de chulpas en absoluto desorden, por lo que ordena hacer un trasado que le dé forma de pueblo, con calles y manzanas bien trazadas, según consta en el archivo de San Francisco (Lima), registro 191571; folio 161-103. Desde entonces era villa floreciente, de paso obligado y descanso para los caminantes, por su especial dotación de medios de vida y estar en el centro del valle a una etapa de Jauja y otra de Huancayo.

Durante la república, proclamada la independencia, por el Reglamento Provisional expedido en Huaura, San Martín ordenó que Concepción, como integrante de Jauja, comprendiera el departamento de Tarma. Después de la batalla de Junín y la creación del departamento de ese nombre, en 1824 con nueve provincias, Concepción resultó distrito de la provincia de Jauja hasta su exaltación a provincia en 1951.[1]

Durante las luchas por la independencia arrancó laureles de gloria para la patria a través de las acciones de las heroínas Toledo, de Paulina Monge y Bonifacia Pando, por todo lo cual mereció de San Martín, ser declarada "Ciudad Heroica", por las merecidas hazañas de sus hijos. En el siglo siguiente alcanzó nuevos laureles durante la guerra del Pacífico. En la Campaña de la Breña fue el único pueblo que se alzó contra el invasor, y acabó con él. El 1º de febrero de 1882, la ocupan los chilenos. El capitán chileno del Lautaro, Gonzalo Irrazábal Zañartu, anota: "Concepción tenía cuatro manzanas dobles que se agrupaban en torno a la plaza". La iglesia era bien proporcionada, con cúpula y dos torres. Al costado norte se levantaba el llamado convento, que no era más que un amplio y modesto local parroquial con ventanas enrejadas hacia la plaza; las construcciones interiores, que no eran sino una sucesión de cuartitos que servían de celdas, formaban en conjunto una especie de escuadra con uno de los lados que daba frente a la plaza, y el otro, apoyado al lado de los muros de la casa de don Luis Salazar por el lado norte. En este pequeño convento permanecieron, desde su fundación, los franciscanos durante 177 años. Allí es donde se acuartelaron dos compañías del batallón *Chacabuco* al mando del mayor Quintavalle. La pequeña villa era un remanso de paz, un verdadero oasis en toda la extensión del valle, rodeada de hermosas praderas, extensos bosques y fértiles tierras, dada su afortunada ubicación, rodeada de abundante agua cristalina que le da el cantarino río Achamayo. Vivió en ella una colectividad reducida pero acomodada. Con relación a otras comarcas, los extranjeros le tenían una especial predilección. Lo prueba la singular

1. En 1824 se le elevó a la categoría de distrito. Por ley del 2 de enero de 1857 se le confirmó en dicho rango. El título de ciudad se le dio por ley del 19 de febrero de 1863.



descripción de la localidad, con mención de las mejores construcciones y de sus dueños, descrita por el soldado Lorenzo Yofré, a pedido del capitán Ignacio Carrera Pinto, sobrino del presidente Aníbal Pinto, y nuevo jefe de la guarnición. Según Yofré el trazo citadino era así: al norte de la plaza, la casa del italiano Gamba, de dos pisos, en cuyos bajos funcionaba un almacén comercial; la casa del italiano Mazzio; la casa del italiano Guiolfo Nicola; la casa de unos latifundistas millonarios, los hermanos Valladares, los mismos que "nos odiaban más que al maldito"; la casa de Milón Duarte, en la esquina noroeste de la plaza, de quien por algo dice que "era un caballero muy tranquilo y considerado"; la casa donde funcionaba una botica, propiedad de los alemanes Schoff y Kirchner. Este último pese a que su hijo Guillermo fue capitán de la segunda compañía del glorioso batallón *Concepción Nº 27*, realizó tratos comerciales fraudulentos con el jefe de las fuerzas expedicionarias chilenas, coronel Estanislao del Canto, comprando a éste y otros chilenos el producto de su rapiña, según consta en la correspondencia que sostuvieron ambos, de la cual publicamos en esta obra una carta de puño y letra de del Canto, fechado en Santiago el 27 de enero de 1885; la casa del mismo Kirchner en la plaza; la casa donde funcionaba el establecimiento de Julio Iriarte, también en la plaza; la hermosa casa de los padres de los hermanos Valladares ubicada a lado de la capilla El Carmen; la suntuosa capilla orgullo de la familia Valladares y del pueblo de Concepción, construida por ellos en 1813. Los chilenos la saquearon y la incendiaron; ahora construida y rebautizada como capilla del Señor de los Milagros; la casa del alemán Schoff en la esquina suroeste de la plaza; la hermosa finca de más de una manzana doble situada en la esquina sureste de la plaza, perteneciente al médico francés Emilio Journés que después fue de los padres de Juan Nicanor Castillo; la casa del médico Ramón Tello, médico de la Cruz Roja, etc. En la ciudad vivían muchos italianos como Crego, Gerardine, Cerruti, Bado, Chiape, Loero (espía chileno), Rossi, Carlos Silveti. Finalmente faltaría mencionar un edificio de dos pisos al norte del convento, donde según el chileno Inostrosa, "vivía Ambrosio Salazar, cacique de la región". Ni vivió allí, ni fue cacique; la casa era de don Luis Salazar, primo lejano de don Ambrosio. Había en Concepción hasta tres familias de dicho apellido que no se reputaban de parientes. La casa aludida correspondía a uno de los tres, los Salazar Ramos de quien heredó el ya citado. Pero tanto los de la expedición Letelier como los de del Canto no salían de su asombro al no poder explicarse cómo una población tan pequeña organizó uno de los mejores batallones de línea del ejército peruano, el Nº 27 que se batió gallardamente en San Juan de Miraflores y que llegó a Lima con un efectivo de 750 hombres, el único más numeroso y perfectamente comandado y equipado. No sabían, o acaso no sospechaban, que el



vecindario medio representado por Juan Nicanor Castillo, Adolfo Coca, Manuel Heredia, Santiago Manrique, Luis Mesías, Manuel Peña, Mariano Villasante entre otros, dinamizaban el movimiento de resistencia, como antaño lo hicieron en 1879, llevando a las armas hasta el último de los hombres de 65 años como Pedro Artica, Saturnino Castro, Santos Flores, Pedro Alcocer y otros, dados de baja en Lima por ser mayores de 65 años, según consta en las Ordenes Generales del Ejército en el Archivo Histórico Militar del CEHM del Perú, y niños desde los 13 años, como Juan Nicanor Castillo.

DON AMBROSIO SALAZAR Y MARQUEZ

Nació en el fundo Antalá, jurisdicción del pueblo de Quichuay, anexo del distrito de Concepción, el 6 de diciembre de 1856. (En 1864, al crearse la provincia de Huancayo, ese pueblo se anexó al distrito de San Jerónimo, de la nueva provincia). Fueron sus padres don Asencio Salazar y doña María Márquez hija del doctor Estanislao Márquez, uno de los que proclamó la independencia del Perú en Huancayo el 20 de noviembre de 1820. Tuvo dos hermanos: Eduardo y Juan Pablo. Sus estudios primarios los realizó en la escuela fiscal Nº 505 de Concepción y los secundarios en el colegio nacional de "Santa Isabel" de Huancayo. En dicho plantel ejerció la docencia, apenas egresado, los años de 1877 y 1878. En el verano de 1879 estaba expedito para seguir estudios superiores en la universidad de San Marcos, pero la declaratoria de la guerra los truncó, retornando a su tierra natal. Por entonces era dueño de una personalidad y físico imponentes, caracterizándolo su penetrante mirada. Ocupando el cargo de contador en la Hacienda Marancocha, vecina a Comas, la guerra truncaría también allí su trabajo de contable para desgracia de los enemigos de la patria. El 24 de febrero de 1882 fue cuando los campesinos solicitaron su dirección y asesoramiento para castigar las tropelías del invasor. Poniéndose al frente de ellos preparó cuidadosamente la sorpresa de Sierralumi, coronándola con éxito el 2 de marzo de 1882. Al efecto, aprovechó juiciosamente las ventajas del terreno y los recursos con que contaba. Fue esta la primera acción organizada a nivel de guerrillas que se ganó durante la Campaña de la Breña, sin el concurso del ejército regular. Esto hizo que, como lo demostró en Concepción, se habituara a prescindir de él. El general Cáceres expidió a su favor los despachos de teniente coronel provisional,



a más del nombramiento de Comandante Militar de la Plaza de Comas, el 30 de marzo de 1882. Con todo, por inquinas provincianas no le faltaron detractores. Así, don Rafael R. Concha Posada, en su opúsculo NUESTRAS GESTAS GUERRILLERAS INDIGENAS, publicado en 1937, falta a la verdad histórica, negándole a Salazar su participación en la victoria de Sierralumi. Por desgracia, tal falsedad ha prosperado repitiéndose en otros escritos. Pero basta leer el parte elevado al general Cáceres por las propias autoridades comasinas, para aclarar la situación: "necesitábamos de un cerebro que nos guiara y nos fijamos en don Ambrosio Salazar por conocer de muy cerca su patriotismo".

Este parte fue publicado por Carlos María Muñiz en su HISTORIA DEL PATRIOTISMO, VALOR Y HEROISMO DE LA NACION PERUANA EN LA GUERRA CON CHILE (1908). Era el caso que los comasinos, según *El Comercio* de Lima del 9 de julio de 1912,

> "no contaban con dirección militar: pero entre ellos había un hombre animoso, don Ambrosio Salazar, hijo de la comarca, que preparó la resistencia. No contaba con armas, y los enfrentaron con lo que el ingenio les proporcionó: hondas, palos, galgas y rejones".

Por otra parte es ininteligible que el hombre de mirada altiva y penetrante, como define Concha Posada a Salazar, que decidió el combate en Concepción, actuara a título personal, sin representar ninguna fuerza. Además, el mayor Melchor Ramírez, concepcionino de nacimiento, y 2º jefe del batallón *Pucará*, en setiembre de 1882 publica en Tarma, (*EL PERU Nº 26*), la relación de las acciones ejecutadas por Salazar hasta el combate de Concepción. Y nadie, a pocos meses de los sucesos descritos, lo rectificó. Pero la más contundente prueba emana del oficio fechado el 30 de marzo de 1882, por el cual el general Cáceres contesta el parte sobre la acción de Sierralumi. Ante todo va dirigida a Salazar en su calidad de "Comandante Militar de la Plaza de Comas", expresando su más viva complacencia por los resultados del combate "entre las fuerzas del mando de usted y un destacamento enemigo". El mismo general, en el parte general de las acciones de Marcavalle, Pucará, Concepción y San Juan Cruz, fechado en Tarma el 22 de julio de 1882[2], cita:

> "la toma del cuartel de Concepción, donde pereció toda la guarnición chilena al brío de los guerrilleros de Comas mandados por el teniente coronel provisional don Ambrosio Salazar",

subraya que lo designaron "como jefe". Finalmente, en su foja de servicios, formulada por el Estado Mayor General del Ejército el 24 de marzo de 1886 y certificada en la misma fecha por el coronel Luis Lazo,

2. Ver tomo II, anexo 18.



subjefe del Estado Mayor, que manifiesta:

"Certifico que los servicios que expresa en la presente libreta, el teniente coronel Ambrosio Salazar, son ciertas; así como su asistencia al ataque y toma del pueblo de Concepción el 9 de julio de 1882; a más, el referido jefe ha concurrido a los demás combates que manifiesta, y en todos ellos se ha distinguido, haciéndose acreedor a consideración nacional por su buen comportamiento",

y el coronel Francisco de Paula Secada, jefe del mismo alto organismo, así como del coronel Francisco Carbajal, actuante en la columna Gastó, consignan

"sirvió en el ejército un total de 3 años, 6 meses y 8 días sin considerar 4 meses y 22 días que sirvió como comandate militar de la plaza de Comas, desde el 1º de marzo hasta el 22 de julio del mismo año".

De ambas acciones, Sierralumi y Concepción, antecedentes y consecuentes, Salazar redacta unas MEMORIAS aún inéditas pero de gran valor histórico. Por desgracia, ni las personas ni las instituciones locales pudieron adquirirlas con miras a publicarlas. De allí que se resignara a venderlas, por una módica suma (100 soles) en 1938, a un joven amigo, el profesor Lorenzo Alcalá Pomalaza. Posteriormente Salazar viaja a Lima donde muere sin dejar herederos o parientes.

El autor, en forma casual, descubrió su nicho, signado con A-54 en el Cuartel San Gastón del Cementerio General Presbítero Maestro; lo cual permitió dar con su partida de defunción y por ella, con el domicilio donde vivía (jirón Huascarán Nº 441, en La Victoria), que hacía poco había sido demolido. Pero la búsqueda de la MEMORIAS continuó hasta ser encontradas en Huancayo, en casa de su depositario, el profesor Alcalá, quien gentilmente la obsequió al autor en 1974. A nuestra vez hicimos donación de ellas al Centro de Estudios Históricos Militares del Perú, en cuya biblioteca es donde ahora se encuentra.

Salazar, uniendo sus reducidas fuerzas, compuestas ahora sólo por los comasinos y andamarquinos sobrevivientes, a las de Gastó, a partir del 12 de julio, inicia la persecución del enemigo, cumpliendo la orden del general Cáceres, partiendo del Ingenio, para "picar la retaguardia chilena": estuvo presente en el combate de San Juan Cruz, el 15, a la vista de la ciudad de Tarma. Disueltas las guerrillas en ese lugar después de la vergonzosa huida de la horda chilena; Salazar vuelve a Concepción y organiza con Demetrio Arauco, a fines de julio, el batallón *Cazadores de Concepción Nº 7*, que alcanza poco después a 350 plazas y del que forma parte como segundo jefe. Encontrándose con su unidad en Tarma, toma parte con ésta en las acciones de Chicla y Canta, siempre de segundo jefe, pero teniendo como primer jefe del batallón al coronel



de armas Abraham Vallenas. En la acción de Canta fue el único jefe distinguido por el general Cáceres, después de la retirada de los batallones *Concepción* y *Tarma*, a la que se opuso. Los 2 jefes, Vallenas y Bermúdez, fueron destituidos, nombrándose entonces como primer jefe del *Concepción*, al glorioso coronel Pedro José Carreón. Vuelta la unidad a Tarma, Salazar fue comisionado por el general para reclutar más fuerzas en el valle del Mantaro, trasladándose entonces a Concepción. Pero cuando el ejército emprende la marcha al norte, obligado por la aproximación del enemigo, se le ordena retirarse a Izcuchaca para esperar a la división del coronel Justo Pastor Dávila que se movía desde Huaytará. Combatió en sucesivas operaciones a la expedición Urriola, librando con éxito el segundo combate de Concepción. Terminada la guerra se hizo cargo de su hermoso fundo natal de Antalá, paradisíaco lugar que se encuentra a la vera del río Achamayo, en Quichuay, dedicándose por entero a la agricultura, labor que sólo interrumpió por un corto período al ocupar un puesto en la secretaría del Ministerio de Justicia, bajo el gobierno del general Cáceres. En aquel fundo pudo terminar sus días, como un glorioso Cincinato, pero por cautelar su salud un tanto quebrantada por el peso de los años en 1938 viajó a Lima, radicándose definitivamente en la Capital. Allí la suerte le fue adversa, ignorándose el paradero de los recursos con que contaba. Sin ellos pasó abandono, hambre, miseria, soledad. Ni siquiera el Estado le asignó una pensión. Refugiado en una mísera vivienda de vecindad, se sostenía vendiendo billetes de lotería. El coronel Jerónimo Santiváñez Túpac Yupanqui lo encontró un día de 1944 en calamitosa situación; caminaba apoyándose en la pared y en un bastón para vender sus números de lotería. Al año siguiente, el 9 de enero de 1945, a los 89 años de edad, dejó de existir el héroe y vencedor de los victoriosos combates de Sierralumi y Concepción, San Juan Cruz de Tarma y segundo Combate de Concepción. Por colecta del modesto vecindario, pudo costearse su humildísimo sepelio. Su sepulcro nunca lució lápida alguna ni flores que le dieran el merecido perfume que su gloria merece. Comas, Concepción y el Perú entero, le deben el bronce, el granito o el mármol que haga perdurable su recuerdo. Quien fue tenaz contra los invasores y tempestad vengadora en las cumbres andinas, merece ser reivindicado para siempre del olvido que le acompañó en el ocaso de su vida. El 10 de enero de 1907, el gobierno le otorgó merecidamente la medalla de oro de vencedor del combate de Concepción, a mérito de la ley Nº 232 expedida por el Congreso en 1906, para premiar a los que pelearon en Marcavalle, Pucará y Concepción. Hoy sus restos merecidamente reposan en la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico. Tuvimos el honor de llevarlo allí el 9 de julio de 1986. Está exactamente frente a la cabecera del sarcófago que guarda los restos del mariscal Cáceres.



NESTOR BATANERO

El niño héroe de San Pablo, era hijo de aquella localidad, pues allí nació en 1868. Fueron sus padres Armando y Norma Batanero. Cursando sus estudios primarios protagonizó su primer acto de heroísmo tratando de salvar a su madre, arrastrada por las torrentosas aguas del río. Al no lograrlo, la desgracia impactó profundamente en su alma. En él la tragedia apuró el tránsito entre la niñez y la madurez. De pronto se hizo adulto. Viajó en compañía de su padre a la capital en busca de nuevos horizontes, tratando de superar tan terrible acontecimiento. Pero a poco de llegar enfermó gravemente su padre, falleciendo en breve. Néstor quedó así, huérfano y sin recursos, doblegado por el abatimiento. Trabajando en diversos menesteres para costear el retorno al terruño, le sorprendió la guerra. Apenas se hizo presente en Lima el batallón *Cajamarca Nº 3*, comandado por el coronel Miguel Iglesias, sentó plaza de soldado como voluntario. Allí reveló condiciones excepcionales en el desempeño castrense y en la asimilación de los reglamentos y ordenanzas. Pronto fue clase y posteriormente oficial. En la batalla de San Juan y Chorrillos tuvo destacada actuación defendiendo el Morro solar, asaltado por 16 batallones enemigos. Después de largas horas de lucha y comprobada la inutilidad de toda resistencia, envolviendo la bandera de su unidad, se dejó rodar hasta los acantilados de la Herradura. Y esquivando con éxito a la caballería chilena, por el Salto del Fraile, logró alcanzar las posiciones defensivas de Miraflores. En la batalla del 15, exhibió de nuevo gloriosamente la bandera de su batallón, peleando fieramente en su defensa, en el Reducto Nº 1. Perdida la acción y habiendo sido molidos todos los defensores del reducto por la escuadra y el ataque principal del enemigo, se vio obligado a sumarse a la columna de sobrevivientes sobre el camino a Lima, donde fueron licenciados todos. Vuelto a su tierra natal, integró la oficialidad del batallón *Libres de Trujillo Nº 11*, acantonado en Chota. Allí alcanzó su bien merecido grado de teniente. Para entonces contaba con 14 años de edad. Precipitado el combate de San Pablo, que en su primera etapa significó el repliegue de nuestras tropas, le tocó a Batanero sostener viva la acción en el cerro Batán o Copa, rechazando sucesivamente las acometidas del enemigo, hasta la llegada de la división de Miguel Iglesias. La suerte quiso que no viera el triunfo de nuestras armas, pues se le encontró



muerto en pie, apoyado en su fusil, en el reducto que había defendido con vehemente bravura. Su cadáver fue sepultado con todos los honores en la iglesia parroquial de San Pablo, pueblo que tuvo el honor de mecer su cuna. El niño héroe, teniente Néstor Batanero, orgullo y gloria nacionales, ejemplo incomparable de valentía y amor a la patria, debe reposar en la Cripta de los Héroes, al lado de los grandes del Perú, tal cual murió defendiendo su reducto, de pie y apuntando al invasor.

El niño héroe de San Pablo, era hijo de aquella localidad...
nació en 1868. Fueron sus padres Armando y Norma Batanero...
do sus estudios primarios protagonizó su primer acto de...
tratando de salvar a su madre, arrastrada por las torrentosas ag...
río. Al no lograrlo, la desgracia impactó profundamente en su alm...
él la tragedia apuró el tránsito entre la niñez y la madurez. De...
hizo adulto. Viajó en compañía de su padre a la capital en b...
nuevos horizontes, tratando de superar tan terrible aconteci...
Pero a poco de llegar enfermó gravemente su padre, falleciendo en...
Néstor quedó así, huérfano y sin recursos, doblegado por el aban...
Trabajando en diversos menesteres para costear el retorno al...
le sorprendió la guerra. Apenas se hizo presente en Lima el bat...
Cajamarca Nº 3, comandado por el coronel Miguel Iglesias, sent...
de soldado como voluntario. Allí reveló condiciones excepcionales...
desempeño castrense y en la asimilación de los reglamentos y orde...
zas. Pronto fue clase y posteriormente oficial. En la batalla de San...
y Chorrillos tuvo destacada actuación defendiendo el Morro...
asaltado por 18 batallones enemigos. Después de largas horas de l...
y comprobada la inutilidad de toda resistencia, envolviendo la ban...
de su unidad, se dejó rodar hasta los acantilados de la Herradu...
esquivando con éxito a la caballería chilena, por el Salto del Fraile...
alcanzar las posiciones defensivas de Miraflores. En la batalla del...
exhibió de nuevo gloriosamente la bandera de su batallón, pele...
fieramente en su defensa, en el Reducto Nº 1. Perdida la acció...
habiendo sido molidos todos los defensores del reducto por la escua...
y el ataque principal del enemigo, se vio obligado a sumarse a la colum...
de sobrevivientes sobre el camino a Lima, donde fueron licencia...
todos. Vuelto a su tierra natal, integró la oficialidad del batallón *Lib...
de Trujillo Nº 11*, acantonado en Chota. Allí alcanzó su bien mere...
grado de teniente. Para entonces contaba con 14 años de ed...
Precipitado el combate de San Pablo, que en su primera etapa signi...
el repliegue de nuestras tropas, le tocó a Batanero sostener viva la ac...
en el cerro Batán o Copa, rechazando sucesivamente las acometidas...
enemigo, hasta la llegada de la división de Miguel Iglesias. La suer...
quiso que no viera el triunfo de nuestras armas, pues se le encont...



INDICE GENERAL

TOMO I

I LA PATRIA EN PELIGRO

II LA CAMPAÑA DE LIMA



III INICIACION DE LA CAMPAÑA DE LA BREÑA

IV LA OFENSIVA CHILENA

V ACCIONES GUERRILLERAS MAS IMPORTANTES DE LA REGION CENTRAL




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

TOMO II

VIII OPERACIONES DE LA COLUMNA TAFUR

IX REORGANIZACION DEL EJERCITO DEL CENTRO

X LA CAMPAÑA DEL NORTE




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

ANEXOS




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ


FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

La *Campaña de la Breña* se
terminó de imprimir el mes
de abril de 1993.